

Desigualdad y violencia social

Análisis y propuestas
según la evidencia científica

Roxana Kreimer

Desigualdad y violencia social

Análisis y propuestas
según la evidencia científica

Anarres

Colección Filosofía Política

Buenos Aires

Kreimer, Roxana

Desigualdad y violencia social - 1a ed. - Buenos Aires : Anarres, 2010.
256p.; 22x15,5 cm.

Ediciones Anarres. Buenos Aires

Colección Filosofía Política

Primera edición: 2010

© 2010 Roxana Kreimer

© 2010 Ediciones Anarres

Buenos Aires-Argentina

Email de Roxana Kreimer: filpractica@yahoo.com.ar

Website de Roxana Kreimer: www.filosofiaparalavida.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN: 978-987-05-9706-3

Impreso en la Argentina

INDICE

Introducción	11
1. Violencia social e inequidad: análisis y propuestas (Ponencia presentada en el Senado de la Nación Argentina, el 11 de junio del 2009)	23
1.1. La desigualdad, el factor más determinante	23
1.2. Algunas medidas que pueden contribuir a resolver el problema de la violencia	34
1.2.1. Ingreso Básico Ciudadano (o Renta Básica Universal)	35
1.2.2. Becas en el área educativa y de capacitación	36
1.2.3. Colegio secundario obligatorio, con salida laboral y educación para la vida	36
1.2.4. Capacitación laboral para jóvenes en situación de vulnerabilidad	37
1.2.5. Concejo para la asignación de empleos	37
1.2.6. Creación de un Observatorio Social	38
1.2.7. Microcréditos para la formación de cooperativas	38
1.2.8. Redes que contribuyan a la integración social	38
1.2.9. Reintegración de las personas que delinquen a la sociedad	39
1.2.10. Límites a la acumulación de la riqueza	41
1.2.11. Límites al derecho sucesorio	42
1.2.12. Políticas en torno al consumo de drogas	46
1.2.13. Límites en el uso de armas de fuego	47
1.3. Conclusiones	49
2. Algunas historias detrás de las estadísticas	51
3. Los delitos de cuello blanco	63
3.1. Qué es un delito de cuello blanco	65
3.2. Cómo enfrentan los distintos países la posibilidad de corrupción	67
3.3. El patrimonio de los Kirchner	69
3.4. ¿El poder corrompe? Qué dicen los estudios de psicología experimental al respecto	72

4. Las políticas represivas	75
4.1. Acción policial	75
4.2. La inseguridad generada por la policía	79
4.3. Las cárceles	81
5. Nuevos conceptos de pobreza que correlacionan con la violencia en democracia	91
5.1. Breve historia comentada de las teorías sobre la pobreza	92
5.2. Qué es la pobreza. Diferencias entre pobreza absoluta y relativa. Otros conceptos de pobreza	98
5.3. La pobreza en los países ricos	107
5.4. Cuando lo que se describe como pobreza no lo es	110
5.5. La teoría del derrame	111
5.6. La pobreza en la Argentina	114
5.7. La filosofía del gradualismo	121
6. Las condiciones estructurales de la violencia social	125
6.1. Una definición del capitalismo	125
6.2. Los seis principios básicos del capitalismo	125
6.2.1. Predominio de la propiedad privada de los medios de producción. Compra y venta de la fuerza de trabajo	126
6.2.2. Apropiación de plusvalía	131
6.2.2.1. El problema de la libertad	131
6.2.2.2. El beneficio o ganancia como absoluta prioridad	132
6.2.2.3. Un chiste que pretende legitimar al capitalismo con presupuestos falsos	133
6.2.3. Distribución y competencia por las ganancias en el mercado	134
6.2.3.1. El rol del Estado	139
6.2.3.2. La globalización	139
6.2.3.3. El Estado de Bienestar	141
6.2.4. Uso del dinero como medio universal de cambio	142
6.2.5. Monopolio de las decisiones	143
6.2.6. División corporativa del trabajo	143
6.2.6.1. El desarrollo tecnológico	145
6.3. El Producto Bruto Interno	146
6.4. La meritocracia	147
6.5. La crisis del capitalismo de fines del 2008	148
6.5.1. Algunas soluciones posibles frente a la crisis	155
6.6. ¿Es posible vivir sin inseguridad en el capitalismo?	159

7. Las trampas de la sociedad de consumo	161
7.1. El impacto del consumo en el bienestar	165
7.2. El esfuerzo para fabricar los bienes materiales	169
7.3. Los efectos del consumo en el equilibrio ecológico	170
8. Las alternativas tradicionales que se oponen al capitalismo	173
8.1. El comunismo	173
8.2. El socialismo	175
8.3. El anarquismo	177
8.4. Tomar lo bueno de cada sistema	179
9. El cooperativismo:	
una forma menos inicua de organización social	183
9.1. Trabajar sin patrón: experiencias autogestionarias exitosas	183
9.2. Qué es una cooperativa	184
9.3. Breve historia del movimiento de autogestión	188
9.4. El movimiento cooperativo en la Argentina	189
10. Parecon (Economía Participativa):	
un modelo de organización social	
que podría resolver el problema de la inseguridad	195
10.1. Principales características de Parecon	197
10.1.1. Consejos de productores y consumidores	197
10.1.2. Complejos equilibrados de trabajo	202
10.1.3. Remuneración acorde al esfuerzo y al sacrificio	206
10.1.4. Planificación participativa	211
10.2. ¿No es el marxismo con otro envoltorio?	214
10.3. Reformas graduales	215
10.4. Antecedentes de Parecon	217
10.4.1. Presupuesto participativo: la experiencia de Porto Alegre	218
10.4.2. Las experiencias de autogestión en la Argentina	221
10.5. Michael Albert en la Argentina	227
10.7. ¿Hay alternativa para las instituciones actuales?	234
Epílogo	237
Notas	243
Bibliografía básica	251

Al diputado Jorge Rivas, que pese a haber sido víctima de un episodio de inseguridad que lo dejó cuadripléjico, sigue pensando que la desigualdad es la causa principal de la violencia, y que la manera de hacer frente al problema no es la “mano dura” sino la justicia social y la educación.

INTRODUCCIÓN

Nunca antes se habían generado tantas expectativas sobre lo que podemos hacer con nuestras vidas. En las sociedades democráticas se supone (al menos en términos ideales) que ya no hay castas, ni jerarquías nobiliarias. El mundo moderno postula que el lugar que cada ciudadano ocupe en la sociedad debe estar basado en el mérito individual. Los medios de difusión y la ideología *new age* subrayan el ideal del *self-made* man, que es el de las personas que con ingenio y trabajo logran ocupar un lugar destacado en la sociedad. Pero en numerosos países tenemos un gran espíritu de igualdad en el contexto de una gran desigualdad. Desde que somos niños la sociedad estimula en nosotros deseos y ambiciones, pero a la mayoría les impide realizarlos. Es la razón por la que la envidia se ha convertido en la emoción moderna por excelencia. No envidiamos a la reina de Holanda porque no solemos compararnos con ella. En cambio muchas ex alumnas del colegio Northlands, al que concurrió Máxima Zorreguieta, la argentina que se casó con el príncipe de Holanda, envidian a su ex compañera y le piden que les presente a un buen candidato de la corte. Se envidia al semejante más que a la persona con la que no es posible relacionarse. Por eso la desigualdad es capaz de generar tanta violencia social, y es el factor que más correlaciona con el fenómeno llamado “inseguridad”, tal como evidencian más de cincuenta trabajos científicos. La pregunta “¿Por qué él sí y yo no?” es propia de contextos democráticos, la que hace sentir “pobres” en términos relativos a los ciudadanos de sociedades basadas en el ideal de igualdad.

El filósofo Bertrand Russell señala que el espíritu democrático debe haber sido inspirado por la pasión de la envidia, ya que cuando la jerarquía social es inmutable, las clases bajas no envidian a las altas, sencillamente porque la mejora de sus condiciones de vida no está a su alcance. Recientes trabajos experimentales¹ en psicología revelan que la sensación de bienestar económico está directamente relacionada con el bienestar económico de los demás. Superado un sueldo mínimo, la mayor parte de las personas prefieren tener un sueldo más bajo y que los demás ganen menos, a tener un sueldo más alto y que los otros -especialmente los próximos- ganen más. Como observó H.L. Mencken, “Un hombre rico es el que gana cien pesos más que el marido de su mujer”. La mayoría de las personas preferirían ganar 50.000\$ en un mundo donde otros ganen 25.000, que 100.000 donde otros ganen 250.000.

Debido a esto, tal como veremos más adelante, pese a que el concepto de pobreza absoluta remite a un conjunto de bienes básicos de supervivencia, en contextos democráticos la pobreza debe ser definida y entendida tal como lo hacen los países europeos, en el seno de la sociedad en la que vive un individuo, es decir, que el nivel de pobreza que tiene una persona en parte es definido por el nivel de los ricos que viven en la misma sociedad.

El economista Robert Frank llama *bienes posicionales* a los comparables con lo que tienen los demás (por ejemplo, el ingreso, el tamaño del auto), y *bienes no posicionales* a los que son menos comparables con lo que tienen los otros (salud, libertad, pareja). Nos engañamos al creer que los posicionales son más valiosos. Sin embargo, la mayoría de las personas los sobrevaloran. Creen que su vida cambiará cuando asciendan en la carrera y ganen más dinero. Pero los bienes no posicionales auguran una satisfacción más intensa y duradera. Aunque descalifiquemos al colega que deja la carrera para construir botes y vivir pobremente, es probable que sea feliz. Los trabajos científicos sobre el tema evidencian que, cubiertas ciertas necesidades mínimas, rápidamente nos adaptamos a la disminución de los ingresos, y retornamos al nivel previo de felicidad.²

Hoy en día la televisión, los diarios y las revistas les muestran a millones de personas bienes y posibilidades de desarrollo a los que nunca accederán. Cualquiera sea la habilidad que tengamos, es probable que encontremos a muchos que se desempeñen mejor que nosotros. Esto genera envidia y ansiedad por el estatus.

En las sociedades democráticas, el bienestar que resulta de una elección depende en una medida considerable de lo que eligen los demás. Alguien puede estar muy contento de pasar sus vacaciones en los lagos de Palermo, pero es probable que no se sienta satisfecho si quienes lo rodean viajan a lugares exóticos y se lo cuentan. Por eso el problema de la inseguridad expresa la tensión entre democracia y desigualdad, y plantea el siguiente interrogante: ¿hasta qué punto podemos hablar de democracia sobrepasados ciertos niveles de desigualdad?

Este libro no se propone abordar un subtema específico en relación al problema de la inseguridad, sino brindar un análisis filosófico y global que parte de una revisión bibliográfica de investigaciones científicas. No es posible analizar a fondo este problema sin evaluar las condiciones estructurales del sistema económico y político en el que surge y sin reflexionar acerca de lo que entendemos por pobreza y desigualdad. Cuando la situación económica se degrada, el delito y el crimen crecen. Por eso una parte considerable de

este libro está dedicada a analizar las condiciones de posibilidad del fenómeno abordado.

El eje será el de la desigualdad, el factor que más correlaciona -como se explicará más adelante- con el fenómeno conocido como “inseguridad”.

Por “inseguridad” la mayor parte de los argentinos entiende hoy la incertidumbre de no saber si van a ser objeto de un robo. El hecho de que no hablemos de inseguridad cuando alguien no tiene para comer, no sabe si podrá curar a su hijo enfermo o darle una buena educación, tal vez revele qué tipo de perspectivas logran imponerse y convertirse en hegemónicas en una sociedad.

A mediados del 2010 estuve en Grecia y pregunté “¿Es inseguro caminar por aquí de noche?”. “Debería tener cuidado con los autos -respondió el maletero-, ya que el camino es muy estrecho y sinuoso y pasan muy cerca de las personas. Estos senderos funcionaban bien para los burros, pero con las motos y los autos se han vuelto muy peligrosos”. En Argentina no asociamos la palabra “inseguridad” con los accidentes automovilísticos sino con el robo. Primera señal: “inseguridad” allí tenía otro significado. Segunda señal: los cajeros automáticos dan directamente a la calle. No hay una habitación a la que se acceda mediante una tarjeta. ¿Será porque el número de robos es considerablemente menor? Tercera señal: en los negocios hay mucha mercadería expuesta en la calle, y escaso control por la posibilidad de que alguien se lleve algo sin pagar. Cuarta señal: de noche algunas calles son muy oscuras, pero no había personas caminando con ojos en la espalda por temor a ser asaltadas.

A diferencia de la Argentina, casi no vi personas mendigando y nadie resolvía la basura. Esto mismo puede ser dicho de ciudades europeas muy distintas, cuyos niveles de desigualdad son inferiores al de la Argentina, en algunos casos ligeramente inferiores, en otros significativamente inferiores. Una de estas ciudades es Amsterdam, donde un sistema de seguridad social garantiza a los ciudadanos que sus necesidades básicas estén cubiertas. El mecanismo es similar al alemán y al de otros países con modelo de Estado de Bienestar. Terminado el seguro de desempleo, hay otros seguros que garantizan un mínimo de subsistencia. En Alemania, por ejemplo, el Estado puede facilitar la obtención de trabajo, pero si la persona no acepta ninguno, pasado un buen tiempo y concluido el seguro de desempleo, el seguro siguiente empieza a disminuir mes a mes, sin que llegue a desaparecer del todo. Países como Holanda, no obstante, todavía no tienen una justicia social plena, entre otras razones porque los trabajos menos gratificantes todavía son realizados

por extranjeros. En los pueblitos del sur de Grecia vi muchas casas con las puertas abiertas de par en par, y calles oscuras en las que nadie teme ser asaltado. Otra de estas ciudades es Estambul, donde no vi personas pidiendo dinero en la calle. Sí mucha economía informal (vendedores ambulantes de los objetos más inverosímiles), pero no mendicidad. De las ciudades con más de diez millones de habitantes, Estambul es la que tiene menos violencia social. Tal vez la religión juegue algún papel pacificador (más del 90% es musulmán, y aunque resulte extraño para algunos, en los países de mayoría católica hay más violencia social que en los de influencia musulmana). Tanto en Holanda como en Grecia y en Turquía, los índices de desigualdad son inferiores respecto a la Argentina.³

En Estambul la presencia de la riqueza (dejando de lado a los turistas) es mucho menos visible que en Argentina. A grandes rasgos, más allá de las mezquitas y de los sitios históricos, parece el barrio porteño de Once (lleno de tiendas y vendedores). Intrigada al no ver ricos por las calles, ni ropa más cara en los negocios, fui a un barrio lejano (en el estilo del aristocrático San Isidro), donde había un shopping muy mentado. El barrio era, no obstante, muy modesto, al igual que el shopping, donde tampoco pude encontrar a los ricos. Sin duda en algún lugar estarán, pero lo que quiero destacar es que, por un lado, hay menos desigualdad, y por el otro, su presencia es menos escandalosa que en Latinoamérica. ¿Cómo puede la Argentina enfrentar el problema de la inseguridad? Primero y fundamental, bajando los niveles de desigualdad. Es el tema central de este libro, que incluye no sólo un diagnóstico sino herramientas que pueden contribuir al diseño de un modelo de organización política más justo.

Si bien son muchas las personas que entienden que la inseguridad se origina fundamentalmente en problemas sociales, los medios de difusión están dominados por el reclamo de la política de mano dura. Quizás prime esta perspectiva porque los que manifiestan en la calle son los que exigen control policial, y los medios divulgan estos actos. Quienes juzgan que la pobreza y la desigualdad constituyen “inseguridades” no salen a manifestar, en parte porque una muerte (perpetrada en un intento de robo) supone la existencia concreta de personas culpables y esto genera la indignación necesaria que impulsa a salir a la calle, mientras que a la pobreza y a la desigualdad la ciudadanía se acostumbra y no alcanza a vislumbrar tan claramente a los responsables como lo hace cuando se produce un asesinato.

Hay estudios que muestran que para la mayoría de las personas dejar morir es éticamente menos grave que matar.⁴ Pero dejar morir como conse-

cuencia de la mala nutrición y permitir niveles inaceptables de desigualdad, también son acciones criminales. A este error se lo denomina *sesgo de omisión*. Consiste en juzgar moralmente menos dañina la omisión que la acción en actos igualmente perjudiciales.

Cuando la pobreza deja de ser invisible, cuando la estadística se encarna en un rostro y los medios muestran cómo vive una persona en situación de pobreza, se genera la indignación necesaria que, a veces, desemboca en una acción política o solidaria. En cambio cuando leemos que mueren ocho niños por día por desnutrición, y 22 en accidentes de tránsito, la estadística cruda no moviliza como lo hace una historia concreta.

Más allá de las innumerables ONG y de las organizaciones de todo tipo que luchan contra la pobreza en la Argentina, una visión muy presente en los medios es la que entiende que las personas en situación de pobreza o inequidad deben ser objeto de control social. Desde un enfoque represivo son vistas sólo como un peligro, a partir del cual se solicita una intervención pública destinada a controlar las áreas marginales. En este contexto la violencia social es analizada sin tener en cuenta las verdaderas causas del conflicto. La responsabilidad por el problema parecen tenerla exclusivamente los llamados “pibes chorros” y no las características estructurales del sistema, los políticos y todos nosotros. Los jóvenes de los sectores populares son estigmatizados y las zonas marginales consideradas peligrosas. Frente a los delitos de cuello blanco, en cambio, la sociedad expresa resignación y no temor.

Tal vez el problema tenga más presencia en los medios de difusión que en otros países con tasas más altas de criminalidad, porque la sociedad argentina todavía no está del todo habituada a estos niveles de violencia social que antes eran patrimonio casi exclusivo de otros países latinoamericanos. Argentina es uno de los pocos países del continente que hoy tiene mucha más pobreza e inequidad que algunas décadas atrás. A pesar de esto, sigue siendo una sociedad de clase media en las aspiraciones de sus habitantes. Hasta mediados de la década del 70, en la Argentina los índices de violencia social fueron relativamente bajos. Un 16% de la población había padecido algún delito, mientras que actualmente afectan al 30% de la sociedad. Desde 1990, los índices de criminalidad se duplicaron. El aumento de la violencia de los actos delictivos es otro de los factores que sorprende a quienes expresan su descontento públicamente.

El debate en los medios, por otra parte, no se centra en las verdaderas causas de la inseguridad sino en los delitos mismos, que a menudo son perpetrados por adolescentes pobres que constituyen el último eslabón del cri-

men organizado. Así se elude la referencia a la complicidad de policías, políticos y funcionarios judiciales. Cuando un joven en Valentín Alsina mata para robar un auto, es poco creíble que vaya a utilizar el vehículo como medio de transporte, y muy probable que lo entregue a los desarmaderos. Durante el 2002 y el 2003, en la provincia de Buenos Aires fueron desmantelados los grandes desarmaderos. Actualmente funcionan bajo techo y son más reducidos. Es difícil creer que la policía no los conozca.

Muchos delitos son cometidos por personas que han consumido paco (Pasta Base). En las villas a menudo es vox populi quién lo vende, pero denunciarlos a la policía supone una condena a muerte. El sacerdote Pepe combatió el consumo de paco en la villa 21, donde sufrió amenazas, sin que la posibilidad de trabajar conjuntamente con él para erradicar esta droga despertara interés por parte de las autoridades.

La ciudadanía argentina juzga que los robos con violencia son el principal problema que aqueja al país, incluso más que el desempleo. De acuerdo a un relevamiento del Centro de Opinión Pública de la Universidad de Belgrano, el 73% de los argentinos califica de alto el nivel de inseguridad y el 65% lo percibe en continuo aumento. El 60% de las personas declaró haber cambiado sus hábitos por temor a la inseguridad y en virtud del recrudecimiento de la violencia en el delito. Las quejas que divulgan los medios provienen de los grupos económicamente más favorecidos -que en los estratos de mayores recursos se recluyen en barrios cerrados y aumentan sus gastos en seguridad privada-, aún cuando los que más padecen el delito son los que viven en barrios carenciados.

La tasa de homicidios en Argentina es inferior a la de otros países de la región (en los últimos años, entre 5 y 7 víctimas cada 100.000 habitantes contra 9 de México, 25 en Brasil y 43 en Colombia), pero el miedo de las personas proviene de un factor objetivo (originado en los robos) y de otro subjetivo, que es el de la gran repercusión que este tema adquiere en los medios de difusión. En los últimos años la sección policiales pasó del interior a la portada de los diarios. Antes sólo la “prensa amarilla” dedicaba tanto espacio a los delitos. Hoy estos hechos se han desplazado a la esfera de la política.

Las personas se imaginan a sí mismas ante la posibilidad de un desenlace mortal, independientemente de la baja probabilidad de que esto ocurra. Los últimos estudios experimentales en neurociencia prueban lo que antes nos advertía el sentido común: que nuestros miedos provienen más de la capacidad para generar imágenes con intensidad que de las probabilidades de que ocurra efectivamente algo temible.⁵

En marzo del 2008 di una charla sobre el problema de la inseguridad en Tepic, Mexico, y si bien en ese país los índices de criminalidad son superiores, la preocupación de la ciudadanía por el problema parece considerablemente menor que en Argentina, donde el 73% (para el citado estudio de la Universidad de Belgrano) y el 75% de la población (para el estudio de Agustín Salvia) tiene un alto nivel de “sensación de inseguridad”.

Aunque mueren más personas por accidentes de tránsito (3830 en un año), se considera que el problema de la inseguridad (en el que mueren 3453 personas por año) es muchísimo más grave. La mayoría encuadra al accidente automovilístico como una fatalidad del progreso en la que interviene menos la acción humana que en un crimen violento. Esta “sensación de inseguridad” crea aislamiento, fomenta el miedo y contribuye a que las personas se encierren en sus casas y no salgan por miedo a ser asaltadas.

La llamada inseguridad personal (los robos frecuentes, los secuestros y los asesinatos) también se ha convertido en una razón para emigrar del país, además de la mala situación económica y de la falta de oportunidades.

Décadas atrás era muy común que en cualquier lugar de la Argentina un niño pudiera jugar en la calle. La única vecina que tenía teléfono dejaba la puerta abierta de su casa para que los que vivían en la misma cuadra pudieran hacer sus llamados. En el Bajo Belgrano, por ejemplo, un niño de siete años podía caminar solo hasta el Club Harrods. Hoy los padres tienen miedo de que a sus hijos les pase algo y los retienen en sus casas. Hemos perdido libertades significativas, justamente en el contexto de un sistema que, como el capitalista, busca legitimarse invocando el ideal de la libertad.

Unos meses después de que algunos artículos míos sobre el tema fueran publicados (el primero, en el diario La Nación, corresponde al 8 de septiembre del 2008, posteriormente fui invitada a desarrollar esta problemática en el senado y en otros ámbitos)⁶, en ciertos diarios y círculos políticos se empezó a considerar que la desigualdad es el factor que más correlaciona con el problema de la inseguridad. En el acto realizado en San Fernando para inaugurar obras públicas y recordar el golpe militar de 1976, el 24 de marzo del 2009 la presidenta Cristina Fernández de Kirchner aseguró que la inseguridad está ligada a la desigualdad y no tanto a la pobreza. En este contexto fui convocada para conversar sobre el tema por el Dr. Julio Alak, Ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación.

Alak compartió el diagnóstico -la desigualdad como principal factor que correlaciona con la inseguridad-, solicitó el trabajo de los economistas argentinos Cerro y Meloni que le mencioné (allí, en sintonía con más de cin-

cuenta estudios internacionales, la desigualdad es el factor que más correlaciona con la violencia social) y se mostró interesado en oír propuestas destinadas a enfrentar el problema. El diálogo entre quienes investigan el tema - un número reducido de investigadores- y los políticos es infrecuente. Considero fundamental que las políticas públicas estén basadas en la evidencia científica. Difícilmente se pueda resolver un conflicto sin un diagnóstico acertado y sin propuestas que estén basadas en estudios empíricos.

Como el origen del problema es económico y social, pregunté si había posibilidad de consensuar un plan con el Ministerio de Economía. Alak respondió que ése era su propósito, y que sería posible una vez que se terminara de confeccionar un proyecto que saliera de su ministerio.

Por la época de la entrevista, que tuvo lugar a mediados del 2009, la oposición presionaba para que el gobierno promulgara la asignación universal por hijo, mientras la presidenta Cristina Fernández de Kirchner hasta ese momento se oponía al proyecto. Le mencioné a Julio Alak la importancia de universalizar las asignaciones por hijo, ya que la medida alcanzaría a millones de niños cuyos padres se mueven en el marco de la economía informal. Quedamos en realizar una reunión junto a especialistas en el tema, pero el encuentro nunca tuvo lugar, quizá porque a las pocas semanas la presidenta anunció la implementación del plan de asignación por hijo, que otorgó 180 pesos (unos 45 dólares) por hijo (hasta un máximo de cinco hijos) a las familias sin trabajo o que estuvieran en el marco de la economía informal y que ganaran menos del salario mínimo, y a los menores discapacitados. Sin dudas el plan implicó una mejora para las condiciones económicas de los sectores económicamente más desfavorecidos, pero no universalizó el beneficio, que se realizó con fondos pertenecientes a los jubilados, ni alcanzó el monto más significativo que solicitaba la oposición, que prácticamente duplicaba al otorgado.

El libro está estructurado en diez capítulos, el primero de los cuales reflexiona a partir de la tensión entre democracia y desigualdad, muestra cómo en gran cantidad de estudios científicos la desigualdad es el factor que más correlaciona con el problema de la inseguridad, y contiene diversas propuestas que pueden contribuir a una disminución significativa de la violencia social. No fueron incluidas, como suele ser costumbre, hacia el final del libro, porque el primer capítulo es la ponencia completa (y enriquecida posteriormente) que presenté en el Senado de la Nación el 11 de junio del 2009, y quise reproducirla tal como fue expuesta. La intervención puede ser vista en cuatro partes en www.youtube.com (poniendo “Roxana Kreimer inseguri-

dad” en el buscador del sitio). También se aborda en este capítulo el tema del consumo de drogas en relación a la violencia social. ¿Hasta qué punto es determinante en el problema de la inseguridad?

El segundo capítulo trata sobre algunos casos particulares de jóvenes en conflicto con la ley y de personas que viven en situación de pobreza, y presenta el caso del diputado Jorge Rivas, que fue víctima de un episodio de inseguridad y aún así cree que el problema sólo se resolverá de manera significativa implementando cambios estructurales.

El tercer capítulo trata sobre los delitos de cuello blanco, que son los cometidos por personas de elevada condición social valiéndose de sus competencias profesionales y de sus contactos en el mundo de los negocios y de la política. Son delitos que permanecen a la sombra de los delitos menores. En países como Argentina, con más del 30% de la población por debajo de la línea de pobreza y un 50% de los niños en esa situación, lo que está en juego es el dinero que marca para muchos la diferencia entre la vida y la muerte, los fondos destinados a crear viviendas, construir y mejorar escuelas y hospitales, entre otros gastos de primera necesidad. En este capítulo también se da cuenta de lo que señalan los estudios de psicología experimental sobre el poder y la corrupción.

En el capítulo cuarto se analiza un tema central del debate tal como ha sido planteado en la Argentina: ¿es la acción policial efectiva a la hora de resolver el problema del delito? También se analiza otra clase de “inseguridad”, de la que se habla menos porque afecta fundamentalmente a los sectores populares, y es la que proviene del empeño de los aparatos del Estado por sostener el orden y las políticas sociales vigentes. La generadora de este tipo de inseguridad es la policía, en su rol de ejecutora de las políticas represivas del sistema. También se repasan las funciones que cumple la cárcel en la sociedad moderna. ¿Quiénes deben ir a la cárcel? ¿Cómo tendrían que funcionar los procesos de rehabilitación?

El capítulo quinto trata fundamentalmente sobre la importancia del concepto de pobreza relativa para comprender el fenómeno de la inseguridad. Comienza con una breve historia del concepto de pobreza, luego caracteriza distintos conceptos de pobreza, describe la pobreza en los países ricos y cuestiona la teoría del derrame y la filosofía del gradualismo que ha caracterizado a las políticas públicas.

El capítulo sexto aborda las condiciones estructurales de la violencia social, puntualmente a través del capitalismo como sistema económico y forma de organización política. Se revisan los seis principios básicos del capitalis-

mo, y temas tales como el rol del Estado, la globalización, el modelo de Estado de Bienestar, el desarrollo tecnológico, el PBI, la meritocracia y la posibilidad de vivir sin inseguridad bajo este modo de producción. Además de haber sido pensado en relación al tema de la inseguridad, recomiendo este capítulo a toda persona que desee conocer o repasar las razones por las cuales el capitalismo es un sistema de organización social cuestionable.

El capítulo séptimo plantea por qué no será posible resolver definitivamente el problema de la inseguridad si no sometemos a crítica nuestra relación con el consumo. Si el factor que más correlaciona con la inseguridad es la desigualdad, eso significa que no sólo se roba para comer y acceder a bienes básicos, sino para igualar a otros en sus estándares de consumo.

El octavo capítulo se ocupa de señalar aciertos y errores de las principales alternativas al capitalismo que han sido planteadas históricamente tanto desde el punto de vista teórico como práctico.

Los capítulos nueve y diez están dedicados a brindar herramientas para un modelo de organización social significativamente menos injusto, basado en la cooperación, en la planificación participativa, en un modelo de complejos equilibrados de trabajo y en una remuneración acorde al esfuerzo y al sacrificio.

El problema de la inseguridad ha sido escasamente estudiado en la Argentina. Hay sin duda trabajos muy valiosos, algunos de los cuales serán citados en este libro, pero el fenómeno aún no ha sido objeto de la cantidad de estudios que serían necesarios para proponer un conjunto de políticas efectivas basadas en la evidencia científica.

No contribuye al estudio del problema el hecho de que los medios para generar información significativa sean bastante escasos. Instituciones encargadas de producirlos como la Dirección de Política Criminal y la Dirección de Inteligencia Criminal no están articuladas de manera eficaz con otras fuentes de información nacional y provincial. Además, la información que proviene tanto de fuentes policiales como judiciales se concentra en la contabilización de los casos (robos, homicidios, etc) realizados por personas de determinadas características (edad, educación, etc.), sin que esta información sea vinculada con realidades sociales más abarcativas y sin que se estudie sistemáticamente el crimen organizado, otra de las bases de sustentación de delito.

Este es un libro de filosofía política por cuanto se propone brindar una imagen global del tema y no una investigación sobre alguna cuestión puntual referida a la violencia social. No obstante, a diferencia de no todos pero sí de

muchos libros de filosofía, ofrece herramientas muy puntuales para resolver el conflicto, en la convicción de que vivir en una sociedad menos injusta es posible y deseable en todo país que verdaderamente esté interesado en ensanchar el círculo democrático, entendiendo que la democracia se establece entre miembros libres e iguales, y que por tanto es incompatible con formas extremas de inequidad.

Quiero agradecer muy especialmente a Gerardo Primero por su lectura atenta de los originales del libro. Su rigor científico, sus críticas atinentes, su paciencia y su afecto han sido una valiosa compañía para esta investigación.

CAPÍTULO 1

VIOLENCIA SOCIAL E INEQUIDAD: ANÁLISIS Y PROPUESTAS

(PONENCIA PRESENTADA EL 11 DE JUNIO DEL 2009
EN EL SENADO DE LA NACIÓN ARGENTINA)

1.1. LA DESIGUALDAD, EL FACTOR MÁS DETERMINANTE

Más de cincuenta estudios⁷ señalan que la violencia es más común en sociedades en las que hay mayor inequidad, es decir, allí donde hay mayor desigualdad de ingresos y, por tanto, de posibilidades de desarrollo social. Desigualdad y desventajas comparativas resultan clave para entender el concepto de inequidad. En los estudios señalados la llamada “inseguridad” correlaciona mucho más con la inequidad que con la pobreza, el desempleo, el PBI por cápita, el consumo de energía por cápita y la participación en los niveles medios de la educación. También en la Argentina los estudios de Pompei (1999)⁸ y Cerro y Meloni (1999)⁹ atribuyen un peso explicativo mayor al aumento de la desigualdad en la distribución del ingreso. Los dos últimos sostienen que un incremento del 10 por ciento en la desigualdad estaría asociado a un aumento del 3 por ciento en la tasa de criminalidad.

El primer estudio fue realizado por tres economistas para el Banco Mundial en base a las tasas mundiales de delito suministradas por las Naciones Unidas. Abarca el seguimiento de 39 países entre 1965 y 1995 y otros 37 países entre 1970 y 1994, entre otros, Estados Unidos, países de Europa del este, de Africa, Latinoamérica y el Caribe. El estudio está disponible en internet (en inglés).¹⁰

El otro estudio mencionado, también disponible en internet (en español) fue realizado por dos economistas argentinos, Ana María Cerro y Osvaldo Meloni, y mereció en 1999 el premio sobre investigación en economía Fulvio Salvador Pagani. Los investigadores trabajaron en quince provincias de la Argentina con datos anuales para el período 1990-1997¹¹ y observaron una significativa correlación entre el aumento de la inequidad y el desempleo por un lado, y el del delito por el otro.

Durante la década del noventa la desocupación creció en la Argentina, alcanzando los dos dígitos. El desempleo creció también entre los jóvenes¹². A fines del 2005 se calcula que uno de cada cuatro jóvenes latinoamericanos estaba en situación de exclusión. En la Argentina la tasa de desocupación juvenil creció de 15,2% en 1990 a 26,4 en 1999. En la Capital Federal, entre 1990 y 1998 los delitos crecieron un 51%. En la provincia de Buenos Aires, en 1999 el 44% de los jóvenes entre 15 y 24 años (6.337.000) estaba fuera del sistema educativo y la mitad no tenía trabajo.

Actualmente en la Argentina hay más de 900.000 jóvenes que no estudian ni trabajan. Tienen entre 16 y 24 años y están en situación de vulnerabilidad social, no saben qué hacer o para qué esforzarse ni suelen formar parte de ningún programa de inclusión juvenil, y cuando ingresan temporariamente al mundo laboral lo hacen en tareas de baja calificación y no mediante un trabajo enriquecedor que pueda brindarles un sueldo digno. Cerro y Meloni señalan que las tasas de desempleo de los jóvenes con niveles de educación formal incompleta (primaria, secundaria y universitaria incompleta) son sistemáticamente más altas que el promedio. Lo mismo ocurre con los adultos mayores de 50 años con baja calificación. También es significativo que la tecnología reemplaza tanto el trabajo de jóvenes como de adultos de baja calificación. Las variables analizadas -inequidad, desempleo, pobreza e indigencia- son factores que los economistas, desde Adam Smith en adelante, han juzgado importantes en la explicación de la delincuencia. Adam Smith ya había observado que la inequidad era una fuente de violencia social cuando escribió: “La abundancia del rico excita la indignación del pobre imprudente, y la necesidad y la codicia le impelen a invadir las posesiones del otro”.¹³ Cerro y Meloni sostienen que es posible que, como sucedió en la década del 90 en Argentina, un crecimiento del producto bruto sostenido e importante sea acompañado por un deterioro en la distribución del ingreso, ante lo cual es de esperar un aumento en la tasa de delincuencia. Evaluaron también que entre 1980 y 1997, hubo un crecimiento anual de la tasa de delincuencia del 6%, y un crecimiento anual de inculpados menores de 21 años por cada 10.000 habitantes del 13,5% en el período 1995-97. Mientras el estudio señala que un aumento en el desempleo del 10% aumenta la tasa de delito en 1,9%, un aumento del 10% en la desigualdad de ingresos aumenta la delincuencia en un 3%. Es decir que según este estudio el aumento de la desigualdad acrecienta considerablemente más el delito que el desempleo.

La variable *desigualdad* fue medida como el cociente entre la participación del ingreso del 20% superior de la población respecto del 40%

inferior. Estos hallazgos coinciden con los obtenidos por Zhang para el caso de Estados Unidos¹⁴, donde un fuerte impacto de la tasa de desempleo y de la desigualdad de ingresos repercute en los delitos contra la propiedad. La investigación tiene un enorme significado para el diseño de políticas destinadas a combatir la delincuencia. “Si las variables que caracterizan el entorno socioeconómico no tuvieran significación -señalan Cerro y Melonilas políticas para luchar contra la delincuencia deberían concentrarse en las áreas de seguridad y justicia. En cambio, si el desempleo y la desigualdad de ingresos tienen importancia (como ocurre en nuestro modelo), las políticas deberían tener un alcance más amplio que incluyera las áreas de educación y trabajo. Con estos resultados, los programas sociales destinados a aliviar el desempleo cobran más fuerza, al tener un impacto adicional sobre la delincuencia. Sin embargo, esto no implica que deba implementarse ‘cualquier’ programa social. El estudio de Zhang, previamente mencionado, muestra que no todos los programas sociales tienen un fuerte impacto sobre las actividades ilegales”.

Como es sabido, la mayor parte de los delitos afectan a la propiedad privada. En promedio, en Argentina, para el año 1993 el 70% de los delitos fueron atentados contra la propiedad. Este valor fluctúa entre el 50% y el 80% de acuerdo a las provincias, pero en todas ellas es el delito más frecuente.

Durante la segunda mitad de los años 80, en el país se incrementaron los atentados contra la vida humana y hasta comienzos del 2000 se mantuvieron entre ocho y diez homicidios cada cien mil personas por año. Con la recuperación económica entre el 2001 y el 2005, la tasa descendió a seis homicidios cada cien mil habitantes, casi en el mismo nivel que la estadounidense, y tres veces superior a la de Canadá.¹⁵

La inequidad es el factor que más correlaciona con los asesinatos y los delitos contra la propiedad privada. El trabajo citado de Pablo Fanjnzyber, que incluye tasas de Latinoamérica y de muchos otros países, se propuso identificar los determinantes de las tasas de criminalidad a través de los países y del tiempo, y coincide también con el de Daly, Wilson y Vasdev¹⁶, que atribuye a la inequidad -y no a la pobreza- el 50% de los asesinatos y delitos contra la propiedad privada. Por ejemplo, la desigualdad (medida a través del coeficiente de Gini) correlaciona con el homicidio en 50 Estados de EEUU y en 125 ciudades del mismo país. El coeficiente de Gini es un número entre 0 y 1 (a veces se expresa en porcentaje, multiplicando el coeficiente por cien, y se denomina índice de Gini) en el que el cero se corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y

el 1 con la perfecta desigualdad (un grupo tiene todos los ingresos y todas las demás personas ninguno).

Cambios temporales en el coeficiente de Gini predicen cambios en las tasas de homicidio. Fleisher¹⁷ fue pionero en la visión que tomó en cuenta el papel que juega el ingreso en la cantidad de crímenes y delitos. En 1960 este autor observó que a medida que subían los ingresos bajaban las tasas de crímenes y robos cometidos por hombres jóvenes. También encontró que la inequidad (es decir, la desigual distribución de la riqueza) jugaba un papel importante en relación a la violencia social. En 1973 Erlinch¹⁸ siguió investigando en esta línea y comprobó que influían las oportunidades brindadas por las potenciales víctimas. En este estudio se planteó la hipótesis de que la inequidad sería la principal causa de la delincuencia por obra del llamado “efecto envidia”, que encuentro más apropiado denominar “justa indignación”, en virtud de la imposibilidad de cumplir con los fines que una sociedad democrática propone para el ciudadano medio, sumado a la disponibilidad de personas con recursos económicos a las que es posible robar (cuando la mayoría es pobre, hay menos ocasión de que un robo resulte lucrativo). Ambos autores vieron que la tasa de desocupación tenía menos incidencia en el delito que el nivel de ingresos y la distribución del ingreso en una sociedad que considera a la riqueza como el objetivo socialmente más valioso.

En la teoría de la tensión de Merton¹⁹ el delito aparece explicado como una tensión entre los objetivos propuestos por la sociedad y los medios legítimos para alcanzarlos. Esta teoría podría ser complementada también con la propuesta por Short y Strodbeck en base a un estudio de seis bandas de adolescentes en Chicago. Los autores entienden que el delito es más probable allí donde los jóvenes perciben como más limitadas sus oportunidades de éxito escolar o profesional.²⁰

Cuanto más elevado es el coeficiente de Gini, es decir cuanto mayor es la desigualdad, mayor suele ser la tasa de homicidios y, en general, mayores son los niveles de violencia en una sociedad. En la mayoría de los estudios se prefiere tomar como referencia la tasa de homicidios y no la de robos porque se reportan más los homicidios y, por tanto, se la considera una tasa más fiable. Para la Organización Panamericana de la Salud, un índice normal de criminalidad es el que oscila entre 0 y 5 homicidios cada 100.000 habitantes por año. Cuando se ubica entre 5 y 8 se lo juzga “delicado”, y cuando excede los 8 se lo considera un cuadro de criminalidad “epidémica”. En América Latina y el Caribe, en 1980 fue de 12,5, en 1991 de 21,3 y en el 2006 de 25,1. Esto significa que en el 2006 triplicó el nivel de la epidémica. El promedio de homicidios

supera el doble del promedio mundial, haciendo que esta región sea una de las más violentas del planeta. Hacia finales del 2005 se calcula que uno de cada cuatro jóvenes latinoamericanos estaba en situación de exclusión, fuera del mercado de trabajo y del sistema educativo. Se estima además que el 14% del PBI de la región se pierde por la violencia, en contraste con las pérdidas por violencia menores al 5% en muchos países desarrollados.²¹

Tomemos los datos correspondientes al 2004 de algunos países con bajos coeficientes de desigualdad:

- **Finlandia:** Gini 0,25 - Tasa de homicidios 2,75 c/10.000 por día
- **Suiza:** Gini 0,33 - Tasa de homicidios 2,94 c/10.000 por día
- **Alemania:** Gini 0,30 - Tasa de homicidios 0,98 c/10.000 por día

Veamos ahora los datos de países con mayor inseguridad:

- **El Salvador:** Gini 0,53 - Tasa de homicidios 43,4 c/10.000 por día
- **Venezuela:** Gini 0,49 - Tasa de homicidios 34 c/10.000 por día
- **Paraguay:** Gini 0,57 - Tasa de homicidios 18 c/10.000 por día

A mayor desigualdad social, mayor violencia.

- **Argentina:** Gini 0,51 - Tasa de homicidios 6,8 c/10.000 por día
- **Estados Unidos:** Gini 0,40 - Tasa de homicidios 5,5 c/10.000 por día²²

Como vemos, la violencia es el precio de la desigualdad social. Y lo es en contextos democráticos, allí donde la sociedad propugna el ideal de que todos mediante su esfuerzo y su talento tienen las mismas posibilidades de ascenso social, sin que muchos de sus miembros encuentren un ámbito propicio para lograrlo.

En sociedades que tradicionalmente han sido pobres no hay un índice elevado de delitos, ya que no hay una gran distancia entre lo que una persona posee y lo que desea. Como no conocen ni aspiran a llevar otro tipo de vida, no los tienta la posibilidad de delinquir. También en países tradicionalmente jarárquicos como la India, donde la religión juega un rol pacificador, los índices de delitos han sido bajos, ya que la sociedad no propone las mismas metas para todos. Las personas ubicadas en la escla más baja de la sociedad no aspiran a obtener los bienes de los que disfrutaban los sectores más privilegiados.

En contextos formalmente democráticos como el de la Argentina, en cambio, se promueven, al menos como ideal, metas comunes de consumo y bienestar para el conjunto de los habitantes. Esta situación se agrava aún más si han mejorado su nivel social durante un tiempo y una crisis económica les quita lo poco que poseen (pauperización). La correlación inequidad-violencia atañe fundamentalmente a los Estados modernos. Se duda de que exista en sociedades sin Estado, especialmente en las cazadoras-recolectoras, en principio porque algunas de ellas son más igualitarias, y además porque la ausencia de un sistema judicial medianamente efectivo, que represente a una tercera perspectiva imparcial, es lo que hace que muchos teóricos atribuyan la mayoría de las muertes a venganzas familiares y personales.

Otros estudios encuentran mayor correlación entre el nivel de delitos y la tasa de desempleo. Al aumentar el desempleo se espera que disminuya el ingreso de las actividades legales en relación a las ilegales, y aumente la tasa de delincuencia. Chiricos realizó en 1987 una revisión de la evidencia empírica y demostró que tal relación era cuestionable.²³ Sullivan no propone una relación directa entre falta de oportunidades y crimen, pero sí entre desempleo, desestructuración familiar, falta de control comunitario y delincuencia juvenil. A su modo de ver la necesidad económica no genera por sí sola el delito, pero crea las condiciones de debilitamiento familiar y la pérdida de lazos comunitarios, tornando más probable la participación en delitos. No se trataría de variables de un valor explicativo total sino de factores de riesgo.²⁴

Se roba para obtener pequeños o grandes botines y también para participar de una aventura o combatir el aburrimiento (como señala Daniel Miguez en su libro *Los pibes chorros*, donde se describe cómo jóvenes que no estudian ni trabajan aprenden a robar contactándose con otros jóvenes en la calle²⁵) y se roba por justa indignación, en virtud de que todos los días esos jóvenes ven desfilar ante sus ojos la vida que la sociedad les dice que podrían disfrutar pero que esa misma sociedad les niega. Muchos de los que roban también trabajan y/o estudian. El dinero robado, a diferencia del que se gana mediante el trabajo, a veces es utilizado para “darse un gusto” mediante gastos extraordinarios, como gastaría un miembro de la clase media la plata ganada en el casino. En el acto delictivo están presentes el resentimiento contra la cultura convencional y el deseo de alcanzar estándares de consumo, reconocimiento y poder. Es en este sentido que puede sostenerse que el llamado fenómeno de la “inseguridad” es propio de las sociedades democráticas, es decir, de contextos en donde se produce una brecha entre las ex-

pectativas y objetivos que genera la sociedad y las posibilidades reales de lograrlos.

Dentro y fuera de la cárcel, las bandas de jóvenes que se dedican a tareas delictivas responden a esquemas jerárquicos y alternativos de poder y reconocimiento. Míguez muestra muy bien cómo las subculturas del delito no sólo permiten a sus integrantes proveerse de bienes materiales sino también consagrar el orden ético de una vida marginal, con un sistema de regulaciones sociales en las que se puede llegar a posiciones de prestigio y poder que son negadas en la sociedad mayor.

En contextos tradicionalmente pobres, la miseria no genera delitos, ya que no hay una gran distancia entre lo que una persona desea y lo que posee. No podrían aspirar a otra forma de vida porque no la conocen, o por tratarse de sociedades jerárquicas en las que no se plantean las mismas posibilidades (ideales) para todos los ciudadanos. En una sociedad estamentaria, no se ambicionan horizontes correspondientes a otras jerarquías sociales. Decía párrafos atrás que en la India conviven sectores privilegiados junto a otros que pasan privaciones. Es un país con mucha pobreza pero con niveles de desigualdad relativamente bajos (el coeficiente de Gini del 2004 fue de 0,36, aunque ha crecido algo últimamente), las tasas de delito son bajas, así como los niveles de inequidad. El elemento religioso no puede ser soslayado, ya que explica en parte las bajas tasas de delitos, pero también juega un papel importante el hecho de que la sociedad no proponga las mismas metas para todos sus ciudadanos. En la Argentina y en muchos otros países occidentales, en cambio, se postulan metas comunes de consumo y bienestar, mientras que grupos sociales con crecientes restricciones no tienen ni mínimamente la ocasión de alcanzarlas. Como se señaló anteriormente, esto es más grave si la situación económica hace que pierdan lo poco que lograron reunir. Si no obtienen lo que la sociedad les propone por una vía tradicional, podría volverse tentadora la posibilidad de obtenerlo mediante la transgresión.

Es significativo que sea muy común el arrebato de zapatillas de marca cuyo precio representa entre un tercio y un cincuenta por ciento de un sueldo mínimo. Con frecuencia las zapatillas de marca son lo primero que compra un adolescente que acaba de robar. Cuenta Daniel Míguez que en la bailanta, donde se construyen muchos de los rasgos de pertenencia grupal, los músicos de cumbia villera llevan al escenario el estilo clásico de los pibes chorros, y las zapatillas ostentosas son parte fundamental de ese atuendo. No se trata de acceder simplemente a un calzado, sino a una porción de prestigio social y a un sofisticado objeto de consumo que la publicidad insta cotidianamente

a adquirir.²⁶ El razonamiento de un joven que está en conflicto con la ley podría ser: “¿Por qué voy a respetar al que me está perjudicando o al que acumula una riqueza descomunal, y tiene la posibilidad de comprarse esas zapatillas, mientras mis oportunidades de progreso social son casi nulas?”. En una entrevista, una mujer que roba en negocios para revender en la villa (se las conoce como “mecheras”) cuenta que su hija ahora tiene las mismas zapatillas que la hija de la princesa argentina de Holanda, y que Wanda Nara, la esposa de un futbolista de primera división.²⁷

Episodios como éste también revelan la ruptura del lazo social, la desaparición del compromiso cívico y el incremento del comportamiento antisocial. A medida que disminuye la inequidad, aumenta el sentido de pertenencia a la comunidad. En cambio si la inequidad se eleva, el prójimo pasa a ser objeto de envidia, odio, resentimiento e indiferencia, y esos son los primeros pasos que operan como condición de posibilidad para la violencia social.

La desigualdad vuelve mucho más probable la violencia social, parece ser el factor que más correlaciona con el delito, pero se trata de una relación probabilística y compleja, vinculada con otras variables que inciden en menor proporción. De otra manera cometeríamos el error de afirmar que todos los pobres son delincuentes, y contribuiríamos a reproducir el consiguiente estigma que deriva de esta consideración. La inequidad brinda más oportunidades de que una persona cometa actos delictivos, pero no lo determina. Un problema que se observa en algunos investigadores es que tratan de desvincular a la violencia social de la pobreza porque no quieren que los pobres sean estigmatizados mediante una operación por la cual se los consideraría a todos -o a la mayoría- delincuentes, abriendo la puerta para que los policías los repriman todavía más, allanando ferozmente las villas, o cercándolas. También es muy común oír en los medios de difusión el siguiente argumento: “Si las condiciones socioeconómicas tuvieran que ver con el problema de la ‘inseguridad’, todos los desempleados en situación de pobreza robarían.”. Después se aduce que como esto no ocurre, es evidente que la causa del conflicto es exclusiva o preponderantemente ética y no socioeconómica. ¿Cuál es error de este razonamiento? La desigualdad (el factor que más correlaciona con el problema, que es multicausal) y la necesidad económica no generan por sí solas el delito, pero acentúan sus condiciones de posibilidad mediante el debilitamiento familiar, la pérdida de lazos comunitarios y el atractivo de un camino trasgresor para acceder a los bienes que la sociedad promueve pero escatima. No se trataría de variables de un valor explicativo total sino de factores de riesgo. La desigualdad

vuelve más probable la violencia social, crea las condiciones para que aumente la cantidad de delitos, lo que no equivale a afirmar que cada sujeto en situación de desigualdad social corre directo a delinquir. La existencia de determinados contextos vuelve más probable una consecuencia, pero no la determina. La relación entre la desigualdad y la violencia social es probabilística.

Otros factores no económicos correlacionan en mucha menor medida con la violencia social: la edad (es más probable que cometan delitos jóvenes entre 15 y 29 años, una edad en la que la mayoría siente que tiene muy poco para perder), la religión (contrariamente a lo que pueda suponerse, los países cristianos tienen altos índices de homicidio comparados con los musulmanes), el género (la inmensa mayoría de los delitos son perpetrados por varones), la facilidad para obtener armas, la densidad poblacional (a mayor densidad, más violentos suelen ser los crímenes). El sur y el este de Asia tienen tasas de crímenes menores que la media, y Latinoamérica tiene tasas superiores a la media. Como decíamos, la relación entre la inequidad, el desempleo y el delito no es directa ni inmediata, porque para que la inequidad conduzca a la delincuencia es necesario que se haya producido una socialización conflictiva en relación a los valores de la honestidad, el trabajo y la familia, que dejan de ordenar la vida de las personas. Como señala Míguez²⁸, difícilmente una persona se quede sin trabajo y salga a robar de la noche a la mañana, “para que ese descalabro se produzca se debería perder o relativizar sustantivamente la escala de valores”; el desempleo produce un clima anómico y una pérdida de las rutinas que estructuran la existencia.

En nuestra sociedad el trabajo otorga identidad a las personas, las integra socialmente, organiza su vida en etapas (cuando primero se estudia) y su cotidianidad en rutinas. La falta de trabajo y de normas implica con frecuencia una pérdida de los estímulos que organizan la vida, la disolución de los lazos de contención y la pérdida del sentido global que se le da a la vida, vinculado con la generación de proyectos a largo plazo. Esta posibilidad se incrementa si se producen fenómenos como el alcoholismo y la disolución de lazos de contención. En las entrevistas realizadas por Míguez a jóvenes que han delinquido, se observa la dificultad que tienen para recordar de qué trabajó su padre, ya que lo más común, si lo conocieron, es que hiciera changas en distintos rubros. Algunos saben que sólo una vida de estudio y trabajo los “rescataría” (esa es la palabra que usan) del mundo del delito, pero no dejan de vivir de manera ambigua esta consideración, emprendiendo a menudo acciones que van en dirección contraria.

En algunas entrevistas televisivas realizadas a jóvenes en conflicto con la ley, se observa un marcado desprecio por el mundo del trabajo, y en particular por los “giles que trabajan”, tal vez en la consideración de que el trabajo a menudo exige, al menos para ellos, un excesivo sacrificio en función del bienestar económico que procura, y que los que obtienen mucho dinero rara vez lo hacen a través del trabajo.

El desempleo permanente o la falta de estabilidad laboral contribuyen a que se pierda progresivamente la capacidad de transmitir a las nuevas generaciones valores vinculados con el trabajo, la educación y la familia. Durante la década del noventa, en la Argentina el salario de los sectores de baja calificación disminuyó en un 40%. Pocos años después, más de la mitad de la población cayó por debajo de la línea de pobreza. Los jóvenes que hoy delinquen crecieron en la década del noventa y no conocieron el modelo de estabilidad laboral de las generaciones anteriores ni la dignidad personal que esto conllevaba para sus abuelos, encarnada en la máxima “Del trabajo a casa y de casa al trabajo”, que definió a los sectores populares durante décadas. En este ámbito el varón dejó de ser el principal proveedor económico del hogar y fue sustituido en esa tarea por mujeres y niños. La mayoría de los jóvenes que delinquen nacieron en familias monoparentales, vivieron privaciones en la infancia, mientras observaban el ascenso de otros grupos sociales. Si la familia, el colegio, el trabajo o la casa dejan de ser vistos como espacios propios, tal como testimonia Míguez, para los marginados y los desempleados, el grupo de pares en la calle y sin ocupación específica es constituido como ámbito de referencia. Estos grupos generan sistemas de creencias y jerarquías alternativas. La violencia se convierte en (1) una fuente de ingresos alternativa, (2) una acción aventurera y una expresión de coraje y de fuerza física y (3) un canal de resentimiento. La vida es el espacio de la absoluta inmediatez.

En el siguiente testimonio se observa cómo la violencia a menudo está relacionada con la falta de acceso a formas de consumo básicas: “Estábamos solos, con mis hermanitos y con mi vieja en la casa, era el cumpleaños de mi vieja y no teníamos nada para festejar. Ni una torta ni nada. Y yo le dije a mi vieja ‘Quedáte tranquila que hoy vamos a festejar’. Tenía bronca, mi vieja laburaba y había laburado toda la vida y ni el cumpleaños podía festejar. Y salí... esa noche mi vieja tuvo cumpleaños con todos los vecinos, sí o sí”.²⁹

El conjunto de rap “Fuerte Apache”, cuyos integrantes pertenecen a la villa que da nombre al grupo, escribió en una de las estrofas de su tema “El

mundo al revés”: “Nos marginan a todos / a nadie le importamos / sólo nos nombran / cuando mal actuamos / cuando nos drogamos / robamos o matamos / En mi barrio se tendrían que formar profesionales / en lugar de que los chicos sean criminales”. No se habla de “inseguridad” para referir a las víctimas de la exclusión. Sólo se las considera “un peligro”, en lugar de subrayar que están “en peligro”.

Es importante tener en cuenta que las personas en situación de pobreza también son víctimas de robos y arrebatos. Décadas atrás era común que en las villas los vecinos dejaran su ropa colgada en la calle, o que sus gallinas circularan por los pasillos comunes. Hoy estos hábitos han desaparecido por la frecuencia de los hurtos. Desde la década del noventa se han exacerbado las pequeñas diferencias de ingresos en el interior mismo de los sectores populares. La distribución de los programas sociales en los barrios profundiza muchas de esas diferencias, ya que no todos son sus beneficiarios, promoviendo la ruptura de solidaridades que antes proporcionaba el mundo del trabajo.

Gabriel Kessler señala también que un elemento a tener en cuenta es la ruptura de reciprocidades y la desaparición de nociones compartidas de justicia entre distintos sectores sociales. La tradicional figura del “buen patrón” cumplía expectativas básicas ligadas a una idea de justicia, asociada a su preocupación por los subordinados, según formas tradicionales de gestión de la desigualdad.³⁰

Según el citado trabajo de Cerro y Meloni, otros factores que probaron su participación en el fuerte aumento observado en la tasa de delincuencia, fueron los cambios producidos en la legislación argentina en materia penal y procesal penal a partir de 1984. “La reducción de penas y la incorporación de beneficios para los condenados -escriben- disminuyeron el efecto disuasivo de las penas. El mismo efecto tuvieron los recortes en las facultades de la policía, y en menor medida, la liberación de delincuentes comunes. En 1997 la probabilidad de condena por delitos contra la propiedad era de sólo 0,44%”.

Los resultados econométricos confirmaron la importancia del efecto de disuasión. Un aumento en la probabilidad de arresto de un 10% disminuiría la tasa de delito en un 1.3 % de acuerdo al modelo considerado, en tanto que un aumento en la probabilidad de sentencia también del 10% disminuiría la tasa de delito de un 1,9 a un 2,2%. Cerro y Meloni subrayan que las bajas probabilidades de arresto y sentencia no obedecen a la escasez de recursos sino a un uso ineficiente de los mismos. Durante el lapso que aborda

su estudio, tanto el gasto en Justicia como en Seguridad aumentaron y, sin embargo, los resultados no fueron los esperados. En el caso de las fuerzas de seguridad, detectaron también problemas de incentivos que, en el mejor de los casos, favorecen la represión en detrimento de la prevención del delito. Los autores evalúan que el sistema judicial en Argentina es caro e ineficiente, por lo cual a su modo de ver difícilmente pueda ser un instrumento eficaz en la disuasión del delito. Ambos sostienen que el efecto de mejorar los cuadros policiales y de actuar sobre los incentivos tendrá un impacto limitado en la medida en que no se implementen planes eficaces en los ámbitos social, legislativo y judicial.

También es conocido que la mayor parte de los actos delictivos son protagonizados por hombres (sobre el total de inculcados en el país en el período 1991-97, el 88,7% son hombres)³¹. Los estudios coinciden en señalar que los delitos son más frecuentes entre los 17 y 23 años, y que a medida que crecen los jóvenes tienden a abandonar en una alta proporción los actos delictivos.³² Convendría aclarar que, aunque por lo general los sectores más favorecidos no lo perciban, la llamada “inseguridad” no causa más daño que la pobreza, la inequidad, los accidentes automovilísticos, las estafas millonarias al Estado, las estafas de los funcionarios públicos o las del pequeño ventajismo de los sectores medios. El fenómeno del que estamos hablando no es el único que supone la transgresión de las normas.³³

Otro factor bien conocido pero que conviene tener en cuenta es que aproximadamente la mitad de la población de las grandes ciudades de los países capitalistas suele ser víctima de algún tipo de delito³⁴. Cuanto más grande es una ciudad en la Argentina, más violentos son los delitos, aunque su número no sea mayor que en las ciudades no tan pobladas. En la medida en que no hay futuro, el presente se devalúa y se juega al todo o nada.

1.2. ALGUNAS MEDIDAS QUE PUEDEN CONTRIBUIR A RESOLVER EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA

Sería deseable articular políticas públicas destinadas a resolver el problema a partir de la evidencia científica y no de la mera opinión. Es decir, apuntando a la problemática que, como se ha señalado, es la que más correlaciona con la inseguridad: la desigual distribución de ingresos y de oportunidades. A continuación, enumero algunas medidas que permitirían enfrentar el problema a partir de sus causas y no de sus consecuencias.

1.2.1. INGRESO BÁSICO CIUDADANO (O RENTA BÁSICA UNIVERSAL)

Otorgamiento de un ingreso básico a todo ciudadano, independientemente de su posición económica, promulgado mediante una ley nacional y equivalente a un conjunto de bienes y servicios primarios que permitan garantizar la vida, evitando que la inflación disminuya su poder adquisitivo. La medida ha sido adoptada, con diversos matices, en lugares tan disímiles como Alaska, Brasil, Canadá, Holanda y Sudáfrica³⁵, es una extensión de la Asignación por hijo implementada en la Argentina y se basa en sus mismos principios filosóficos. En Alemania y en otros países de la zona, cuando se termina el seguro de desempleo, se otorga otro que disminuye cada mes si el beneficiario no acepta los trabajos que se le ofrecen, pero no se reduce tanto como para privar de bienes básicos que permiten mantenerse con vida. El ingreso podría ser aplicado gradualmente, beneficiando primero a los más necesitados. Un lema posible para la instauración de esta medida: “Tolerancia cero a la indigencia”, o “Tolerancia cero a la pobreza”. Con el Ingreso básico ciudadano se evitan los problemas suscitados por el clientelismo. Frente a los que descalifican este proyecto por considerar que entonces ya no habría motivación para trabajar, cabe argumentar que las personas no sólo trabajan para ganar dinero, también lo hacen para sentirse útiles, entretenerse, disfrutar de la sociabilidad que proporciona el ámbito laboral, porque les gusta la tarea que desempeñan, para contribuir al bien común o simplemente porque otros lo hacen. Además, el Ingreso Básico cubriría bienes mínimos que garanticen la vida, para acceder a otros bienes como el televisor sería necesario trabajar.

Messner y Rosenfeld (1997) analizaron la relación entre el aumento de los gastos en asistencia social y los homicidios y comprobaron que al aumentar los gastos en asistencia social disminuyen los homicidios. Briggs y Cutright (1994) también encontraron en 21 países una correlación entre gastos en seguridad social y número de homicidios. No es cierto que los planes sociales nunca puedan dar resultados inmediatos. En Venezuela el plan “Alcatraz” implementado por Vollmer logró desarticular una banda de delincuencia rural al ofrecer un programa de trabajo sistemático. En Cali durante los noventa también se obtuvieron resultados con programas de desarrollo de barriadas que incluían la legalización de la titularidad de las viviendas para los ocupantes de terrenos, la provisión de obras públicas, servicios de salud, espacios de recreación, capacitación y apoyo para microempresas.

1.2.2. BECAS EN EL ÁREA EDUCATIVA Y DE CAPACITACIÓN

El 60% de los trabajadores informales no terminó la secundaria. Si los padres no pueden hacerse cargo de solventar la subsistencia de sus hijos mientras cursan la escuela primaria, el colegio secundario o la universidad, el Estado garantizaría los gastos de subsistencia y de estudio. Este sistema se aplica desde hace muchos años en Alemania. El monto de las becas también debería ser equivalente a un conjunto de bienes y servicios básicos, para evitar que la inflación disminuya su poder adquisitivo.

1.2.3. COLEGIO SECUNDARIO OBLIGATORIO, CON SALIDA LABORAL Y EDUCACIÓN PARA LA VIDA

Muchos de los jóvenes en conflicto con la ley están escolarizados, pero casi ninguno termina la secundaria. Un estudio realizado en la Argentina comprobó que sólo el 5% de los presos tenían secundaria completa.³⁶ Otro realizado en Perú evidenció que mientras el 67% de la población terminó la secundaria, en las cárceles el 61% no la finalizó y el 22% no terminó la primaria. El fracaso escolar es recurrente por diversos motivos que no sería posible puntualizar aquí (para mencionar algunos, muchos sienten que el colegio, aunque necesario para la obtención de un trabajo, no ofrece conocimientos relevantes; en los hogares pobres falta privacidad para concentrarse en el estudio; a muchos les resulta arduo estudiar y trabajar al mismo tiempo). Según la investigación de Miguez, el 80% de los empleos que pueden obtener los jóvenes entrevistados son de baja calificación, y la retribución económica es muy baja. Se garantizaría mediante subsidios y otros mecanismos la obligatoriedad del colegio secundario, que capacitaría para un oficio y ofrecería a través de las materias filosofía, psicología (estudios sobre habilidades sociales) y sociología una preparación práctica para la vida (por ejemplo, entrenamiento para la gestión de conflictos, para el ejercicio de la templanza -la virtud necesaria para no comprar placeres al precio de grandes dolores; se aplica, por ejemplo, al consumo de drogas-, herramientas para el diálogo no violento, desarrollo de la asertividad, para defender los propios derechos sin lesionar los derechos de los demás, abordaje de problemáticas de género -cuestionamiento del modelo de masculinidad, compartido por padres e hijos varones, ligado al ejercicio de la violencia como forma de reafirmar la propia identidad, como supuesta expresión de coraje y de la “defensa del honor”, y cuestionamiento del tradicional rol femenino de sumisión-). En las

cárceles, el estatus moral y “profesional” con frecuencia se dirime a través de la confrontación física. Estos mismos programas para una formación no violenta deberían estar presentes en emisiones especiales realizadas para ser difundidas por la radio y la televisión estatales, y a disposición del conjunto de la ciudadanía. En cada institución educativa deberían incorporarse personas destinadas específicamente a ayudar a los alumnos con problemas de aprendizaje y de conducta.

1.2.4. CAPACITACIÓN LABORAL PARA JÓVENES EN SITUACIÓN DE VULNERABILIDAD

Cursos y capacitación para oficios con salida laboral. Desarrollo de iniciativas destinadas a contener y capacitar a jóvenes entre 18 y 23 años que desertaron de la escuela. Recibirían una beca para retomar por la mañana su escolaridad (por medio de convenios con las carteras educativas locales), y por la tarde aprender oficios como tornería, construcciones, panadería, mecánica, electricidad, etc. Los niños que no desertaron del sistema escolar recibirían una beca para seguir yendo a clases y aprender oficios a contraturno. El sistema incluiría un régimen de tutorías por parte de jóvenes universitarios que enseñarían técnicas de estudio, cómo preparar un currículum y nociones básicas de contratos laborales. Los estudiantes universitarios recibirían créditos académicos por la realización de estas tareas comunitarias en el último año de la carrera. Este plan fue llevado adelante por Julio Cobos en Mendoza, cuando era gobernador. Ya en ejercicio de la vicepresidencia, lo envió al Congreso en el 2006, y en el 2008 casi había convencido a la presidenta Cristina Kirchner de sus bondades. A partir del “voto no positivo” de Cobos al proyecto de las retenciones a los granos impulsado por el Gobierno, ni la Casa Rosada ni el Parlamento volvieron a ocuparse del tema. Esta institución debería desarrollar una acción coordinada con la que mencionamos a continuación.

1.2.5. CONCEJO PARA LA ASIGNACIÓN DE EMPLEOS

Destinado a mediar en la asignación de puestos de trabajo en el ámbito público y privado. Se daría prioridad a las personas en situación de vulnerabilidad y se garantizaría que los habitantes de las villas no sean discriminados por el lugar en el que viven ni por su aspecto cuando solicitan un empleo. Operaría con fondos públicos pero de manera autónoma, como una univer-

sidad. Su dirección sería rotativa: alternarían integrantes del Directorio, conformado de manera proporcional por representantes de todos los partidos políticos.

1.2.6. CREACIÓN DE UN OBSERVATORIO SOCIAL

Conformado o fiscalizado por representantes de todos los partidos políticos, integrado por economistas, sociólogos, psicólogos, filósofos, juristas y estudiosos en general del mundo del delito, el Observatorio Social realizaría estudios cuantitativos y cualitativos en todo el país, investigaciones comparativas en relación a otros países y propuestas de políticas públicas basadas en la evidencia científica. Son muy pocos los investigadores del Conicet que actualmente están trabajando en este tema. Los datos vinculados con la violencia social deben ser de público conocimiento. El Ministerio del Interior dispone de encuestas de victimización pero no las difunde. Actualmente las estadísticas son escasas y, a menudo, manipuladas. Deberían publicarse trimestralmente y presentar informes anuales en las legislaturas provinciales. Es necesario hacer un censo de niños y jóvenes en riesgo y que en plazos razonables los resultados de los estudios se traduzcan en políticas sociales concretas.

1.2.7. MICROCRÉDITOS PARA LA FORMACIÓN DE COOPERATIVAS

Pequeños préstamos y/o subsidios concedidos a personas en situación de pobreza que no pueden solicitar un préstamo bancario tradicional. Por el éxito de este emprendimiento le fue otorgado al banquero y economista de Bangladesh Muhammad Yunus el Premio Nobel de la Paz en virtud de “sus esfuerzos para incentivar el desarrollo social y económico desde abajo”. Se deberían implementar los mecanismos necesarios para evitar el clientelismo en el otorgamiento de beneficios.

1.2.8. REDES QUE CONTRIBUYAN A LA INTEGRACIÓN SOCIAL

Personas o instituciones que puedan atender a las necesidades concretas de los habitantes de cada barrio, brindar ayuda a las madres que crían solas a sus hijos para evitar la deserción escolar, ofreciendo facilidades de todo tipo a la familia y a los alumnos para que se reintegren a la institución. Se combinaría el trabajo de la escuela con el de las organizaciones vecinales (salas médicas, secretarías de bienestar y municipales). Las desigualdades

sociales hacen que el rendimiento en la escuela de los hijos de personas pertenecientes a los sectores populares sea menor que el de los hijos de profesionales e intelectuales, cuyas familias están dotadas de conocimientos afines a los de la educación formal. Para evitar el 30% de deserción escolar en el quintil más pobre (contra un 6% en el quintil más rico), es importante garantizar a los niños de menores recursos una educación que les permita desarrollar nuevas habilidades, motivándolos para aproximarlos a su propia cultura. Es necesario contactar a los jóvenes que hayan abandonado sus estudios. Efectuar una oferta para que se reintegren a la escuela o al colegio, garantizándoles ayuda económica y salida laboral. Crear clubes y asociaciones vecinales que puedan suscitar nuevos intereses en niños y jóvenes, y que eviten el tiempo en que la calle se convierte en una “escuela para el delito”. La idea es combinar la asistencia material proveniente de los planes sociales con un trabajo más focalizado en la problemática de cada familia promovido por clubes y organizaciones vecinales, que también mediante sus actividades culturales y deportivas puedan promover la integración social. Experiencias de este tipo se llevaron a cabo en ciudades como Chicago y hay amplia documentación sobre su eficacia.³⁷ En un estudio realizado por la UNESCO llamado “cultivando vidas, desarmando violencias” se demostró que el arte, la educación, el deporte y la cultura pueden ser utilizados como espacios alternativos de socialización que contribuyen a dar sentido a la vida y operan como posibles canales de expresión y de protesta.³⁸

1.2.9. REINTEGRACIÓN DE LAS PERSONAS QUE DELINQUEN A LA SOCIEDAD

Cárceles y centros de detención de menores que capaciten para el mundo del trabajo, que ofrezcan una reeducación para la vida y que garanticen la obtención (y permanencia) de un trabajo con un sueldo digno. Si la persona que delinque no tiene un oficio, aprender uno en la cárcel no debería ser opcional (aunque sí debería ser opcional la elección del oficio, entre varios que cuenten con salida laboral y paga digna), como ocurre actualmente -por ejemplo- en la provincia de Mendoza, sino obligatorio, incluso para los que cumplen reclusión perpetua. Paralelamente los presos deberían iniciar o terminar los estudios hasta el nivel secundario inclusive, con programas especiales que busquen despertar interés en los alumnos. En este caso tampoco se trataría de una instancia opcional sino obligatoria. No dejo de reconocer las dificultades que puede implicar enseñarle a quien no quiere aprender, pero se

debería evaluar algún régimen de premios o castigos no reñidos con los derechos humanos, basado en planes diseñados por psicopedagogos y que cuenten con evidencia científica, de modo que todos los presos puedan salir de la cárcel con una capacitación. Si la condena es breve y el tiempo no fuera suficiente para terminar la secundaria, se los iniciará en ese proceso que deberán completar fuera de la cárcel. Los que no puedan solventarse los estudios contarán con una beca del Estado que pagará estos gastos, tal como ocurre en Alemania y en otros países.

Míguez encuentra convenientes los “centros de día”, el apoyo económico a las familias, los institutos pequeños (entre 15 y 40 plazas) más cercanos a la familia nuclear, por contraposición a los problemáticos institutos masivos. Señala que en 1998 se dieron subsidios a organismos paragubernamentales muy diversos (algunos estaban alentados por la mera búsqueda de ingresos y otros por una verdadera vocación de servicio), con el objetivo de abrir programas de contención y rehabilitación. Como a veces el Gobierno de la Ciudad no tiene vacantes en centros terapéuticos equipados para brindar una debida atención a menores en situación de vulnerabilidad, a menudo son confinados en neuropsiquiátricos. Esta situación ha sido denunciada por asesores de menores de la justicia porteña, quienes la calificaron como la “psiquiatrización de los pobres”.³⁹ Cuando la persona en conflicto con la ley cumple con su sentencia, vuelve a la sociedad con sus habilidades de mercado reducidas y con sus habilidades criminales aumentadas. Su falta de contactos para conseguir trabajo y su entrenamiento inclinan la balanza hacia las actividades criminales, y éste es el germen de la reincidencia. Se crearían organizaciones eficaces que monitoreen la reinserción laboral de los presos que salen de la cárcel y de los menores que salen de los institutos, y que también monitoreen y garanticen la inserción educativa y laboral de quienes han delinquido una sola vez y han salido en libertad. En Costa Rica se han obtenido muy buenos resultados en los procesos de reinserción.⁴⁰ Los presos cuentan con garantías fundamentales tuteladas por la Constitución, por ejemplo, con el derecho a estudiar y trabajar: el 33% estudian (el Sistema Penitenciario está obligado a alfabetizarlos y a ofrecer escuela primaria, secundaria y universidad para quienes lo deseen). El 70% de la población carcelaria trabaja en tareas de abastecimiento del propio penal, o en oficios como ebanistería (son los principales proveedores de pupitres para el Ministerio de Educación). Tienen un sistema de telefonía pública, derecho a la salud y a la plena información sobre lo que sucede en el país y en el mundo. El 99% de los presos está ocupado y no hubo ningún motín interno en los

últimos 18 años.

Sería además de suma utilidad formar a un grupo de licenciados en filosofía y psicología para impartir en las cárceles clases sobre gestión de conflictos, asertividad (comunicación no violenta), filosofía práctica para la vida, ética, filosofía política y cuestiones de género como las mencionadas. Se estudiaría la posibilidad de que estas clases, impartidas a nivel presencial o mediante la proyección de videos (que eventualmente contarían con la asistencia presencial de profesionales) fueran obligatorias. No se trataría de materias para aprobar mediante exámenes, sino de charlas destinadas a formarlos en la esfera ética y política, con particular atención a la gestión no violenta de conflictos.

Nicaragua implementó planes basados en la prevención, en la rehabilitación, en la apertura de oportunidades de trabajo y de desarrollo artístico y vocacional en las cárceles.⁴¹ El número de homicidios descendió a 8 de cada 100.000 habitantes

Se crearon comités de prevención del delito con integrantes del gobierno, los medios, el sector privado y miembros de las bandas que delinquen, dirigidos a ofrecer oportunidades a quienes dejen estos grupos. El programa ofrecía asesoramiento, oportunidades educativas, entrenamiento y búsqueda de trabajo. En los festejos del Día de la Independencia del 2004, la policía utilizó a 800 jóvenes que habían pertenecido a estos grupos para que ayudaran a manetener el orden.

1.2.10. LÍMITES A LA ACUMULACIÓN DE LA RIQUEZA

Dado que, como se ha señalado, la principal causa de la inseguridad no es la pobreza sino la desigualdad de ingresos y oportunidades, no se solucionará de manera eficaz el problema de la inseguridad ni se logrará la justicia social plena si al mismo tiempo no se limita la acumulación de la riqueza. En la Argentina el 10% de la población concentra entre el 35% y el 37% de la riqueza, y el 20% tiene más de la mitad. Limitar la acumulación de la riqueza también supondría limitar el número de propiedades que puede poseer un ciudadano. Mientras que el alza del valor de las propiedades vuelve cada vez más remota la posibilidad de que los sectores económicamente más desfavorecidos accedan a una vivienda propia, en la Argentina es legal que un solo ciudadano posea varias decenas de propiedades, o más. Dado que a falta de un sistema previsional eficaz, muchas personas viven en su vejez con el alquiler de unas pocas propiedades que han comprado con su esfuerzo y

su trabajo, se podría estudiar la posibilidad de limitar la posesión de propiedades, por ejemplo, al equivalente al valor en alquileres de la jubilación percibida por los funcionarios públicos de más alto rango. Estas medidas deberían ser complementadas con políticas efectivas de asignación de tierras (algo que sobra en nuestro país) y viviendas.

También deberían estudiarse otras medidas destinadas a poner límite a la acumulación de la riqueza. Esto implicaría, por ejemplo, promover formas cooperativas de organización empresarial en contraste con la formación de empresas capitalistas, en las que se posibilita una apropiación del excedente del producto del trabajo. El concepto de “recursos humanos” presupone que un ser humano es una cosa entre las cosas, que así como se compran maquinaria e insumos es legítimo contratar empleados para poner a funcionar una empresa. El empresario que aporta capital ayuda al ofrecer trabajo, pero perjudica al apropiarse del excedente que genera lo producido por el trabajador.

1.2.11. LÍMITES EN EL DERECHO SUCESORIO

¿Cree que los ingresos deben ser proporcionales al esfuerzo que realiza cada persona? Si responde afirmativamente a esta pregunta, usted debería estar a favor de poner un límite al derecho de sucesión. No hacerlo nos lleva a lo que Michael Albert denominó “el problema del nieto de Rockefeller”, y es la posibilidad de que el nieto de Rockefeller no trabaje ni un solo día de su vida y la nieta de un indigente tenga que hacerlo durante toda su existencia en una tarea no gratificante por la que recibe una remuneración miserable.⁴² Es decir, la libertad de Rockefeller limita la libertad y el derecho a una igualdad de oportunidades para los contemporáneos de sus descendientes. No haber hecho nada para obtener una renta, como sería el caso del nieto de Rockefeller, implica que éticamente no la merece. La libertad de Rockefeller para acumular y dar en sucesión millones de dólares entra en contradicción con la libertad de las nuevas generaciones a tener igualdad de oportunidades en materia económica. Es cierto que limitando la acumulación de riqueza se sacrificaría cierta libertad de consumo para la generación anterior, pero es prioritario hacerlo porque se protege la libertad de los contemporáneos y de las generaciones posteriores. De modo que si usted respondió afirmativamente a la pregunta de si los ingresos deben ser proporcionales al esfuerzo que realiza una persona, deberá aceptar que se ponga un límite al derecho de sucesión. Caso contrario, se verá en dificultades a la hora de fundamentar por qué ese derecho no contradice su primera afirmación.

La mayor parte de los teóricos de la economía política coinciden en señalar que las diferencias de riqueza que se acumulan en una sola generación debido a sacrificios desiguales son minúsculas si se las compara con las diferencias de riqueza que surgen por las herencias, por la suerte, por la obtención de una ventaja injusta y por la especulación.

En la Argentina existió un impuesto a la herencia y fue eliminado en 1976 por el Ministro de Economía de la dictadura militar, José Alfredo Martínez de Hoz. Desde entonces hubo varios intentos de reimplantarlo, pero por una u otra razón nunca terminaron de concretarse. En 1985 el entonces presidente Raúl Alfonsín envió al Congreso un proyecto de ley, pero sólo obtuvo media sanción. Hubo después otras iniciativas similares que no prosperaron, hasta que la legislatura bonaerense, bajo el impulso de Daniel Scioli, sancionó el “Impuesto a la Transmisión Gratuita de Bienes”, comúnmente denominado “Impuesto a la Herencia”, que entró en vigencia en enero del 2010.

Muchos países cuentan con Impuesto a la Herencia, empezando por Estados Unidos, que lo aplicó por primera vez tras haber declarado su independencia, y en la actualidad está vigente en varios de sus Estados. En España están gravadas las herencias superiores a los 402.700 euros, en Inglaterra las superiores a 312.000 libras (450.000 dólares) con porcentajes que llegan hasta el 40 por ciento para la escala superior, lo que les permite recaudar algo más de 5.000 millones de dólares anuales. Impuestos similares existen en Alemania, Holanda, Bélgica, Italia y Francia. En Latinoamérica existe en Chile, con una alícuota que llega al 25 por ciento, y en algunos Estados de Brasil con porcentajes bajos. Argentina es uno de los pocos países en el mundo que a nivel nacional no lo tiene.

Si nos mantenemos en la idea de que los ingresos deben ser proporcionales al esfuerzo, tendremos también que llegar a la conclusión de que un buen impuesto a la herencia es aquel en el que no se recibirá el legado de un monto tal que pueda eximir a una persona de trabajar, es decir, librarla de obtener sus ingresos en base a su esfuerzo. Es la razón por la cual si bien el Impuesto a la Herencia de la Provincia de Buenos Aires representa un avance, al posibilitar que una persona herede tres millones de pesos (el equivalente a unos 760.000 dólares), y gravar sólo un 5% la transferencia gratuita de los bienes que superen esa suma, permite que los ingresos de los herederos no provengan de su propio esfuerzo y sí de los privilegios de cuna que, al menos en teoría, la sociedad moderna pretende abolir, sin terminar de lograrlo. En noviembre de 2010, Scioli presentó un proyecto en el que el mínimo no imponible descendería a 100.000 pesos, pero la oposición no estaría dispuesta a aprobarlo. De todos modos,

gravar las herencias de ese monto sólo con un 4% sigue manteniendo los privilegios sustantivos de los herederos. Muchos impuestos a la herencia implantados en distintos países, e incluso varios generados en la Argentina, gravan recién sobrepasada una cifra muy elevada, y en porcentajes mínimos que legitiman la desigualdad de cuna y ponen en desventaja a los ciudadanos que no gozan de esos privilegios. Un ejemplo es el proyecto presentado por los diputados Hugo Prieto, Gustavo Serebrinsky, Norberto Erro y Héctor Alvaro, todos radicales kirchneristas que siguen aliados al gobierno. Proponen gravar las herencias superiores al millón de pesos con alícuotas que van del 8 al 15 por ciento para los montos de hasta 1,5 millones, y llegan hasta el 40 por ciento para cifras superiores a los 6 millones. En los fundamentos señalan que “el derecho a la igualdad no está únicamente garantizado por el artículo 16 de nuestro texto constitucional, sino que el artículo 75 inciso 23 impone ‘el deber de legislar y promover medidas de acción positiva que garanticen la igualdad real de oportunidades y de trato’”. En sus fundamentos apelan a filósofos liberales como John Rawls y Ronald Dworkin, que afirman que “los principios de justicia que debieran regir la sociedad tendrían que disminuir las diferencias que el producto del azar imprime sobre la situación de las personas”, y ponen como ejemplo que “no hay ningún mérito en haber nacido en un piso de Avenida Callao y Libertador, y por ello ser acreedor de una inmensa herencia, mientras que quienes nacieron a unas pocas cuadras, en la villa 31, no puedan ser acreedores de nada”. Pero, nuevamente, para que sea relevante la disminución de las diferencias, no es conveniente que las sumas a heredar sean tan altas como para permitir, aún con la aplicación del impuesto, que un ciudadano no base sus ingresos en su propio esfuerzo. Se invoca el pertinente párrafo de la Constitución que trata sobre el deber de garantizar la igualdad de oportunidades, para finalmente realizar una propuesta que no garantiza este derecho en absoluto. Aún con todo lo que podemos criticarle al régimen cubano, el límite que planteó (similar al de otros aplicados en los “socialismos realmente existentes”), fue más adecuado para lograr este propósito: los hijos pueden heredar una sola casa de sus padres, y a lo sumo otra más en una ciudad de veraneo.

Veamos algunos de los principales argumentos esgrimidos por quienes están en contra de la implantación de un Impuesto a la Herencia. Al examinarlos observaremos si son o no compatibles con el principio de justicia según el cual los ingresos deben ser proporcionales al esfuerzo que realiza cada persona.

- **ARGUMENTO 1:** *Un sistema de convivencia en libertad debería respetar el derecho de disponer de los bienes propios siempre que no se*

perjudique a terceros. La donación voluntaria de un bien es una decisión que, en principio, un gobierno no debería impedir ni limitar mediante la aplicación de un impuesto. Con excepción de los regímenes colectivistas, en los demás sistemas de organización social se considera lícita la propiedad individual de los bienes de producción o de consumo así como los instrumentos de ahorro y atesoramiento.

REFUTACIÓN DEL ARGUMENTO 1: El derecho a disponer de los bienes propios es lícito siempre y cuando no se perjudique a terceros, tal como señala el argumento 1. Si una persona nace en un medio que lo exime de trabajar, es evidente que ese derecho está lesionando a terceros, dejando en desventaja a los que deberán hacerlo para sobrevivir. Se plantea aquí el mencionado “problema del nieto de Rockefeller”, y es la posibilidad de que el nieto de Rockefeller no trabaje ni un solo día de su vida y la nieta de un indigente tenga que hacerlo durante toda su existencia. Esto se basa en el viejo principio de que la libertad de uno termina allí donde comienza la libertad de los demás.

- **ARGUMENTO 2:** *El Impuesto a la herencia crearía desaliento y muy probablemente termine afectando el ahorro.*

REFUTACIÓN DEL ARGUMENTO 2: El supuesto desaliento que podría generarse en base a un privilegio siempre será menos atendible que el desaliento de quien no lo posee y ve cómo los ingresos de los demás no se basan en su propio esfuerzo. Por otra parte, es legítimo que disminuya la capacidad de ahorro de quienes no basan la riqueza en su trabajo.

- **ARGUMENTO 3:** *El Impuesto a la Herencia desconoce la propensión natural del ser humano a constituir una familia y a sentirse responsable por el bienestar de quienes lo rodean y no sólo del propio. Y aun en el caso de que no haya familia, no puede negársele a alguien que establezca lazos de afecto con otras personas y las tenga como objeto de sus esfuerzos, ahorros y sacrificios.*

REFUTACIÓN DEL ARGUMENTO 3: El Impuesto a la Herencia no se enfrenta a la posibilidad de constituir una familia ni a la de cuidar de los seres queridos o de otras personas con las que se establezcan lazos de afecto. Admite que se legue la casa o un patrimonio que no lesione los derechos de otros ciudadanos ni de otras familias. Vela para que se brinde protección y la posibilidad de una vida plena al mayor número de personas.

Si tenemos en cuenta que el kirchnerismo ha tomado la redistribución del ingreso como una de sus principales banderas, era esperable que cuando el Congreso tuviera mayoría oficialista fuera un ámbito adecuado para aprobar alguno de los proyectos presentados de Impuesto a la Herencia. Sin embargo, ninguno de ellos prosperó, aún cuando un funcionario como el ex secretario de Cultura de la Nación de Cristina Kirchner, José Nun, reclamó que se reimplantara y se destinara lo recaudado a Cultura, a la Asignación Universal por Hijo, o a ir preparando el camino para la Renta Básica Universal.⁴³

La posibilidad de heredar sin límite es contradictoria con el principio que da sustento a la cultura moderna e incluso con el que postulan varios teóricos del liberalismo: que el lugar que ocupe cada individuo en la sociedad debe estar basado en el propio esfuerzo y no en los privilegios de cuna.

1.2.12. POLÍTICAS EN TORNO AL CONSUMO DE DROGAS

Todas las culturas han tenido drogas. Lo distintivo de la nuestra es que las drogas pueden matar. En el mundo el número de consumidores se expande todos los días. ¿Por qué a nivel internacional no se logra el objetivo de reducir el consumo de drogas? Los estudios científicos no parecen indicar que los programas basados en la reducción de la oferta y en el aumento de la acción policial logren disminuciones significativas del consumo.

El vínculo entre el delito y la droga es complejo, ya que el consumo está ligado a otros factores, incluyendo el de las carencias económicas. Los trabajos científicos muestran que la droga está asociada al crimen y al delito, pero esto no significa que sea la causa principal de la violencia. La solución para el aspecto problemático del consumo de drogas pasa por la implementación de políticas sociales y económicas más amplias. La persecución de los traficantes es inefectiva porque como se trata de un negocio muy rentable, es fácil que se reemplacen unos a otros, que aumente artificialmente el precio de la droga y que se incremente la cantidad de delitos destinados a conseguirlas. La actividad criminal pre-existe al consumo. Algunos argumentan que el proceso sería inverso: la delincuencia aumentaría el consumo de drogas al incrementar los ingresos de los consumidores. Otros sostienen que como muchos estudios se realizan en la cárcel, se trata de un lugar por donde la droga circula especialmente.

La droga y los delitos no están unidos causalmente. Tanto el delito como el consumo de drogas han sido llamados “aflicciones de la desigualdad”, sin que por esto el aspecto problemático del consumo de drogas se limite a la

cuestión de la inequidad y de la marginación socioeconómica. La desigualdad explicaría el delito y, en parte, el consumo de drogas.

Los gobiernos deberían revisar el supuesto de que la acción represiva es la mejor forma de reducir la delincuencia relacionada con drogas. Desde una perspectiva ética, encarcelar por consumo de drogas es un atentado contra las libertades individuales, y desde una perspectiva pragmática es ineficaz. Se han obtenido logros más significativos con el tratamiento y con el desarrollo social, que es la mejor política de prevención, tal como ha ocurrido en Canadá, Francia, Austria y Finlandia.⁴⁴ En Nueva York se crearon programas eficaces como el de Brooklyn en 1990 (*Drug Treatment Alternative to Prison Program*).⁴⁵ Allí fueron tratadas más de 2000 personas que cometieron delitos graves no violentos y que habrían ido a prisión. Los que participaron del programa tuvieron un 33% menos de posibilidades de ser arrestados nuevamente y un 67% menos de posibilidades de ser encarcelados. En otros estudios la iniciativa no dio resultados significativos; lo que significa que hay otros factores que moderan el efecto de esta intervención y que deberían ser estudiados con mayor detenimiento.

El consumo de alcohol correlaciona más que la droga con el delito, y es legal. Escocia tiene una alta tasa de consumo de drogas problemáticas y un rango medio de delitos. Holanda tiene menos droga que Escocia y una tasa de delitos superior.⁴⁶

En todo el mundo cada vez hay más presos por consumo de drogas. Entre las excepciones de los últimos 15 años es posible mencionar a la India, Austria, Suiza y los países escandinavos. Japón y los países escandinavos tienen bajas tasas de desigualdad económica, bajos índices de consumo de drogas, bajas tasas de delincuencia y una alta cohesión social.

No han dado evidencia de resultar efectivas las publicidades que buscan asustar a los jóvenes para que no se acerquen a las drogas. El desarrollo de políticas sociales y una formación filosófica en la templanza, que es la virtud que nos permite elegir aquellos placeres compatibles con la salud y con la vida que pretendemos llevar, y un entrenamiento en el autocontrol, serían mucho más eficaces que las políticas de la prohibición.

1.2.13. LÍMITES EN EL USO DE ARMAS DE FUEGO

Actualmente en la Argentina hay alrededor de 1.200.000 armas de fuego legalmente inscriptas en el Registro Nacional de Armas (RENAR). La mayoría de estas armas, 990.000, están en manos de casi 625.000 usuarios indi-

viduales.⁴⁷ La mitad de esos usuarios habitan en la Capital y en la Provincia de Buenos Aires. De modo que un 3% de la población de la Capital y de la Provincia de Buenos Aires tienen al menos un arma de fuego registrada en su casa, esto sin contar las armas ilegales, que son muchísimas (resulta muy difícil determinar su cantidad). Es de fundamental importancia generar iniciativas para reducir la circulación de armas y evitar su uso generalizado.

De acuerdo a los informes realizados por un estudio del Servicio de Tanatología del Cuerpo Médico Forense del Poder Judicial en base a las autopsias, durante 2004 hubo 233 muertos por armas de fuego (y 217 por accidentes de tránsito). La mayoría de las muertes violentas en la ciudad de Buenos Aires se producen con el uso de armas de fuego. Hay una víctima fatal cada día y medio. A la Morgue porteña llegan todas las personas que mueren en forma violenta en la ciudad (son casos de accidente, suicidio u homicidio, aunque también hay casos en los que ningún médico se hace responsable de firmar el certificado de defunción, por ejemplo, cuando alguien murió de un paro cardíaco en su casa).⁴⁸ En la inmensa mayoría de los asaltos, si la víctima no opone resistencia, el que roba no hiere ni mata. Es posible cotejar esto en las estadísticas y en los estudios de caso realizados con las personas que delinquen. No todos, pero la mayoría tira cuando hay resistencia u oposición al asalto.

A partir de la encuesta de victimización del año 2003, sabemos que un 3% de los habitantes de Capital y Provincia de Buenos Aires tiene un arma de fuego en su casa. La mayoría de quienes compraron esas armas lo hicieron por temor a ser víctimas de un hecho delictivo y porque descreen de la posibilidad de que el Estado pueda defenderlos con eficacia. Sin embargo, un bajo porcentaje de esas armas son utilizadas para ese fin, y en cambio muchas de ellas terminan siendo utilizadas en situaciones no previstas como discusiones entre vecinos o conocidos, accidentes o juegos entre adolescentes.

En escenarios de gran desigualdad social como el nuestro, el acceso legal o ilegal a las armas de fuego es una bomba de tiempo que permanentemente amenaza de muerte a la población, especialmente a los sectores más vulnerables en lo económico. El fenómeno es curioso porque se desarrolla en sociedades sin guerras en las que aumenta la desconfianza, el miedo y el quiebre de los lazos sociales. En países con mucha menor desigualdad como Suiza o Cuba, pese a que los ciudadanos han poseído o poseen armas, los niveles de violencia son muy bajos.

1.3. CONCLUSIONES

Estas son sólo algunas medidas que pueden contribuir a resolver el problema de la violencia social. Apuntan fundamentalmente a abordar a partir de la evidencia científica las causas de dos inseguridades, una, la conocida, de la que se habla mucho, y otra, de la que se habla menos, y que compromete a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. La lista es sin duda incompleta y algunos temas han sido abordados de manera muy esquemática en virtud de la necesidad de ofrecer esta síntesis en el Senado de la Nación. En el contexto de la escasez de trabajos desarrollados en la Argentina sobre el tema, y de la escasez de propuestas concretas que impera en el ámbito de las ciencias sociales, pretenden, no obstante, señalar algunos caminos posibles a ser debatidos.

Cuando predomina la inequidad, no hay justicia, y es difícil que haya paz. Nadie es violento por naturaleza. El llamado problema de la “inseguridad” no se resuelve edificando muros ni encarcelando cada vez a más personas, sino promoviendo una mayor “seguridad” para los sectores desfavorecidos de la sociedad, garantizando un ingreso ciudadano mínimo, trabajo, educación, salud, presencia de redes sociales, un límite para la acumulación desigual de la riqueza y el establecimiento de formas más equitativas en la organización del trabajo. Con pobreza y extrema desigualdad no hay nación.

Nuestro cerebro está estructurado para conmoverse más con las historias particulares que con las estadísticas. Tal vez por eso la opinión pública presta más atención a los casos de inseguridad que a los vinculados con la inequidad. La prensa nos cuenta historias singulares de personas que han padecido delitos violentos. No suele relatar la historia singular de una persona que no puede acceder a ciertos bienes de consumo y de reconocimiento simbólico. Hace años el periodista Jorge Lanata le hizo un reportaje a Barbarita Flores, una niña tucumana que lloró en cámara recordando el hambre que suele padecer. Enseguida hubo un pequeño revuelo que llevó al gobierno de Tucumán a movilizarse y, según cuenta Lanata, a los cuatro meses la cuestión volvió a caer en el olvido. La prensa, sin embargo, no suele contar habitualmente historias como ésta.

En uno de los mitos griegos, Tántalo fue sometido al suplicio de padecer sed al borde de un lago que se alejaba cada vez que él intentaba beber de sus aguas. Esta historia probablemente sintetice el padecimiento de muchos ciudadanos que no pueden alcanzar los bienes que la sociedad les muestra pero al mismo tiempo les escatima. Lamentablemente la ciudadanía no oye las

historias singulares de la inequidad, y tal vez por eso, inmovible frente a las frías estadísticas, no marcha ni se manifiesta públicamente en contra de este problema que, en caso de continuar, seguirá promoviendo a la violencia como el precio de la injusticia social.

CAPÍTULO 2

ALGUNAS HISTORIAS DETRAS DE LAS ESTADISTICAS

En este capítulo haré referencia a algunos casos particulares de personas afectadas por la pobreza o por la desigualdad. Algunas de ellas, una ínfima minoría, están en conflicto con la ley. La mayoría soporta estoicamente su situación. También consignaré el caso del diputado Jorge Rivas, que fue víctima de un episodio de inseguridad que lo dejó cuadripléjico. Los seres humanos comprendemos mejor los fenómenos a través de historias particulares, como señalé en el capítulo anterior. La estadística nos resulta inextricable y ajena.

Jonathan tiene 17 años y está preso junto a otros 44 menores en el Instituto de Menores Almafuerite. La mayoría ha robado, muchos han matado. A Jonathan se lo acusa de haber matado a un ingeniero, Ricardo Barrenechea. Es uno de los cinco acusados por el crimen. La Justicia ignora si fue él, y su caso no es la excepción. Según un censo sobre delincuencia juvenil elaborado por la Subsecretaría de la Niñez y Adolescencia de la Nación, se desconoce por qué están presos el 19 por ciento de los internados. Se ignora quién los metió ahí, de qué se los acusa y quién debe defenderlos. Jonathan no es la excepción. Casi desde el momento en que fue detenido, ocho meses antes de la entrevista que le hicieron, no tiene noticias de su defensora. De todas maneras, como la ley juvenil de la provincia impide a los jueces mantener internados a los menores más de dos años sin condena, si la situación se mantiene, Jonathan quedará libre.

Después de la publicación de la primera entrevista que le hicieron en el diario Clarín, en diciembre del 2008, el director del Instituto, Martín Mollo, renunció tras escribir una carta en la que informaba que no conseguía psicólogos ni asistentes sociales, y que el sistema de rehabilitación estaba desarticulado. Aunque la mayoría de los detenidos es adicto, el instituto nunca tuvo especialistas en adicciones. Todo esto es contrario al espíritu de la Ley de la Infancia sancionada en el 2005, que sigue lineamientos sugeridos por las Naciones Unidas. Para los casos menos graves, que siguen siendo la mayoría, se propone cambiar los institutos por regímenes abiertos o pro-

gramas de seguimiento. Obviamente, para un menor que ha matado o ha herido a otra persona, el régimen debe ser de internación y verdadera rehabilitación, pero para la mayoría de los jóvenes que están presos por delitos menores, regímenes como el del Instituto Almafuerde -paradigmático en su género- ofrece poco más que rejas y calabozos de castigo. Parte del problema se origina en el magro presupuesto destinado a los Institutos de Menores (16 millones de pesos para el 2008), el equivalente al gasto anual de cuatro senadores provinciales (incluyendo sueldos de personal y todo tipo de insumos).

Cuando se produjo el crimen por el que es acusado Jonathan, la cuestión de los Institutos de Menores se convirtió en un tema central para la prensa. Por entonces el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, se había comprometido a otorgar un presupuesto mayor, cosa que nunca ocurrió. A nivel nacional el presupuesto para los Institutos de Menores también es magro (más de la mitad se va en sueldos), aunque algunos sostienen que en este marco las soluciones se vinculan más con la manera de hacer el trabajo y la coordinación con otros programas sociales.

El Ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación, Julio Alak, sostuvo en el mencionado encuentro para el que me convocó a partir de un artículo periodístico en el que me refería a este tema, que la situación de los institutos es muy desigual, algunos cuentan con beneficios de los que otros carecen.

Más del 90 por ciento de los menores que delinquen proviene de la marginalidad, y cuando vuelven a sus casas, tras ser liberados, se reinsertan en las mismas condiciones de las que provenían antes de ser detenidos. Nadie se ocupa de coordinar una buena reinserción social una vez que dejan de estar bajo la tutela del sistema judicial. Nadie se acercó a la familia de Jonathan para ayudarla a ofrecer al adolescente otras alternativas que no sean la del delito. Su padre trabaja todo el día, sus dos hermanitas permanecen solas en la casa, que queda en una zona muy pobre de la Matanza. A Jonathan tampoco se le enseñó ningún oficio, ni hizo deportes, ni fue asistido por su psicólogo durante los 45 días anteriores a la entrevista, pese a que un protocolo de los institutos provinciales establece la obligación de brindar una entrevista psicológica semanal. En un país conocido en el mundo entero por la superabundancia de psicólogos, en el Almafuerde, como en el resto de los once institutos cerrados de la provincia de Buenos Aires, no hay personal suficiente.

Sorprende que con los grandes niveles de desigualdad que se observan

en nuestro país, la violencia social no sea mayor. Con frecuencia ricos y pobres viven muy cerca, a veces a pocos metros de distancia y, sin embargo, los padres de los niños que los lunes se desmayan en la escuela porque durante el fin de semana comieron muy poco en sus casas, sobrellevan pacíficamente su situación. Este comentario no legitima la violencia, sólo pretende recordar que la mayoría de los grupos severamente desfavorecidos de la sociedad, soporta con resignación esta desventaja.

Durante los años 2008 y 2009 la televisión argentina fue pródiga en informes que mostraban cómo viven los sectores más empobrecidos de la sociedad. En uno de estos informes se ve a Juan Manuel, que tiene seis hijos entre cuatro y quince años, y vive en el barrio Las Tunas, del partido de Tigre. Sus hijos van a la escuela, donde comen junto al resto de sus compañeros. Juan Manuel trabaja todo el día con un carro a caballo en la parte del barrio en la que viven los pobres que atienden a los ricos del barrio privado: limpian sus casas, lavan su ropa, preparan su comida, atienden sus puertas. Geográficamente, no están muy separados. Algunos deben sentir una justa indignación.

En otro informe se muestra una villa miseria de Villa Soldati. Las clases se suspendieron por la gripe A y las mujeres caminan muchísimas cuadras hasta la escuela para buscar una vianda que será prácticamente el único alimento del que dispondrán en todo el día: una hamburguesa, una manzana y un cereal. La Ley de Educación dictamina que es un deber del Estado dar educación y garantizar la equidad. ¿Cumple el Estado con esta función?

Cuando crecen estos y otros niños se convierten en “ni-ni” (jóvenes que ni estudian ni trabajan), denominados así por Guillermo Perez Sosto, sociólogo y coordinador general de la cátedra Unesco, quien estudió cómo es la cosmovisión de los jóvenes que no tienen proyectos ni alguien que los ayude a pensar. Pérez Sosto observó que están mal preparados para encarar la vida porque ni siquiera tienen suficientes palabras como para imaginar el futuro o hacer proyectos. En sus padres no ven un ejemplo de continuidad de trabajo. No les interesa nada, o intentaron hacer algo y o no lo lograron u obtuvieron logros muy modestos e insuficientes como para reforzarlos en dirección al futuro. Su pobreza es existencial, no sólo económica. Han caído en la apatía total. Es esta pérdida de sentido individual la que puede ser rastreada en un largo período de deterioro social.

Mientras los medios nos cuentan con detalle la vida de lujo que llevan los futbolistas profesionales y sus mujeres, mientras nos enteramos que el pase de un futbolista argentino a otro equipo del exterior cuesta millones de euros,

el 21 de julio del 2009 los medios nos cuentan la historia de alguien que pinta para crack de fútbol pero termina tomando rehenes en una farmacia del barrio de Almagro. Cuando los rehenes son liberados y de la farmacia sale quien había mantenido cautivas a varias personas, vemos que se trata de un adolescente de 16 años, Juan Manuel (alias Piki o Manu), que ya tiene como antecedente varias causas penales. Su madre se enteró del episodio por televisión y enseguida supo que se trataba de su hijo. “¿Qué hacés papito? Soltá a esa gente”, le dijo a través del teléfono que le alcanzó la policía. “Quedáte tranquila mamá -respondió él- estoy largando a uno cada media hora”.

La historia de Piki y de sus padres resume a nivel individual la historia argentina de los últimos años. Los padres de Piki llegaron a tener dos pizzerías en Ciudadela y a vivir en una casa de dos plantas en Villa Urquiza. Durante la hiperinflación de Alfonsín se fundieron y al tiempo el padre compró un taxi mientras la madre atendía un kiosco.

Pero al padre le robaban a menudo en el taxi. Vendieron todo y se fueron a vivir a Bialet Masé, en Córdoba. La madre de Piki recuerda esa época como la mejor de su vida: “Los chicos eran felices, jugaban en la calle, íbamos a pescar y mi marido consiguió trabajo en Telefónica”. Sin embargo, volvieron a perder todo. Regresaron a Buenos Aires, donde alquilaron una casa vieja en Villa Urquiza. Ahí la pareja se turnaba para cuidar a los hijos, mientras ambos trabajaban de vendedores ambulantes. Como la plata no alcanzaba, fueron desalojados. El padre de Piki cree que ese fue el momento en que a su hijo “algo le hizo click”. Fue cuando en el desalojo vio que la policía empezó a pegarle a su papá, que se resistía tirado en el piso, mientras Piki procuraba infructuosamente defenderlo. Después de esta experiencia, deambularon por varios lugares de alojamiento precario y terminaron en un hotel de Once.

La madre de Piki cuenta que hicieron muchos sacrificios para poder comprarle los primeros botines a los cinco años, y que a Piki lo venían a buscar de los mejores clubes. Cuando tenía diez salió en una foto del suplemento deportivo de Clarín, ilustrando la victoria de su equipo. Pero ese día también lo expulsaron por una pelea que involucró a su madre, que fue fotografiada insultando al árbitro.

Piki es adicto al paco. Su familia varias veces pidió ayuda para que abandonara la adicción. Durante un tiempo estuvo en un centro de rehabilitación, pero luego escapó. A diferencia de sus hermanos mayores, Piki no trabaja, y a los 16 años cursa la primaria de noche. Su madre parece preocupada fundamentalmente para que abandone el paco: “Yo le digo, si querés no hagas

nada, quedáte todo el día tirado en la cama, pero por favor no te drogues”. El padre cuenta que varias veces lo llevó con él al trabajo para que viera el sacrificio que hacía. Curiosamente es ese sacrificio que se produce en el contexto de vidas en las que no hay mucho espacio para experiencias plenas, gratificantes y no destructivas, lo que muchas personas rechazan. Recuerdo la frase de una “mechera” (así son llamadas las mujeres que roban en los negocios) entrevistada en un programa de televisión: “Laburar es para los giles”. Es evidente que no hace referencia al trabajo creativo sino al trabajo del que se huye como si se tratara de la peste cuando no hay urgencias económicas. La mayor parte de las personas que trabajan desarrollan tareas poco enriquecedoras. Si dividiéramos el trabajo de manera más racional y equitativa, todos tendrían oportunidad de desarrollar tareas estimulantes, así como todos deberían aportar la cuota de trabajo menos agradable que todavía sigue siendo necesario para la supervivencia social.

El problema económico de la familia de Piki nunca fue la comida, que jamás faltó en la casa, sino la posibilidad de acceder a una vivienda digna. Los padres tienen el dinero para alquilar, pero carecen de una garantía propietaria.

Es frecuente que en la Argentina se salga a manifestar cuando un adolescente roba y toma rehenes, pero no suele haber manifestaciones cuando se desaloja a una familia, ni cuando unos desarrollan un trabajo creativo que les permite vivir bien y a veces estar rodeado de lujos, mientras otros desarrollan trabajos no gratificantes y no pueden acceder a condiciones dignas de existencia.

El padre de Piki cuenta que se crió en Villa Bosch, en una casa con un patio hermoso en el que invitaba a jugar a sus amigos. Ahora su familia deambula de hotel en hotel. “Es muy difícil y angustiante vivir como gitanos - cuenta-, Manu quería tener su casa propia para invitar a sus amigos”.

¿Por qué los hermanos de Piki trabajan y no roban, mientras Piki a los 16 años ya tiene un nutrido prontuario penal? Muchos creen que esta es la evidencia de que no son las condiciones sociales el factor que más correlaciona con la inseguridad. Pero como señalamos en el primer capítulo, la desigualdad no determina lo que llamamos inseguridad, la vuelve más probable. Hay otros factores que pueden incidir en menor medida: no todos los hijos son educados de la misma manera, no todos tienen los mismos contactos ni experiencias sociales.

Decíamos que la historia de los padres de Piki refleja la degradación de las condiciones sociales en la Argentina de las últimas décadas. Hay miles de historias como la suya, y no es necesario remitirnos a personas que hayan

robado para encontrarlas. La mayoría padece esta pauperización serenamente y en silencio.

En los últimos diez años la ciudad de Buenos Aires es recorrida diariamente por miles de personas que remueven la basura buscando cartones. Es el caso de Antonio, de 58 años. Su padre vivía en Santiago del Estero y cuando se quedó sin trabajo se fue para Buenos Aires. Antonio terminó la escuela primaria pero no cursó la secundaria. Trabajaba arreglando cañerías en empresas y desde el 85 lo dejaron cesante, al tiempo que muchas otras personas perdían su trabajo. A partir de ese momento no pudo aportar más para su jubilación. Hace veinte años que no consigue trabajo estable y actualmente trabaja como cartonero. Después de tomar un colectivo, a las siete y media de la mañana llega al lugar donde tiene depositado su carro para recolectar los cartones que otros tiran. Cuenta que en su trabajo se sufre “el frío, el agua, la bronca”. Y cuando dice “bronca” se quiebra, llora y agrega: “Uno se siente mal por no tener un trabajo digno”. Después de caminar kilómetros vuelve, así como vuelven los miles que tienen su misma ocupación. Lo que recaudó al final del día apenas le alcanza para comer. Al llegar a casa, prende el televisor y seguramente se entera de cómo los ricos obtienen ganancias fabulosas con trabajos estimulantes o simplemente con transacciones que permiten que la plata traiga más plata, sin esfuerzo alguno. Antonio al menos cuenta con una vivienda donde dormir.

En la Capital Federal, 11.000 personas duermen a la intemperie. El Parque Lezama es uno de los lugares más concurridos por los “sin techo”. Allí duerme al aire libre Jesús, de 53 años. Con una temperatura por debajo de cero, busca una boca de subte, una estación de servicio o un hospital para dormir un par de horas, toma algo caliente para que el cuerpo no se le enfríe y sigue la marcha. Más tiempo no duerme de corrido. Después sigue caminando hasta encontrar otro lugar donde dormir. Lleva puesta una remera de manga larga, un pullover y una campera abierta porque el cierre está roto. ¿Dónde deja sus cosas durante el día? No posee más que lo que lleva andando.

Hace changas cuidando autos, sacando turnos en el hospital y haciendo trámites para otros. Gana de 20 a 25\$ por día (unos 5 o 6 dólares) y con eso sobrevive. Si tuviera que alquilar una habitación en un hotel, debería pagar 40 o 45\$ por día. Paola es la mujer de Jesús. Juntos tienen tres hijos que desde que nacieron no cuentan con un hogar. Aprendieron a caminar en la calle y allí juegan. Duermen junto a su madre en el Hogar 26 de julio, en el barrio porteño de Montserrat, un alojamiento del Estado donde también obtienen ali-

mento y ropa limpia. Jesús y Paola piden un techo: “Queremos tener una casa, como todos”.⁴⁹

En la villa “La Zavaleta”, una de las más violentas de la ciudad de Buenos Aires, viven 40.000 personas. Allí el 50% de los adultos no tiene empleo, y la mayor parte de los desempleados son jóvenes. El 83% de los niños tiene parasitosis, una enfermedad que se desarrolla en áreas endémicas rurales y en zonas urbanas marginales, particularmente en los países subdesarrollados. Una de las habitantes de la villa muestra la cabeza de su bebé, completamente lastimada por la sarna e invadida por piojos. Una mujer joven cuenta que vive allí desde los doce años. Su vivienda es una carpa armada con un material parecido al que se usa para embolsar papas. Lloro porque a su novio lo metieron preso por un “hecho”, dos días atrás. Ese mismo día se publica en el diario que el patrimonio de la presidenta Cristina Kirchner y de su marido aumentó 158% en un año.

Algunos jóvenes en conflicto con la ley han conversado con investigadores como Daniel Miguez y Gabriel Kessler. Proviene de hogares pobres en los que el desempleo fue un fenómeno común. La mayoría tuvo alguna ocupación, pero su experiencia con el trabajo fue similar a la de sus padres, que con suerte obtenían algunas changas. Uno de ellos cuenta que trabajaba de jardinero, cobraba de 15 a 20\$ cada vez que cortaba el pasto, pero al llegar el invierno se quedaba sin trabajo.⁵⁰

Algunas personas en situación de pobreza suelen tener un televisor porque alguien se los regala, o porque lo compran, mientras que a menudo no cuentan con una mesa porque no hay espacio donde ponerla o porque no hay comida como para que la acción de comer propicie el encuentro familiar.⁵¹

Una de estas personas sin mesa es Zulma, una mujer joven que vive con sus cinco hijos en uno de los asentamientos más recientes del Gran Buenos Aires. Queda en Lomas de Zamora, junto a Camino Negro. Doce mil personas como ella tratan de sobrevivir en esta zona que se inunda, que está llena de escombros y alambres oxidados. La última vez que llovió, tardó un mes en secarse. Los cinco chicos, que tienen entre un año y medio y siete años, duermen en una sola cama, que es el único lugar de la casa que no se inunda en los días de lluvia. Ella viene de Misiones, donde, según cuenta, sólo consiguen trabajo los que tienen diploma. “Nosotros los pobres sólo podemos ir hasta sexto o séptimo grado -cuenta-; para seguir estudiando se necesita dinero y nosotros no lo tenemos”. En Buenos Aires a ella y a su marido les resulta más fácil conseguir changas. Todas las mañanas Zulma cocina pan

para vender en el horno que le presta una vecina. Cuando llegaron desde Misiones primero vivieron en una carpa, después empezaron a comprar chapas y con algunos elementos que les regalaron los vecinos construyeron la pieza en la que viven. A la noche todos cenan pan y leche. Ella hace una fogata para calentar el agua con la que baña a sus cinco hijos. Es muy bonita, sonrío a menudo y sólo se pone seria cuando le preguntan si cree que sus hijos podrán tener una vida diferente a la de ella. “Yo voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que estudien”, dice. Varios días después de la emisión de este informe, Zulma obtiene un terreno, donado por un televidente. Si los medios de difusión quieren promover la solidaridad, publicar notas sobre casos particulares como éste puede ser de gran ayuda.

El Basural es una villa miseria que queda en las afueras de Rosario, habitada por 10.000 personas. La mayoría son tobas que llegaron desde el Chaco, expulsados por el hambre y la deforestación. No les gusta la tala, tienen un respeto ancestral por los árboles. En Rosario no encuentran lo que les prometieron. María Jordan es una monja italiana que llegó a esta villa hace diez años. Allí recluta voluntarios para ayudar, tiene un hogar de contención para los niños, una escuela de oficios y un comedor comunitario. Cuando su misión le pidió que viniese a la Argentina. María preguntó “¿Cómo a la Argentina? ¡Si en Argentina no hay pobres!” Pronto pudo comprobar que estaba en un error. Llegó a un lugar lleno de enfermos y desnutridos donde la sarna y la tuberculosis hacen estragos. María se indigna porque mientras el país está sumido “en la psicosis de la gripe A, nadie se acuerda del chagas, de la tuberculosis y de la desnutrición; esos temas -dice- no son de interés del Estado”. En la Argentina mueren 18 niños por día a causa de enfermedades curables.

Ursula es una de las habitantes de El Basural. Tres de sus hijos están con ella y uno vive en el Chaco. Tarda dos semanas en confeccionar un canasto que vende a diez pesos. En un mes hace cinco canastos y gana \$50 (unos 12 dólares). Cuando le preguntan qué comen, responde “pan y leche”. El médico sanitarista Juan Carlos Escudero sostiene que un cerdo que come soja argentina en la China se alimenta mejor que un argentino en situación de pobreza. “Acá alimentos sobran -dice-, lo que falta es conciencia y justicia social”.

Un testimonio obtenido por Daniel Míguez revela que los jóvenes en conflicto con la ley no ven a la escuela como un lugar en el que puedan desarrollar sus intereses. Esta valoración, por supuesto, no es propia de una clase social determinada, aunque sí lo son las circunstancias aquí descriptas: “Yo a

la escuela dejé de ir, y vas a ver que mi hermanito que ahora tiene diez años también va a dejar, sí, porque se aburre, y aparte están citando a mi mamá todo el tiempo, y mi mamá no puede ir. La llaman por la ropa, porque dicen que va sucio, porque le pega a los otros chicos, le dicen que le roba a los demás chicos. Todo lo mismo que me decían a mí, le dicen a él. Y a mí me hacían repetir siempre, por ahí otro chico sabía lo mismo que yo y a mí me hacían repetir y a él no. Entonces, para qué voy a ir, si no paso de grado, si aparte no aprendo nada y para que la anden molestando a mi mamá”.⁵²

En algunos testimonios tomados en Institutos de Menores se puede ver a jóvenes que se esfuerzan para mostrar una fachada de persona “aceptable”, en otros se observa que muchos trabajan para los gastos mínimos y roban para comprarse objetos más caros como zapatillas de marca. El gasto que realizan con el dinero del robo sería algo así como el equivalente al gasto que alguien de clase media realiza después de ganar una buena suma en la lotería. Miguez subraya en otro de los testimonios cómo estos adolescentes tienen sentimientos ambiguos en torno al trabajo y a la escuela. Por un lado ven al sistema educativo como algo poco interesante, pero por el otro lo valoran como el vehículo necesario para acceder a formas de bienestar y reconocimiento. Uno de ellos cuenta que quiere retomar el secundario en grupo porque es mejor. Asegura que el robo ya es cosa del pasado, que los amigos que andaban con él están todos muertos u ocultos porque si la policía los encuentra los mata. “También quiero cumplir con mi mamá -dice otro-, que siempre me pide que deje esto y bueno, por ahí me rescato y busco un trabajo y estudio, también para que mi mamá esté más contenta, me hago un chico bueno como quiere ella”.⁵³ Unas pocas semanas después de esta charla el entrevistado se fugó del instituto con un compañero y a los pocos días robaron juntos un negocio. Miguez señala que este tipo de contradicción se observa en muchísimos adolescentes entrevistados. No se trata de cinismo, señala: “Las actitudes de las personas son fundamentalmente situacionales: los individuos reaccionan en relación a un conjunto básico de valores que guían sus acciones, pero la manera en que aplican esos valores varía de acuerdo al contexto en que están inmersos. Eso a veces da lugar a posiciones contradictorias. En el caso de los delincuentes juveniles esta situación es todavía más notoria porque están casi siempre ubicados entre dos sistemas de valores diferentes: los de la sociedad y los propios del mundo del delito”.

En una de las entrevistas de Miguez se observa que en la semana en que uno de los adolescentes terminó la primaria y había recibido la visita de su madre, pensaba en que su pronto egreso legal favorecería su voluntad de

seguir el camino del trabajo, la educación y la familia. Pero semanas más tarde, inmerso en la rutina del instituto de menores y de su grupo de pares, la fuga, el robo y la transgresión aparecieron como el curso de acción más atractivo.

A menudo se caracteriza como irracional a la acción de la persona que atenta contra la propiedad privada. En 1993, durante el discurso que pronunció al recibir el premio Nobel de Economía, Gary Backer sostuvo que muchos individuos se convierten en criminales cuando comparan los beneficios que les traería el crimen con los que le reportaría el trabajo, en atención a sus valores y convicciones. Los que cometen un delito actuarían racionalmente, harían un cálculo utilitario de los costos y beneficios que implicaría robar.

En el trabajo de Miguez la disolución de los vínculos familiares también aparece relacionada con la pauperización y la desaparición de la figura patriarcal del hombre como principal proveedor del hogar. Aunque la desigualdad es el factor que más correlaciona con la violencia social, de los estudios de campo se deduce que es frecuente que los jóvenes en conflicto con la ley provengan de hogares monoparentales de los sectores económicamente más carenciados. Con frecuencia la disolución de los vínculos familiares favorece la ruptura de límites, tal como se observa en el siguiente testimonio obtenido por Miguez. El que habla es un joven que vive con su madre y sus trece hermanos. En su casa no hay nadie que valore la educación ni establezca una rutina temporal en el hogar. Serán los amigos de la esquina quienes sustituyan esta escala de valores por otra: “Hasta quinto o sexto grado fui a la escuela, tenía mis amigos de la escuela como cualquier otro chico. Pero ahí me empecé a dar cuenta de que yo no era igual, porque por ahí los otros chicos me decían ‘No, a las seis tengo que estar en casa porque me espera mi mamá’. Claro, porque tenían que hacer los deberes para el colegio o algo así, pero la madre los esperaba, y sí o sí tenían que ir. En cambio yo no tenía que ir, o sea que en mi casa no había nadie, o no se preocupaban. Mi mamá estaba sola para cuidarnos a todos. Yo sé que me quería, pero no se preocupaba o no podía... Entonces yo no iba a casa, y me empecé a juntar con otros chicos igual que yo, que no tenían que volver a casa y que se quedaban en la calle dando vueltas y vagueando. Yo a los chicos sanos, los que no hacían nada, los empecé a dejar de lado porque me parecían medio tontos, panchos... Y bueno, ahí empezamos a probar droga, porque yo tenía un hermano que por ahí andaba medio metido. Y después para conseguir plata para comprar empezamos a robar. Primero eran maldades chicas, íbamos a la cancha del

barrio y afanábamos unos botines y los vendíamos, y después empezamos a robar más grande, ya uno quiere ser un alto chorro, como se dice en la calle”.⁵⁴

En otro de los testimonios de Miguez un adolescente cuenta que pidió prestada un arma para ver si se animaba a robar. Empezó con un negocio pequeño. Sabía cómo se hacía porque “los pibes de la esquina cuentan y estábamos quedando como giles si no hacíamos ninguna”.

En estos testimonios y en otros obtenidos por los investigadores y por los medios periodísticos se observa que a menudo las madres tratan de promover la reincorporación de sus hijos al medio familiar, a veces incluso denunciándolos, pero no les resulta fácil hacerlo porque a esa altura sus hijos tienen como referente otro universo de valores que suele cristalizarse en los Institutos de Menores a través del contacto entre pares.

También es frecuente la ausencia completa de núcleo familiar, y no es habitual (aunque existe) la participación del conjunto de la familia en las acciones delictivas. La mayoría de los entrevistados por Miguez tenían entre dos y siete amigos cercanos muertos en enfrentamientos con la policía o con otros grupos dentro del mismo barrio. A diferencia de lo que ocurre en las clases medias, la relación de estos sectores populares con la violencia es cotidiana. Un adolescente cuenta que uno de sus amigos estaba drogado, se cayó del tren y murió, a otro le pegaron un tiro porque “miró mal” a uno de su misma edad.

Entre los móviles que desencadenan el delito, Miguez observa que privación material y “resentimiento” van de la mano. Como señalé anteriormente, en lugar de hablar de “resentimiento” tal vez sería más apropiado hablar de “justa indignación”. Los jóvenes perciben que la situación de desigualdad a la que se ven expuestos tanto ellos como sus familias son injustas, y la violencia de los delitos con frecuencia es una expresión de este sentimiento.

Los robos no sólo suelen proporcionar beneficios económicos. También otorgan reconocimiento. En la cima de la jerarquía está el que roba a mano armada (“chorro de caño”). Es el que entra y comete el robo. No goza de prestigio si roba botines poco significativos a particulares o a pequeños negocios, ya que para muchos -aunque cada vez son menos- el pequeño trabajador que suda para ganarse el pan es objeto de simpatía, o si la acción no pone en juego las habilidades del que la lleva a cabo. Por debajo vienen los “armeros” (no suelen participar de los asaltos y son los encargados de guardar las armas) y los pilotos, que son los encargados de conducir los autos en los que se fugan después del delito.

Cotidianamente los medios de difusión nos informan sobre arrebatos y asaltos en los que distintas personas pierden la vida o padecen severas lesiones cuando intentan robarles el auto, las zapatillas de marca o unos pocos pesos. Como señalé con anterioridad, es más frecuente que la violencia se desate en los sectores populares, donde hay menos dispositivos de seguridad. Tomé, no obstante, como único ejemplo para este libro el asalto que padeció el diputado y ex vicejefe de Gabinete de ministros de la Nación, Jorge Rivas. Su caso me conmovió particularmente porque contrasta con el de otras víctimas de la inseguridad, que sólo buscan resolver este problema mediante las políticas de mano dura.

Profesor de Derecho Constitucional, Rivas ocupó varios cargos partidarios, fue secretario general de la Juventud Carlos Marx de La Plata y, después, de la Federación Juvenil del Partido Socialista Democrático. Junto a otros miembros del Partido socialista adhirió tardíamente al gobierno de Néstor Kirchner. En noviembre del 2007, cuando tenía 46 años, fue a cenar con unos amigos a un restorán de Temperley. Como se sentía mal, camino a su casa decidió detenerse en una farmacia para comprar medicamentos. Al advertir que el comercio estaba cerrado, volvió a su automóvil Volkswagen Gol Country, donde fue asaltado y recibió un golpe en la cabeza que lo dejó en coma con un traumatismo de cráneo y un derrame cerebral. El asalto no tuvo relación con su actividad en el gobierno nacional. Todos coincidieron en que había sido víctima de un hecho de inseguridad.

Rivas quedó cuadripléjico y un año y medio después se reintegró a la Cámara de Diputados. Sentado en una silla de ruedas, cuenta que pasó “de la hiperactividad a no poder parpadear”. Sobre su escritorio una computadora portátil con un sofisticado software fabricado por un amigo le permite comunicarse a través de un programa de reconocimiento alfabético. Rivas elige cada letra con un cursor guiado por el movimiento de sus ojos. A través de ese sistema se comunica con sus compañeros, responde los cuestionarios periodísticos y utiliza el chat de Google. Cuando le preguntaron por qué volvía a la política, respondió: “Fundamentalmente por el momento político que se está viviendo, en el que es difícil limitarse a ser un observador teórico. De lo que hagamos o no dependerán nuestras generaciones futuras. Y yo no quiero ser neutral en un momento que tanto gravita sobre nuestro destino”.

Rivas jamás pidió resolver el problema de la inseguridad mediante políticas de mano dura. Si bien promovió acciones legales en contra de sus agresores, antes y después del atentado entendió que sólo se hace frente a este problema mediante la justicia social y la educación.

CAPÍTULO 3

LOS DELITOS DE CUELLO BLANCO

El gran ladrón lleva preso al pequeño ladrón. (Diógenes el perro)

Un delincuente es una persona con instintos predatorios que no tiene suficiente capital para formar una corporación. (Anónimo)

Una respuesta elegante y certera le fue dada a Alejandro Magno por un pirata que había sido capturado. Y es que cuando ese rey le preguntó al hombre qué pretendía al tomar posesión hostil del mar con actos hostiles, éste respondió con un descarado orgullo: ‘Lo mismo que tú pretendes cuando tomas posesión de toda la tierra, pero por el hecho de que yo lo hago con una nave pequeña, se me llama ladrón, mientras que a ti, que lo haces con una gran flota, se te llama emperador’. (San Agustín)

Hay dos clases de ladrones: los que roban bancos y los que los fundan. (Bertold Brecht)

Los delitos de cuello blanco no parecen tan visibles como los que están englobados bajo el término “inseguridad”. Sin embargo, en países como la Argentina, con más del 30% de la población por debajo de la línea de pobreza y un 50% de los niños en esa situación, lo que está en juego es el dinero que marca para muchos la diferencia entre la vida y la muerte, los fondos destinados a crear viviendas, construir y mejorar escuelas y hospitales, entre otros gastos de primera necesidad. Medido en términos numéricos, el impacto producido por los funcionarios que han cometido actos de corrupción es inmenso. Entre 1980 y el 2007 la Argentina perdió 13.000 millones de dólares en la corrupción. Con este dinero, tal como denuncia la ONG Poder Ciudadano, se podrían haber construido 12 establecimientos de educación media, 104 jardines de infantes o comprado 400 toneladas de leche para recién nacidos de bajo peso. El monto duplica el pago de intereses de la deuda externa y equivale al 18 % del presupuesto nacional del 2010. A pesar de esta pérdida millonaria, el Estado argentino no ha tomado medidas destinadas a defender como corresponde el cumplimiento de las normativas ten-

dientes a dar mayor transparencia y a castigar la corrupción, y sus organismos públicos no son creíbles. En 1997 la Argentina ratificó la Convención Interamericana contra la Corrupción y en el 2006 adoptó la Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción, comprometiéndose a establecer medidas de promoción de la transparencia en la gestión, prevención y castigo de la corrupción. Muy poco se ha hecho al respecto. Es necesario contar con normas de acceso a la información que garanticen la participación ciudadana en el control de la gestión pública, la instrumentación de mecanismos más eficaces para las contrataciones que realiza el Estado y luchar contra la falta de independencia de los poderes.

Para mencionar otro de los tantísimos ejemplos de corrupción, fuera de la Argentina, Nigeria tiene un 70% de su población por debajo de la línea de pobreza y una élite de políticos mayormente corrupta que pacta con multinacionales como la Shell para extraer los recursos del país, sin que el valor generado retorne dignamente a buena parte de su población. Nigeria es uno de los países con mayor violencia social en el mundo (entre las pocas mediciones que hay en los países africanos, la Organización para la Paz ubicó a Nigeria como el país número 18 en el ranking de violencia mundial).

Pero la mayor corrupción no es la que habitualmente convocamos con ese nombre sino la estructura misma de un sistema que permite que una persona obtenga bienes y dinero que no están basados en su esfuerzo, especulando, poniendo a otros a trabajar a su servicio en formas de organización abusivas, posibilitando que unos trabajen en tareas enriquecedoras y otros lo hagan sólo en trabajos desagradables. Aunque la mayor corrupción es la estructura misma del sistema, lo que habitualmente llamamos corrupción pone en evidencia cómo este tipo de “inseguridad” de cuello blanco no suele matar directamente (aunque a veces sí lo hace) sino que deja morir, así como dejan morir las políticas ineficientes contra el hambre. La inseguridad de cuello blanco es mucho menos visible, menos castigada y más aceptada que la inseguridad que escandaliza.

Es muy probable, no obstante, que el impacto de los delitos de cuello blanco sea especialmente significativo para los grupos más empobrecidos de la sociedad, que observan la corrupción de muchos dirigentes políticos y sindicales -para mencionar algunas de esas formas, enriquecimiento de familiares, amigos, conocidos y allegados, concesiones de obras públicas, adjudicación con sobrepregios, otorgamiento de publicidad oficial a empresas de amigos y familiares-, y deben sentir una justa indignación al constatar la impunidad de la que gozan estos delitos en relación a los cometidos por personas

pertenecientes a los grupos más desfavorecidos de la sociedad. Quienes cometen delitos de cuello blanco, gozan además de una situación más privilegiada que la de ellos por su origen social, y se alzan con botines millonarios en relación a lo que roban las personas que pertenecen a los grupos económicamente menos favorecidos. En todo el mundo las cárceles están habitadas en su mayoría por personas en situación de pobreza que han atentado contra la propiedad privada, y no por quienes cometen delitos de cuello blanco.

Esta justa indignación que se desencadena en los grupos económicamente más desfavorecidos no refiere sólo a los delitos de cuello blanco sino también a las injusticias estructurales del sistema, a la desigualdad, a la pobreza, a la descomunal posibilidad de acumulación económica que poseen unos pocos privilegiados, y a la inequidad para el acceso a una educación que se pregona a sí misma como gratuita pero que, sin becas ni seguimiento personalizado, fracasa en los sectores más empobrecidos de la población, donde la mayoría debe abandonar la escuela primaria o secundaria para salir a trabajar, algo que, como señalaba en otro capítulo, no ocurre en países como Alemania, donde si los padres no pueden solventar los gastos de sus hijos mientras estudian -en los niveles primario, secundario y universitario- el Estado suministra becas para que todos puedan formarse.

3.1. QUÉ ES UN DELITO DE CUELLO BLANCO

¿Por qué los delitos que pueden producir mayores perjuicios económicos en un par de horas que los que producen los pequeños rateros durante toda su vida suelen ser juzgados con menos severidad? El delito de cuello blanco es el cometido por personas de elevada condición social valiéndose de sus competencias profesionales, sus contactos en el mundo de los negocios y de la política. El concepto “delito de cuello blanco” fue creado por Edwin Sutherland en 1939 en una reunión anual organizada por la American Sociological Society en Filadelfia. Esta nueva herramienta teórica produjo un gran impacto porque permitió echar luz sobre algunas contradicciones fundamentales del sistema penal, desestimó la idea de que los delitos provienen sólo de los sectores económicamente más desfavorecidos, reveló que hay una cifra oculta que no suele ser tenida en cuenta por los indicadores habituales de la delincuencia y que la ley penal se aplica diferenciadamente y en forma selectiva. El tópico del delito de cuello blanco se traduce en cuestionables creencias populares tales como que si un político tiene mucho dinero es menos probable que robe desde la función pública que otros de

menor poder adquisitivo.

En los delitos de cuello blanco se preserva la imagen de honorabilidad del autor en virtud de su posición social, política o económica, el daño no suele ser muy visible, y la complejidad del hecho cometido permite que se eluda el accionar de la Justicia. El protagonista suele mantener una relación cercana con el poder político o económico, hay un alto costo para los damnificados y posibilidad de eludir la condena mediante contactos o ventajas facilitadas por el poder económico (por ejemplo, la posibilidad de contratar a buenos abogados) o influencias en los órganos encargados de la administración de justicia. Los que cometen delitos de cuello blanco no suelen ser arrestados por la policía, no suelen ir a la cárcel y hacen uso de procedimientos particulares que borran o minimizan el estigma delictivo.

Veamos un ejemplo muy conocido en la Argentina. El ex legislador Mario Pontaquarto reveló años atrás que el gobierno del ex presidente Fernando de la Rúa pagó 4.3 millones de dólares en el año 2000 con el fin de sobornar a diversos senadores para que votaran a favor de una Ley de Reforma Laboral exigida por el FMI. Así el presidente demostraría que podía gobernar a pesar del poderoso bloque opositor que tenía en el Congreso. Arrepentido, Pontaquarto dijo haber entregado él mismo dinero a los legisladores. Aunque el escándalo por los sobornos estalló ese mismo año y generó la renuncia del ex vicepresidente Carlos “Chacho” Álvarez, el caso fue notorio porque por primera vez un ex legislador denunció haber participado en los pagos que se hicieron, situación que reabrió por poco tiempo el debate sobre la corrupción en la Argentina. Por este hecho, el juez Rodolfo Canicoba Corral procesó al “arrepentido”, al ex jefe de la SIDE Fernando de Santibañes y a los ex senadores Emilio Cantarero y José Genoud, pero luego la Cámara Federal anuló la medida, que ahora se encuentra en revisión. Este caso es paradigmático de la impunidad de la que gozan los delitos de cuello blanco que, a diferencia de los delitos cometidos por individuos pertenecientes a los grupos más vulnerables de la sociedad, tienen más posibilidades de pasar desapercibidos porque a menudo gozan del amparo o del auspicio de integrantes del poder político.

Pocas veces los políticos hablan de manera directa sobre los delitos de cuello blanco. El ex presidente Eduardo Duhalde, en una entrevista realizada por el diario Perfil, declaró:

Yo comencé (en la política) en el 74. En esa época un 30% de los que ingresaban lo hacían para salvarse ellos. Y un

70% lo hacía para salvar el mundo. Con el paso del tiempo se han invertido los porcentajes y el 70% entra con intenciones subalternas a la política (...) Es muy propio de los tiempos nuevos que muchos se ocupen de la política sólo si obtienen un beneficio.

En algunos países el delito de cuello blanco se ha naturalizado al punto en que se habla de cleptocracia (el gobierno de los ladrones), no porque todos los políticos roben, sino porque una cantidad más que considerable suelen hacerlo y los que observan estas conductas se ven tentados de imitarlas. Si las formas de organización social facilitan los delitos de cuello blanco y no hay organismos de control eficientes, se abre la puerta a la impunidad y se tornan visibles sólo los delitos contra la propiedad privada que cometen los sectores más empobrecidos de la sociedad.

3.2. CÓMO ENFRENTAN LOS DISTINTOS PAÍSES LA POSIBILIDAD DE CORRUPCIÓN

Las normas sobre la transparencia en la función pública varían de un país a otro. Veamos un ejemplo pequeño, en apariencia insignificante, pero revelador de modalidades y diferencias relevantes entre los países. En la Baja Sajonia, los regalos de ciertos amigos pueden implicar el fin de una carrera política: el ministro alemán Gerhard Glogowski se vio obligado a renunciar cuando se supo que un empresario le pagó su luna de miel. El gobernador de Connecticut John Rowland también fue forzado a renunciar cuando se supo que unos contratistas le instalaron gratuitamente la cocina y el sistema de aire acondicionado.

Como se sabe, un funcionario no puede recibir regalos de personas a las que su administración otorga contratos. En Dinamarca sólo se permite recibir regalos de protocolo como un chocolate, un libro o una botella de vino para el 25° aniversario de los servicios que presta un empleado estatal. El organismo que reglamenta estas medidas es la Autoridad del Empleo Público, un órgano que redactó un código ético común para los funcionarios. Los empleados de la embajada danesa en Vietnam, por ejemplo, no pueden recibir regalos de más de 50 euros. Como señalaba párrafos atrás, este tipo de medidas son representativas de fenómenos de mayor relevancia que los regalos que reciben los funcionarios y hablan de los límites que pone una sociedad a los delitos de cuello blanco. En España se castiga con multa la acepta-

ción de regalos, y se condena a la cárcel si el político o funcionario responde con una contrapartida al empresario dadivoso, como por ejemplo adjudicándole un contrato millonario. En la Argentina una ley de ética pública promulgada en 1999 exige que los regalos presidenciales sean registrados porque se los considera patrimonio del Estado, pero no se cumple con la norma porque aunque la Oficina Anticorrupción es la encargada de llevar ese registro, sus titulares niegan tener semejante responsabilidad.

Según el Índice de Percepción de la Corrupción (IPC), un ranking mundial sobre corrupción estatal que elabora la ONG Transparencia Internacional (TI), Argentina ocupó en el 2009 el lugar número 109 entre 180 países clasificados. El IPC es una encuesta de encuestas, que se elabora a partir de consultas efectuadas a empresarios, académicos y expertos de cada país sobre la percepción que tienen del manejo del gobierno y de la conducta de los funcionarios en general sobre todo lo relacionado con los fondos públicos. En una escala de 1 a 10 (en la que el 1 representa al país más corrupto y el 10 al menos corrupto), Argentina calificó con 2,9 puntos, una cifra inferior a la de Chile y Uruguay (ambos con 6,9 puntos), Brasil (3, 5 puntos), Perú (3, 6) y Bolivia (3 puntos). Los países menos corruptos del 2009 fueron Dinamarca, Suecia y Nueva Zelanda, los tres con 9,3 puntos.

Delia Ferreira Rubio, presidenta de Poder Ciudadano, señala que los índices de Argentina son tan alarmantes porque, entre otros problemas, en el país no hay una ley de acceso a la información, los índices oficiales son manipulados y perdieron credibilidad, el nuevo Consejo de la Magistratura se creó para aumentar el poder del Ejecutivo, la información sobre el financiamiento de las campañas políticas es insuficiente y el gasto no es objeto del debido control, o hay contratos poco transparentes, como el del tren bala y Skanska.

Países que en este sentido están mejor posicionados que Argentina -es el caso de Chile o de Uruguay- tienen una cultura política de mayor respeto por las instituciones y por las normas. Rubio sostiene que para mejorar la transparencia en el manejo de fondos públicos “es necesario un compromiso del Gobierno, pero también de la sociedad en general para asumir el respeto a las normas como práctica permanente”.⁵⁵

Access Info Europe reclama medidas de prevención y control como el acceso a las declaraciones patrimoniales de funcionarios para detectar su enriquecimiento ilícito. En los últimos veinte años estos registros se han generalizado. Algunos países han ampliado sus contenidos (ingresos, regalos, viajes) y las personas que están obligadas a presentarlos (cónyuges e hijos del

funcionario público).

En el 2009 el Banco Mundial informó que de 175 países analizados, sólo 109 obligan a sus parlamentarios a presentar una declaración patrimonial, y de ellos sólo 63 las ponen a disposición pública, en muchos casos sólo parcialmente.

3.3. EL PATRIMONIO DE LOS KIRCHNER

El jefe de gabinete Aníbal Fernández defendió en el 2009 el incremento del 158 por ciento en un año del patrimonio de la presidenta Cristina Fernández y del ex presidente Néstor Kirchner con el argumento “Nadie que ejerza el poder está impedido de tener un patrimonio propio y que éste tenga vida: es la esencia del capitalismo”.⁵⁶ Sólo entre el 2008 y el 2009 el patrimonio de los Kirchner pasó de 46 millones de pesos a 51,5 millones, de acuerdo a la última declaración jurada presentada ante la Oficina Anticorrupción. Según consigna la declaración jurada, el significativo salto en la fortuna de los Kirchner se basó fundamentalmente en la venta de 16 inmuebles en Santa Cruz y en la casi triplicación de sus depósitos bancarios. Esto ocurrió, además, cuando se supone que la presidenta desempeñaba un trabajo que nada tiene que ver con esta multiplicación patrimonial, como es la conducción de los destinos del país. Siempre según la declaración jurada, Néstor y Cristina Kirchner cobraron el año pasado \$10.302.700 en concepto de alquileres (equivalentes aproximadamente a casi tres millones de dólares), \$5.308.595 más que lo que habían percibido en el 2007. El monto incluye lo que obtuvieron por la locación de una decena de departamentos, de cinco casas y de los dos hoteles que tienen en El Calafate.

El patrimonio de los Kirchner contrasta con el del actual presidente del Uruguay, José “Pepe” Mujica, que a los 75 años de edad posee un patrimonio inferior a los 1900 dólares. Consta en la declaración jurada obligatoria que presentó en la Junta de Transparencia y Ética Pública. La chacra en la que vive está a nombre de su esposa, la senadora Lucía Topolansky, y se desconoce su valor. Mujica recibe por su cargo como presidente una retribución mensual de unos 11.000 dólares, pero dona la mayor parte a su movimiento político. Su mujer percibe poco más de 4400 dólares. No tienen cuentas bancarias, tarjetas de crédito, inmuebles ni deudas.

Los primeros economistas que dieron fundamento teórico al sistema en el que vivimos sostuvieron que el lugar que ocupe cada individuo en la sociedad debe ser el resultado de su esfuerzo y su mérito individual. Si bien ese ideal

nunca fue llevado completamente a la práctica, constituyó el eje de una economía centrada en la producción que fue desplazada desde 1989 por una que, centrada en la especulación, profundiza cada vez más la brecha entre ricos y pobres. Los Kirchner dicen estar en contra de este modelo que llevó a la crisis del capitalismo de octubre del 2008, pero la multiplicación de su patrimonio, basada en la especulación, pregona lo contrario.

El comentario del jefe de gabinete, que atribuye a la esencia del capitalismo semejante multiplicación patrimonial, pone en evidencia las contradicciones de un sistema en el que por un lado se propugna desde la teoría y desde las prácticas cotidianas que el trabajo debe ser la base del progreso social pero, por el otro, tal como ocurre en este caso, se muestra incluso desde la cima del poder político que una fortuna significativa no proviene del esfuerzo sino de la especulación, y encima bajo la firma de quien debería estar focalizada en otro trabajo, no menor, como es el de presidir un país.

“Pero de Narvárez incrementó más su patrimonio”, protestó Aníbal Fernández haciendo referencia al principal adversario de Kirchner en las elecciones del 2009. Es cierto, pero eso no vuelve menos cuestionable a este “capitalismo de casino”, que resulta más inadmisibles cuando los jugadores son quienes podrían y no asumen el compromiso de sacar a un tercio del país de la pobreza. Si el problema continúa no es por falta de recursos sino de coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, la misma que revela el discurso y el patrimonio de los Kirchner.

Cuando con frecuencia los llamados “pibes chorros” se burlan de los “giles que laburan”, han percibido esta hipocresía del sistema que les dice que trabajen, les niega hasta los empleos de sueldos más miserables o se los brinda y cuando acceden a ellos la inflación corroe el resultado de todos sus esfuerzos, mientras quienes deberían sacarlos de esa situación no lo hacen y multiplican escandalosamente su patrimonio sin esfuerzo, sin trabajo, meramente especulando, mostrando cómo el sistema tiende cada vez más a la concentración de la riqueza en pocas manos.

El incremento patrimonial de los Kirchner debe ser visto como un exponente más de la crisis que vive el capitalismo desde fines del 2008, que expresa las consecuencias del pasaje de una economía basada fundamentalmente en la producción a una basada en la especulación, en un contexto en el que progresivamente se ha generado un desmantelamiento de la industria y de los empleos, han aumentado los delitos contra la propiedad, las migraciones masivas y el vaciamiento de la política en favor de la economía. Es fundamental la implementación de medidas que impidan que un político enriquezca

su patrimonio económico durante su mandato más allá de lo que se vincule con su sueldo, incluyendo en la prohibición de este enriquecimiento las formas legales atinentes a la información que no maneja el conjunto de la ciudadanía y que el político puede usar para su propio beneficio. El sueldo del político, por otra parte, debería ser razonable y limitado si la sociedad tiene un número significativo de personas con sueldos muy inferiores a esa cifra. Es más, sería legítimo preguntarse si es razonable que un político que accede al poder con dinero más que suficiente como para vivir holgadamente el resto de sus días, usufructúe un sueldo del Estado, aún cuando se trate de retribuir su trabajo. En el 2007, los Kirchner declaraban 17.824.941 pesos, mientras que a la siguiente presentación declararon 46.036.711 pesos. Más allá del vertiginoso crecimiento de la fortuna de la pareja -en el 2002 declaraban 2, 2 millones-, lo llamativo es que Néstor Kirchner cobró una jubilación de privilegio como ex presidente que merodeaba los 27.000 pesos mensuales.

Combatir el delito de cuello blanco implica tener normas que impidan que familiares y personas que mantengan contacto comercial de cualquier tipo con los que están en el poder o con sus parientes, desarrollen también relaciones comerciales con el Estado. Juan Carlos Relats es quien le alquiló a Néstor Kirchner su hotel boutique “Los Sauces” en el Calafate. El acuerdo implicaba el pago de U\$S 105.000 por mes el primer año y de U\$S 210.000 mensuales a partir de noviembre del 2007, cuando concluyó la segunda etapa en la edificación del hotel. Según la investigación de Gabriel Sued, esto implicó para el empresario y su grupo una pérdida millonaria, y fue una de las fuentes de ingresos con las que los Kirchner justificaron la suba del 158% en su patrimonio a lo largo del 2008. En los primeros años de su presidencia, Kirchner licitó los contratos de las rutas con peaje y dejó a Relats sin el control de las rutas 5 y 7, pero en los últimos años las constructoras en las que interviene el grupo Relats (JCR SA, Necón SA y Rutas del Litoral SA), recibieron \$558 millones para la financiación de la obra pública. El tema llegó a la Justicia, cuando se supo que el empresario tenía millonarios contratos de obra pública en todo el país, varios de los cuales habían sido blanco de denuncias por sobreprecios y licitaciones supuestamente arregladas como la que denunció el diputado Juan Carlos Morán. Varios secretarios que rodean o rodearon tanto a Néstor como a Cristina Kirchner también están siendo investigados por el abrupto crecimiento de su patrimonio desde que los Kirchner están en el poder.

En el marco de la transición a un sistema radicalmente distinto y más justo, tal vez se podría estudiar la posibilidad de promulgar una ley que establezca

que si en un país donde todavía hay pobreza un candidato a ocupar un cargo político tiene más de cierta cantidad de dinero en su declaración patrimonial, no recibirá un sueldo por parte del Estado en virtud de que esa persona ya dispone de medios más que suficientes para autoabastecerse. De esa manera el Estado dejaría de pagar dinero a quien lo necesita menos que otras personas que ese Estado debe proteger pero que, sin embargo, pasan privaciones.

3.4. ¿EL PODER CORROMPE? QUÉ DICEN LOS ESTUDIOS DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL AL RESPECTO

Cuando nos remontamos a la historia de la corrupción, vemos que ya la pitonisa del Oráculo de Delfos era sobornada para pronosticar mediante sus “artes adivinatorias” que tal o cual ejército ganaría la guerra. El fenómeno de la corrupción es, en efecto, muy antiguo y, también, generalizado en el mundo contemporáneo. Los países con menos corrupción son los que tienen leyes que limitan decisivamente esta posibilidad, los que muestran un respeto por las normas y los que tienen altos niveles de cohesión social. Esta última característica es propia de países con niveles bajos de desigualdad. Es en esos contextos en los que hay una identificación fuerte con el bien común y robar a la propia comunidad aparece como un sinsentido, por un lado porque hay más posibilidades de acceder a diversos bienes y, por el otro, porque robarle al Estado sería como robarse a uno mismo.

A la hora de evaluar este fenómeno también habría que tener en cuenta cómo los estudios contemporáneos de psicología experimental parecerían corroborar lo que los movimientos libertarios vienen señalando hace mucho tiempo: el poder corrompe. Uno de estos experimentos es muy conocido y fue realizado en 1971 por Philip Zimbardo, de la Universidad de Stanford. Zimbardo reprodujo una situación ficticia de presos y guardiacárceles, y observó cómo los prisioneros sufrieron -y aceptaron- un tratamiento sádico y humillante a manos de los guardias. El primer día no hubo mayores conflictos y el segundo día se desató un motín. Los resultados del experimento apoyan las teorías de la atribución situacional de la conducta en detrimento de la atribución disposicional. Esto significa que fue la situación la que provocó la conducta de los participantes y no sus personalidades individuales. El estudio es compatible con los resultados del también famoso experimento de Milgram, en el que personas comunes cumplen órdenes de administrar lo que parecen shocks eléctricos a un compañero del experimentador.

Tendemos a pensar que corruptos son solamente algunos políticos y no el

sistema, cuando la falta de mecanismos estructurales que desalienten el delito de cuello blanco y la falta de organismos de control de la corrupción son parte insoslayable del conflicto. Las personas tienen valores que a menudo aplican de acuerdo a las circunstancias. Si el contexto facilita la corrupción, es de esperar que aumente la cantidad de personas corruptas.

CAPÍTULO 4

LAS POLÍTICAS REPRESIVAS

4.1. ACCIÓN POLICIAL

La represión es el método menos eficaz para enfrentar el problema del delito. Mediante la llamada política de “mano dura” se corre el riesgo de “criminalizar la pobreza”, es decir, de considerar sospechosas a todas las personas en situación de pobreza y a quienes posean rasgos étnicos de grupos que habitualmente son discriminados. Gran cantidad de políticos y de ciudadanos en general tienen la errónea creencia de que a corto plazo el problema de la inseguridad se resuelve con el incremento de la acción policial, y a largo plazo con políticas sociales de inclusión. Sin embargo, en ningún lugar del mundo la acción policial ha reducido la inseguridad. Las medidas adoptadas durante la intendencia de Rudolph Giuliani en Nueva York en la segunda mitad de la década del noventa mediante su célebre régimen de “Tolerancia Cero”, tantas veces invocado, no probó que el incremento de la acción policial haga descender las tasas de delito, ya que si bien durante ese período se redujeron los delitos contra la propiedad y los homicidios, queda todavía por determinar si fueron las políticas de seguridad (variadas según el Estado de que se trate, dentro de los Estados Unidos) o factores estructurales como la disminución del desempleo en esa ciudad y en otros Estados. Si bien las correlaciones no son tan altas como para ser conclusivas (desempleo-homicidio: 0,738; $p > 0,01$; y desempleo-delitos contra la propiedad: 0,677; $p > 0,01$), sugieren prudencia a la hora de analizar el conflicto. La única iniciativa que en el mundo ha dado evidencias de resolver este problema es la inclusión social.

Una de las teorías de la doctrina de la “tolerancia cero” fue la de las “ventanas rotas”, una adaptación del dicho francés “qui vole un oeuf, vole un boeuf” (quien roba un huevo, roba un buey), que sostiene que persiguiendo los pequeños disturbios cotidianos se reducen “las grandes patologías criminales”. La idea, acuñada en 1982 por Wilson y Kelling sin ningún basamento científico, es que persiguiendo de forma preventiva las mínimas infracciones, que podrían ser el antecedente de acciones criminales más graves, es posible restablecer un clima de orden social en la calle. Si ya conocimos de la mano

de Bush la idea de “guerra preventiva”, aquí se planteó el “arresto preventivo”. El resultado fue que todas las ciudades que aplicaron esta política engrosaron la lista de presos. Se declaró la guerra a las poblaciones pobres, a los sin techo, a los inmigrantes y a las minorías étnicas, a la mendicidad, a la ebriedad y a las infracciones menores. Las cárceles fueron y aún son el gran receptáculo de la exclusión, y otra forma más de criminalización de la pobreza ya que, en todo el mundo, la inmensa mayoría de las personas presas forman parte de los sectores económicamente más desfavorecidos de la sociedad. Zygmunt Bauman denominó a este proceso el “nuevo holocausto silencioso y continuo del siglo XXI”. No hubo “tolerancia cero” a la pobreza y a la inequidad, ni “tolerancia cero” a la corrupción de funcionarios estatales y a otras formas de robo instaladas en los grupos que gozan de mayores beneficios. Por otra parte, darle luz verde a la policía latinoamericana, con la historia represiva que tienen los países de la región, es abrir la puerta a toda suerte de violaciones de los derechos humanos. Un informe de la USAID (2006),⁵⁷ da cuenta de cómo se aplicó la política de “mano dura” en El Salvador en el 2004. Se permitió encarcelar por la simple presencia de tatuajes, y aunque las leyes tenían algunos programas preventivos, el 80% de los recursos fueron invertidos en represión. Se arrestaron 11.000 jóvenes y aún así el número de homicidios creció en todo momento (hubo 2172 en el 2003, 2762 en el 2004 y 3825 en el 2005). El hacinamiento en las cárceles produjo diversas masacres y sirvió para que los grupos que organizan robos estuvieran mejor articulados.

En Honduras se bajó la edad de imputabilidad, permitiendo encarcelar niños y adolescentes entre 12 y 18 años, y el nivel de criminalidad tampoco descendió. En cambio sí aumentaron las denuncias por maltrato a los niños de los sectores urbanos más pobres. Según sostiene Casa Alianza, desde 1998 se produjeron 3242 ejecuciones extrajudiciales de jóvenes y 35 jóvenes son asesinados mensualmente. La desconfianza en la policía creció y según la UNSAID (2006) sólo una tercera parte de la población denuncia los delitos que padece.

La consultora argentina Poliarquia encuentra que el 53% de los argentinos creen que el origen del llamado “problema de la inseguridad” es social, pero que el 40% entiende que las políticas más efectivas para resolver el problema serían las de “mano dura”. Aunque el 40% no constituye la mayoría, sigue siendo un porcentaje significativo de personas que basan su prescripción en remedios equivocados que no han demostrado ser efectivos en ninguna parte del mundo, y que, en cambio, han generado más discriminación. Cuando se

implementó la política de “mano dura” en Nueva York, aumentaron a gran escala los gastos de la policía y las denuncias por discriminación y abusos, y se deterioraron las relaciones entre las comunidades afroamericanas y latinas y la policía. En los años noventa las políticas de “mano dura” se extendieron a ciudades del Reino Unido de la mano de Tony Blair y a ciudades de Europa Occidental, y después del atentado a las torres gemelas fueron aplicadas por Sarcozy en Francia. En el contexto de un creciente dismantelamiento del Estado de Bienestar, al Estado ya no se le pedía seguridad social sino seguridad penal. Se persiguió a la mendicidad y a los okupas, y se prohibieron las salidas nocturnas para los menores de 17 años. La cuestión social se convirtió en “cuestión de seguridad”. Las cárceles de Sarcozy funcionaron como la gran aspiradora de la exclusión social. Los defensores de las políticas de mano dura deberían preguntarse por qué los países que gastan más en seguridad tienen un índice más alto de criminalidad que los que invierten más en gasto social.

Menos conocidos fueron los casos de San Diego y Boston, que entre 1993 y el 2001 redujeron la tasa de homicidios en un 62% y 25% respectivamente. Se tendieron lazos entre las principales instituciones de la sociedad civil y los grupos de personas en situación de pobreza con el fin de prevenir el delito y crear oportunidades para la población joven, que es la más afectada por la exclusión social. En San Diego se creó una policía denominada “de cercanías”, que trabajó con la comunidad y que era tres veces inferior en número a la de Nueva York. Disminuyeron significativamente los delitos y las denuncias, y aumentó la popularidad de la policía.

En Boston la operación “Cese de Fuego” logró a fines de los noventa disminuir el delito en dos terceras partes sólo en un año. Se puso el énfasis en suprimir la circulación de armas, se incluyeron programas de entrenamiento para cambiar los métodos de trabajo usuales de la policía con las bandas, y se formó un grupo de trabajo en el que estaban representadas distintas instituciones de la comunidad. También se apeló a la intermediación de la iglesia para hablar con las bandas de jóvenes, abrirles nuevas posibilidades para el futuro laboral, comunicarles la firme decisión de la comunidad de acabar con el delito y advertirles sobre las consecuencias graves que se derivarían de no aprovechar esa oportunidad de “cese del fuego”.⁵⁸ Mientras entre 1993 y 1996 la cantidad de detenciones disminuía en un 15% en San Diego, en Nueva York con el régimen de “Tolerancia cero” aumentaba en un 24%. Las quejas contra la policía bajaron un 10% en San Diego y aumentaron un 60% en Nueva York.

El modelo de “tolerancia cero” o de “mano dura” es importado del país que cuenta con mayor cantidad de presos per cápita en el mundo occidental. Se calcula que Estados Unidos tiene actualmente 2.200.000 presos en las cárceles, ocho veces más que en 1975, en una proporción de 648 presos cada 100.000 habitantes. La mayoría son negros o hispanos encarcelados por causas menores como hurtos, droga o perturbaciones al orden público. Dos tercios provienen de hogares que están por debajo de la línea de pobreza. El New York Times informó⁵⁹ que son 16 millones los presos y ex presos que vuelven con frecuencia a la cárcel empujados por políticas que han vuelto muy ardua la posibilidad de encontrar trabajo, casa o educación: “Las cárceles están llenas de delincuentes no violentos que están destinados a quedar atrapados en los reales márgenes de la sociedad”, dice el artículo. Estados Unidos gasta anualmente 60.000 millones de dólares en prisiones.

Pese a haber invertido multimillonarios recursos en policía, Los Angeles tiene hoy seis veces más bandas que 25 años atrás. La política de “mano dura” produce hacinamiento en las cárceles y suscita permanentes enfrentamientos, aborda los síntomas y no las causas, que son eminentemente sociales. Las políticas represivas resultan atractivas para muchas personas, porque se cree -equivocadamente- que los resultados serán inmediatos. Finlandia tiene el menor número de policías por habitante del planeta y pudo reducir el número de presos en las cárceles de 4709 en 1983 a 3106 en 1990 y a 2798 en 1997 (un 40% menos en 14 años). Su tasa de homicidios es de apenas 2,2 homicidios anuales cada 100.000 habitantes.⁶⁰ La filosofía de la “mano dura” carece de toda evidencia científica. No hay correlaciones estadísticas significativas entre el aumento de los índices de encarcelamiento y la reducción, a mediano o a largo plazo, de los índices de criminalidad.⁶¹ Por otra parte, no diferencia las distintas formas de delincuencia, por un lado el crimen organizado (mafias, grupos de secuestro y de tráfico de personas) y, por el otro, los delitos cometidos por jóvenes en situación de vulnerabilidad.

En lugar de focalizar en la necesidad de incluir a quienes han quedado fuera del sistema, la política de “mano dura” es funcional a la segregación. El Banco Interamericano de Desarrollo informó que durante la década del noventa Brasil gastó en seguridad pública y privada el equivalente al PBI de Chile. Sin embargo, las cifras de criminalidad no bajaron. Algo parecido ocurrió por aquella época en Colombia, que gastaba el 24,7% de su PBI en seguridad, y con Perú, donde el gasto era de 5,3%.

4.2. LA INSEGURIDAD GENERADA POR LA POLICÍA

A medida que el aumento de la inequidad genera un crecimiento de la violencia social, el Estado intensifica su poder represivo con el propósito de mantener la paz social. Surge de este modo otro tipo de “inseguridad”, de la que se habla menos porque afecta fundamentalmente a los sectores populares, y es la que proviene del empeño de los aparatos del Estado por sostener el orden y las políticas sociales vigentes. La generadora de este tipo de inseguridad es la policía, en su rol de ejecutora de las políticas represivas del sistema.

Acertadamente las ciencias sociales con frecuencia han considerado que este poder represivo del Estado es funcional al sistema, es decir que está al servicio de la conservación de los privilegios de los sectores más favorecidos de la sociedad. Si un sistema que legitima la inequidad no puede conservar la paz social por consenso, debe ejercer la represión. Cuando la inequidad aumenta, los sectores más favorecidos de la sociedad sienten el impacto de las tibiases políticas sociales en carne propia, pero de manera indirecta, a través de la violencia social. Empiezan entonces a robar sus casas, matan a sus familiares, los asaltan por la calle. Esta violencia es aún mayor en los sectores populares, no sólo porque las personas en situación de pobreza roban también a otros de su misma condición, por ejemplo cobrándoles “peaje”, sino porque la policía se ensaña en particular con ellos, hasta por mera portación de cara. La violencia también es más común en las villas miserias porque las habilidades para la resolución pacífica de los problemas y la educación para la igualdad de género son recursos que suele proveer un sistema educativo que expulsa a los sectores populares. No siempre los grupos económicamente más favorecidos las poseen, y no siempre el sistema educativo enseña esas habilidades, que pueden ser aprendidas en otros ámbitos, pero a menudo lo hace.

Según señala María del Carmen Verdú, titular del CORREPI (Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional), una organización que desde 1992 opera en este campo de los Derechos Humanos, en una Argentina democrática en la que el gobierno se jacta de defender estos derechos, las fuerzas de seguridad del Estado asesinaron a un promedio de 16 personas al mes en los últimos cinco años.⁶² “El Estado argentino -señala la institución- mata un pibe cada cuarenta horas”. Verdú refiere, por ejemplo, a fusilamientos en la vía pública que entran en la categoría conocida como de “gatillo fácil”, a muertes en cárceles o comisarías, la mayoría de ellas por la imposición de torturas, a muertes en movilizaciones populares (estas últimas des-

cendieron pero no desaparecieron por completo en los últimos años). Se trata de una “inseguridad” de la que se habla mucho menos que de la producida por la delincuencia juvenil, una inseguridad producida por el aparato represivo del Estado y por la policía que persigue el delito barrial, generalmente protagonizado por jóvenes de los sectores económicamente más desfavorecidos de la sociedad.

El 52% de las personas asesinadas por el “gatillo fácil” de la policía son menores de edad. Se trata de adolescentes torturados y asesinados por el aparato represivo del Estado. Si sumamos a los menores de 35 años, constituyen las tres cuartas partes de los asesinatos.

CORREPI diferencia dos vertientes principales en la implementación de las políticas represivas del Estado: una es de carácter “preventivo” y se descarga de manera indiscriminada sobre los más pobres y, en particular, sobre los jóvenes pobres. Sus herramientas más frecuentes son el gatillo fácil, las torturas y las detenciones arbitrarias, acompañadas por el “sobreseimiento fácil” del Poder Judicial. En el ámbito de la represión preventiva, el objetivo central de CORREPI es promover la conciencia y la organización de las víctimas y de los familiares de las víctimas, sobre todo en los casos de “gatillo fácil” y torturas, que en su mayoría afectan a personas de escasísimos recursos y sin experiencia militante anterior. Esos familiares son reconocidos en sus barrios humildes como referentes a los que se puede acudir frente a una situación conflictiva con la policía, lo que le permite a CORREPI trabajar territorialmente en la formación de reproductores de elementales medidas de autodefensa popular. La institución desarrolló materiales que circulan en barrios, colegios y facultades tales como el “Manual del Pequeño Detenido” y el instructivo “Detuvieron a mi hijo, ¿Qué hago?”. Ambos pueden ser obtenidos en el sitio de CORREPI en internet: <http://correpi.lahaine.org/> De lo que se trata fundamentalmente es de promover la conciencia popular, poniendo en descubierto la realidad represiva cotidiana y combatiendo la “naturalización” de una represión que resulta funcional al sistema.

La segunda política represiva del Estado que identifica CORREPI es de carácter “retributivo” y se aplica de forma selectiva a organizaciones y militantes populares. Utiliza básicamente dos herramientas, la represión directa bajo la forma de ataque a movilizaciones y manifestaciones, el secuestro y tortura de militantes, las amenazas y aprietes, etc., y la criminalización de la protesta y del activismo político en sus dos formas, la primaria a cargo del poder legislativo y la secundaria, administrada por jueces y fiscales.

Es bien conocido, por otra parte, que en las grandes bandas del crimen

organizado muchas veces hay complicidad con algún policía. El Estado debería contar con cifras sobre estas formas de delito y sobre las violaciones a los Derechos Humanos por parte de las fuerzas policiales, pero no las tiene o no las divulga.

Es lógico pensar que estos hechos son resabios de las dictaduras militares. Pero a más de 25 años de recuperado el Estado de Derecho las metodologías represivas no pueden explicarse sólo por esta herencia, o en tal caso prueban que la formación de los policías no se ha modificado lo suficiente. La inmensa mayoría de los policías imputados, procesados y condenados por gatillo fácil, tortura o desapariciones, muchos de ellos prófugos de la justicia, son jóvenes y recibieron su formación profesional en períodos democráticos. Tampoco la represión policial puede explicarse, si nos atenemos a las cifras de muertos, sólo aduciendo que se trataba de “excesos” de individuos aislados. Mientras haya profundas desigualdades, no habrá policía capaz de contener el torrente de violencia de abajo que responde a otra violencia, la de arriba, la de quienes estando en poder de los instrumentos capaces de lograr la paz social, no los utilizan o los utilizan deficientemente.

CORREPI publica cada año un archivo de casos de personas asesinadas por la fuerzas de seguridad en la Argentina. Allí se procura sistematizar toda la información disponible sobre los casos de “gatillo fácil”, muertes en cárceles y comisarías a partir de 1983. “Los datos estadísticos que surgen de ese material permanentemente actualizado -señala CORREPI- así como de otros trabajos de investigación, permiten demostrar la magnitud de las políticas represivas del Estado argentino y su constante incremento y profundización”.

4.3. LAS CÁRCELES

No puede juzgarse a una nación por la manera en que trata a sus ciudadanos más ilustres, sino por el trato dispensado a los más marginados: a sus presos. (Nelson Mandela)

La cárcel fue creada para cumplir con cuatro objetivos: disuadir, rehabilitar, inhabilitar y castigar. No hay muchos estudios científicos sobre el castigo, porque es difícil de cuantificar. En cambio sí se investigaron considerablemente los tres objetivos restantes. El Director del Instituto de Criminología de la Universidad de Cambridge, en base a trabajos científicos existentes, sostiene que no hay evidencias de que la cárcel funcione de manera disuasiva.⁶³

Una revisión de trabajos a gran escala realizada por el gobierno de Canadá respalda esta perspectiva.⁶⁴ Ningún estudio ha demostrado de manera contundente que la cárcel cumpla significativamente con su función disuasiva, es decir, que el delito descienda en proporciones considerables por el endurecimiento de las penas. El escarmiento ha sido una de las ideas cruciales propuestas por los defensores de la pena de muerte, y fue abandonado al mismo tiempo que disminuyó la pena de muerte, básicamente porque las estadísticas muestran que no existe ninguna diferencia significativa entre la tasa de criminalidad de los países que han suprimido la pena capital y la de aquéllos que aún no lo han hecho, y tampoco existe ninguna diferencia significativa, al interior de un mismo país, entre la tasa de criminalidad antes y después de la abolición de la pena de muerte (sólo disminuye muy ligeramente).⁶⁵ Cuando siglos atrás se ahorcaba en público a quienes habían transgredido la ley, la multitud reunida para presenciar las ejecuciones a menudo era objeto de robos, pese a que resulta difícil pensar en otra circunstancia en la que la pena de muerte pudiera ser un disuasivo más eficaz.⁶⁶

Tampoco hay evidencias de que la cárcel cumpla con su función rehabilitadora: el mismo estudio canadiense observa que tanto los encarcelados como los que fueron obligados a realizar trabajos comunitarios volvían a delinquir por igual. En una investigación del 2000, observaron que cuanto más prolongada era la sentencia, con mayor probabilidad volvían a delinquir. Mediante el contacto de los presos entre sí, la prisión se convierte en un ámbito que permite perfeccionarse en el delito. Además, no suele inhabilitar sólo para el delito sino también, cuando la pena se cumplió, para conseguir un empleo, ya que los ex presidiarios suelen cargar con el estigma de su pasada condición.

Como decía párrafos atrás, en todo el mundo la mayor parte de los presos son jóvenes pertenecientes a los grupos económicamente más desfavorecidos de la sociedad. De modo que el castigo de la cárcel refleja menos un problema ético que social. Se condena al pobre pero no a la sociedad que posibilita su existencia. Debería movernos a reflexión el hecho de que más del 90% de los presos de todo el mundo sean hombres que no han terminado la escuela primaria (en la Argentina el 5% terminó la secundaria). Han vivido la indiferencia social frente a muchas de sus necesidades. En la cárcel no suelen cumplir su condena los responsables de las grandes bandas, ni de las organizaciones complejas, ni los políticos o los policías corruptos, sino los sectores más empobrecidos de la sociedad. A veces estas jaulas para pobres son la primera ocasión que tiene un ciudadano de recibir aten-

ción médica. En los países con mayor desigualdad cada vez hay más cárceles. Esto ocurre también en la Argentina, donde dos de cada cien delitos que se investigan tienen una condena. La justicia penal suele estar rebasada por exceso de causas y falta de personal. Si la mayor parte de las personas que han llegado a la cárcel lo han hecho a partir del quebrantamiento de leyes sociales fundamentales, en la cárcel pierden aún más sus derechos y se diluye su condición de persona.

La cárcel no ha cumplido con su objetivo de reeducar, ya que fijar la pena por adelantado prueba que no se tiene en cuenta el tiempo de reeducación sino la falta cometida. Lo más común es que el preso no estudie ni realice ninguna actividad constructiva, viva en un ambiente poco confortable y de privación, con otras personas que han cometido faltas, situación que acrecienta su resentimiento hacia la sociedad y su deseo de venganza. El hecho de que la mayor parte de la población carcelaria sea reincidente es una prueba de esto.

La cárcel genera diversas afecciones físicas, problemas en la pérdida de la visión, problemas en el oído ocasionados por el ruido permanente, atrofiaciones musculares y problemas respiratorios por falta de espacio físico, iluminación y ventilación, y problemas digestivos relacionados con el tipo de alimentación que se recibe. En la cárcel no abundan las posibilidades de realizar alguna actividad útil.

También es frecuente que se olvide el efecto negativo que tiene el encarcelamiento en los internos y en sus familias. La cárcel deja a miles de familias sin progenitor. Implica un gasto público que además de desviar dinero de las áreas de salud y educación, en ocasiones, como ocurre en la provincia de Buenos Aires, es igual o superior al equivalente a un sueldo de clase media por recluso. Cuando tratan de volver al mercado laboral, los ex presos tienen menos posibilidades de conseguir un buen trabajo y de gozar de un buen sueldo. De modo que, lejos de cumplir con la función para la cual fue creada, la cárcel contribuye a formar generaciones de nuevos delincuentes.

¿Qué medidas tomar con los que asesinaron? En estos casos también la reeducación debería ser obligatoria, no sólo mediante tratamientos psicológicos sino también completando los niveles primario y secundario (obligatorios), capacitando para el ejercicio de un trabajo y estableciendo un nexo entre la salida del instituto de rehabilitación y la reinserción de ese individuo en la sociedad. A mi modo de ver es evidente que un preso que ha matado para robar no puede salir en libertad si no ha completado un proceso de

rehabilitación, en caso de que fuera posible realizarlo. La decisión de liberar a una persona que asesinó debería ser tomada por un conjunto de profesionales del ámbito de la salud mental y de las ciencias sociales. En última instancia la posibilidad de reinserción social o la conveniencia de mantener la reclusión es una cuestión empírica, y debería ser estudiada rigurosamente por investigadores de las ciencias biopsicosociales, tanto en sus aspectos genéricos como en su aplicación a cada caso.

Por el aumento de los hechos punibles y el endurecimiento de las penas, según datos suministrados por el Ministerio de Justicia, la población carcelaria federal crece a un ritmo nueve veces mayor que la población general. Según datos oficiales, en los últimos cinco años la cantidad de detenidos en las cárceles federales aumentó casi un 44%. En el mismo período, la población del país se incrementó en un 5%.⁶⁷ Algo similar ocurre en las cárceles provinciales. Luis Dobniewski, docente de Derecho Penal de la Universidad de Buenos Aires, sostiene que la población carcelaria aumenta porque “El sistema penal sanciona con mayor severidad los delitos que cometen las personas que pertenecen a los sectores sociales más marginados y no los delitos más graves. El que roba un auto suele estar en la cárcel hasta que lo llevan a juicio, pero el que comete un delito económico, o el funcionario que incurre en incumplimiento, es siempre excarcelado”. Un estudio elaborado en el Ministerio de Justicia prevé que el número de presos seguirá creciendo en el futuro. El documento proyecta que en el 2015 habrá 15.000 detenidos en las cárceles federales, y en el 2025 llegarían a 22.000. El problema se repite en casi todos los países de la región.

La cárcel genera violencia, entre otras razones porque en ellas la práctica de la tortura todavía no ha desaparecido. Un informe del Comité contra la Tortura de la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires reveló que en las cárceles bonaerenses muere una persona cada tres días. Durante 2008 murieron 112 personas: una de tres fue por asesinato, heridas de arma blanca, electrocución o suicidio. El informe destaca que “la tortura sigue siendo práctica generalizada en las cárceles provinciales: el submarino seco, los palazos, las golpizas, la picana eléctrica, las duchas o manguerazos de agua helada, el aislamiento”.⁶⁸

Asimismo la cárcel cumple muy deficientemente con su objetivo de proteger a la población, ya que la desigualdad y otras variables sociales correlacionan más con los hechos punibles, y castiga con la privación de la libertad por gran cantidad de faltas menores en las que la libre circulación del que las cometió no representa un peligro para la ciudadanía.

La cárcel sólo cumple una función retributiva (de venganza), en la que a un mal se suma otro mal, con lo cual el Estado se rebaja al nivel del acusado. Si no reeduca, se convierte en una versión civilizada de la antigua Ley del Tali3n, cuya filosofa subyacente en esencia es la misma que la de la carcel. Tanto en un caso como en el otro se procura hacer justicia igualando la cantidad de estimulaci3n aversiva recibida por la vctima y por el culpable.

El hecho de que quien transgredi3 la ley pase varios a3os en prisi3n no sustituye los objetos robados ni cura la herida de la persona que fue asaltada. La vctima no obtiene ninguna reparaci3n material ni simb3lica, aunque tal vez viendo que el condenado permanece quince a3os en prisi3n se sienta vengado.

El programa “C3rceles”⁶⁹ mostr3 en una de sus emisiones c3mo gran cantidad de presos que salen en libertad vuelven a la carcel. Los que trabajan tienen empleos inestables, mal pagos y poco enriquecedores: uno reparte volantes, otro lava autos por comisi3n, otro trabaja demoliendo edificios. Cuando salen de la carcel los amigos de la infancia les ofrecen un arma para que vuelvan a cometer asaltos. “Ven3, que estamos robando piola”, les dicen. Algunos deciden no volver al barrio para no tentarse con la “plata f3cil”. “Porque en un robo puedo ganar de 2 mil a 10.000 pesos, ¿y despu3s?”, dice uno, y agrega: “Mientras haya miseria, la reja siempre va a estar”. Ninguno de ellos tiene posibilidad de desarrollar un trabajo enriquecedor. Para la mayor3a el sentido de la vida pasa por los hijos, a quienes describen como su “cable a tierra”. Uno apunta al cielo y dice, complacido: “Esta es la libertad”. Pero no tiene muchos m3s momentos en los que se sienta libre.

El abolicionismo es un movimiento acad3mico y social que cuestiona radicalmente al sistema penal. Considera que las c3rceles atentan contra los derechos humanos y propone formas alternativas de resolver situaciones problem3ticas. Impulsa una justicia reparadora que relativiza el valor del castigo preocup3ndose m3s por el da3o que se provoca en personas y comunidades, haciendo de vctimas y victimarios protagonistas centrales de la discusi3n acerca de c3mo tratar, en cada caso concreto, las consecuencias que derivan de la transgresi3n de la ley.

Cuando o3mos la frase “Se hizo justicia” eso puede querer decir que el culpable ha sido condenado o que una vctima obtuvo reparaci3n. Bien miradas, se trata de dos cosas completamente distintas e incluso independientes, ya que castigar a un culpable no repara los resultados de la acci3n perpetrada, y a3ade una pena m3s a la que exist3a previamente. ¿Acaso lo 3nico

importante no debería ser, cuando es posible, reparar el mal? Esto es perfectamente viable ya que más del 50 por ciento de los internos está entre rejas por hechos punibles no violentos o tráfico de drogas, y mantenerlos en la cárcel cuesta más que el daño económico que han ocasionado. La llamada Justicia Restauradora hace de víctimas y victimarios protagonistas centrales de la discusión acerca de cómo tratar, en el caso concreto, las consecuencias que derivan de transgredir la ley. No se trata de una utopía: muchos jueces desde hace años están llevando a la práctica este tipo de justicia compensatoria, que no acude a fórmulas aplicadas indiscriminadamente, no calcula cuánto castigo infringe sino cuánto daño repara y previene.

Un procedimiento utilizado es el denominado ‘Restitución’, que consiste en el pago de una suma de dinero del victimario a su víctima pero no exclusivamente para reparar el daño causado sino, fundamentalmente, como parte del proceso de responsabilización subjetiva. Otra medida es el ‘Servicio Comunitario’, orientado a reparar el daño provocado en una comunidad o bien como dispositivo útil para la compensación cuando el daño fue realizado a otra persona. Los programas de servicio comunitario se desarrollan actualmente en distintas partes del mundo, incluida la Argentina.

Una práctica habitual en este contexto es la de los ‘procedimientos de mediación’ entre víctima e infractor, siempre que exista la voluntad de ambos. Se promueve en el que transgredió la ley la comprensión del impacto del hecho punible en la víctima, la asunción de responsabilidad sobre los daños resultantes y el desarrollo de un plan para tratarlos conjuntamente. En Estados Unidos existen más de 300 programas de este tipo y en Europa más de 500. Los trabajos de campo realizados sobre estos programas revelan porcentajes de menor reincidencia, mayor satisfacción en ambas partes y menos miedo en las víctimas.⁷⁰

También se utiliza otro procedimiento, la ‘Conferencia de Familia o Grupo de Comunidad’, en el que además del infractor y la víctima se incorporan a la deliberación sus familiares, amigos y partidarios importantes para decidir cómo dirigir las consecuencias del crimen. La ‘Conferencia’ fue adaptada de las prácticas tradicionales maoríes en Nueva Zelanda, donde es operada desde el Departamento de Servicio Social. En Australia la técnica fue modificada para el uso de la policía. Actualmente es utilizada con distintas variantes para infractores juveniles y adultos en los Estados Unidos, en Europa y en Sudáfrica.

Otro procedimiento alternativo es el ‘Tratado de Paz o Círculos de Sentencia’, destinado a desarrollar consenso entre miembros de la comunidad, víctimas, defensores de víctimas, infractores, jueces, fiscales, consejo de de-

fensa, la policía y otros operadores, sobre un plan de sentencia que contemple las inquietudes de las partes interesadas. Se busca distribuir tanto la voz como las responsabilidades en la búsqueda de resoluciones constructivas basadas en valores compartidos comunitariamente. Estos ‘Círculos’ fueron adaptados de prácticas tradicionales nativas americanas y están siendo utilizados en Estados Unidos.

El sistema penal ha demostrado su inoperancia en la resolución de los conflictos que se presentan en el seno de la sociedad. Creadas con el fin de proteger a los ciudadanos, las leyes a menudo terminan empujando hacia el infierno de la prisión, reforzando de este modo las desigualdades sociales.

Tal como señala Louk Hulsman, profesor emérito de derecho penal de la Universidad de Rotterdam y uno de los referentes del abolicionismo, no hay una “realidad ontológica” del delito.⁷¹ El delito no es una cosa, cuando hablamos de él no hablamos de cierto tipo de hecho sino de cierta forma de definir los hechos y reaccionar contra ellos. Hulsman sostiene que dentro del derecho penal está aceptado que las cosas sucedan en términos que no serían aceptados en el campo de los derechos humanos, en el que el individuo es libre y sólo en casos muy específicos se considera que debería ser privado de su libertad. El concepto de delito engloba muchas situaciones que no tienen características comunes: la violencia familiar, las conductas en el tráfico, la contaminación del medio ambiente, etc. Su único rasgo común es el hecho de que la justicia penal está autorizada a tomar medidas. Menos del 1% de los hechos punibles de todo tipo son penalizados en Holanda, en parte porque muchas veces la policía no encuentra al victimario, pero muchas más porque las víctimas no recurren a la policía o cuando concurren quieren que se busque una solución alternativa a la penalización.

Hulsman y otros teóricos sostienen que el purgatorio de la escatología cristiana fue un antecedente directo de nuestras cárceles modernas, que suman un mal a otro mal en lugar de buscar soluciones alternativas a situaciones problemáticas. La moral escolástica ideó un orden universal creado por un dios, con premios y castigos, y en función de ese orden se establecieron valores y pecados. Algunos pecados ameritaban una estancia de días en el purgatorio, otros daban lugar a diez años de suplicios. Tras la Revolución Francesa se perdieron el paraíso y el infierno, y sólo conservamos el purgatorio, cuya versión moderna es encarnada por la cárcel.

En el marco del abolicionismo, los problemas familiares suelen ser resueltos con las personas involucradas. Hulsman sostiene que si en una familia todos están cenando y alguien llega tarde, quizá la reacción sea castigarlo la

primera y la segunda vez, pero si no viene más a la mesa, la gente dirá “ahora tenemos un problema más grave, debemos hacer algo más que castigarlo”: hablar, conciliar, hacer terapia. Lo mismo pasa en una empresa, si alguien llega tarde a trabajar se lo castiga, si todos llegan tarde o hay un paro, las personas buscan otras soluciones para que las cosas funcionen. Hulsman también señala que el sistema tiende a deshumanizarse por la gran división del trabajo que supone. Existiendo la policía, el juez y el guardia de la cárcel, es muy difícil que alguno asuma la responsabilidad sobre las consecuencias de sus actos. Y una característica de los sistemas inhumanos es que nadie se responsabiliza por las consecuencias de sus actos.

De ahí la peligrosidad de contar con sistemas de expertos que no sean controlados por los usuarios. Es lo que ocurre en el sistema de justicia, en el que las víctimas son testigos, no tienen poder, nadie les pregunta “¿Qué es lo que usted quiere?” En Holanda, cuenta Hulsman, cuando en la calle o en un bar alguien se vuelve violento con otra persona, llaman a la policía para que detenga la violencia, sin que sea necesario realizar un reporte policial, con más razón si son habitué de ese bar al que quieren seguir concurriendo. Una mujer se está separando del marido y acude a la justicia civil (y no a la penal), ya que allí puede obtener una decisión provisional con rapidez. Pide que el ex marido no se acerque ni por su cuadra ni por su barrio, el juez hace la orden correspondiente, y si el marido viola esa norma debe pagar una suma grande de dinero. La mayor parte de las personas creen que el sistema penal es natural, que la penalización es la respuesta natural al hecho punible. “Soy profesor de derecho penal -señala Hulsman- pero nunca uso la palabra delito, hablo de *eventos* o *hechos punibles*, para que un evento sea penalizado primero debe examinarse la situación. Tenemos que mirar el sistema de justicia desde otro lenguaje. Cuando hablamos de un hecho, lo que decimos no es el hecho sino la reconstrucción del hecho, y las reconstrucciones sólo son válidas cuando se respetan la diversidad y la relación entre los expertos y la gente o los clientes, así que este es el reproche más severo que le hago al sistema penal, la manera en que reconstruye los hechos no es válida”.

Evidentemente si alguien transgredió la ley, no se trata de decirle sencillamente “no lo hagas más”, sino de entender que en la mayor parte de los casos la cárcel no soluciona nada y empeora aún más las cosas. Por lo tanto, hay que buscar alguna otra solución.

El objetivo central es el de humanizar la readaptación social en lugar de corregir castigando, y trabajar con aquellos casos en los que la persona pueda ser readaptada a la sociedad. De otro modo, la justicia penal refuerza la

desigualdad social. La idea es desarrollar una tarea coordinada y efectiva que permita la adecuada reinserción social y la reeducación de las personas con dificultades, y trabajar sobre lo positivo de la recuperación en lugar de hacerlo desde lo negativo de la sanción.

En síntesis, las cárceles y los centros de detención de menores deben capacitar para el mundo del trabajo y ofrecer una reeducación para la vida, de modo de evitar que el preso vuelva a la sociedad con sus habilidades de mercado reducidas y con sus habilidades criminales aumentadas, ya que sus contactos para conseguir trabajo y su entrenamiento inclinan la balanza hacia las actividades criminales, y este es el germen de la reincidencia. Es necesario crear organizaciones eficaces que monitoreen la reinserción laboral de los presos que salen de la cárcel y de los menores que salen de los institutos, y que monitoreen y garanticen la inserción educativa y laboral de quienes han delinquido una sola vez y han salido en libertad. En Costa Rica se han obtenido muy buenos resultados en los procesos de reinserción. Sería de suma utilidad formar a un grupo de licenciados en filosofía y psicología para impartir en las cárceles clases obligatorias sobre gestión del conflicto, asertividad (comunicación no violenta), filosofía práctica para la vida, ética, filosofía política y cuestiones de género. También se podría reemplazar la clase presencial por videos y por la creación de espacios presenciales de debate. Se trataría de charlas destinadas a formarlos en la esfera ética y política, con particular interés por la gestión no violenta de conflictos.

Tal como señala Roberto Gargarella en su artículo "Los derechos humanos de los delincuentes" (Página 12, 18 de marzo del 2009), contrariamente a lo que pretende indicar una expresión muy común en estos días, según la cual "morirían inocentes mientras se protegen los derechos humanos de los delincuentes", quienes cometieron o son acusados de haber cometido ofensas hacia los demás, especialmente si provienen de los grupos económicos menos favorecidos, padecen violaciones gravísimas a los derechos humanos tales como la de estar detenidos por años sin que se haya probado que cometieron delito alguno, o la de estar privados de su libertad por delitos menores y en condiciones infrahumanas. Los derechos humanos, por otra parte, no están destinados sólo a quienes no están en conflicto con la ley, sino a todos.

CAPITULO 5

NUEVOS CONCEPTOS DE POBREZA QUE CORRELACIONAN CON LA VIOLENCIA EN DEMOCRACIA

Vivimos en un mundo terrible. Una mitad del planeta muere de hambre y la otra de colesterol. (Jesús Quintero)

Que el dolor no me sea indiferente. (León Gieco)

Decíamos que en los estudios científicos es la desigualdad y no la pobreza lo que más correlaciona con el problema de la inseguridad. Por pobreza entendí en ese capítulo el concepto clásico de pobreza absoluta, que tiene en cuenta a los que están por debajo de la llamada “línea de pobreza”, que refleja un mínimo de bienes básicos que las personas necesitan con el fin de mantenerse físicamente vivas. Para determinar la “línea de pobreza” se calcula el consumo básico de cada sociedad, incluyendo la nutrición mínima y otras necesidades básicas, y se realizan estudios comparados entre países.

Pero el concepto de pobreza ha variado en sociedades que acceden a bienes sociales, culturales y materiales complejos, y en las que al menos en teoría se presupone que todos podrán acceder a esos bienes. ¿Es la pobreza la significativa dificultad para acceder a bienes y objetos de primera necesidad como comida, ropa, alojamiento y atención sanitaria? ¿O implica acceder a menor cantidad de bienes materiales y psicosociales? Veremos en este capítulo cómo la desigualdad aparece reflejada en otro concepto de pobreza que no es el de pobreza absoluta sino el de pobreza relativa. A modo de ejemplo, podemos considerar algunos datos relacionados con el fenómeno de la desigualdad.

En 1974, el 10% más rico ganaba en la Argentina ocho veces más que el 10% más pobre. Actualmente el 10% más rico de la población gana en promedio 33 veces más que el 10% más pobre. La desigualdad es más alta que en 1998 y que en la década del ochenta. La cifra de desigualdad que divulgó el INDEC en el 2009 (desde el segundo trimestre del 2007 que había dejado de difundirlas) registraba para el segundo trimestre del 2009 que el 10% de

la población más rico ganaba 26, 2 veces más que el 10% más pobre. También en ese período, esta institución en cuya seriedad casi nadie cree hoy en Argentina, acusó un 13, 8% de pobreza en el país, cuando la mayoría de las consultoras privadas la ubican alrededor del 30%. Curiosamente, de la cantidad de pobres que reciben el subsidio por hijo anunciado por la presidenta Cristina Kirchner, se deduce que el porcentaje de pobreza es del 30%, tal como indican las consultoras privadas. La falta de consenso sobre la cantidad de pobres afecta el diseño de políticas públicas. Se anuncia con gran pompa el otorgamiento de 100.000 puestos de trabajo y podríamos preguntarnos qué impacto tiene esta cifra en 6 millones de pobres (según cifras oficiales) o en 14 millones, según cifras privadas.

Entendiendo el concepto de pobreza relativa, que no mide bienes mínimos para mantenerse con vida sino la relación entre los bienes de un individuo y los que posee el promedio de la sociedad en la que habita, podremos avanzar en la comprensión del problema de la inseguridad.

En primer lugar en este capítulo haré una breve historia comentada de las distintas teorías sobre la pobreza. La finalidad no es histórica sino presentar el tema para poder comprender el debate contemporáneo en torno a las distintas concepciones de la pobreza, y entender también algunos prejuicios sobre el tema que perduran hasta nuestros días. Luego me referiré brevemente a la profusa y a menudo inadvertida pobreza que hay en gran cantidad de países ricos. Trazaré un panorama de la pobreza en el mundo y de los cambios que se han desarrollado en los últimos tiempos, anclaré en Latinoamérica y en la Argentina y terminaré examinando la filosofía del gradualismo que impera para tratar de resolver este problema.

5.1. BREVE HISTORIA COMENTADA DE LAS TEORÍAS SOBRE LA POBREZA

No pretendo resumir todas las concepciones sobre la pobreza desarrolladas en la historia del pensamiento, sino mencionar algunas que encuentro particularmente significativas. Hasta la primera mitad del siglo XX, la pobreza prácticamente sólo recibió ayuda de instituciones benéficas. Con anterioridad a menudo se la comprendió a partir de categorías racistas, como resultado de carencias o debilidades de determinadas culturas, o como resultado de la “incapacidad” individual para prosperar en lo económico.

Hay dos aproximaciones básicas al tema de la pobreza, una de raíz liberal, que la considera un efecto no deseado del libre funcionamiento del mercado y/o de elecciones individuales ineficientes, y una de raíz marxista,

que la juzga consustancial al capitalismo, puesto que surge de la división social del trabajo a través de la propiedad privada de los medios de producción, en el contexto de mecanismos de explotación que recaen sobre el trabajador, ya que lo que genera su trabajo es retribuido por debajo de su valor. Para el marxismo, el Estado mitiga el conflicto pero en esencia sirve a los intereses de la clase dominante, y por eso la solución pasa por la colectivización de los medios de producción, y la colocación del Estado al servicio de los intereses de la mayoría por sobre una minoría privilegiada. El capitalismo necesitaría a la pobreza como un ejército social de reserva preparado para suplantar a los trabajadores que decidan no aceptar sueldos bajos o que sean despedidos por diversos motivos. En este sentido la pobreza sería funcional al capitalismo. La mayor parte de los pobres lo son porque otros se apropiaron de su riqueza, o destruyeron su capacidad de crearla. Un ejemplo: las riquezas de Europa se conformaron a partir de los bienes arrebatados en Asia, Africa y Latinoamérica. Sin la destrucción de la industria textil en la India, sin el comercio de especias, sin el genocidio indígena y la esclavitud africana, la Revolución Industrial no hubiera generado las riquezas que creó en Europa y en Estados Unidos.

En la concepción liberal clásica del inglés Adam Smith (1723-1790), el trabajo bien retribuido y el funcionamiento de un mercado en el que todos compiten sin intervención pública sería la clave del progreso social. Smith admite que en algunas ocasiones el Estado debe intervenir en la redistribución, fundamentalmente para atender a las desventajas sociales extremas, ya que la falta de ingresos puede afectar los incentivos para trabajar e invertir.

Poco tiempo después, el párroco y economista inglés Thomas Robert Malthus (1766-1834) entendió que como la población crecía mucho más que la producción de alimentos -un argumento que nadie puede esgrimir en la actualidad-, y la pobreza a su modo de ver era simplemente consecuencia del instinto de reproducción, había que abstenerse de mantener relaciones sexuales (método preventivo), o ayudar a los pobres a morir con epidemias, hambre y guerras, de modo que bajara su fecundidad (método “positivo”, sic). De modo que, tal como decía el humorista Jorge Guinzburg en referencia a Bush, su manera de combatir la pobreza era acabar con los pobres. Malthus consideraba a los pobres vagos e inmorales que debían aprender los principios éticos y la disciplina del trabajo mediante el sufrimiento y el castigo. “Sólo el hambre es capaz de dominar al más fiero de los animales -escribió-. Les enseñará decencia y buenos modales, obediencia y sujeción, incluso a las personas más perversas”.⁷²

Malthus quería que los obreros construyeran sus viviendas en terrenos pantanosos e insalubres y escribía lo siguiente:

En vez de recomendarle limpieza a los pobres, hemos de aconsejarles lo contrario, haremos más estrechas las calles, meteremos más gente en las casas y trataremos de provocar la reaparición de alguna epidemia.

El párrafo de Malthus no es precisamente un ejemplo de piedad cristiana. Solidario con los intereses de la nobleza, sostenía que era necesario hacer tan insoportable la asistencia pública que la mayoría de los necesitados prefiriesen morir de hambre antes de sufrir tal indignidad. El encuadre de Malthus me recuerda a un dibujo de Quino en el que un rico está dando una limosna y luce un broche que dice “Dios me ama”. Malthus veía con malos ojos a los individuos compasivos que creen hacerle un gran beneficio a la humanidad estudiando la manera de extirpar ciertas enfermedades. Quizás estas sean las palabras más recordadas de Malthus:

El hombre, si no puede lograr que los padres o parientes a quienes corresponde lo mantengan, y si la sociedad no quiere su trabajo, no tiene derecho alguno ni a la menor ración de alimentos, no tiene por qué estar donde está. En ese espléndido banquete no le han puesto cubierto.

El propósito de este libro no es histórico. Si hago referencia a la teoría de Malthus es porque creo que aún algo de esta perspectiva está presente cuando ciertas personas consideran que la pobreza es producto de la falta de esfuerzo y de mérito individual, o que la pobreza siempre existió y es inevitable -esto es falso, comienza en muchas culturas cuando se abandona el nomadismo y va de la mano de la apropiación de tierras-, y que lo mejor que puede hacer una persona en situación de pobreza es resignarse.

Todavía hoy hay quienes, con la misma falta de empatía de Malthus, creen que la miseria es una ley natural y eterna que resulta inútil enfrentar. Los que expresan estas ideas en público -por suerte son pocos- al menos juegan con cartas claras. Hoy el mundo tiene suficiente cantidad de alimentos como para que nadie padezca hambre, y quizás los gobernantes más peligrosos sean los que se llenan la boca hablando de redistribución de la riqueza mientras el verdadero efecto de las medidas que implementan es minúsculo e insignifi-

cante si de lo que se trata es de resolver el problema con eficacia. Se jactan de su labor como el que cree haber construido una espléndida casa cuando lo único que edificó es la fachada. No dudo de las buenas intenciones de muchos de ellos, sí de su capacidad de empatía y del carácter científico de las teorías en las que basan su gestión.

Las políticas públicas no pueden estar sostenidas exclusivamente en las *éticas de la intención* -de inspiración kantiana-, ya Max Weber subrayó la importancia que tiene en el ámbito de la política el desarrollo de una *ética de la responsabilidad* en la que no importen sólo las intenciones sino también las consecuencias de las decisiones.

Todavía es frecuente justificar la pobreza a partir de la afirmación de que “siempre y en todas partes hubo pobres”. Es falso que siempre hubo pobres, pero aún cuando siempre hubiera existido la pobreza, eso no justifica que siga existiendo. Otros pretenden minimizar el problema de la pobreza aduciendo que es el resultado de la holgazanería o de la falta de inteligencia o responsabilidad individual, que en la mayor parte del mundo las personas carecen de inteligencia, y que esa es la razón por la que abundan los pobres. A modo de prueba aducen que Bill Gates o Rockefeller empezaron desde abajo y se hicieron ricos. Pero sacar una conclusión a partir de casos aislados como el de Gates o Rockefeller es hacer una generalización indebida. La posición que ocupa un individuo en la sociedad es producto eminentemente de relaciones económicas, políticas y sociales, y aún entre dos personas provenientes de la misma extracción social económicamente favorecida inciden otros factores como la falta de escrúpulos, la suerte o el capital social (el tipo de contactos sociales que se logra establecer).

Aunque para muchos resulta obvio que la pobreza es fundamentalmente producto de relaciones sociales, otros ni siquiera la vinculan con la falta de trabajo, los sueldos de hambre, los niveles de educación formal que están muy por debajo de lo que requiere el mercado de trabajo o con fenómenos económicos como la inflación, que corroe rápidamente los ingresos.

Muchas explicaciones de la pobreza culpabilizan a la víctima, quizá porque si los pobres mismos fueran responsables de sus condiciones de vida, si su situación fuera producto de una subcultura de “valores desviados”, sería posible sacarse de encima la responsabilidad que tenemos todos los ciudadanos en que el problema perdure.

Siguiendo con esta breve historia comentada de las concepciones sobre la pobreza, otro autor de gran influencia fue John Stuart Mill (1806-1873), uno de los padres del liberalismo, que promovió la propiedad privada de

los medios de producción pero sostuvo que la generación de riqueza social no garantiza automáticamente la equidad ni la eliminación de la pobreza. Enfrentar este problema para él implicaba potenciar las capacidades humanas y las instituciones que aseguren la justicia social, esencialmente el Estado, al que le asigna una mayor participación. En el marco del liberalismo la pobreza es entendida como el producto de un crecimiento económico insuficiente, de una distribución inadecuada y de decisiones individuales incorrectas.

El anarquismo y el marxismo producirán un giro decisivo en la comprensión de la pobreza, que no aparecerá como corolario de la falta de recursos naturales sino de la estructura misma de un sistema basado en relaciones sociales de explotación de unas personas sobre otras en el desarrollo de la industria y de la urbanización. La miseria de los trabajadores será para Marx la consecuencia de la propia dinámica del capital. “Sólo en el modo de producción capitalista la pobreza aparece como fruto del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo”, escribió.

El Estado moderno evidencia una contradicción crucial para Marx, se presenta a sí mismo invocando el conjunto de intereses de la ciudadanía pero está fundamentalmente al servicio de los sectores económicamente más favorecidos. Esta es la razón por la que la visión que más predomina en Marx es la que entiende al Estado como el instrumento de opresión de una clase sobre otra. A su modo de ver en el capitalismo no es posible eliminar por completo la pobreza, ya que en el contexto de la propiedad privada de los medios de producción se establecen relaciones de explotación y desigualdad, y el Estado no sólo debe distribuir bienes sino poder.

Desde una perspectiva marxista los pobres constituyen el ejército de reserva del desempleo. Cuanto más numeroso sea este ejército de desempleados, más bajos se mantendrán los salarios. Las clases media y alta salen beneficiadas al pagar bajos salarios a los pobres que desarrollan trabajos domésticos y manuales, y al tener quienes realicen los trabajos que casi nadie quiere hacer (recolección de basura, limpieza de calles, etc). Los pobres aparecen también como un mercado importante para los artículos fallados, y son la ocasión para que otros se beneficien con un salario: empleados que forman parte de la burocracia destinada a otorgar programas asistenciales, empleados rentados de las ONG, policías destinados a cuidar la propiedad privada (a mayor pobreza, mayor necesidad de policías), guardias de prisiones, vigilancia privada, investigadores, etc. Por eso algunos entienden que la pobreza es funcional al mantenimiento de un conjunto de estructuras sociales

que, sin ella, se derrumbarían.

Bernardo Kliksberg sostiene que, a diferencia de la mendicidad, la pobreza no molesta al sistema, más bien le sirve para que “la riqueza pueda de vez en cuando alardear de caritativa, bondadosa, ecuánime, condescendiente y magnánima con ella”.⁷³

En síntesis: a grandes rasgos la pobreza ha sido vista desde dos perspectivas distintas. Una es de origen liberal, que con distintos matices la ve como un efecto no deseado del funcionamiento del mercado y/o de desempeños individuales ineficientes y en algunos casos hasta de una “deficiente inteligencia individual”. Desde este marco se propone atenuarla (y no resolver definitivamente el problema) mediante el crecimiento de los sectores económicamente más favorecidos y de intervenciones en la esfera distributiva. El problema de la pobreza sería extrínseco al capital.

La otra visión es de origen marxista, y plantea que la pobreza es el resultado de una división social del trabajo clasista y su erradicación se daría cambiando el tipo de relaciones de producción. La pobreza sería la manifestación de estructuras sociales de dominación, explotación y exclusión.

El desarrollismo y los modelos de Estado de Bienestar conocidos entre 1950 y 1970 explicaron la pobreza como el efecto de las ineficiencias de los mecanismos de integración social y entendieron que el problema debía abordarse a partir de políticas integradoras del Estado. En ese momento surge el concepto de línea de pobreza, que luego fue utilizado para medir la pobreza absoluta, que abarca a quienes no cubren el costo de la canasta familiar. Durante la década del setenta también surgen los enfoques de género que advierten que estas mediciones no permiten ver la situación desfavorable de la mujer en el mercado de trabajo.

Tras la caída del muro de Berlín, en el contexto neoliberal la pobreza como tema prácticamente desapareció del campo de la política, volvió a ser vista como la falta de mérito individual y como la insuficiente disponibilidad de recursos (en el marco de la teoría pseudocientífica del derrame). Las medidas implementadas focalizaron la libre actuación del mercado y la reducción de la intervención del Estado, que por sí sola produciría el crecimiento económico, y en ocasiones por la asistencia estatal a los sectores más desfavorecidos.

Fueron los movimientos sociales y las organizaciones no gubernamentales quienes a partir de la segunda mitad de los noventa y hasta la actualidad empezaron a proponer diversas formas de definir y medir la pobreza.

La importancia de la caracterización de la pobreza es grande, ya que

según se la defina de una u otra forma, se sugerirá un tipo distinto de intervención para resolver el problema.

En la Argentina son muchos los activistas y las ONG que trabajan para acabar con la pobreza. Sin embargo, es común que se juzgue que las personas en situación de pobreza deben ser objeto de control social, una visión represiva que lo único que ve en los pobres es un peligro. Las marchas en contra de la inseguridad y otras manifestaciones que exigen la intervención pública para controlar las áreas marginales son un ejemplo de esta perspectiva.

Según Erik Olin Wright, son los siguientes mecanismos básicos los que explican la pobreza:

- 1) El bienestar de un grupo depende del deterioro de otros (principio de la interdependencia inversa del bienestar).
- 2) Un grupo es excluido del control de los recursos (principio de exclusión).
- 3) Un grupo puede apropiarse del esfuerzo y de los resultados de las prácticas de otros (principio de apropiación).⁷⁴

Wright recalca que no toda la pobreza puede ser explicada por los mecanismos de explotación. Si bien desde una perspectiva marxista obedece a la explotación de los trabajadores, también puede existir en donde se han socializado los medios de producción, en virtud de una distribución inadecuada de recursos, de crisis económicas o desastres naturales.

Un factor que acrecentó la pobreza en la década del noventa fue la disminución de la autonomía de los Estados en beneficio de empresas multinacionales que chantajejan a los gobiernos con la deuda externa, evaden impuestos y explotan a los trabajadores.

5.2. QUÉ ES LA POBREZA. DIFERENCIAS ENTRE POBREZA ABSOLUTA Y RELATIVA. OTROS CONCEPTOS DE POBREZA

Si se preguntan qué es la pobreza muchos están como el filósofo Agustín de Hipona cuando pretendía definir el concepto de tiempo. “Si no me lo preguntan, lo sé, y si me lo preguntan, no lo sé”, escribía. Definir la pobreza parece sencillo, pero a medida que avanzamos en el tema tomamos conciencia de su complejidad.

Veamos algunas de las definiciones de pobreza que propone la teoría social:

- 1) Definición absoluta en torno a las relaciones básicas:** *la pobreza es*

una situación en la que las personas no satisfacen un conjunto de necesidades básicas para la reproducción de la vida. Hay quienes consideran que esta definición entiende al ser humano como un sujeto que sólo responde a necesidades elementales, biológicas, sin tener en cuenta la complejización de necesidades que tiene lugar en la sociedad contemporánea. Para dejar de ser pobre bastaría con comer, dormir, estar abrigado y tener médico y medicamentos a mano, sin acceder a ninguno de los bienes materiales y psicosociales complejos que generan las sociedades actuales. Quienes entienden la pobreza de este modo no suelen comprender la razón por la que alguien puede robar no faltándole comida.

- 2) **Definición relativa al estándar de vida:** *la pobreza es una condición de vida inferior a lo considerado socialmente como normal o aceptable.* Este es un concepto relacional de pobreza, se es o no pobre en relación al nivel de vida de los demás.
- 3) **Definición en torno a los recursos y a la autonomía:** *la pobreza es la carencia o insuficiencia de medios propios (fundamentalmente de ingresos monetarios) para la satisfacción de necesidades.* Acá no basta con satisfacer necesidades básicas ni con alcanzar un estándar de vida acorde con el nivel de vida de los demás, sino que es necesario hacerlo por medios autónomos.
- 4) **Concepto de exclusión:** *la pobreza expresa a la “población sobrante” de una sociedad, la que queda privada de sus derechos humanos, que no son sólo económicos (derecho al trabajo y a un nivel de vida adecuado), sino también sociales (derecho a la asistencia médica y a la educación), políticos (derecho a la libertad de pensamiento, de expresión y asociación) y culturales (derecho a mantener la propia identidad cultural y a participar en la vida cultural de la comunidad).* Esta definición expresa una propuesta de la UNESCO que poco a poco fue ganando terreno. La pobreza implicaría la violación de derechos humanos básicos que deben ser respetados para garantizar la dignidad de las personas.
- 5) **Definición en torno al despliegue de capacidades:** *La pobreza es una situación que se establece cuando una sociedad obstaculiza el despliegue de capacidades que permiten alcanzar plenamente las actividades humanas.* Es Amartya Sen (1992), Premio Nobel de Economía, quien pro-

pone esta definición basada en los principios de carencia de capacidades y derechos de los individuos. Para el economista, la pobreza es absoluta en el espacio de las capacidades porque una capacidad no depende de que otras personas la hayan desplegado, y es relativa en el espacio de los bienes materiales.

Movimientos sociales y grupos centrados en la perspectiva de género proponen el concepto de *déficit de empoderamiento*, que refiere a la escasa consideración que se tiene desde los planes de lucha contra la pobreza de la desigual distribución de poder y del acceso a las tomas de decisiones, lo que coloca en un rol de subordinación a grupos tradicionalmente excluidos (pobres, mujeres y minorías étnicas, entre otros).

Estas nociones se interceptan y juxtaponen con la de la *pobreza absoluta y relativa*. Se considera que pobreza absoluta es “una condición caracterizada por la privación severa de necesidades básicas tales como alimento, agua potable, facilidades sanitarias, salud, refugio, educación e información. Esto depende no sólo del ingreso sino también del acceso a los servicios” (Declaración de las Naciones Unidas emitida como resultado de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social en Copenhague en 1995).

El concepto de pobreza absoluta fue criticado por no tener en cuenta importantes diferencias socioeconómicas que distinguen a las naciones entre sí y por presuponer una noción meramente biológica del ser humano. Amartya Sen criticó la noción de pobreza absoluta señalando que la conversión de ingresos en bienes de una canasta básica varía entre los individuos de acuerdo con su edad, sexo, localización geográfica, tipo de vivienda y posibilidad de ser afectado por determinadas enfermedades, entre otros factores. No tiene en cuenta la importancia de la asistencia social y de la inversión pública en infraestructura en los rubros vivienda, caminos, servicios básicos y educación para mejorar las condiciones de vida de los postergados.

Así es como surgió un marco alternativo para considerar a la pobreza, un esquema que nos va a ser de gran utilidad para avanzar en la comprensión de la violencia social o de lo que habitualmente llamamos inseguridad. Es el concepto de *pobreza relativa*, según el cual la pobreza sólo puede ser definida y entendida en el contexto de la sociedad en la que vive un individuo, es decir, que el nivel de pobreza que tiene una persona en parte es definido por el nivel de los ricos que viven en la misma sociedad. Para medir la pobreza se suele tener en cuenta a quienes están por debajo de la mitad de los ingresos medios en cada país. Si los ingresos medios suben, suben también las exigencias para

no ser considerado pobre.

La CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) mide la pobreza relativa teniendo en cuenta a los que ganan menos del 60% de los ingresos medios de un país. Dentro de este marco conceptual, algunos hablan de “sensación de pobreza”, que es la percepción subjetiva que tiene una persona de su acceso a un conjunto de bienes que circulan en la sociedad.

Sería interesante contrastar esta *sensación de pobreza* con la llamada *sensación de inseguridad*. Si los estudios científicos nos dicen que lo que más correlaciona con la inseguridad es la desigualdad, probablemente - además de la pobreza misma- sea la *sensación de pobreza* de los grupos económicamente menos favorecidos de una sociedad, lo que provoca mediante un fenómeno muy minoritario en estos grupos (ya que de todos los pobres que perciben el impacto de las grandes desigualdades, sólo una ínfima minoría roba) la inseguridad de la que tanto se quejan los sectores medios y altos (los indigentes ya están acostumbrados a la violencia y no se quejan tanto). En realidad, si la sociedad democrática plantea en teoría que todos los ciudadanos -y no sólo los de cierto rango- pueden tener acceso a determinados bienes de acuerdo a su propio mérito, deberíamos tener en cuenta la importancia del concepto de pobreza relativa, que es el que demarca a la pobreza en relación a lo que poseen los demás. Para decirlo de una forma tal vez exagerada pero más gráfica: en las sociedades con aspiraciones democráticas la pobreza es fundamentalmente relativa. Algunos teóricos matizan el problema con sensatez y sugieren promediar la medición de la pobreza absoluta (que supone el acceso a bienes básicos de subsistencia) con la de pobreza relativa.

El concepto de pobreza es relacional. Sin ricos, no hay pobres (no hay percepción de pobreza). El rico da entidad al pobre, lo fabrica y empuja a otros a la pobreza. Por eso el problema de la pobreza no puede ser explicado si no se realiza al mismo tiempo una crítica de la riqueza.

“Como caídos del cielo”, una excelente película del inglés Ken Loach, ilustra muy bien el concepto de sensación de pobreza. Cuenta la historia de un trabajador inglés cuya hija le pide que le compre un vestido muy caro -el mismo que lució una compañerita suya del colegio- para tomar la primera comunión. El padre no tiene dinero para comprarlo, pero no quiere que su hija esté en desigualdad de condiciones en relación a su compañera. ¿Era el padre *pobre* en términos absolutos? Evidentemente no. Sin embargo, tenía esta “sensación de pobreza” al comparar el vestido de la compañera de su hija con el que él le podía comprar.

Como señalé con anterioridad, la comparación es uno de los mecanismos

cognitivos fundamentales de la mente humana. Prácticamente todo lo juzgamos por comparación. Diversos estudios científicos prueban que las personas perciben su bienestar económico comparándose con el bienestar económico que perciben en los demás, y con su propio bienestar económico anterior. Podemos poner límite a nuestro hábito de comparar, pero aún así seguirá siendo uno de los mecanismos fundamentales de nuestro pensamiento. No se trata de aspirar a una sociedad en la que todos nos vistamos igual, es decir, a la igualdad entendida como uniformidad, sino de crear las condiciones como para que el nivel de desigualdad no fomente la *sensación de pobreza* tal como la entendimos a partir del concepto de pobreza relativa, que puede en otros contextos - no era el caso de la película- estar presente también en una situación de pobreza absoluta. Es muy significativo que la versión en español del video diga en la contratapa “la historia de un hombre pobre que no tiene para darle de comer a su familia”. La película no cuenta eso en absoluto, el drama se desencadena por un vestido para la comunión, a nadie le falta comida, pero tal vez los promotores del video pensaron que en un contexto latinoamericano el planteo de la pobreza era menos comprensible a partir de la noción de desigualdad y mucho más a partir de la noción de pobreza absoluta, relacionada con la falta de alimento.

El nivel de pobreza relativa es el que nos ilustra sobre la inequidad de un país. De modo que, como hemos señalado, cuando hablamos de inseguridad el concepto de pobreza que más correlaciona con este fenómeno es el de pobreza relativa, porque mide las desigualdades económicas que se producen en el interior de una sociedad.

La cuestión de cómo debe ser medida la pobreza es objeto de permanente debate. Hoy hay cierto consenso en medirla combinando diversos índices, a los que se considera complementarios, y en entenderla no sólo como la privación de objetos materiales sino también como la privación de bienes psicosociales. Las variables más utilizadas son el ingreso o el consumo (familiar o individual). Otras mediciones focalizan la mortalidad infantil, que es una de las expresiones más dramáticas de la pobreza.

Es importante llegar a un consenso en torno al concepto de pobreza porque de acuerdo a cómo se la mida se proyectarán políticas sociales para enfrentarla. En 1990 todos los partidos políticos de Canadá se propusieron eliminar la pobreza infantil antes del 2000, pero el proyecto se estancó porque no consensuaron una definición del concepto de pobreza.

¿Se debería medir la pobreza en relación a la media de un país en particular, a la de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económi-

co; es apodada “club de países ricos”), a la de la Unión Europea, o se debería tomar un marco local en relación con la provincia, ciudad o comunidad de la que proviene una persona? Para ilustrar esta problemática, tomemos el siguiente ejemplo: la tasa de pobreza infantil en Sicilia disminuiría a más de la mitad si la base de comparación fuera Sicilia y no Italia.

Desde 1984 la Comunidad Europea adoptó una definición de pobreza que refleja el concepto de pobreza relativa: “Se considera pobres a los individuos, familiares y grupos de personas cuyos recursos materiales, culturales y sociales son tan escasos que están excluidos de los modos de vida mínimos aceptables en el Estado miembro en el que viven”. En términos de medición, pobre es toda persona “que no cuenta con la mitad de los ingresos medios por habitante de su país”.

Los países europeos suelen utilizar el concepto de pobreza relativa, midiendo un porcentaje determinado del promedio de los ingresos nacionales. En este contraste se ve cómo eligiendo uno u otro concepto de pobreza es posible ocultar a varios miles o millones de pobres bajo la alfombra, como hace Estados Unidos al ser el único país de la OCDE que utiliza la medición de pobreza absoluta, un criterio que los países desarrollados consideran propio de la década del sesenta. Dejando afuera a los Estados Unidos, la mayoría de los considerados pobres en los países de la OCDE serían considerados ricos según la definición de “un dólar por día” ampliamente usada para medir la pobreza en el mundo en vías de desarrollo, y más ricos que el comerciante más rico de la Edad Media según estándares de nutrición, higiene, abastecimiento de agua, asistencia sanitaria, vivienda, calefacción, ropa, educación y transporte (no olvidar que estamos hablando del nivel de vida de los pobres europeos, considerados no a partir del concepto de pobreza absoluta sino relativa).

En Argentina y en el resto de Latinoamérica las mediciones que más divulgan tanto los organismos oficiales como las consultoras toman de referencia el índice de pobreza absoluta. Pero, como señalábamos, el problema de la inseguridad tiene más que ver con el concepto contemporáneo y actualizado de pobreza relativa, que nos ilustra sobre la desigualdad en relación a los bienes que la sociedad nos plantea como accesibles, pero que luego niega a la mayoría de sus habitantes. Porque cuando alguien roba un par de zapatillas caras, que cuestan el 25% de un sueldo mínimo, lo hace para acceder a una porción de prestigio social y a un bien que va mucho más allá de la subsistencia básica, impulsado por la justa indignación que le produce que otros cuenten con las facilidades sociales necesarias como para acceder a ese bien y él no.

Según las Naciones Unidas, una tercera parte de los habitantes del mundo

son considerados pobres y casi mil millones padecen desnutrición. Entre ellos, 40 millones engrosaron la estadística este año. En el 2001 había en el África subsahariana 100 millones de pobres más que en 1990. En Europa Central y en los países de la ex Unión Soviética, el número de personas que viven con menos de dos dólares diarios pasó de 23 millones en 1990 a 93 millones en 2001. La crisis que estalló en el 2008 sumó otros 100 millones de pobres (más del doble de la población argentina). En América Latina y el Caribe, ahora afecta a 10 millones de personas más. En África subsahariana se sigue registrando el mayor índice mundial de desnutrición, que afecta al 32 por ciento de sus habitantes. Una minoría del planeta posee la mayor cantidad de recursos, y una mayoría vive en la escasez. Mientras de un lado hay abundancia y hasta despilfarro, del otro hay carencia de lo indispensable. Esta desigualdad se agudiza cada vez más. La agencia de las Naciones Unidas dedicada a la asistencia alimentaria señala que la ayuda mundial en alimentos está en su nivel más bajo en 20 años, a pesar de que la cantidad de personas en estado crítico está en su punto más alto de la historia. Según Josette Sheeran, responsable del organismo humanitario de la ONU, esta situación constituye una “receta para el desastre” y resulta “crítica para la paz, la seguridad y la estabilidad en muchos lugares del mundo”. El problema no admite soluciones a largo plazo y por eso se hizo un llamamiento para que los países ricos incluyan al hambre en el mapa.⁷⁵

La gran mayoría de los millones de niños que mueren cada año por desnutrición contraen unas pocas enfermedades infecciosas curables como la diarrea, la neumonía, el paludismo (malaria) y el sarampión. La FAO explica que podrían haber sobrevivido si sus cuerpos y sistemas inmunitarios no estuvieran debilitados por el hambre y la desnutrición. En los países en vías de desarrollo la lucha también pasa por dar batalla a enfermedades como el sida, la malaria o la tuberculosis. Las estadísticas muestran que los ricos en promedio viven más que los pobres. Un europeo occidental puede esperar vivir el doble que un habitante de Afganistán o Mozambique.

En cierta oportunidad le preguntaron a Ramon y Cajal si él creía en la posibilidad de que una persona pudiese volverse invisible, tal como acababa de describirlo H.G.Wells en uno de sus famosos relatos. “Sí -respondió el hombre-, para volverse invisible alcanza con ser pobre”. Las personas en situación de pobreza mueren por el mal de Chagas, como consecuencia de enfermedades producidas por la mala nutrición, pero las políticas de Estado se ocupan fundamentalmente de las enfermedades que alcanzan a los sectores económicamente más favorecidos de la sociedad.

En el atentado a las torres gemelas de Nueva York murieron 3000 perso-

nas. Ese mismo día en el mundo murieron de hambre 25.000 personas, sin que esta segunda catástrofe adquiriera repercusión alguna.

Durante el 2008 hubo 963 millones de indigentes (personas que pasan hambre) en el mundo (aproximadamente uno de cada seis habitantes del planeta, según datos de la ONU). En el 2009 se superaron los mil millones. Cada cinco segundos muere en el mundo un niño menor de 10 años. No es que falten alimentos, por segunda vez el 2008 fue un año en el que hubo una cosecha record de alimentos. Lo problemático es que muchas naciones empobrecen demasiado rápidamente como para poder comprar esos alimentos.

En los países pobres, 507 millones de personas tienen una esperanza de vida de 40 años, 158 millones de niños sufren algún grado de desnutrición y 110 millones en edad escolar no van a la escuela.

Para el que piense que el problema de la pobreza no tiene solución, es interesante tener en cuenta el caso de Singapur, un país que realizó cambios significativos: en los últimos treinta años eliminó gran parte de su pobreza y hoy en día cuenta con uno de los ingresos per cápita mayores del planeta.

El mundo es más desigual que hace diez años. En América Latina, que en líneas generales cuenta con privilegiadas fuentes de recursos naturales, condiciones ideales para la producción de alimentos, abundantes materias primas estratégicas, desde petróleo hasta litio, un tercio de las aguas limpias del planeta y fuentes de energía barata, una de cada tres personas es pobre, al 18, 6% de la población no le alcanza ni para comer y el 35% es pobre. Hay 53 millones de desnutridos; 50 millones sin agua potable, más del 50% de los alumnos en diversos países que no terminan la secundaria, y un 20% de los jóvenes fuera del sistema educativo y del mercado de trabajo. Son 96 millones de personas, según datos de la ONU. Las cifras erizan la piel y las perspectivas futuras no son alentadoras. Estudios de la escuela de salud pública de Harvard evidenciaron que, a menor desigualdad, más crece la confianza, la capacidad de asociación y el capital social. Esto genera más felicidad, mejor salud y más esperanza de vida. Como recomienda Brooks en *The New York Times*: “Si usted quiere encontrar un buen lugar para vivir pregúntele a la gente si tiene confianza en sus vecinos”.⁷⁶

El conjunto de la zona tiende a la pauperización y a un proceso de concentración de la riqueza. En América Latina el 10% más rico tiene 50 veces más que el 10% más pobre (6 veces más en Noruega, 10 en España, 5 en Uruguay y 34,2 en Argentina). Treinta de cada mil niños mueren antes de los cinco años (en los países nórdicos, 3 de cada mil).

De modo que América Latina no es la región más pobre del planeta pero sí

la más desigual. Esto se evidencia en los ingresos, la educación, la salud y el acceso a las nuevas tecnologías, entre otros dominios. Toda esta situación incrementa cada vez más lo que se conoce como “inseguridad ciudadana”.

La solución para el problema de la pobreza no es sencilla, pero tampoco es imposible. Uruguay es un país con pocos recursos y pese a eso logró tener menos inequidad que la Argentina. Brasil ha sido estructuralmente un país muy pobre, y en los últimos años logró los mejores índices de su historia social, sacando a 27 millones de brasileños de la pobreza.

En países como Israel, Suiza o Finlandia muchos quieren ser maestros: quienes se dedican a esta profesión reciben un sueldo superior al promedio y tienen por delante una carrera con gran cantidad de estímulos. Cien años atrás la educación tenía una jerarquía más alta que la actual en algunos países de América Latina. Hoy los ingresos de los docentes son inferiores a los ingresos promedio del mercado. El 36% de los maestros de 6° grado tienen otro trabajo para poder salir adelante.⁷⁷

Pese a que Latinoamérica exportó en el 2007 alimentos que servirían para alimentar tres veces a su población, el 16% de los niños está desnutrido. En esta región del mundo, de todos los niños que están en 6° grado de primaria, el 11% trabaja. Casi todos ellos son niños en situación de pobreza. En Guatemala, la cifra es del 17,5% y en República Dominicana, del 14%. En la Argentina, se estima que el 6% trabaja. La inmensa cantidad de niños que no reciben una nutrición adecuada en Argentina y en América Latina difícilmente podrá disponer de un cerebro en forma como para que los objetivos de la educación puedan cumplirse. Si a esto le sumamos que los niños en situación de pobreza suelen vivir en el hacinamiento y con padres que no terminaron la primaria, los rendimientos necesariamente serán problemáticos.

Señala Bernardo Kliksberg, asesor de la Dirección Regional del PNUD/ONU para América Latina:

Los serios problemas educativos de América latina están estructuralmente ligados a los altos niveles de desigualdad de la región. El estudio Serce-Unesco muestra una fuerte correlación estadística entre los coeficientes Gini -que miden la desigualdad en la distribución de los ingresos- y el rendimiento. Cuanto más alta es la inequidad, peor es el rendimiento escolar. Los amplios sectores de niños que pertenecen a los estratos con poca participación en el ingreso van a tener condiciones muy desfavorables para poder completar la escuela

y rendir en ella. Así, sólo el 43,9% de los niños de América Latina terminan la escuela primaria a tiempo, en la edad y en la extensión de años programada.

En América Latina, la media de gasto público en educación es del 4,1%, casi la mitad de la de los países más avanzados en educación como los nórdicos, los del sudeste asiático e Israel.⁷⁸

En un estudio de la CEPAL sobre los objetivos del milenio fijados por las Naciones Unidas en la Cumbre del Milenio del año 2000, se señala que fueron insuficientes las medidas de la región para cumplir con la meta de reducir a la mitad la pobreza extrema entre 1990 y el 2015. Aunque todavía no se ha llegado al 2015, Chile cumplió con la meta, y Brasil, México, Panamá, Ecuador y Uruguay lograron disminuirla más de lo esperado. En ese período en Venezuela y Argentina, en lugar de disminuir, la pobreza extrema aumentó.

Como propuso en su momento Jacques Chirac, acompañado por el secretario general de las Naciones Unidas Kofi Annan en la Conferencia sobre la Solidaridad y la Globalización, los países ricos deberían aceptar un impuesto internacional para financiar el desarrollo de los países pobres. Los fondos serían utilizados para la lucha contra la pobreza y las enfermedades en el mundo en desarrollo. En septiembre del 2005 unos 79 países respaldaron la creación del impuesto internacional en la Asamblea General de las Naciones Unidas. ¿Adivinen qué país se opuso a esa medida? Adivinaron: Estados Unidos.

En los países en desarrollo hay 1300 millones de personas por debajo de la línea de pobreza. Pero lo que no siempre se advierte es que en los países conocidos como “desarrollados” también hay una pobreza significativa. En el apartado siguiente caracterizaremos a la pobreza en los países supuestamente ricos.

5.3. LA POBREZA EN LOS PAÍSES RICOS

La desigualdad provoca enfermedad. La envidia, la rabia, la impotencia hacen enfermar. El Estudio Whitehall muestra que si se aumenta el estrés, disminuye la inmunidad”. (Mario Bunge)⁷⁹

En los países industrializados 100 millones de personas no cubren los gastos básicos de la canasta familiar. También crece allí la pobreza infantil (Unesco, 2005). En un trabajo de UNICEF del 2005⁸⁰, se informa sobre el aumento de la proporción de niños que viven en situación de pobreza en las

economías desarrolladas. Aunque la mayoría de las personas cree que la pobreza en los países ricos disminuye paulatinamente, UNICEF nos informa que en 17 de los 24 países de la OCDE ocurre lo contrario.

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), es una entidad de cooperación internacional compuesta por 30 Estados cuyo objetivo es coordinar políticas económicas y sociales. Agrupa a los países económicamente más desarrollados del planeta, y por eso, tal como señalamos anteriormente, se la conoce como el “club de países ricos”, ya que representa el 70% del mercado mundial. Entre los miembros fundadores de la OCDE están Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza, Turquía. Se incorporaron posteriormente países como Japón, Finlandia, Australia, Nueva Zelanda, México, República Checa, Corea del Sur, Hungría, Polonia, Chile y Eslovaquia.

Según su Oficina del Censo, Estados Unidos, el país que muchos toman como modelo de desarrollo, tiene 47,4 millones de pobres. Uno de cada siete estadounidenses vive debajo de la línea de pobreza, es decir, no cubre el costo de la canasta familiar. Si se tomara el índice de pobreza relativa, que es relacional y es utilizado por los países europeos, el número sería muy superior.

En Estados Unidos, un país que se jacta de respetar los Derechos Humanos y que reprocha a quienes a su entender no lo hacen, más del 20% de los niños son pobres (la tasa es equivalente a la de México). La expectativa de vida para los adolescentes pobres es 16 años más baja que para los sectores ricos.⁸¹ En algunas ciudades de Estados Unidos hay 1000 prisioneros cada 100.000 habitantes. El porcentaje es muy superior para la población negra, ya que el 80% termina pasando por el sistema penal.

La tasa de pobreza infantil de los países más poblados de Europa, a excepción de Italia, que tiene la más alta, oscila entre el 5 y el 10%. Otros cinco países, el Reino Unido, Portugal, Irlanda, Nueva Zelanda e Italia, tienen tasas de pobreza infantil excepcionalmente altas (del 15 al 17%). En Dinamarca y Finlandia, el 3% de los niños son pobres.

Los países con menor cantidad de habitantes (de 4 a 9 millones) son los que tienen tasas más bajas de pobreza. Cabría preguntarse si esto es así porque es más fácil combatir la pobreza en economías reducidas, o porque los países con menos habitantes cuentan con más solidaridad y cohesión social, o por ambas razones a la vez. Sea como fuere, hay evidencias de que

constituye una ventaja no administrar colectivos que sobrepasen cierta cantidad de habitantes.

El origen étnico también suele ser un factor determinante de las oportunidades. En Estados Unidos, como se sabe, los negros y los hispanos son los más afectados. El 24,7 % de los afroamericanos y el 23,2% de los hispanos son pobres. En Brasil, Guatemala y Bolivia los descendientes de indígenas o los afroamericanos tienen ingresos que son de un 35 a un 65 por ciento más bajos que los de los blancos, y menores posibilidades de acceso a la educación y a la vivienda. En Sudáfrica un negro gana de cinco a seis veces menos que un blanco. En Estados Unidos, aún con un presidente mulato, los negros tienen muchas menos oportunidades que los blancos, basta ver quiénes son los que en mayor medida desarrollan trabajos subalternos y serviles y quiénes son los que pueblan las cárceles. También en Latinoamérica los descendientes de indígenas, cuando trabajan, desarrollan las tareas serviles, menos valoradas y peor retribuidas. Es curioso observar cómo en el Distrito Federal en México, mientras la mayor parte de las personas tienen rasgos étnicos indígenas, la publicidad callejera sólo muestra mexicanos de fisonomía europea.

En Francia, quinta potencia económica del mundo, 8 millones de personas (el 13,4% de la población) viven bajo el umbral de pobreza, y una vez que pagaron alquiler, gas, electricidad, transporte y seguros, sólo les quedan 2,70 dólares por día y por persona para alimentarse y vestirse, según un estudio divulgado por el instituto estadístico INSEE.⁸² Las cifras son del 2007, corresponden a un trabajo titulado “Ingresos y patrimonios familiares”, y se calcula que, después del impacto provocado por la crisis del 2008, la cantidad de pobres es muy superior. Las organizaciones caritativas distribuyen dos millones y medio de euros en comidas diarias. La pobreza afecta en particular a las familias monoparentales -representan un 30% de las personas y, por regla general, están a cargo de mujeres-, a los inmigrantes y a los grupos con una o dos personas sin empleo. Los desocupados (2,7 millones de personas, el 10% de la mano de obra activa) también están en situación extrema, lo que no equivale a decir que tener un empleo libre de la pobreza: 1,9 millones de asalariados viven debajo del umbral de pobreza. Ese grupo de trabajadores completa sus salarios insuficientes con el llamado RSA (ingreso de solidaridad activa), plan de ayuda concebido para garantizar un nivel de vida digno y luchar contra la exclusión social. Las subvenciones pueden llegar hasta 620 dólares en el caso de una persona sola, o hasta 930 para una pareja, a lo que puede agregarse

el 30% por cada persona suplementaria a cargo. En Francia el 36% de los inmigrantes son pobres, y un porcentaje similar existe entre los desocupados de origen extranjero. Persisten también fuertes desigualdades: el 20% de las personas con mayores ingresos reúne el 38,2% de la masa global de ingresos. “El nivel de vida del 10% más rico de la población es de 68.500 dólares anuales por persona contra 10.370 para el 10% más pobre”, señaló Louis Maurin, director del Observatorio de las Desigualdades. Esta disparidad no es resultado de su actividad profesional (que representa sólo un 11% del total) sino de inversiones (más del 55%), rendimientos patrimoniales (46%) y beneficios de una fiscalidad ventajosa.

Un informe de la ONU del 2005 sobre la situación social global destaca que pese a que en algunas partes del mundo en los últimos años se ha producido una mejora en los niveles de vida, la pobreza sigue arraigada en la mayoría del planeta, que “vive atrapado en el marasmo de la desigualdad”. Desde mediados del ochenta, señala, se acentuó la desigualdad entre los salarios de los trabajadores calificados y no calificados, ya que los sueldos mínimos disminuyeron mientras que los ingresos más altos ascendieron bruscamente. Según la ONU, esta situación de desigualdad también afecta a países que con frecuencia son tomados como modelo de eficacia: por ejemplo, Canadá, el Reino Unido y Estados Unidos, un país en el que la desigualdad en las áreas de salud y educación se amplió (habrá que ver el impacto que tendrán en el futuro las medidas recientemente implementadas por Obama en el área de salud).

5.4. CUANDO LO QUE SE DESCRIBE COMO POBREZA NO LO ES

En sociedades con mucha menos inequidad que la nuestra, a menudo se ve pobreza donde no la hay, es decir, donde no existe la pobreza concebida en el sentido carencial del término. Se trata de economías de subsistencia evaluadas con piedad porque no participan de la economía de mercado, no son consumidoras de los artículos producidos en el mercado mundial, ellas mismas satisfacen sus necesidades fabricando sus propios bienes de uso. Las personas son vistas como pobres porque comen mijo cultivado por las mujeres en lugar de comida chatarra, viven en casas construidas con sus propias manos que no están hechas de cemento sino de materiales ecológicos como el bambú y el barro, y cosen su propia ropa con fibras naturales y no con fibras sintéticas.

Facundo Cabral escribía “Pobrecito mi patrón, piensa que el pobre soy

yo”. La frase revela cómo la pobreza económica es sólo una de las múltiples formas de la pobreza. Hay otras: la pobreza ética, la cultural, la ecológica. Como en aquel cuento en el que, de regreso a casa, el padre le pregunta a su hijo:

-¿Qué te pareció el viaje?

-¡Muy bonito papá!

-¿Viste qué tan pobre puede ser la gente?

-¡Sí!

-¿Y qué aprendiste?

-Vi que nosotros tenemos un perro en casa, ellos tienen cuatro. Nosotros tenemos una piscina, ellos tienen un arroyo. Nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio, ellos tienen las estrellas. Nuestro patio llega hasta el fondo de la casa, ellos poseen todo un horizonte. Vos y mamá trabajan de la mañana a la noche y casi nunca los veo, ellos tienen tiempo de conversar y convivir en familia.

Al terminar el relato, el padre se quedó sin palabras y su hijo agregó:

-¡Gracias papá por enseñarme lo pobres que podemos ser!

En efecto, los niños también son ricos o pobres de acuerdo a la cantidad de tiempo que pasan con su familia, a los amigos que pueden tener en el contexto social en el que se desenvuelven, a la riqueza de su vida social. El consumo no garantiza el bienestar. Las sociedades en las que más se consume no son aquellas en las que sus ciudadanos se sienten más felices.⁸³

5.5. LA TEORÍA DEL DERRAME

Surgida del Consenso de Washington, la teoría del derrame que signó al neoliberalismo de los noventa fue impulsada fundamentalmente por William Jefferson Clinton, y postula al crecimiento económico del sector privado como fuente de reducción de la pobreza. Promueve la libertad de mercado mediante las leyes de la competencia y el conflicto y, a través de la metáfora del vaso que se llena de agua y derrama, consagra la desigualdad al postular, tal como señaló Néstor Gorojovsky, que para que los pobres vivan bien hace falta que los ricos vivan mucho mejor.

Durante el neoliberalismo de los 90, en Argentina y en Venezuela, por ejemplo, se pensó que las altas tasas de crecimiento serían suficientes para obtener beneficios sociales. Sin embargo, el Producto Bruto Interno de un país puede crecer (como es el caso de España en los últimos diez años) sin

que disminuya la cantidad de pobres (como en España durante ese período). Si no se distribuye la riqueza, la pobreza incluso puede aumentar. La revista de humor *Barcelona* ilustró muy bien esto cuando tituló: “La redistribución ya se hizo. Lamentablemente no alcanzó para los pobres”.

La teoría del derrame carece de toda evidencia empírica. El crecimiento a tasas chinas no puede resolver significativamente el problema de la pobreza y de la desigualdad. La pobreza alcanzó a más del 50 por ciento de la población argentina durante la gran crisis de 2001, pero con el crecimiento desarrollado hasta el 2007 fue reducida al 27 por ciento. Después de crecer durante cinco años a tasas chinas y que la generación de empleo hiciera bajar los índices de pobreza, esto no fue suficiente para enfrentar de manera sustancial la indigencia y la desigualdad sembradas en los noventa, ya que 5,5 millones de trabajadores siguieron sin tener ingresos suficientes para acceder a la canasta básica. El aumento del salario mínimo vital y móvil, la incorporación de los aumentos de sumas fijas al salario básico y el incremento de las jubilaciones mínimas fueron medidas que sirvieron para aumentar los ingresos de los sectores de menores recursos durante los primeros años del kirchnerismo. Pero cuando la inflación se aceleró empezó a comerse el salario de los trabajadores. La situación se agudizó aún más cuando estalló la crisis internacional y se perdieron 345 mil empleos.

Con un 40% de los ocupados en negro, la pobreza se profundizó entre los empleados que ocupan puestos precarios y de baja remuneración, al mismo tiempo que se amplió la brecha con los trabajadores en blanco y con las empresas que obtuvieron extraordinarias ganancias. La alta tasa de trabajo informal es el eje de la persistencia de altos índices de pobreza, independientemente de las altas tasas de crecimiento económico que tuvo el país. El núcleo duro de la pobreza está en el trabajo informal, que es justamente donde no suelen llegar las políticas de Estado en Argentina, y cuando excepcionalmente lo hacen las medidas son insuficientes para cambiar de manera relevante la situación.

Desde el 2007, en Argentina la pobreza creció en parte como producto de una incesante inflación que ocultan los números del INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos), que al manipular las cifras correspondientes a la inflación y a la pobreza procede como Susanita en la tira de Quino. Mafalda ve a una persona pidiendo plata por la calle y dice:

-Me parte el alma ver gente pobre.

(Susanita): A mí también.

(Mafalda): Habría que dar techo, trabajo, protección y bienestar a

los pobres.

(Susanita): ¿Para qué tanto, si bastaría con esconderlos?

De la cantidad de pobres a los que se ofreció brindar la asignación por hijo se deduce que el porcentaje de pobreza es del 30%, tal como indican las consultoras privadas, y no del 13, 8, como señala el INDEC. Durante el segundo trimestre del 2006, el Subsecretario de Comercio del Ministerio de Economía, Guillermo Moreno, siguiendo directivas presidenciales, removió al personal técnico y profesional del INDEC que no obedecía a sus imposiciones. Con la anuencia del Poder Ejecutivo, al poco tiempo intervino la Institución y, sin concurso previo, como debió proceder de acuerdo a la ley de ministerios, nombró a nuevos directivos, jefes y personal afín. Así, la ciudadanía empezó a dudar de los índices de inflación de INDEC, que iban muy por detrás del precio de los bienes de la canasta básica, y de los índices de pobreza, que escondían a millones de pobres bajo la alfombra.

Algunos creen que el problema de la pobreza se resuelve sólo con tiempo, teniendo paciencia, esperando a que “el país crezca” y los pobres reciban lo que les sobre a los ricos, como propone la teoría del derrame, reduciendo los impuestos a los sectores económicamente privilegiados para que inviertan y creen empleos, entendiendo a la desigualdad como la etapa irremediable de un desarrollo que beneficiará a todos.

La idea de que el llamado crecimiento económico reduce mágicamente la pobreza y la desigualdad mediante la creación de empleos y el derrame de los ricos hacia los pobres es uno de los mitos más instalados en América Latina. No cuenta con evidencia empírica alguna y tiene, en cambio, mucha evidencia en contra. Según Alejandro Medina, en América Latina el gasto social siempre ha sido bajo, pero aún en los tiempos en que ascendió, la ineficiencia en su asignación, ejecución y evaluación fue más relevante que el volumen que conformó el gasto.⁸⁴ La mayoría de los organismos internacionales, que se manejan con la noción de pobreza absoluta, anclada en el marco de mínimos biológicos, proponen el desarrollo de acciones que desciendan los umbrales de pobreza, pero lo hacen sin cuestionar al sistema en su conjunto y sin relacionar la escandalosa acumulación de la riqueza, que obviamente rebasa lo que puede producir el trabajo humano, con la situación que se pretende superar, naturalizada y finalmente considerada inevitable.

Pero la pobreza no se explica por sí misma, si no explicamos la riqueza no podemos entender a la pobreza. Sin considerar a la pobreza como producto

de relaciones sociales difícilmente podamos adoptar un marco adecuado para comprender el fenómeno.

Las razones fundamentales de la pobreza no se vinculan con la corrupción de los políticos, como muchos creen, sino con condiciones estructurales del sistema que permiten que algunos se apropien de la riqueza y destruyan la capacidad para crearla. Esta apropiación existió en el pasado y continúa en el presente. Las riquezas acumuladas por Europa se basaron en las riquezas arrebatadas en Latinoamérica, Asia y Africa, en la esclavitud y en el genocidio de las tribus indígenas americanas y hoy se basan en la apropiación de riquezas que no deberían ser sólo ni principalmente un patrimonio individual sino social. La riqueza del Norte se relaciona con la apropiación de recursos en el Tercer Mundo, obtenida en complicidad con los sectores económicamente más favorecidos de América Latina.

La pobreza no se entiende si no la relacionamos con la riqueza que concentran las empresas multinacionales: más del 52% del PBI mundial está en manos de 500 empresas cuyo único objetivo es la maximización de beneficios económicos. Estas empresas se mueven a sus anchas en el Tercer Mundo, chantajeando a los gobiernos con la deuda externa y el hambre, explotando a los trabajadores, evadiendo impuestos e imponiéndose a los Estados cuando los amenazan con deslocalizarse.

Un trabajo presentado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano destaca que es la ausencia de compromiso político y no la falta de recursos financieros lo que la mayoría de las veces explica la persistencia de la pobreza.⁸⁵ Países con recursos muy modestos lograron resultados muy superiores a los de otros más prósperos, distribuyendo mejor la riqueza.

En julio de 1991 se desarrolló en Copenhague la Conferencia Mundial sobre Social Management y allí existió un consenso absoluto en la consideración de la pobreza como una cuestión de derechos humanos básicos que una sociedad debe garantizar a sus miembros.

5.6. LA POBREZA EN LA ARGENTINA

Argentina produce entre tres y cinco veces lo que precisa para alimentar a su población, no necesita importar ningún producto básico y, sin embargo, tiene niños desnutridos (un 50% de ellos son pobres) y aproximadamente un tercio del total de su población por debajo de la línea de pobreza. Ocho niños menores de cinco años mueren por día a causa de la desnutrición (la

cifra corresponde a la Red Solidaria que lidera Juan Carr, integrante del Centro de Lucha contra el Hambre, dependiente de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires). Argentina está en condiciones de alimentar a 300 millones de personas, pero no puede alimentar a sus 36 millones de habitantes. Se presume de dar a la educación un lugar prioritario, pero diversos trabajos de campo que demuestran que todavía hay que recorrer un camino mucho más largo del que se supone. Según un estudio realizado en el 2006, el 18% de las escuelas carecen de agua potable, el 25% no tienen baños suficientes, el 26% no tienen bibliotecas, el 52% no tiene sala de computación, y sólo hay 12,5 computadoras promedio por escuela.

Hasta la primera mitad del siglo XX la economía argentina se basó en la actividad agroexportadora. Era el país de “mi hijo el doctor”, el “granero del mundo”, se suponía que cada generación estaría mejor que la anterior, y de hecho hasta mediados de los setenta era el país menos desigual de América Latina. El índice de pobreza a comienzos de esa década era del 5%. Durante la hiperinflación de Alfonsín alcanzó picos de 47,4% y durante la salida de la convertibilidad en el 2002 del 54,3%. Aumentó significativamente desde mediados de los setenta y hasta la actualidad, con altos y bajos, y la brecha de la desigualdad se fue ensanchando.

La pobreza aumentó cuando creció el empleo informal -en negro-, es decir, cuando aumentó la cantidad de changas, de trabajos temporarios sin continuidad que ubican al trabajador fuera de los marcos de negociación salarial, de los seguros de salud y desempleo, de la jubilación y de las asignaciones familiares. Hay una alta correlación entre la pobreza y el trabajo informal, que llega actualmente según cifras oficiales al 36,4% y según otras estimaciones al 40%.

No es posible saber hoy a ciencia cierta cuántos pobres hay en la Argentina porque, tal como señalé anteriormente, el INDEC, la única institución que puede obtener cifras a nivel nacional, no suministra estadísticas confiables, y las consultoras manejan muestreos más reducidos. Las cifras manipuladas del INDEC, en las que nadie cree, indican un porcentaje de pobreza que merodea el 16%, mientras que la mayoría de las consultoras privadas ubican esa cifra entre el 20 y el 30%, si se tiene en cuenta la inflación real. Según el INDEC, hay 7,2 millones de pobres. Según cálculos privados, entre 10 y 14 millones, pese a que en los últimos años la economía del país creció un 50%.

En la actualidad mueren ocho niños por día de desnutrición mientras una élite cada vez más rica se encierra en los countries y con frecuencia quiere

construir muros físicos y mentales que la separen de los pobres. En la Argentina actualmente más de la mitad de los menores de 18 años son pobres, el 55,6%. La Asignación por hijo aliviará esta situación, fundamentalmente porque la reciben hijos de trabajadores en negro, pero todavía es muy pronto para conocer su verdadero impacto a nivel nacional, y sus limitaciones no son pocas. Se trata de un decreto y no de una ley discutida y aprobada por el Congreso Nacional, el dinero surge de partidas presupuestarias que pertenecen a los jubilados, y no conlleva un ajuste automático en base a la inflación que padece actualmente el país, que en pocos meses redujo de modo significativo su monto.

El economista Ernesto Kritz se pregunta “¿Cuánto vale un hijo?” Si es pobre y está incluido en algún plan social, vale \$45 al mes. Si es hijo de un asalariado en blanco, tiene una asignación familiar tres veces mayor. Si pertenece al 20% más rico, \$5000, que es lo que se deduce por impuesto a las ganancias. Las políticas públicas reproducen el patrón de desigualdad.⁸⁶

Como señalamos párrafos atrás, desde principios del 2007 el INDEC oculta los verdaderos índices de inflación y la base de datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), insumo necesario para elaborar las cifras de pobreza, indigencia y distribución del ingreso. La inflación, que produjo un salto en los precios de la canasta de alimentos, aumentó significativamente la pobreza desde entonces, pero el INDEC no revela estos datos.

De acuerdo a las cifras del INDEC, la pobreza en Argentina afecta a 7,2 millones de personas. A partir del 2003 disminuyeron el desempleo y los índices de pobreza. Sin embargo, esta situación se revirtió desde fines del 2006, cuando el ritmo de creación de empleos nuevamente se redujo.

Según Artemio López, un encuestador valorado por los Kirchner, la pobreza ascendería al 28%, es decir, habría 11,2 millones de pobres. Para el economista Claudio Lozano, que realizó los cálculos en base a la información que le suministraron los técnicos desplazados del INDEC, la pobreza llega ya al 31,3%, es decir, a 12,5 millones de personas. Ernesto Kritz, director de la Sociedad de Estudios Laborales, realiza un cálculo parecido, el 32% de la población sería pobre.

El porcentaje de la población por debajo de la línea de pobreza varía de ciudad en ciudad. Si tomamos la capital provincial con más pobres del país, Resistencia, asciende al 50%. “Desnutridos, mal nutridos y anémicos, así se encuentran unos 15 mil chaqueños menores de 14 años”, señala Rolando Núñez, coordinador del Centro de Estudios “Nelson Mandela”, una institución dedicada a la investigación y el trabajo de campo con los sectores más

desprotegidos. Al igual que en el INDEC, muchos suponen que en la provincia del Chaco también se adulteran las cifras. Oficialmente se admite un 35,4% de pobreza y un 9,4% de indigencia (en la que no se cubre la Canasta Básica de Alimentos), pero un relevamiento realizado por el Instituto para el Desarrollo de las Economías Regionales (IDESA) sostiene que el porcentaje de pobres asciende al 49,7% y el de indigentes, al 17,2 por ciento. El mismo Ministerio de Salud del Chaco admite que el 19,6% de los niños presentó algún déficit nutricional, es decir, 3.956 niños, el triple de los valores del grupo anterior para el mismo año.

Eulogio Quintana, un chaqueño que acaba de cumplir 67 años, tiene desnutrición de primer grado, situación que agrava la patología que lo aqueja desde hace más de una década: padece leishmaniasis cutánea, una enfermedad infecciosa que transmiten los perros y que le provocó la pérdida de tejidos cartilagosos en la cara y lesiones muy severas en la piernas. No recibe ninguna ayuda y eso lo obliga a seguir cirujeando con el carrito para poder comer. Núñez señala que personas como Eulogio fueron expulsadas del campo por la falta de fuentes de trabajo, y se hacían en las periferias de las grandes ciudades como Resistencia, Sáenz Peña o Villa Ángela.⁸⁷

Gladys Pernas, médica de un hospital de Salta, otra provincia del norte argentino, cuenta que el 50% de los niños que llegan al hospital están desnutridos. El nivel de repitencia en la escuela se vincula también con la desnutrición. Crecer sano parece ser un derecho de los que tienen ingresos suficientes.⁸⁸

Neuquén es una de las provincias más ricas de la Argentina, con uno de los mayores ingresos per cápita, y al mismo tiempo una de las más desiguales. El que más gana supera entre 25 y 30 veces al que menos gana. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha señalado que en Neuquén los ricos ganan entre 25 y 30 veces más que los más pobres (para comparar, recordemos que en Noruega, un país con bajísima violencia social, el más rico gana un promedio de 6 veces más que el más pobre). Esta brecha explica que se presenten situaciones similares a las de las provincias históricamente más carenciadas.

En el 2003 la pediatra Laura Vega y el biólogo Marcelo Escobar hicieron un trabajo de campo en Neuquén y en San Martín de los Andes. Llevó por título “Pobreza y estado nutricional, un estudio de caso en las escuelas primarias de Neuquén” y fue realizado en cinco escuelas públicas de la provincia con 413 alumnos de primer y segundo grado. Buscando casos de alergia observaron que, como consecuencia de la desnutrición, los niños que concurren a escuelas carenciadas miden tres centímetros menos. “Entre la escuela

del Centro y la de la villa miseria hay 3 centímetros de diferencia”, señala Vega. Esto puso en evidencia la directa relación que existe entre la baja estatura y los bajos ingresos económicos de un grupo familiar. Lo importante no es que sean más bajos o más altos, sino que ése es un indicio exterior de otro fenómeno. Los datos muestran que el desarrollo de su sistema nervioso puede ser distinto al de una persona que come bien. También observaron que los más pobres son los más retrasados en la escuela, en buena medida por su desnutrición crónica: no son esqueléticos, sino gordos y bajitos. Como no se les desarrolla plenamente el sistema nervioso, les cuesta prestar atención. Lo que se perdió en talla, no se recupera en la vida adulta. Mientras el 25% de los padres de niños que concurren a las escuelas de sectores no carenciados tienen estudios universitarios o terciarios, el 0% de los padres de los que concurren a escuelas carenciadas tiene estudios análogos.⁸⁹

En el siglo XVIII, cuando Luis XV gobernaba la Francia pre-revolucionaria, los nobles solían ser más altos que los plebeyos. Es decir, los pobres eran más bajos que los ricos a quienes servían. El rico miraba al pobre por encima del hombro y con desprecio. Hay quienes creen que de allí vendría esa connotación arrogante para quien mira a otro “por encima del hombro”. *Se non è vero, è ben trovato*. Aunque no se miraran así, es muy probable que los plebeyos fueran, también por motivos nutricionales, más bajos que los nobles. No ha cambiado sustantivamente este esquema en la Argentina contemporánea.

De acuerdo a las investigaciones del economista Ernesto Kritz, entre los menores de 25 años hay un 40% de desocupados. El 60% del trabajo que desarrollan es informal o precario, sin ningún tipo de cobertura social. Los jóvenes padecen mucho más que los adultos por la falta de trabajo, especialmente si no tienen un mínimo de capacitación. Kritz observa sorprendido cómo si bien hoy el 40% de los jóvenes ha completado la secundaria, aún así les resulta difícil conseguir empleo. Tal vez -conjetura- esto se explique en parte por el descenso del nivel educativo de la secundaria. Los que no pueden conseguir empleo pertenecen al 25% más pobre de la población. En las empresas que contratan en blanco se exige como mínimo el título secundario, pero hoy -indica Kritz- hay un 60 o 70% de rechazo en las entrevistas de ingreso por la baja calificación de quienes tienen título secundario.

¿Qué pasa con la desigualdad, que como señalábamos es lo que más correlaciona con la inseguridad? En los últimos 25 años, el 20% más rico de la población copó el 54% de la renta nacional, mientras el 80% restante vive con el 46% restante.⁹⁰ En 1974 el 20% más rico del país ganaba siete veces

más que el 20% más pobre. Argentina tenía un nivel de desigualdad similar al que tiene hoy Noruega, donde el 10% más rico gana 6 veces más que lo que gana el 10% más pobre.

La era de los Kirchner no sólo no revirtió la tendencia a la concentración de la riqueza que se produce en Argentina desde la década del 70, sino que la profundizó. De acuerdo a un estudio realizado por las economistas Mónica y Maribel Giménez en la Universidad Nacional de La Plata, en la Argentina el 38% de los que nacen pobres permanecerán así toda su vida. Prácticamente uno de cada cuatro niños no tienen posibilidad de movilidad social. Por otra parte, sólo un 22% de los hijos de padres que forman parte del 20% más rico de la Argentina sigue estando en ese quintil en su vida adulta. Las mujeres padecen algo más la inmovilidad social, que aumenta entre un 2 y un 3% en relación a los varones. Las investigadoras evaluaron que la imposibilidad de ver una luz al final del camino provoca un desaliento que refuerza el círculo vicioso. Las cifras que revelan falta de movilidad entre los pobres podrían ser mayores, ya que el estudio se realizó en grandes zonas urbanas, y se supone que en las zonas rurales la persistencia intergeneracional de la miseria es más alta.

Según Leonardo Gaparini, director del Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, uno de los factores explicativos es que son pocos los hijos que superan el nivel educativo de sus padres, y la divisoria entre ricos y pobres se da de manera significativa en el nivel terciario.⁹¹

En 1990, el 10% más rico ganaba 10,8 veces más que el 10% más pobre; en 1998, 13,5 veces más. En el 2004 mantuvo la última proporción y en el 2006 fue de 13,9 veces más. Este es el último dato que surge de la base de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC, antes de que se empezaran a distorsionar las cifras publicadas. Según técnicos del organismo, la inflación licuó los ingresos de los trabajadores informales de la base de la pirámide y amplió la desigualdad, elevando la brecha a 14,5 veces a fines de 2008.

Como señalé anteriormente, de acuerdo a un informe de la ONU, en la Argentina hoy el 10% más rico gana 34,2 veces más que el 10% más pobre. En el primer capítulo veíamos cómo en gran cantidad de estudios científicos lo que más correlaciona con la violencia social es la desigualdad (medida a través del coeficiente Gini). A la luz de todas estas mediciones, ya es hora de empezar a considerar que el problema de la inseguridad tiene relación con la riqueza y no sólo con la pobreza. Como decíamos también en el comienzo de este libro, se vincula con la riqueza en sociedades democráticas que promue-

ven -al menos en teoría- las mismas metas para todos los ciudadanos.

Señalé también que el 40% de la población argentina trabaja en el ámbito de la economía informal, es decir, se trata de personas a las que, con excepción del beneficio de la Asignación por hijo, no les llegan los aumentos de sueldo decretados por el gobierno ni los seguros de desempleo. La división entre economía formal e informal incrementa las tensiones sociales y excluye a los pobres de casi todos los beneficios económicos que pueden surgir de una vida en sociedad. Muchos de ellos trabajan en condiciones inhumanas.

En la Argentina los más afectados por la pobreza son los niños, incluso más que las personas mayores. En el primer semestre de 2006, cuando todavía las estadísticas oficiales no eran manipuladas, la Encuesta Permanente de Hogares informaba que mientras el 14,1% de las personas mayores de 65 años eran pobres, ese porcentaje ascendía al 46,3% en niños de hasta 13 años. Aldo Insuani, investigador principal del Conicet, sostiene que Argentina gasta un 20% del PBI en recursos sociales, pero con administrar bien un 2% del PBI se podría acabar con la pobreza. Si esto no se logra -señala- es por la falta de compromiso del Estado y de la sociedad.⁹²

Respecto a la progresiva pérdida de la posibilidad de acceder a una vivienda propia, la socióloga Susana Torrado, una de las máximas especialistas argentinas en el tema de la pobreza, subraya cómo desde la década del setenta hasta la fecha se fueron perdiendo progresivamente, incluso en gobiernos democráticos, las conquistas obtenidas en relación a este tema. Los gobiernos justicialistas tuvieron un rol activo en la construcción de viviendas populares. Hubo conjuntos habitacionales financiados por el Estado, y surgieron y se consolidaron empresas de ahorro y préstamo para la vivienda. En 1976 la dictadura militar retiró al Estado de la construcción de viviendas, liberó los alquileres e implementó medidas compulsivas de desalojo de las villas miseria de la Capital Federal. Increíblemente, los gobiernos democráticos posteriores a 1983 no implementaron políticas significativas en el área de la vivienda. Gran parte de los sectores medios y bajos de la población perdieron la posibilidad de acceder a una vivienda digna y, paralelamente, los grupos económicamente más favorecidos comenzaron a desplazarse a barrios cerrados.⁹³

Prácticamente todos los temas vinculados al bienestar social están asociados a la cuestión de la inequidad. A modo de ejemplo, es digno de destacar cómo las enfermedades que alcanzan en particular a los sectores económicamente más favorecidos son objeto de atención por parte del Estado, mientas

que una enfermedad como el Chagas, que ocasiona 500 muertes evitables por año, no es atendida como corresponde porque quienes la padecen están en situación de pobreza y viven en el campo y no en las grandes ciudades. En el año 2004 no llegaron al país los remedios necesarios para el Chagas y ni siquiera hay registros de la cantidad de personas que murieron por esa causa.

Durante la gestión de los Kirchner, más allá de unos primeros años en los que los índices de pobreza bajaron, el resto se caracteriza por un discurso en el que se predica la lucha contra la pobreza mientras en la práctica se conservan los enormes privilegios económicos, sociales y culturales de unos pocos y desde fines del 2006 los índices de pobreza van en aumento. Es importante reconocer, tal como mencionamos anteriormente, que la Asignación por hijo, surgida en el contexto de una gran presión ejercida por los medios y la oposición (quien tenga dudas puede rastrear los diarios de aquella época), representa un paso adelante en la lucha contra la pobreza.

5.7. LA FILOSOFÍA DEL GRADUALISMO

El desinterés hace tanto daño como la maldad. (Diana Maffía)

Lo que más sorprende de los países en los que hay pobreza extrema, al punto en que muchos de sus habitantes mueren de enfermedades derivadas de una mala nutrición, es el gradualismo que proponen los gobiernos para enfrentar el problema. “Hemos bajado el porcentaje de indigencia a X”, se ufanan, en el mejor de los casos. Como si los indigentes que aún no cuentan con una dieta adecuada pudieran esperar y no necesitaran ellos también respuestas urgentes. El hambre es un crimen, y todos -no sólo los gobernantes- somos cómplices de ese crimen. Imaginemos a una familia constituida por una madre, un padre y seis hermanos en la que los padres y los dos hermanos mayores comen las mejores carnes y las frutas y verduras más selectas mientras los cuatro hermanos menores subsisten a base de pan y fideos y empiezan a enfermar y a morir por problemas derivados de la malnutrición, mientras ven que quienes comparten su mismo habitat se dan la gran vida delante de sus narices. Si no logramos ver a la humanidad como a una gran familia es porque aún no nos sentimos verdaderamente parte de la humanidad. Si no nos vemos como parte de la familia humana, si no nos sentimos ciudadanos del mundo, como pregonaban los estoicos, difícilmente podremos comprometernos para sostener a una institución internacional que se proponga acabar con el hambre en el mundo. La persona en situación de pobreza es invi-

sible porque no es el prójimo.

Como hemos señalado, mueren muchos más pobres que ricos en actos de violencia. Pero esas muertes son invisibles. Cuando muere uno de “nosotros” (alguien de clase media o de clase alta), de tez bien blanca, con todos los dientes en su lugar, estamos ante una crisis de la seguridad pública.

En diciembre del 96, en la reunión de Premios Nobel llevada a cabo en Milán, Adolfo Perez Esquivel presentó una ponencia titulada “El hambre, la bomba silenciosa”. Allí señalaba que el hambre mata a más personas que la guerra -en el mundo un niño muere de hambre cada tres segundos- y, sin embargo, las guerras reciben mucha más atención por parte de los medios de difusión. Al finalizar esta conferencia, decía: “180 mil niños habrán muerto por falta de alimento en el mundo, unos 25 por minuto y 13 millones al año. Una verdadera bomba silenciosa que estalla en la mente y en los corazones de toda la humanidad”.

En marzo del 2003 el entonces ministro del Interior Aníbal Fernández afirmó que la redistribución del ingreso era “el objetivo formal”, pero aclaró “no es tan fácil comenzar hoy”. El día anterior se publicitó que la economía había crecido más de lo esperado: un 8,7% en el 2003.⁹⁴

Cuando algunos miembros del gobierno dicen que resolver el problema de la indigencia no es prioritario, es como si un padre dijera que hay otras prioridades en su familia que no están vinculadas con la necesidad de que algunos de sus miembros dejen de pasar hambre.

Veamos otro ejemplo de la filosofía del gradualismo. En un programa de televisión conducido por el periodista Luis Majul entrevistaron a Jorge Capitanich, gobernador del Chaco, y le mostraron la imagen de un niño desnutrido de su provincia. Capitanich se justificó diciendo que hace cuarenta años que no se reducía tanto la pobreza en el Chaco y agregó: “¿Usted cree que en un año y medio que llevo de gestión puedo resolver el problema de la pobreza, que se arrastra desde la década del setenta?”. En lugar de responder “Sí, creo que es posible”, el periodista parecía conformarse con la respuesta, como si fuera una afirmación irrefutable. El argumento del gobernador es el de la mayoría de los políticos que procuran justificar lo injustificable: la irresolución de un problema básico e impostergable.

Es inadmisibles que en un país como la Argentina, que produce carne y cereales que podrían alimentar al doble de su población, haya personas expuestas al flagelo de la desnutrición. El principal problema de países como el nuestro es el de no tener un sistema de contención social que se mantenga en el tiempo y que resista los embates de la inflación, más allá de quien detente

el poder político. Gracias a estos sistemas de contención, en gran cantidad de países de Europa Occidental -Holanda y Alemania son dos de ellos- las personas continúan satisfaciendo sus necesidades básicas y no aumenta la violencia social con las crisis que periódicamente desarrolla el capitalismo. La necesidad de un sistema de contención que no cambie cuando se suceden las distintas administraciones fue subrayada por teóricos provenientes de ideologías muy diversas, por ejemplo, François Bourguignon, director de la Escuela de Economía de París, ex economista Principal del Banco Mundial y una de las personas que más investigó sobre pobreza y desarrollo en el mundo. Bourguignon considera importante establecer:

- 1) Un sistema de monitoreo para averiguar cuáles son los distintos niveles de ingresos que hay en la sociedad.
- 2) Un cálculo sobre cuánto dinero necesitan las familias para vivir. Sin estos estudios, se desconoce qué impuestos aplicar, a quiénes y de qué magnitud tienen que ser.⁹⁵

El fin de la indigencia debe ser un objetivo mundial consensuado mediante compromisos concretos que perduren en el tiempo, aún cuando cambien los gobiernos y las fronteras nacionales. No rigen los Derechos Humanos allí donde un ser humano muere de hambre. Acabar con el hambre y con la desigualdad no es un proyecto inviable. Y no lo será en la medida en que las personas en situación de pobreza se tornen visibles y tomemos decisiones al respecto. Proteger a los ciudadanos de la pobreza es un rasgo esencial de las sociedades verdaderamente civilizadas.

Nos hemos acostumbrado a pensar que allí donde hay pobreza y grandes desigualdades puede haber democracia y pueden estar vigentes los derechos humanos. Esta naturalización nos hace olvidar que la democracia es un régimen político que no debería estar basado grandes desigualdades. La coexistencia entre la democracia y las grandes desigualdades produce una continua tensión signada por un lado por la violencia social, y por el otro por formas degradadas de la política como la corrupción y el clientelismo.

Hace 25 años que Argentina conquistó la democracia política. No se trata de una conquista menor. Pero no será una democracia verdadera si no se resuelven el problema de la pobreza y el de la desigualdad. No hay derechos humanos donde las personas mueren de hambre. Por eso la pobreza es un crimen.

CAPÍTULO 6

LAS CONDICIONES ESTRUCTURALES DE LA VIOLENCIA SOCIAL

La verdadera compasión consiste en algo más que lanzar una moneda a un mendigo; implica darse cuenta de que un sistema que produce mendigos necesita ser reestructurado. (Martin Luther King)

En el primer capítulo señalé cómo en los estudios científicos la desigualdad es el fenómeno que más correlaciona con la violencia social. También sostuve que no es posible encontrar una solución al problema de la inseguridad si no se analizan sus condiciones estructurales. En este capítulo se exponen algunas de ellas.

6.1. UNA DEFINICIÓN DEL CAPITALISMO

El capitalismo es un sistema económico en el que predomina el capital sobre el trabajo en la generación de riqueza y poder. El capital es el conjunto de los medios de producción y está monopolizado por una clase -la de los capitalistas- con exclusión de quienes no lo son. Esto significa que es posible que por el mero hecho de aportar capital una persona (el capitalista) pueda ganar dinero y adquirir poder sobre otras. Se ha naturalizado tanto esta idea que se habla de “poner el capital a trabajar”, como si los que trabajaran fueran los billetes y las propiedades y no las personas. El trabajador no tiene capital, es decir, no es dueño de sus medios de producción, y sólo aporta su esfuerzo y su sacrificio, o lo que técnicamente ha sido denominado “su fuerza de trabajo”. El capitalismo remunera la propiedad, el poder y la producción y con estos mecanismos ha generado las desigualdades de riqueza más grandes de la historia.

6.2. LOS SEIS PRINCIPIOS BÁSICOS DEL CAPITALISMO

El capitalismo es un sistema basado en estos seis ejes que serán explicados y desarrollados más adelante:

- 1) Predominio de la propiedad privada de los medios de producción (el

- capital). Compra y venta de la fuerza de trabajo.
- 2) Apropiación de plusvalía.
 - 3) Competencia por las ganancias en el mercado.
 - 4) Uso del dinero como medio universal de intercambio.
 - 5) Monopolio de las decisiones financieras y de las que afectan al proceso de producción por parte del capitalista o de su agente gerencial. Exclusión de los trabajadores de las decisiones.
 - 6) División corporativa del trabajo.

6.2.1. PRIMERA CARACTERÍSTICA DEL CAPITALISMO: PREDOMINIO DE LA PROPIEDAD PRIVADA DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN. COMPRA Y VENTA DE LA FUERZA DE TRABAJO.

No queremos la igualdad escrita en una tabla de madera, la queremos en nuestras casas, bajo nuestros techos. (François-Noël Babeuf, Conjuración des Égaux, 1795)

Si los medios de producción no pertenecen a los trabajadores, los que necesitan trabajar para sobrevivir a menudo se ven obligados a aceptar condiciones de trabajo inconvenientes o no del todo óptimas a cambio de un salario, y luego tienen que comprar en el mercado aquellos bienes que (como grupo) ellos mismos han producido. La propiedad de los medios de producción es lo que hizo nacer a algunos capitalistas como Ford o Rockefeller. La mayoría de los analistas denominan “capitalista” a la clase que posee los medios de producción y “clase trabajadora” a la que sólo posee su fuerza de trabajo, se ve obligada a venderla y, por lo general, a desarrollar tareas monótonas a cambio de un salario.

Decíamos que en este sistema es posible que por aportar capital, es decir, por el hecho de poseer los medios de producción, la suma destinada a pagar los salarios, etc, una persona (el capitalista) pueda ganar dinero y adquirir poder sobre otras. El trabajador aporta tiempo, esfuerzo y sacrificio a cambio de un salario. Ahora bien, ¿es deseable un sistema que acepta la posibilidad de que el dinero no sea obtenido en base al esfuerzo y al sacrificio? Si analizamos el problema más de cerca, veremos que en realidad lo único que genera mercancías y servicios es el trabajo. El capital no la crea.

En el capitalismo se recompensa al que tiene propiedades o posee los medios de producción, aunque no trabaje; si además trabaja, gana más por

poseer propiedades y medios de producción que si sólo contara con su fuerza de trabajo. Esta disparidad genera grandes diferencias de ingresos y de riqueza, divisiones de clase y enormes diferencias en la calidad de vida y en las posibilidades de influir en las decisiones.

De modo que uno de los aspectos más cuestionables del capitalismo es que transforma al ser humano en una mercancía más. De ahí que se hable del trabajador en términos de “recursos humanos”, como si fuera una cosa entre las cosas. El capitalista crea una empresa y así como adquiere recursos tecnológicos y materia prima, compra el trabajo de las personas. La lógica del capital consigue que todo lo humano se le subordine. Se produce en forma colectiva, pero el goce de la mayor parte de esas riquezas es privado.

Adam Smith, uno de los padres del liberalismo, la concepción filosófica, económica y política en la que se basa el capitalismo, trató de convencer a sus contemporáneos de que dejaran de obtener sus riquezas a través de la guerra y entendieran al trabajo como la fuente para la generación de bienes materiales. La sociedad moderna en su conjunto se basa en el ideal de que el lugar que ocupe el individuo en la sociedad tiene que estar basado en el trabajo y no a los privilegios de cuna, característicos de la sociedad medieval. Pero al no poner un límite al derecho de herencia y al permitir que mediante el capital una persona adquiriera derechos sobre otra, se sentaron las bases para que fuera posible que el lugar que ocupe una persona en la sociedad no esté determinado por su trabajo.

En el capitalismo es posible negociar con las propiedades y sus intereses a través de rentas, inversiones y operaciones de todo tipo en las que el dinero no se obtiene con esfuerzo y sacrificio sino por mera especulación, como en el casino. Si el capitalista también trabaja, su ganancia más significativa no proviene de su esfuerzo sino del trabajo de quienes ha empleado a su servicio en virtud del capital invertido. La crisis del capitalismo que comenzó a fines del 2008 en parte fue generada por el aumento de este proceso especulativo en desmedro de la producción. De ahí que se haga referencia a esta etapa como la de un *capitalismo de casino*.

¿De qué manera llegan las personas a poseer los medios de producción? Heredándolos, o a través del desarrollo de sus conocimientos o habilidades, por lo general aprendidos sólo en el caso de que se eduquen en contextos sociales favorables, o a partir de circunstancias apropiadas (vivir en el lugar indicado y estar en el momento adecuado para tomar una decisión), o mediante un golpe de suerte, o inicialmente a partir de su trabajo y luego al ser

remunerados por el esfuerzo y el sacrificio de otras personas, a veces miles de ellas (ver más adelante el apartado sobre plusvalía). Históricamente las desigualdades sociales no surgieron, tal como postularon los primeros economistas, porque unos eran trabajadores y acumularon riqueza, mientras otros eran vagos y permanecieron pobres. El proceso de acumulación en el capitalismo surgió con el saqueo a las colonias americanas, las guerras, las expropiaciones y, finalmente, con gran cantidad de leyes promulgadas por los países que presumen ser democráticos.

La constitución histórica del capitalismo tiene que ver con la expropiación de tierras al campesinado y, a partir del advenimiento de la industria, con la emigración de la población rural a las grandes ciudades, donde se vería privada de sus medios de producción y subsistencia. En la Edad Media, aún cuando el propietario de la tierra fuera el señor feudal, el siervo tenía su terreno para cultivar y proveerse de alimentos. La pérdida de estos medios de producción fue la puerta para el hambre que padecieron y padecen las personas que viven en situación de pobreza en los grandes cordones urbanos.

De modo que el proceso de acumulación históricamente comenzó mediante el empleo de la fuerza. Con el tiempo los distintos regímenes políticos legitimaron estas usurpaciones. Luego los hijos las heredaron de los padres. En una proporción significativamente menor, también una persona puede empezar sin dinero y a partir de su inventiva y su esfuerzo logra adquirir los medios de producción. Veamos el ejemplo de Michael Dell, que actualmente es la figura principal de Dell Computer, una de las dos empresas de computadoras más grandes del mundo. No nació en una familia pobre sino en una de clase media. Tenía 20 años cuando decidió despedirse de sus padres, subió dos computadoras a su auto viejo, y se dirigió a la ciudad de Austin, Texas, donde estudió medicina. Desde su dormitorio y con mil dólares de inversión, compró material sobrante del inventario de los vendedores de material informático, y lo utilizó para mejorar las máquinas que luego vendía. Hoy su fortuna personal está calculada, según la revista Forbes, en 12.300 millones de dólares (año 2009). Ocupa el puesto número 25 entre las mayores fortunas personales del mundo. Si adquirió los medios de producción con lo que ganó a partir de su esfuerzo, ¿por qué no sería justo que pusiera a otras personas a trabajar a su servicio? Supongamos incluso que él se hubiera sacrificado más que otros, trabajando durante más tiempo y en tareas más duras, ¿negarle el derecho a acrecentar sus ingresos no sería limitar indebidamente su libertad

personal? En este punto podríamos preguntarnos, ¿debería o no tener límite la capacidad de acumular riqueza? Cuando no tiene límite, tal como ocurre ahora, en que Dell se ha convertido en una de las personas más ricas del mundo, estamos frente a lo que Michael Albert denominó “el problema del nieto de Rockefeller”, ya mencionado en un capítulo anterior de este libro.⁹⁶ Según este esquema, existe la posibilidad de que el nieto de Dell no trabaje ni un solo día de su vida y la nieta de un indigente tenga que trabajar durante toda su existencia en una tarea no gratificante por la que recibe una remuneración miserable. Es decir, la libertad de Dell limita la libertad y el derecho a una igualdad de oportunidades para los contemporáneos de sus descendientes. No haber hecho nada para obtener una renta, como sería el caso del nieto de Dell, implica que éticamente no la merece. La libertad de Dell para acumular millones de dólares entra en contradicción con la libertad de las nuevas generaciones a tener igualdad de oportunidades en materia económica. Es cierto que limitando la acumulación de riqueza se sacrificaría cierta libertad de consumo para la generación anterior, pero es prioritario hacerlo porque se protege la libertad de los contemporáneos y de las generaciones posteriores.

Hay otras razones para considerar injustificada semejante acumulación de riqueza por parte de Dell. Una de ellas ya ha sido mencionada, y es que un ser humano no es una mercancía más, una cosa entre las cosas, tal como pretende el concepto de “recursos humanos”. La libertad del capitalista para crear una empresa, comprar recursos tecnológicos y adquirir el trabajo de las personas, entra en contradicción con una libertad humana esencial, que es el derecho a la autogestión (en este caso económica), y refiere al grado de injerencia que deberían tener las decisiones de unas personas sobre las vidas de otras. Un criterio posible para establecer este límite es que deberían tener mayor capacidad de decidir cuanto más se vieran afectadas por estas decisiones.

Tampoco se justifica que los trabajadores no sean dueños de sus medios de producción ni que Dell pueda acumular semejante fortuna en virtud de un mecanismo legal pero ética y políticamente cuestionable que será desarrollado en el apartado siguiente: la plusvalía.

La propiedad privada de los medios de producción es uno de los mecanismos estructurales que genera una acumulación de riqueza descomunal en pocas manos, desigualdad y violencia social. No se trata de ganar todos exactamente lo mismo, de proclamar la igualdad entendida como uniformidad, sino de instaurar la igualdad de derechos obstaculizada por las enormes

diferencias de riqueza que posibilitan estos mecanismos sobre los que está basado el capitalismo.

En el capitalismo no se trata de producir lo adecuado o lo consensuado para vivir bien, sino de producir cada vez más para que los dueños de los medios de producción ganen cada vez más y puedan competir en el mercado, sin que su empresa desaparezca a manos de la competencia. El modelo propuesto como ideal es el del crecimiento continuo, y genera el problema de la extracción creciente de los limitados recursos naturales. A nivel individual el objetivo del crecimiento continuo se refleja en la sensación de que nunca tenemos los bienes económicos suficientes, ya que la aparición de un nuevo objeto deseable instantáneamente nos convierte en “pobres” en relación a los que lo poseen.

La voluntad de producir cada vez más, en combinación con las posibilidades que brinda la tecnología, genera sobreproducción y, en un mundo en el que millones pasan hambre, el hábito de tirar alimentos y otros productos para mantener estable el mercado. De ahí que los gobernantes estén empeñados en aumentar el consumo.

Lejos de permanecer neutrales, muchos Estados-nación ayudaron al capital a buscar mercados ultramarinos. Con frecuencia esto se hizo en países “periféricos”, controlados políticamente en un proceso conocido como *imperialismo*.

Los robos, los secuestros y otras formas de la violencia son en su inmensa mayoría, tal como prueban los estudios científicos disponibles y mencionados en el primer capítulo, expresiones indirectas de la desigualdad. Pero hay otras expresiones más directas. China se declara todavía un país comunista, pero en su apertura a ciertos mecanismos propios del sistema capitalista se generó un conflicto por el cual en julio del 2009 tres mil operarios mataron al nuevo gerente de una metalúrgica estatal adquirida por un holding privado que planeaba despedir al 80% de los empleados. El anuncio de que la fusión entre el gigante estatal Tonghua Iron and Steel Group y la corporación privada Jianlong Steel Holding Company, con base en Pekín, dejaría sin empleo al 80% de los empleados de la compañía de acero y hierro más grande de la provincia de Jilin, enfureció a estos operarios que, después de tres días de protestas y parálisis de siete altos hornos de la planta, asesinaron con golpes y patadas al flamante gerente encargado de la operación. En respuesta al incidente, el gobierno comunista anunció por los altoparlantes de la fábrica la suspensión definitiva de la venta de Tonghua. La noticia fue celebrada por los obreros con fuegos artificiales.⁹⁷

6.2.2. SEGUNDA CARACTERÍSTICA DEL CAPITALISMO: APROPIACIÓN DE PLUSVALÍA

La plusvalía es el tiempo de trabajo no remunerado, la ganancia generada por el trabajador que le es sustraída por el capitalista. Al ofrecerle trabajo, el capitalista ayuda al trabajador, pero lo perjudica cuando se queda con la plusvalía. En ese proceso existe una apropiación ilegítima de capital, porque, nuevamente, una persona nunca puede ser un “recurso humano”, es decir, una cosa entre las cosas, una mercancía más, entremezclada con la maquinaria, los insumos, etc. Por eso la organización autogestionaria, horizontal y cooperativa, tanto de las empresas como de la sociedad en su conjunto, y una remuneración que sólo esté basada en el esfuerzo y el sacrificio son las únicas que se corresponden con la justicia social.

Cuando el ser humano es considerado una mercancía más y por tanto es desposeído de su condición humana, parece lógico que otro se apropie de las ganancias que generan su esfuerzo y su sacrificio.

En la empresa auténticamente cooperativa no se extrae plusvalía a nadie. No supone injusticia social ni es una formación característica del capitalismo, en el que el capitalista no comparte sus ganancias pero suele socializar sus pérdidas, bajando el sueldo, retrasando el pago del salario, o recibiendo ayuda del Estado en tiempos de crisis, de modo que el conjunto de la ciudadanía deba pagar para que él pierda menos.

Quienes no comprenden cómo funciona el capitalismo creen que sólo existen relaciones sociales injustas cuando el comportamiento ético del empresario es cuestionable. Pero la crítica al sistema capitalista no apunta al carácter individual de las personas sino a las relaciones de producción que se establecen entre ellas.

6.2.2.1. EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

El aspecto positivo del liberalismo es el sentido original que tuvo este término para invocar derechos individuales como la libertad para pensar y actuar, que implica la posibilidad de elegir sin obstáculos siempre y cuando no se perjudique al prójimo. Este fue un avance importante frente a la intolerancia religiosa, que persiguió y mató procurando que las personas pensaran y vivieran en forma ajena a su voluntad. Pero si en el terreno económico esta libertad no reconoce límites, la libertad de unos necesariamente implicará la falta de libertad para otros.

Si una persona funda una empresa capitalista, su libertad pone en peligro la libertad de sus empleados para obtener las ganancias que genera su esfuerzo. ¿Cuál es el límite de la libertad? ¿Cuál el de la tolerancia, que entre otras cosas es la aceptación del derecho a la libertad ajena? El límite es la puesta en peligro de la libertad de otro y de la tolerancia misma. En este sentido es interesante contrastar cómo mientras en Estados Unidos son legales el Partido Nazi y el Ku Klux Klan, en Canadá una ley prohíbe la publicidad del odio. De modo que, dado que las libertades entran en conflicto, el liberalismo sin restricciones es imposible. Sin combinar la libertad con el valor de la igualdad, la libertad se niega sí misma, es autocontradictoria. Por eso la libertad sólo puede existir entre los iguales. Es lo que presupone el conocido y sabio refrán que dice que nuestra libertad termina allí donde comienza la libertad de los demás. Sin tener en cuenta el valor de la igualdad para hablar de la libertad, el refrán pierde su razón de ser.

6.2.2.2. EL BENEFICIO O GANANCIA COMO ABSOLUTA PRIORIDAD

En el capitalismo, la ganancia o el beneficio son absoluta prioridad. Pero si lo único que importa es acumular cada vez más rápido la mayor cantidad posible de capital, empiezan a importar cada vez menos los medios para obtenerlo. Esto es evidente en la manera en que se suelen manipular los recursos naturales, que no son ilimitados, perjudicando el equilibrio ecológico del planeta, y también en los intercambios entre capitalistas y trabajadores, que parecen simétricos pero no lo son en virtud de que el capitalista tiene asegurada su subsistencia y el trabajador no. El capitalista se propone obtener un máximo de ganancia, de lo que se deduce que habitualmente pagará lo mínimo que le resulte aceptable para las condiciones del mercado.

Marx adoptó acriticamente de Hegel y del liberalismo la idea de que la cultura debe crear cada vez más necesidades y la posibilidad creciente de satisfacerlas. Hoy sabemos que este esquema es indeseable porque acabaría por agotar los recursos naturales del planeta, muchos de los cuales no son renovables. Tiempo atrás se pensaba que estos recursos eran inagotables y que la pérdida de la biodiversidad y la contaminación eran los costos inevitables del progreso. Pero si queremos generar condiciones de vida compatibles con la existencia humana en el planeta, es necesario establecer límites racionales al crecimiento de la economía.

6.2.2.3. UN CHISTE QUE PRETENDE LEGITIMAR AL CAPITALISMO CON PRESUPUESTOS FALSOS

Hay un chiste que circula estos días en internet con el título “Una gran lección por sólo 50 euros”. Lo reproduzco encomillado, tal cual me llegó, y luego lo comento: *“Recientemente le pregunté a la hija de un amigo qué le gustaría ser cuando fuera grande. Ella respondió que quería ser presidente. Sus padres, ambos del Partido Socialista Español (PSOE), estaban presentes, y yo continué preguntando: ‘¿Si algún día llegaras a ser presidente, qué sería lo primero que harías?’ Ella respondió sin vacilar: ‘Daría alimentos y viviendas a todos los pobres’. Sus padres, orgullosos, pelaron los dientes en una radiante sonrisa: ‘¡Bravo, que propósito más loable!’; le dije.Y continué: ‘Pero para eso no tienes que esperar a ser presidente. Puedes venir mañana a mi casa a cortar el césped, sacar las malas hierbas y abonar el jardín, y te pagaré 50 euros por el trabajo. Luego te llevaré al supermercado de mi barrio donde siempre hay un mendigo, y tú podrás darle el billete para que se compre comida y empiece a ahorrar para su casa’. La chica pensó durante unos segundos; luego, mirándome fijamente a los ojos me preguntó: ‘¿Y por qué no va el vagabundo a hacer el trabajo, y le pagas directamente a él?’. ‘Bienvenida a LA DERECHA’, le contesté. Sus padres aún no me hablan...”*

El chiste reposa sobre un prejuicio antiguo pero todavía presente en la sociedad (especialmente en la norteamericana pero también en la nuestra), a saber, que las personas en situación de pobreza son vagas y no quieren trabajar. Otro presupuesto del chiste es que durante las gestiones de los gobiernos de derecha, a diferencia de los de izquierda, el dinero se obtiene en base al esfuerzo y al trabajo. Sin embargo, es exactamente al revés. Como señalé anteriormente, los primeros teóricos de la derecha creyeron que en lugar de obtener las riquezas en la guerra había que ganarlas comerciando, y que de ese modo sería posible vivir del propio esfuerzo y no del saqueo. Pero es la derecha la que en la práctica legitima la plusvalía (el tiempo de trabajo no remunerado), la especulación financiera y la posibilidad de heredar sin límite, que permiten a miles de personas vivir sin trabajar o, peor, vivir del esfuerzo ajeno. Lo que se promueve a sí mismo como izquierda no siempre lo es (en el caso del PSOE, acepta la plusvalía, la especulación financiera y la herencia de bienes que permiten vivir sin trabajar), y aún las izquierdas hegemónicamente reconocidas como tales han permitido con frecuencia que las élites burocráticas no vivieran de su propio trabajo, un error que debe ser corregido en

otras formas de organización social. A través de lo que aparenta ser una ingeniosa jugarreta intelectual, el chiste nos lanza un guiño para que simpaticemos con su moraleja (“hay que votar a la derecha porque es la que basa los ingresos en el propio esfuerzo”). Pero es exactamente al revés, es la izquierda no burocrática quien propone que el lugar que ocupe cada persona en la sociedad esté basado en su esfuerzo y su trabajo (el sistema que encuentro más cercano a este ideal es Parecon -Economía Participativa-, del que hablaremos más adelante). La contradicción entre lo que predica la derecha (que se debe vivir en base al propio trabajo) y lo que practica está presente en el andamiaje de sus chistes y en toda ocasión en la que se disfraza de izquierda.

6.2.3. TERCERA CARACTERÍSTICA DEL CAPITALISMO: DISTRIBUCIÓN Y COMPETENCIA POR LAS GANANCIAS EN EL MERCADO

El primer alienado es el capitalista, que tiene una concepción tan corta de la felicidad que no le permite reconocerse en su hermano, y pierde la medida y la hondura de sí mismo. Pillados en una trampa mortal, se nos empuja a sobrevivir en contra de los otros, a consumir nuestra vida en una selva obscena y brutal simplemente para poder llevarnos cada día un trozo de pan a la boca y una migaja de respetabilidad social al bolsillo. Así perdemos la noción de nosotros mismos, nos embrutecemos e insensibilizamos. Qué gran mentira ese axioma de que sólo puede haber creación de riqueza si se estimulan la codicia y la ambición, y por tanto la rivalidad. Estamos viendo que ese camino nos lleva al desastre. Sociedades humanas hay que saben dar otras motivaciones a sus miembros y producir lo que necesitan, haciendo también uso, por supuesto, de una disciplina más benévola y menos arbitraria que la que a sangre y fuego impone el gran capital. (Julián Domingo Machado)

El mercado es un sistema de distribución en el que se entretejen los intereses contrapuestos de compradores y vendedores que actúan movidos por alcanzar mayores beneficios vendiendo caro y comprando barato. Sin duda los mercados también permiten que compradores y vendedores se beneficien, pero la conveniencia inmediata no presupone equidad ni interacción social positiva cuando se analiza un período dilatado de tiempo. En este último caso el mercado profundiza las injusticias, genera desigualdad, ineficiencia,

crisis periódicas y es sumamente dañino para las relaciones humanas. Obstaculiza la solidaridad porque la única información que brinda, dentro o fuera de un régimen de propiedad privada de los medios de producción, es la relativa a los precios de las mercancías. No revela nada sobre los factores humanos, sociales y materiales de los recursos productivos empleados, ni sobre las consecuencias humanas y sociales del producto del trabajo. El mercado estimula el desarrollo de determinadas destrezas y actitudes (por ejemplo, la competencia, la envidia, que son antisociales) y atrofia otros potenciales (por ejemplo, la solidaridad). Se confunde la promoción de los mercados libres con la de la democracia, aún cuando socava rasgos de la personalidad humana cruciales en el proceso democrático. Como señalaba el novelista Edward Bellamy (1850-1958): “Las tendencias que se derivan de comprar y vender son básicamente antisociales. Educan para promover los propios intereses a costa de los demás, y ninguna sociedad cuyos ciudadanos se eduquen en esta doctrina tiene posibilidad de colocarse por encima de un grado considerablemente bajo de civilización”. Incluso un defensor del mercado como el economista Milton Friedman, ganador del premio Nobel, reconoce que el mayor problema que enfrenta su país es la fragmentación en dos clases, los que tienen y los que no. Si se sigue ampliando la brecha, señala, estaremos ante un problema muy grave. “La idea de que exista una clase de personas que no tienen ninguna relación con sus propios vecinos -esos mismos vecinos que deben asumir la responsabilidad de proveer sus necesidades básicas- es extremadamente desagradable y descorazonadora. Esta situación no puede prolongarse durante mucho tiempo. Acabará estallando la guerra civil. Realmente, nuestra sociedad no puede seguir siendo una sociedad abierta y democrática mientras haya esta división en dos clases”.⁹⁸

Desde la ideología del *laissez-faire*, en el modelo liberal tradicional se busca reducir o eliminar el papel del Estado en el control del mercado de trabajo, del comercio interno y exterior. Como señalamos anteriormente, Adam Smith, uno de los padres del liberalismo, procuró convencer a sus contemporáneos de que no obtuvieran más sus riquezas en la guerra sino comerciando y compitiendo en el mercado. A su modo de ver, si cada uno busca su propio interés comprando y vendiendo, y el Estado interviene poco o nada para regular el comercio, los precios se equilibrarán automáticamente por medio de las leyes de la oferta y la demanda y esto obrará en beneficio de todos. Procurando el interés individual, se contribuirá al interés general. Los precios de los bienes y servicios, la producción y la distribución serán determinados la mayor parte de las veces por el mercado. La dinámica misma de

la competencia en el mercado obliga al capitalista a invertir en mejoras tecnológicas que estén a la altura de las mejoras que realizan las empresas competidoras.

Pero la experiencia de varios siglos mostró que, lejos de mantenerse en equilibrio, el mercado genera monopolios. Las empresas chicas son devoradas por las grandes e imponen sus reglas a nivel global, pasando incluso por encima de los poderes nacionales. Un ejemplo muy conocido es el de las empresas Multimedios. Clarín empezó siendo un diario y hoy derivó en el grupo Clarín, propietario de varios diarios (Clarín, Olé, un 33% de La Voz del Interior, Los Andes, La Gaceta), de Canal 13, Radio Mitre, Multicanal y muchos otros medios. Otro ejemplo: en diciembre de 1999 comenzó un proceso que dejó en manos de Telefónica Internacional empresas como Telefé, Editorial Atlántida, Radio Continental, La Red, FM Hits, Canales del Interior y Canales Regionales, TyC, Azul TV y Advance división Internet de la empresa. Telefónica Internacional consolidó su presencia en el mercado latinoamericano por medio de la prestación de servicios de telefonía básica domiciliaria, telefonía celular y otros tipos de telefonía móvil, televisión abierta y distribución por cable, radios de AM y FM, sitio en Internet, distribución de programación y revistas, etc.

La película “Tienes un email” muestra cómo una pequeña librería de barrio, atendida por su dueña, tiene que cerrar tras la instalación de una gran cadena de librerías, que se queda con buena parte de sus clientes. Estos procesos de concentración creciente de la riqueza en pocas manos también tienen su correlato en el aumento del desempleo, de la cantidad de pobres y de la desigualdad.

Estados Unidos concentra hoy un 60% de la riqueza del mundo y sólo tiene un 3% de la población mundial. Prácticamente la mitad de las cien mayores economías del mundo no están conformadas por países sino por corporaciones privadas en busca de beneficio. Cuando la riqueza se acumula en pocas manos, aumenta la brecha entre ricos y pobres. Por eso hasta Adam Smith decía que de vez en cuando el Estado debía intervenir para balancear los desequilibrios del mercado.

El *laissez-faire* o *mano invisible* del mercado sólo beneficia a los “más fuertes”. La competencia disgrega a las personas, las atomiza y contribuye a que no se sientan parte de un emprendimiento común. La rivalidad genera envidia, resentimiento, justa indignación, violencia social y “sensación de inseguridad”. Tras la crisis capitalista del 2008, la creencia en el libre mercado se ha visto muy debilitada, y hasta el conocido defensor del capitalismo Alan

Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal en Estados Unidos desde 1987 y hasta 2006, confesó haber vivido en el error al creer que el mercado se autorregula.

Competir por las ganancias está en las antípodas de la posibilidad de fundar una sociedad en base a la cooperación. No habrá solidaridad mientras la competencia, la explotación y la maximización de la ganancia sean los motores de la actividad productiva. El principio de la rentabilidad debe ser sustituido por nuevos ejes articuladores de la vida social.

Examinemos un poco más en profundidad las bases filosóficas y antropológicas del liberalismo. La teoría económica liberal clásica nos dice que el ser humano por naturaleza sólo es egoísta, que siempre actúa racionalmente en la búsqueda de su propio provecho, y que la suma de egoísmos particulares generará la “racionalidad del mercado”, que beneficiaría a la mayor parte de las personas. El capitalismo se basó en la antropología de Tomas Hobbes, que juzgó que el ser humano por naturaleza sólo es egoísta, y que por tanto, para que la lucha entre egoísmos no conduzca a la violencia, es necesario consensuar la existencia de un Estado que garantice la paz. Lo que Hobbes no tiene en cuenta es que sin solidaridad la especie humana no hubiera sobrevivido. Incluso en el capitalismo las personas participan de organizaciones no gubernamentales para ayudar a los demás y fortalecer la solidaridad en un mundo que a menudo la desprecia por considerarla un valor “ingenuo”. Tenemos tanto impulsos egoístas como solidarios, y cada sistema político subraya más uno u otro aspecto. No es casual que la teoría liberal clásica nos presente al comportamiento empresario como arquetípicamente humano. El capitalismo reposa sobre la máxima “siempre yo primero”. Esto suscita rivalidad entre las personas, destruye la solidaridad y el lazo social de los actores económicos, ya que cada uno avanza bajo la condición de que el otro pierda. Un esquema que afecta a las relaciones interpersonales, a las industrias y a los Estados.

La teoría política liberal ha estado basada en una antropología equivocada. Sus presupuestos recientemente fueron objeto de estudios experimentales y se comprobó que los seres humanos son grandes reciprocadores, devuelven bien por bien y mal por mal, e incluso se perjudican a ellos mismos para devolver un mal, lo cual no parece muy sensato, a diferencia de lo que marca la teoría económica liberal clásica, a saber, que los individuos siempre buscan su beneficio en forma racional. En todo el mundo miles de personas colaboran desinteresadamente en empresas y organizaciones solidarias de todo tipo y nos muestran que la solidaridad es una respuesta humana muy

común. La teoría política liberal está sustentada en bases antropológicas y psicológicas falsas, y se trata por tanto de una teoría pseudocientífica.⁹⁹

Transcurridos varios siglos de capitalismo, hay evidencias suficientes de que el mercado desregulado no genera equilibrio sino monopolios y acumulación de la riqueza en pocas manos. Esto deja muy atrás el ideal de competencia que postulan los teóricos liberales clásicos. Si el ser humano es fundamentalmente reciprocador, retribuirá con cooperación si vive en un contexto solidario que respeta sus libertades básicas (y por libertades básicas entiendo la libertad de comer, contar con una vivienda digna, con un sistema de salud, jubilación, con la posibilidad de expresar libremente las ideas, elegir en qué casa se ha de vivir, a qué colegio se mandará a los hijos, etc). De modo que durante siglos el capitalismo estuvo basado en una teoría que no cuenta con sustento científico. Dar y recibir son dos dimensiones básicas de la convivencia humana. Algunos defienden al capitalismo por considerar que expresa la “racionalidad del egoísmo individualista”. Pero una persona puede ser racional cuando elige una acción no egoísta. La estrategia racional reside en maximizar ganancias y minimizar pérdidas, y muchos de nuestros valores no son egoístas sino que tienen que ver con la cooperación. Por otra parte, la evidencia científica nos muestra hoy que la racionalidad de las decisiones humanas tiene límites.¹⁰⁰ La mayoría de las decisiones no proviene de un cálculo de costo-beneficio, sino de muchos otros mecanismos psicológicos (guiarse por las emociones, por el inconsciente adaptativo, seguir la tradición, imitar a los pares, recibir influencias de la educación, ser persuadido por la publicidad y los medios, etc). Es cierto que hay decisiones humanas que se basan en cálculos de costo-beneficio, pero aún en esos casos la consideración de qué cosa es un costo y qué cosa es un beneficio no siempre proviene de un cálculo racional, sino de factores emocionales, cognitivos, motivacionales, culturales, e ideológicos. La concepción filosófica que sostiene ideológicamente al capitalismo olvida que, además del cálculo de costo-beneficio, la mayoría de las personas en mayor o menor medida realizan una evaluación ética de sus acciones. Si no se tiene en cuenta esto, se puede llegar a sostener sin fundamento alguno que ser racional consiste solo en ser egoísta y en buscar una ganancia que puede perjudicar a otros, y que el capitalismo no hace sino explicitar esa estrategia, supuestamente inevitable. Cuando se defiende esta posición, se incurre en la llamada falacia naturalista, que consiste en desplazar lo que es o lo que se cree que existe (una naturaleza humana exclusivamente egoísta) a lo que debería ser (un capitalismo que subraya esta característica), es decir, se produce un viraje ilegítimo de la

descripción a la prescripción. En este contexto teórico, la inequidad aparece como un efecto colateral inevitable y de poca relevancia.

6.2.3.1. EL ROL DEL ESTADO

El liberalismo clásico propugna que el Estado se reduzca a su mínima expresión, garantizando la seguridad interna, el respeto de la propiedad privada, y la garantía de que el mercado podrá funcionar sin ser perturbado por la intervención estatal. Este modelo de mercado desregulado fue objeto de desconfianza a partir de la crisis de los años 30, cuando teóricos como John Maynard Keynes sostuvieron que en tiempos de crisis el Estado debe intervenir para incrementar la demanda y controlar las deficiencias del mercado.

En el contexto del capitalismo, el Estado pudo asumir formas de lo más diversas: democrática, fascista, monárquica, republicana, autoritaria. No obstante, la globalización de las comunicaciones impulsó a los Estados de diverso tinte a oír demandas populares que favorecieron algunos procesos de democratización.

Un problema grave en torno al rol del Estado en el capitalismo, es que los gobiernos democráticos dicen representar el interés de las mayorías, pero la mayor parte de las veces actúan en favor de las grandes empresas y de los intereses de los sectores más favorecidos de la sociedad. Durante las elecciones los candidatos invocan el interés general y llevan adelante campañas basadas en slogans que apelan a la emoción, en lugar de comprometerse por escrito en favor de leyes que verdaderamente favorezcan a las mayorías.

6.2.3.2. LA GLOBALIZACIÓN

El capitalismo tiene una dinámica expansiva por la cual permanentemente busca obtener mayores ganancias accediendo a nuevos mercados. La mentada globalización de fines del siglo XX en realidad se generó mucho tiempo antes con la constitución de un mercado capitalista en Occidente. El proceso de globalización que transitamos no hizo más que profundizar esa tendencia. Hoy es sabido que las empresas transnacionales se imponen por encima de la soberanía de los Estados, y son corresponsables también de otro tipo de desigualdad, que es la que torna al Tercer Mundo una economía dependiente del primero. La mayoría de los países en desarrollo de Asia, Africa y América Latina brindan a estas empresas sus recursos naturales no renovables y el esfuerzo y el sacrificio (la vida entera) de sus habitantes. Cuando una multina-

cional establece un intercambio comercial con Argentina, Ecuador o Tailandia, los beneficios no se reparten por igual ni favorecen en un marco de justicia a la parte más débil poseedora de menores activos. El grupo que tiene ingresos más elevados es el que recibe todavía mayores beneficios. Así se alimenta el círculo de los poderosos, que hace que los más ricos se enriquezcan a expensas de los más pobres. De ahí aquel cuento en el que el presidente de un país subdesarrollado dice en un discurso: “Ciudadanos, les tengo una buena y mala noticia. ¿Cuál es la buena? La buena es que nuestras deudas con el extranjero han sido saldadas, y la mala que tenemos 72 horas para abandonar el país”.

El proceso de globalización tiene aspectos positivos y negativos. No me propongo profundizar en este tema tan complejo aquí, pero a grandes rasgos vale la pena destacar como positivos la generación de redes sociales como internet, la divulgación de los derechos de las minorías, la expansión de la idea de derechos humanos a lo largo y a lo ancho del planeta, el conocimiento de cómo se vive en países lejanos. No es positiva, en cambio, la homogeneización de la diversidad cultural a imagen y semejanza de la cultura de un solo país, Estados Unidos.

Los organismos internacionales que nacieron para fomentar la paz y brindar ayuda a los países más pobres terminaron dominados por Estados Unidos y por intereses económicos que en el contexto del capitalismo generaron el efecto contrario al buscado en sus inicios. Es el caso, por ejemplo, del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM). Ambos fueron creados después de la Segunda Guerra Mundial. El FMI se propuso combatir las crisis financieras que castigaban a millones de personas en todas partes del mundo. El Banco Mundial estaba destinado a favorecer la inversión a largo plazo en los países subdesarrollados, prestando fondos a bajas tasas de interés. Pero durante la década del ochenta el FMI y el Banco Mundial sufrieron una drástica transformación. La prioridad para el FMI pasó a ser la eliminación de los obstáculos para el libre flujo del capital y la búsqueda inescrupulosa de beneficios. El Banco Mundial se convirtió en un apéndice del FMI, destinado a otorgar créditos a los países que le daban la bienvenida a las corporaciones y a castigar a los que no lo hacían negándoles los préstamos. El objetivo ya no era ayudar a los países pobres sino engrosar los beneficios de las grandes multinacionales. Ambas instituciones impusieron en los países del Tercer Mundo un esquema de salarios bajos y contaminación, presionando a los gobiernos corruptos o débiles. La globalización capitalista -que no es la única globalización posible- busca intervenir en el comercio

internacional para aumentar los beneficios de los ricos y poderosos a expensas de los pobres y de los débiles. Es decir, traslada a gran escala el esquema capitalista local. Los defensores de la globalización anticapitalista proponen, en cambio, modificar las relaciones comerciales para aumentar el poder de los pobres y disminuir el de los ricos.

6.2.3.3. EL ESTADO DE BIENESTAR

Durante el siglo XX en países industrializados como Inglaterra hubo significativas mejoras en la esfera socio-económica, en parte gracias a un colonialismo que permitió el desarrollo de las metrópolis y también gracias a la aparición del Estado de Bienestar, que aplicó medidas opuestas a la teoría fundante del liberalismo, impulsando un rol activo para el Estado en una serie de políticas sociales destinadas a subsanar los errores del libre mercado.

En el modelo capitalista de Estado de Bienestar, hay mecanismos que constituyen anticpos de una sociedad igualitaria, sin serlo. La significativa instauración de impuestos que luego son distribuidos entre los que menos tienen, sin implicar evidentemente el socialismo, podría ser un comienzo hacia esa tendencia. Pero el problema de la redistribución en el contexto del capitalismo es que sólo se produce en circunstancias políticas transitorias y siempre y cuando no entren en contradicción los intereses del capital con los del trabajo. Si las políticas redistributivas perduran en el tiempo es en el contexto de sistemas mixtos como el escandinavo, en los que la justicia social proviene de las medidas socialistas y no de aquellas propias del capitalismo. Mientras la competencia continúe, la equidad se verá seriamente amenazada.

Suecia tiene un sistema económico mixto en la que se combinan rasgos del capitalismo y del socialismo. Es curioso que se la invoque como ejemplo de capitalismo con poca inequidad, cuando sus aciertos en esta esfera corresponden a sus estrategias socialistas y no a las que son propias del capitalismo.

Los países escandinavos son los ejemplos más exitosos de ese modelo, aunque aún no implican una justicia social plena porque si bien la brecha de la desigualdad es reducida para la mayoría, todavía hay extraordinarias diferencias en la riqueza (en Suecia viven algunas de las personas más ricas del mundo).

Un estudio sobre exclusión social y étnica en Suecia reportó para el 2002 la existencia de más de 130 barrios caracterizados por una profunda marginalización respecto al trabajo, la educación y la participación electoral.¹⁰¹ En las ciudades grandes y medianas del país se concentran bolsones de la

exclusión social y étnica que hoy afecta a muchas minorías inmigrantes. En los países regidos por el modelo de Estado de Bienestar -al igual que otros países desarrollados- los trabajos más monótonos, riesgosos y menos enriquecedores son realizados por los inmigrantes. En Suecia han surgido alternativas no estatales para el acceso a servicios como el de salud, con el fin de brindar protección frente a los largos tiempos de espera que pueden afectar a los servicios públicos. Cuando el primer ministro socialdemócrata Goran Persson tuvo que ser atendido por una dolencia, acudió a una clínica privada a la que también acudían otros representantes del gobierno. La clínica privada de la elite socialdemócrata es la misma en la que se atiende buena parte de la élite empresarial del país. Esto suscitó un escándalo después del cual el primer ministro tuvo que acudir a los servicios públicos como cualquier ciudadano, aunque nadie duda de que en este caso la lista de espera corrió más rápido.

La concentración del poder en Suecia, por otra parte, favoreció diversos actos de corrupción que sorprendieron a una nación que tenía una idea diversa de sí misma y del Partido Socialdemócrata. Uno de los escándalos más conocidos involucró a casi un centenar de funcionarios del monopolio estatal de venta de bebidas alcohólicas (Systembolaget), cuya jefa era la esposa del primer ministro. Hasta el rey se hizo eco de esto cuando dijo en su discurso de navidad del 2003: “Ha sido doloroso descubrir que en aquel idilio en el cual habíamos vivido y queríamos vivir estaba el caldo de cultivo de la frivolidad y la codicia”.

Cuando el poder está centralizado, corrompe incluso en Suecia, donde últimamente se busca un “socialismo desde abajo”, en el que haya una participación directa de la ciudadanía en la organización de los servicios del bienestar.

6.2.4. CUARTA CARACTERÍSTICA DEL CAPITALISMO: USO DEL DINERO COMO MEDIO UNIVERSAL DE CAMBIO

Antes del advenimiento del capitalismo las personas producían *bienes de uso* (cultivando, o fabricando con sus propias manos su ropa y sus muebles, por ejemplo) y un conjunto complementario de bienes eran adquiridos con dinero en el mercado. Lo propio del capitalismo es que anula casi por completo los valores de uso en favor de un medio universal de cambio llamado dinero. Como los grupos de menores recursos económicos ya no poseen sus medios de producción (la tierra para cultivar, o las herramientas del taller artesanal) porque han sido expropiados o porque han emigrado a las ciudades en busca de trabajo en el sector industrial, se ven obligados a conseguir

dinero, que no es un *valor de uso* sino un *valor de cambio*, es decir, un medio que debe ser intercambiado por todos los demás bienes. Si no hay dinero no habrá ni comida, ni vivienda ni ninguno de los bienes y servicios a los que se accede a través de este medio universal de cambio. Al asumir la forma de dinero, el capital se vuelve un comodín, predomina la producción para la venta, surgen los bancos y los intermediarios financieros.

6.2.5. QUINTA CARACTERÍSTICA DEL CAPITALISMO: MONOPOLIO DE LAS DECISIONES

El capitalista y sus agentes gerenciales monopolizan las decisiones que afectan al proceso de producción y al de las decisiones financieras, y los obreros quedan excluidos de la gestión de sus propias condiciones de trabajo. Es decir que no eligen sólo a quien contratar y a quién despedir sino también las condiciones de trabajo, las técnicas empleadas, los bienes producidos, cuándo contraer deudas, emitir acciones o hipotecar las instalaciones. Aunque quienes trabajan a las órdenes del capitalista quedan excluidos de estas decisiones, sufren sus consecuencias.

Independientemente de las relaciones de propiedad, es posible identificar en el capitalismo a una “clase coordinadora” integrada por los que reciben un salario por su trabajo pero, a diferencia de la “clase trabajadora”, ocupan puestos que permiten influir significativamente para determinar la propia situación económica y la de otras personas, y para gozar de mejores condiciones laborales por el monopolio que se ejerce sobre ciertos conocimientos y habilidades. Hay una oposición de intereses entre la clase trabajadora, integrada por obreros de la construcción, los que trabajan en una cadena de montaje, los mozos, los que limpian, etc, y la clase coordinadora, integrada por ingenieros, gestores, médicos, etc, aún cuando ambas clases se opongan a los intereses de la clase capitalista. En este punto coinciden básicamente el capitalismo y los llamados “socialismos realmente existentes”: en ambas estructuras hay una “clase coordinadora” que decide en situaciones que afectan a los demás y que goza de privilegios.

6.2.6. SEXTA CARACTERÍSTICA DEL CAPITALISMO: DIVISIÓN CORPORATIVA DEL TRABAJO

En el sistema actual existe una división del trabajo por la cual algunas personas desarrollan primordialmente las tareas más gratificantes, estimulan-

tes, enriquecedoras y prestigiosas, mientras la mayoría debe consagrarse a tareas más repetitivas, desagradables, con frecuencia peligrosas, embrutecedoras y que no otorgan prestigio alguno. En el primer tipo de trabajo a menudo se maneja gran cantidad de información y se está capacitado para influir en mayor medida en las decisiones. En el segundo las personas no adquieren ninguna capacidad de influir en la vida pública. Quienes no poseen una propiedad o trabajan en tareas poco estimulantes suelen ser excluidos del poder de decisión.

El propio Adam Smith escribió en 1776 en *La riqueza de las naciones*:

Las ideas de la mayor parte de los hombres se forman necesariamente al desarrollar sus ocupaciones ordinarias (...) las personas cuya vida se emplea en realizar un puñado de operaciones simples, de las que tal vez siempre se deriven los mismos, o casi prácticamente los mismos resultados, apenas tienen ocasión de ejercitar su pensamiento (...) y son generalmente empujadas a convertirse en seres tan ignorantes y tan estúpidos como pueda llegar a serlo una criatura humana.

En el capitalismo la mayor parte de las personas, cuando trabajan, no lo hacen en algo que les resulte enriquecedor o, si lo es, la tarea suele desarrollarse en condiciones de estrés y presión. Millones de seres humanos sienten que su vida no les pertenece: trabajan de sol a sol en tareas monótonas a cambio de un sueldo que con viento favorable les permite apenas sobrevivir. Si existieran combinaciones equilibradas de empleo, tal como propone la Economía Participativa (PARECON), cada persona desarrollaría tareas creativas y otras que no lo son pero que resultan imprescindibles para la supervivencia individual y social.¹⁰² De este modo todos tendríamos un empleo que implicaría una calidad de vida y una capacidad de decisión equivalente a la del resto de los trabajadores.

En el capitalismo, las personas que desarrollan las tareas más desagradables, en lugar de cobrar más de modo que se compense su mayor sacrificio, perciben una miseria por su trabajo. Es el caso del obrero que trabaja en una demolición, del minero, de los que limpian lo que otros ensucian, de los que trabajan a la intemperie con temperaturas extremas, etc. Otros ciudadanos reciben grandes recompensas: tal el caso de los deportistas profesionales, o de un abogado o un médico prestigioso. Otros reciben

una renta no sólo por su trabajo sino por el trabajo de otras personas, a veces incluso por el trabajo de miles de ellas, como es el caso de Bill Gates.

6.2.6.1. EL DESARROLLO TECNOLÓGICO

En los comienzos del capitalismo las estrategias aplicadas al desarrollo tecnológico crearon tareas parciales, repetitivas y aburridas tal como las muestra Chaplin en “Tiempos modernos”, donde un trabajador sale de la fábrica y sigue realizando el mismo movimiento mecánico y repetitivo de ajustar la tuerca, que se le fijó automáticamente como un tic. Si el ser humano pudo ser reemplazado por la máquina, decía Marx, es porque antes él mismo había sido convertido en una máquina, cosificado y alienado de su condición humana.

Décadas atrás una fábrica era manejada por decenas de personas. En la actualidad la tecnología ha sustituido a una parte significativa del trabajo humano. Hay pocas máquinas y son manejadas por grupos reducidos de técnicos hiperespecializados. Entre los muchos efectos que generó el desarrollo tecnológico en las últimas décadas, cabe destacar el desempleo. En lugar de repartirnos mejor la tarea para que todos nos esforcemos menos, tengamos más tiempo libre y disfrutemos de la posibilidad de desarrollar una labor gratificante y al mismo tiempo aportemos nuestro esfuerzo para las desagradables, se acrecentó la acumulación de la riqueza en pocas manos, la profundización en la división del trabajo, la desocupación, la pobreza y la inequidad.

La sustitución de mano de obra por maquinaria es una buena ocasión para revisar nuestra concepción productivista del trabajo. Si evaluamos cuál es el trabajo por hacer, es posible distribuirlo mejor y también distribuir mejor la riqueza social. Todos podríamos disponer de recursos y de tiempo libre, tal como soñaron desde Aristóteles a Marx, que imaginaron la existencia de una sociedad en la que la tecnología y la justicia social relevarían al ser humano de la parte del trabajo que constituye una carga. No podemos ser reducidos a engranajes de un proceso de producción, somos seres creativos que pueden concebir la vida al servicio de muchas actividades no laborales. Dado que el desempleo continuará acrecentándose y que son los pobres quienes más sufren este impacto, es absolutamente prioritario tomar medidas al respecto.

Si el trabajo se repartiera equitativamente y la retribución se realizara en base al esfuerzo y al sacrificio, todos podríamos trabajar menos horas.

6.3. EL PRODUCTO BRUTO INTERNO

En el capitalismo, los grupos con mayor poder económico, representados por lo general en el gobierno, son también los que determinan cuándo es que un país “crece”. Los defensores del capitalismo consideran que este sistema promueve el crecimiento económico, que se ve reflejado en la medición del Producto Bruto Interno (PBI), el valor monetario total de la producción corriente de bienes y servicios de un país durante un período dado (generalmente un año). Se ha naturalizado la idea de que si el PBI crece, “el país crece”. ¿Pero cómo puede crecer un país con 20%, 30% o 50% de sus habitantes por debajo de la línea de pobreza? ¿Crecimiento para quién? ¿Cómo es posible hablar de “crecimiento” y tomar al PBI como medida de bienestar de un país sin tener en cuenta la distribución del ingreso? Dos países pueden tener el mismo PBI pero si en uno de ellos la distribución es más equitativa que en otro, habrá mayor bienestar económico.

Las cifras de crecimiento económico del PBI son tomadas como una evidencia de que las políticas económicas aplicadas son correctas. Pero tanto Simon Kuznets, creador de la contabilidad nacional que dio lugar al uso del PBI, como otros muchos autores posteriores, cuestionaron el uso de este indicador como sinónimo de bienestar social.

Veamos la opinión de Joseph Stiglitz (Premio Nobel de Economía) sobre el PBI:

*No mide adecuadamente los cambios que afectan al bienestar, ni permite comparar correctamente el bienestar de diferentes países [...] no toma en cuenta la degradación del medio ambiente ni la desaparición de los recursos naturales a la hora de cuantificar el crecimiento. [...] Esto es particularmente verdadero en Estados Unidos, donde el PBI ha aumentado más, pero en realidad gran número de personas no tienen la impresión de vivir mejor porque sufren la caída de sus ingresos.*¹⁰³

El PBI puede aumentar mientras aumenta la inseguridad. También, como señala Stiglitz, puede aumentar cuando se explotan inadecuadamente los recursos naturales. Pero a la larga el capital del país muy probablemente disminuirá, dejando a las generaciones futuras con menor capital disponible. El PBI no tiene en cuenta el endeudamiento externo. Puede aumentar si el gobierno o las empresas toman préstamos en el extranjero, y esto disminuirá el

PBI en el futuro. Si la inflación es alta, aún cuando no haya más producción, podría parecer que el PBI aumenta sustancialmente.

Por último, ¿por qué el aumento de la producción tendría que ser la medida de crecimiento de un país? Si se lo toma como un parámetro deseable es porque muchos suponen que un aumento del PBI implica necesariamente un aumento en el nivel económico de cada uno de sus habitantes, pero si no se tiene en cuenta la distribución, este presupuesto es falso.

6.4. LA MERITOCRACIA

En el capitalismo aquello que pasa por constituir una diferencia de “mérito” a menudo es producto de puntuales desigualdades sociales y económicas. Aún cuando a veces el sistema educativo posibilite cierta movilidad social ascendente, su funcionamiento está básicamente al servicio de la reproducción de los sectores más favorecidos y de la legitimación de sus conocimientos, correspondientes básicamente a la esfera intelectual. El mérito es asociado en consecuencia a las actividades que pueden desarrollar estos grupos y no a la enorme cantidad de trabajos que desarrollan los sectores subalternos. Los más favorecidos se definen por el ideal del mérito de forma directamente proporcional al modo en que los desfavorecidos se definen por la privación de talento, iniciativa y personalidad. Quienes “fracasan” en el sistema educativo son identificados con aquellos que carecen de un “don” que ameritaría reconocimiento y deben aceptar su destino porque supuestamente han competido en un marco de “justa igualdad de oportunidades”. Quienes “triumfan”, por el contrario, sienten haber obtenido mediante los exámenes y los concursos la legitimación objetiva y racional de su mérito. Tal como señaló Marx en *Miseria de la filosofía*, la “aristocracia de capacidades” se convirtió en “imbecilidad” y miseria para el proletariado. De un lado los inteligentes, los capaces, los talentosos, los aptos y los genios. Del otro los poco inteligentes, los incapaces, los negados, los torpes y los estúpidos.

A medida que el personal técnico fue especializándose cada vez más y que la maquinaria a su cargo se hizo cada vez más compleja, los ejecutores de trabajos rutinarios vieron simplificada su tarea y obtuvieron una consideración cada vez menor por parte de la sociedad. De un lado la dirección y el mando, del otro la realización y la obediencia. De un lado el intelecto, del otro lado el cuerpo. La idea de vocación reforzó este dualismo, su impronta determinista se evidencia al haber sido comprendida como la misión impuesta por dios a cada individuo, y contribuyó a que la división social del trabajo

pareciera determinada por el destino.

La desmitificación del mérito lleva a replantear buena parte de los criterios declarados de selección. El ideal meritocrático no se hace cargo de la exclusión de quienes no han salido victoriosos en los mecanismos de selección articulados por los sectores más favorecidos de la sociedad, sea porque no los han aprobado o porque ni siquiera han tenido oportunidad de acceder a ellos.

Según el ideal moderno, el nivel de ingresos debe ser proporcional al esfuerzo y a los talentos de cada cual. Pero este modelo no da cuenta de que la mayor parte de las veces lo que pasa por una desigualdad de mérito es una desigualdad de clase, y que aún cuando el comienzo de la “carrera” fuera parejo -es decir, aún cuando pudiera implementarse el principio de “igualdad de oportunidades”-, quienes no han salido victoriosos en el “orden de mérito” tienen derecho a una mínima igualdad sustantiva de la que no se hace cargo el formalismo del principio liberal.

6.5. LA CRISIS DEL CAPITALISMO DE FINES DEL 2008

En este apartado analizaré algunos de los conflictos estructurales que ocasionan el problema de la inseguridad a la luz de la última crisis del capitalismo acontecida a fines del 2008, que es a la economía de mercado algo equivalente a la caída del Muro de Berlín de 1989. Las tasas de desempleo no descendían tanto desde la célebre crisis de 1930. En estas circunstancias la pregunta crucial ha sido: ¿estamos en los albores de una crisis final del capitalismo o esta es una crisis más de uno de los modelos posibles del capitalismo, el neoliberal? ¿Se ha perdido la confianza en el sistema capitalista?

El conflicto comenzó en los Estados Unidos y luego se extendió a las economías europeas (España, Reino Unido, Francia, Bélgica, Islandia) y a la Argentina, entre otros países y, como era de esperar, impactó más en las regiones y en los grupos sociales económicamente más desfavorecidos. Uno de estos lugares es América Latina, región en la que uno de cada tres habitantes es pobre, el 10% más rico tiene 50 veces más que el 10% más pobre (en Noruega 6, en España 10, en Argentina 32.9¹⁰⁴). Aunque América Latina exportó en el 2007 alimentos que podrían abastecer tres veces a su población, el 16% de los niños de la región están desnutridos. Es indudable que, si no se toman las medidas adecuadas, la crisis agravará este panorama y profundizará aún más la brecha de la desigualdad.

Durante el 2009 se redujeron drásticamente las remesas que envían los inmigrantes latinoamericanos que trabajan en Europa y en Estados Unidos,

un dinero que representa una ayuda crucial para más de cien millones de personas. También los más pobres son los más afectados por la inflación en general y por la suba del precio de los alimentos en particular. En el capitalismo la búsqueda insaciable de lucro de los empresarios se paga con la vida de miles de personas. Según el Banco Mundial, esta crisis podría provocar la muerte de 90 millones de personas en los países más pobres.

Desde hace algunas décadas, la capacidad de producción en el capitalismo es cada vez mayor, al punto en que se termina por superar la capacidad de consumo de la mayoría de las personas, que ven limitado su poder de compra en un contexto de creciente desigualdad. En un estudio del Instituto de Investigaciones Económicas (IIE) de la UNAM, se señala que 200 empresas transnacionales de distintos países industrializados, especialmente de los Estados Unidos, concentran el 40% del Producto Bruto Interno (PBI) mundial. Entre la Unión Europea, Estados Unidos y Japón, contabilizan el 71% del PBI mundial (año 2007), pese a que disponen sólo del 15 por ciento de la población. Podemos ver aquí las bases que profundizan la pobreza y la desigualdad en el mundo. Sólo Estados Unidos cuenta con el 25% del PBI mundial.

El índice Dow Jones de Wall Street es el que corresponde a las 30 compañías trasnacionales más importantes de Estados Unidos y del mundo. Sus dueños son también los dueños económicos del mundo y están protegidos por el poder político y militar. Algunas de esas compañías son: American Express, Coca Cola, General Electric, Hewlett Packard, Mc Donalds, Microsoft, Wal Mart, Walt Disney. Las trasnacionales y los bancos, que controlan los sistemas productivos y el comercio mundial, hacen pagar la crisis a los empleados, a los obreros y a los desocupados.

Los mecanismos de consumo han ido variando en el capitalismo. De la *sociedad del ahorro*, que consistía en acopiar dinero para, reunida una cantidad suficiente, gastarlo, hemos pasado a la *sociedad de la tarjeta de crédito*, en la que se gasta primero y luego se trabaja para pagar lo consumido. El mecanismo encaja astutamente con uno de los principios del capitalismo, que es el de ampliar sin pausa e insaciablemente los objetos de consumo. Como señalé anteriormente, ya Hegel había definido a la sociedad moderna como aquella en la que se generan cada vez más necesidades y productos destinados a satisfacerlas. Lamentablemente Marx toma este principio de su maestro y lo considera deseable, aunque está pensando en que esos bienes deben ser distribuidos equitativamente. La sociedad de la tarjeta de crédito ha convertido en deudores casi eternos a millones de individuos que gastan el dinero antes de ganarlo.

El capitalismo ha pasado de una economía de producción a una de especulación en la que progresivamente se ha generado un desmantelamiento de la industria y de los empleos, han aumentado los delitos contra la propiedad, las migraciones masivas y el vaciamiento de la política a favor de la economía.

En los países del llamado Primer Mundo, el poder adquisitivo de una persona se mide por la cantidad de crédito que es capaz de conseguir. Uno de los desencadenantes de la crisis fue la enorme cantidad de hipotecas otorgadas en Estados Unidos a personas que no estaban en condiciones de pagarlas. Se incitó a los sectores de menores ingresos de la población a que se endeudaran con hipotecas “baratas”, que no eran nada baratas en la letra chica de los contratos. Si la casa no seguía subiendo de precio, no iban a poder pagarla nunca. En Estados Unidos una de cada diez personas está en mora con el pago de su hipoteca (50.000 viven en Nueva York).

Esta misma situación fue vivida por millones de españoles endeudados con sus hipotecas. En España, a diferencia de los Estados Unidos, no es posible devolver la casa con hipoteca impaga. Por eso muchos españoles piden que se regulen las prácticas abusivas de los bancos, que deberían renunciar al cobro de parte de las hipotecas. Veamos el testimonio de un español endeudado: “Volvimos al feudalismo, los banqueros son nuestros señores feudales; trabajamos de sol a sol para pagar nuestra hipoteca o las chorradas consumistas que no necesitamos pero que compramos porque ellos las fabrican y nos las meten delante de los ojos”.¹⁰⁵ Sin duda hay mucho de manipulación en esto, a lo que deberíamos sumar la inclinación por el consumo superfluo. La carrera desesperada por el consumo es propia del núcleo duro de capitalismo, que desde su propio surgimiento ha planteado al mercado como una mano racional capaz de beneficiar a todos, cuando lo que vemos es que inevitablemente produce cada vez más acumulación de riqueza en pocas manos. A menos, claro, que se ponga un límite a esta acumulación, o que se implementen medidas que no provengan de la esencia del capitalismo y en las que el Estado no sea un instrumento de dominación de los sectores privilegiados sobre los más desfavorecidos, sino una herramienta para proteger a los grupos más vulnerables y para limitar la acumulación de la riqueza.

La crisis del 2008 problematiza el hábito del consumo desenfrenado, un ideal básico para el capitalismo contemporáneo, y el de gastar el dinero que no se posee. En este sentido hay algunos matices que varían de país en país. Los franceses tienden a endeudarse menos que los norteamericanos. Si pagan con tarjeta a menudo apelan a las de débito, y recurren al dinero que ya tienen.

El problema de las deudas hipotecarias, que produjo el quiebre de muchos bancos, sumado el derrumbe de los precios del petróleo y de las materias primas, al proceso de estanflación (un concepto que expresa la confluencia de la falta de crecimiento con inflación), que produjo la suba en el precio de los alimentos y del costo de vida de millones de personas en el mundo, fueron algunos de los desencadenantes fundamentales de esta crisis que procura ser paliada mediante el rescate de los bancos por parte del Estado, valiéndose del dinero de los contribuyentes para socializar las pérdidas y privatizar las ganancias.

Entre las causas centrales de la crisis cabe destacar en primer lugar la eliminación por parte de los gobiernos de muchas de las regulaciones a los negocios, un mecanismo que pretende favorecer la operación eficiente del mercado. Se supone que al haber menos regulaciones aumentan el nivel de competencia, la productividad y la eficiencia, y disminuyen los precios. En la práctica esto implica que las políticas públicas dejan de proteger los intereses colectivos. Por ejemplo, se desregula el mercado parafinanciero de Wall Street, o descende el control en las patentes de medicamentos. Es lo que muchos denominan capitalismo de casino: unos pocos juegan con el destino de la mayoría.

En la Argentina este proceso de desregulación tuvo lugar en la década del noventa durante la presidencia de Menem. Se alentaron las inversiones inmobiliarias y las “commodities” -mercancías no diferenciadas- como capital ficticio, es decir, como una montaña de papeles desligados de la producción real. No hace falta ser un entendido en economía para saber que el dinero no produce riqueza, que para generarla es necesario producir, fabricar, construir, crear.

Nuevas tecnologías como internet o los teléfonos celulares permitieron acelerar el proceso especulativo, creando un “capitalismo financiero virtual” en el que se obtienen grandes ganancias y se producen grandes pérdidas en poco tiempo, operando por fuera de la soberanía de las naciones. Algunos calculan que esto permitió que la economía especulativa fuera diez veces superior en tamaño a la real. Así fue como la economía mundial dejó de estar tan ligada a la riqueza de las naciones y empezó a operar fuera de los marcos de la economía real.

Los nuevos jugadores del capitalismo de casino son yuppies recién salidos de la universidad que apuestan desde sus computadoras manuales a realizar operaciones en sus burbujas especulativas. Esta modalidad es conocida por el conjunto de la sociedad, ya constituye una marca de época y no brinda a los jóvenes de los grupos económicamente más desfavorecidos la idea de que la plata se hace trabajando. La sociedad del ahorro, derivada de la ética

protestante, postuló al trabajo y al esfuerzo como bases del bienestar económico. La sociedad de la tarjeta de crédito y el capitalismo de casino entienden que es mejor postergar o suprimir la parte del esfuerzo y ganar dinero lo más pronto posible mediante especulaciones financieras.

Pero la última crisis del capitalismo no obedece sólo a la falta de normas de regulación y control financiero sino a la infraestructura misma de la concentración del capital en pocas manos. Son ahora capitalistas como Soros quienes recuerdan que Marx predijo hace 150 años que se desarrollarían crisis como ésta en el capitalismo. La del 2008 fue precedida, entre otras, por la Gran Depresión de 1930, la crisis rusa de 1994, la del sudeste asiático en 1997, la de Brasil en 1998 y la de Argentina entre 1999 y el 2002, precursora de la del 2008. Quienes tras la caída del muro de Berlín proclamaron el fin de la historia y la instauración definitiva de un capitalismo que se pretendía eterno, hubieran inspirado una sonrisa en Marx y en todos aquellos que comprenden que la acumulación de la riqueza en pocas manos es parte del núcleo duro del capitalismo, y que este proceso genera necesariamente crisis y violencia.

Marx entendió que la economía globalizada era propia del modo capitalista de producción, valoró la globalización por su carácter internacionalista y como la convergencia de la humanidad hacia un futuro solidario e integrado, pero vaticinó que el capitalismo traería prosperidad sólo para algunos, cada vez mayor concentración de la riqueza en pocas manos, crisis económicas, violentos conflictos e injusticia generalizada. ¿Quién hubiera dicho hace diez años que ciertos textos de Marx empezarían a venderse como pan caliente, no por sus propuestas relativas a una sociedad comunista -Marx casi no escribió sobre cómo debía ser la sociedad futura- sino por sus acertadas críticas al sistema capitalista?

Aunque Marx dejó a las generaciones futuras el delineamiento de una sociedad no capitalista (rasgo que a la mayoría de quienes valoran su pensamiento les parece una ventaja, y que a mi modo de ver sembró el germen de nuevas formas de injusticia), previó que el capitalismo sería reemplazado por un sistema planificado, una propuesta que hoy suena muy razonable, al menos en alguna de sus variantes. En la actualidad ni siquiera Fukuyama -que en 1992 preconizaba el “fin de la historia” y la instauración definitiva del capitalismo- confía en el equilibrio automático de los mercados sin la intervención de un poder público eficaz. En su libro “La construcción del Estado”, publicado en el 2004, descreo que sea posible una economía mundial equilibrada en el marco de la desregulación y critica a los gobiernos que no encaran políticas públicas. A pesar de esto, hoy sufrimos las consecuencias de ideas

como las que Fukuyama defendía en 1992, y resurgen una vez más quienes confían sin evidencia alguna en que con unos ligeros retoques cosméticos ahora sí tendremos un capitalismo que termine de una buena vez por todas con la violencia social y propicie la paz, el bienestar y la justicia.

El capitalismo neoliberal que imperó en Occidente en los noventa presupo la actualización de los principios antropológicos y filosóficos clásicos del liberalismo económico. Según estos principios, como señalé con anterioridad, el ser humano sería básicamente egoísta por naturaleza, poco le importarían los demás y mucho su propio bienestar. Sobre esta base, el Estado garantizaría la paz social, y el mercado (entendido como un ámbito económico desregulado) sería una “mano invisible” que impediría el monopolio a través de la competencia.

Sin embargo, no sólo Marx sino también, en el siglo XX, Keynes y la Escuela de Estocolmo, que dio lugar al modelo de Estado de Bienestar que rige hoy día en los países escandinavos, eran conscientes de las crisis que genera el mercado, que es intrínsecamente inestable. Hasta el presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, cifró en el severo deterioro de la equidad una de las causas de la crisis capitalista del 2008, y señaló que en los Estados Unidos hubo más productividad cuando los trabajadores tenían una participación mayor en los ingresos. Pero Obama lamentablemente no ve en esto problemas estructurales del capitalismo sino errores éticos -corrupción y codicia- o de gestión atribuibles a los individuos. Así se borra de un plumazo la búsqueda de rentabilidad de las corporaciones transnacionales, que lleva a que la riqueza se concentre cada vez más en pocas manos. Según Robert Reich, ex-secretario de Trabajo de Bill Clinton, y David A. Moss, de la Universidad de Harvard, la desigualdad favorece las crisis del capitalismo (Público, Edición Internacional, 1ro de noviembre de 2010). Los dos momentos de mayor desigualdad registrados en EEUU son 1928 y 2007, la antesala de las dos crisis económicas más severas de la historia contemporánea. Reich señala que "en estas circunstancias, el poder de compra de la clase media sólo se mantiene mediante el crédito, lo que genera una burbuja de deuda".

La crisis capitalista del 2008 es comparable para muchos con la Gran Depresión de 1930. ¿Qué medidas se tomaron por aquella época? Keynes, el ideólogo de entonces, cuestionó al capitalismo no regulado por su individualismo y por la inequidad y la pobreza que genera, y reemplazó el modelo de “capitalismo salvaje” por el modelo capitalista de Estado de Bienestar. El keynesianismo derivó en dos ramas, la económica, que procuró el pleno empleo mediante la realización de obras públicas y la regulación del sector pri-

vado, y la social, que derivó en la Escuela de Estocolmo, de la que nacieron los modelos socialdemócratas y de Estado de Bienestar como los de los países escandinavos, Holanda, Taiwan, Japón, Austria, Bélgica. Todos estos países tienen gran cantidad de servicios sociales, baja desigualdad y escasa violencia social.

Pero en varios países el modelo de Estado de Bienestar apenas duró cincuenta años y fue reemplazado por el neoliberalismo de Reagan, Thatcher y sus sucesores, que limitó la intervención del Estado. En los noventa se volvió a cuestionar que se incluya a la política y a la ética en el ámbito de la economía, pretendiendo demostrar que la economía obedece sólo a cuestiones técnicas, olvidando que detrás de todo análisis económico suele haber intereses en juego. En la actualidad padecemos las consecuencias de aquellas políticas, y certificamos una vez más que la pobreza no se enfrenta mágicamente con la supuesta racionalidad del mercado sino mediante políticas públicas, por eso nuevamente aparece el keynesianismo hasta en los grupos que menos confianza solían tener en la intervención estatal.

Nuevamente son muchos los que creen que mediante algunos retoques propios del modelo de Estado de Bienestar el capitalismo podría llegar a ser un sistema económico deseable. Pero el modelo de Estado de Bienestar capitalista aún está muy lejos de la justicia social plena, ya que, como hemos señalado, si bien la brecha de la desigualdad es reducida para la mayoría, todavía hay extraordinarias diferencias en la riqueza, y el bienestar de estos países se sostiene gracias al trabajo rutinario que en su inmensa mayoría desarrollan los inmigrantes.

Esto no significa que sería deseable caer en manos de un Estado burocrático que persigue a las personas por la expresión de sus ideas, les impide salir del país y las castiga cuando se oponen a las medidas instauradas por el gobierno. Hay otros modelos posibles de organización social que evitan estos problemas (ver el capítulo dedicado a Parecon).

Al igual que las anteriores crisis del capitalismo, ésta revela que el liberalismo económico está basado en una antropología, una psicología, una filosofía y una teoría económica erróneas, sin basamento científico alguno, anclado en una narración imaginaria de átomos egoístas -Robinsones deseosos de habitar su isla desierta- en la que no se entiende que lo individual sólo es comprensible en el marco de lo social.

El primer factor que nos constituye es social: nacemos en un medio social determinado, adoptamos como naturales muchas de las costumbres propias de nuestro tiempo, incorporamos inadvertidamente mediante el lenguaje una

serie de visiones del mundo. No pronunciamos con el acento que nos place sino con el de la cultura en la que somos criados. Esto no equivale a sostener que la sociedad debe suplantar a la autonomía individual, sino que sólo es posible la autonomía en un contexto social determinado.

Es necesario analizar las buenas medidas que se toman en distintas sociedades, ver si son aplicables en otras latitudes y llevarlas a la práctica. Es posible imaginar en detalle diversos modelos de sociedad justa, no porque el guión deba ser respetado a pie juntillas, sino porque el derrumbe del capitalismo no generará automáticamente una sociedad mejor. Para que esta sociedad nazca, es necesario seguir imaginándola y basar las políticas públicas en teorías científicas y éticas.

El llamamiento al consumo que realizan gobernantes de diversos países para activar la economía y evitar el desempleo es percibido como una burla por las personas que hace años que viven en la precariedad. Si toda crisis es una oportunidad, existe la posibilidad de reorientar la producción respetando la ecología del planeta y favorecer las necesidades sociales en vez de recuperar altos niveles de consumo que, entre otras consecuencias negativas, suponen que nuevamente las personas vuelvan a endeudarse accediendo al crédito. Por otra parte, lo que estas medidas no explican es cómo podrían mantenerse altos niveles de consumo con bajos salarios.

Desde la década del setenta el capitalismo vive una crisis de sobreproducción en la que se rebasa la capacidad de consumo de los ciudadanos. Entre 1945 y 1975 primaron las políticas keynesianas impulsadas también en la reconstrucción de Europa y del Este Asiático tras la Segunda Guerra Mundial. Se procuró mantener los salarios altos para sostener la demanda, hubo un desarrollo firme de políticas fiscales y severos controles en los mercados. Ese proceso culminó en una estanflación (bajo crecimiento e inflación alta), de la que se trató de salir con la reestructuración neoliberal, que favoreció a los sectores más privilegiados, con la globalización, que supuso la obtención de materia prima y mano de obra baratas, y con la financiarización, que hizo que gran cantidad de fondos excedentes de los ahorristas fueran reinvertidos en el sector financiero, que gira sobre sí mismo.

6.5.1. ALGUNAS SOLUCIONES POSIBLES FRENTE A LA CRISIS

Lo curioso de la crisis del capitalismo de fines del 2008 fue que hasta los liberales reconocieron que sin la intervención de un poder público eficaz el sistema se derrumba. Esto supone para la mayoría una valorización de las

regulaciones activas, a las que sería necesario sumar mecanismos de control y auditoría permanente por parte de la sociedad civil.

El precio para el mantenimiento del capitalismo hasta ahora fue la exclusión de millones de personas del sistema, tendencia que va en aumento, en parte por la creciente concentración de la riqueza en pocas manos -que se refleja en el coeficiente de Gini, que mide la inequidad, el elemento que más correlaciona con la violencia social o con lo que se conoce como “inseguridad”-, por el desarrollo de nuevas tecnologías que vuelven prescindible la mano de obra y posibilitan una celeridad en las comunicaciones que promueve un capitalismo especulativo “de casino”, y porque al aumentar la inequidad baja el poder adquisitivo de la población y hay menor demanda.

El precio del mantenimiento de un orden injusto también es la explotación de unos seres humanos por parte de otros mediante la extracción de plusvalía y la complicidad de quienes prometen acabar con la pobreza y la exclusión pero en realidad las aumentan o las palían de manera inefectiva.

Otro precio que supone el mantenimiento de este orden es el de la injusta distribución del trabajo en la esfera doméstica. No podemos achacar las injusticias de género al capitalismo porque son muy anteriores, pero sí destacar el hecho de que si hombres y mujeres distribuyeran equitativamente la tarea doméstica y el cuidado de los niños y los ancianos, el sistema se caería a pedazos porque los hombres deberían dedicar mucho más tiempo a estas actividades. No niego que aún existan mujeres aprovechadas que buscan un buen partido para no trabajar, o que algunas demoren demasiado su reingreso al mundo del trabajo tras la crianza de los hijos, ni que haya hombres que compartan la faena doméstica, pero sin una distribución equitativa del trabajo doméstico, que en los países menos desarrollados como el nuestro se paga mal y en los sectores medios y altos suele estar a cargo de los grupos más desfavorecidos económicamente y/o en manos de inmigrantes, resulta inviable el diseño de un orden social menos injusto.

No hay evidencias como para que un modelo basado en una justicia sustantiva -y no meramente formal- sea posible en el contexto del capitalismo. Aún los países cuyos sistemas políticos y económicos valoran los defensores del capitalismo (por ejemplo, los escandinavos), deben sus aciertos a una economía planificada basada en principios socialistas.

En el capitalismo la falta de trabajo suele provocar estallidos sociales que generan acciones represivas, caos y ruptura de los marcos institucionales, y que no se resuelven con salvatajes financieros. Es posible también que las sucesivas crisis del capitalismo permitan, de manera progresiva o abrupta,

refundar un orden económico y social con nuevas reglas.

A continuación mencionaré algunas medidas para salir de la crisis que de manera inmediata pueden ser implementadas en el contexto del capitalismo, pero esto a mi modo de ver no implica que, a la larga, sea posible una justicia social plena dentro de este sistema.

1) Instaurar políticas de seguridad alimentaria. Son necesarias para alimentar a millones de personas que padecen hambre. Sería de gran utilidad la creación de un organismo internacional que desarrolle planes que permitan terminar con el hambre en el mundo y que garantice que no se siga dañando al planeta con desastres ecológicos. La inflación siempre impacta más en los alimentos de primera necesidad que consumen los sectores más vulnerables. Son esos alimentos los que no deben cargar con impuestos y deben ser abaratados, y no me refiero sólo a la harina, al azúcar y al aceite, sino también a las proteínas (carnes y lácteos), que son los más caros. Cuando los objetos más caros de consumo se abaratan, no se consiguen por ningún lado. En este sentido debería existir una política que asegure que estos alimentos estén al alcance de los sectores económicamente más desfavorecidos. A quienes más han ayudado los gobiernos durante la crisis ha sido a las empresas, y con dinero de los contribuyentes. Estados Unidos inyecta dinero con el objetivo de restaurar la confianza en el sistema y evitar la retirada masiva de fondos, como en la Gran Depresión de 1930. Obama se propuso salvar así dos millones y medio de empleos, socializando las pérdidas de las grandes empresas, que jamás han socializado sus ganancias. ¿No hubiera sido necesario preguntarse si hubo responsabilidades que puedan ser identificadas en los banqueros, en los empresarios y en los funcionarios? ¿Qué puede pensar y sentir el ciudadano de los sectores medios y bajos de la población cuando ve cómo reciben ayuda oficial directivos o gerentes de diversas entidades financieras? El caso más escandaloso fue el de la llegada a Washington de los presidentes de las empresas automotrices. Venían a pedir una ayuda económica que les permitiera salvarse de la bancarrota y gastaron 40.000 dólares en cada vuelo en jet privado. El pasaje en clase ejecutiva cuesta 800 dólares.

2) Garantizar el pleno empleo con menos horas de trabajo obligatorio.

3) Promover mediante créditos públicos la formación de cooperativas.

- 4) **Nacionalizar algunas de las empresas en quiebra.** No hay evidencias de que el Estado necesariamente sea un mal administrador de las empresas. En la Europa continental se estatizaron con eficacia los transportes y el correo. Canadá estatizó Hydro Québec, que se convirtió en la mayor planta hidroeléctrica del mundo.
- 5) **Limitar el consumo desaforado y reorientar la producción a las necesidades de la sociedad,** en vez de alentar el consumo sin más, como hacen actualmente los gobiernos.
- 6) **Suspender el embargo de quienes tienen deudas hipotecarias.**
- 7) **Incrementar las medidas redistributivas.** Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía, propone bajarle los impuestos a los pobres, subírseles a los ricos, aumentar los subsidios por desempleo e incrementar los gastos en educación. Es importante que cuando termina el seguro de desempleo haya otro que permita asegurar bienes básicos tal como hacen diversos países europeos. Otra variante posible es la renta básica universal o ingreso ciudadano.¹⁰⁶
- 8) **Crear un nuevo FMI, completamente distinto al actual.** El historiador Eric Hobsbawm propone crear un FMI nuevo que no dependa sólo de los países más desarrollados y en el que no sea una minoría la que toma las decisiones.
- 9) **Mejoramiento del poder de decisión de la ONU:** Augusto Pérez Lindo propone incrementar al poder de decisión de la ONU, generando consensos y programas para acabar definitivamente con el hambre, la pobreza y los desastres ecológicos. También sugiere la creación de un Tribunal Penal Internacional para garantizar y eventualmente penar con efectividad el quebrantamiento de las medidas consensuadas.¹⁰⁷
- 10) **Diversificar las fuentes de ingresos:** Paul Kennedy, historiador de Yale, sostiene que los países deben contar con diversas fuentes de ingresos. Tal vez bajo la sombra tutelar del sabio principio de “No poner todos los huevos en una misma canasta”, afirma que si los países sostienen su desarrollo en varias actividades, pueden sufrir menos el impacto de las crisis económicas. Suiza sirve de ejemplo: recae demasiado en la activi-

dad bancaria y puede verse mucho más afectada por la crisis que otros países que desarrollan una multiplicidad de actividades.

Las crisis siempre son buenas ocasiones para pensar de qué manera queremos vivir. Si no aprovechamos esta oportunidad, si no participamos ni entendemos que la política la hacemos entre todos, padeceremos los efectos de las medidas que implementen los demás. Tal como señalaba Platón, el precio de no interesarse por la política es tener que padecer la política que deciden los demás.

6.6. ¿ES POSIBLE VIVIR SIN INSEGURIDAD EN EL CAPITALISMO?

Cuando surge la pregunta sobre si es posible vivir sin inseguridad en el capitalismo, la respuesta suele ser afirmativa, y acto seguido aparece el ejemplo de los países escandinavos y de otros países que suelen tener sistemas mixtos. En el caso de los países escandinavos, como señalé párrafos atrás, se combinan muchos principios del socialismo con otros de la libre empresa, sin que ambas tendencias encuentren un equilibrio o una estabilidad. En otros países con menor inseguridad que en América Latina, como en Holanda, Alemania o España, que tienen una alta tasa de desocupación, existen un conjunto de subsidios y seguros de desempleo -y otros que se otorgan cuando termina el seguro de desempleo- que garantizan un piso para los ciudadanos, lo que torna reducida la tasa de pobreza absoluta y bajos los índices de desigualdad. Como también señalé anteriormente, en estos países hay además una relación problemática con los inmigrantes, que a veces gozan de enormes beneficios y otras padecen significativas desventajas y realizan el “trabajo sucio” que los nacidos en ese país no quieren desarrollar.

Entiendo que el proyecto moderno de emancipación y progreso basado en la razón está inconcluso. Mientras existan seres humanos, el conflicto no desaparecerá. Pero la tarea de emancipación ha sido iniciada. Occidente ha progresado en el reconocimiento de los derechos de las mujeres, de las minorías sexuales y de otros grupos antes segregados, sin que esta tarea haya concluido. El liberalismo político aportó a Occidente la buena idea de la libertad de conciencia, el derecho a no ser perseguido por elegir formas de vida que a otros pueden parecerles extrañas, siempre y cuando no se perjudique al prójimo, y el derecho a que el Estado no “obligue a pensar” de determinada manera (todavía quedan unas cuantas conquistas por realizar en este campo, particularmente cuando los Estados sostienen la enseñanza religiosa).

Quienes cuestionan el proyecto moderno suelen aducir que el exterminio nazi, que organizó las matanzas con criterio industrial y capitalista, representa el fracaso de la racionalidad en Occidente. Sin embargo, la racionalidad instrumental, entendida como una búsqueda que sólo tiene en cuenta los medios y no los fines, es uno de los tantos conceptos posibles (y muy cuestionables) de racionalidad que han existido en Occidente, incluyendo al Occidente moderno. No hay empresa razonable si los fines no lo son y si en el camino se daña a los demás. La idea de razón que se ha sostenido en Occidente desde la antigüedad hasta nuestros días, pasando por autores modernos como Spinoza, Descartes y Kant, por citar unos pocos ejemplos, en modo alguno podría ser identificada con el concepto de “racionalidad instrumental” que dio lugar al exterminio nazi.

Al reproducir la desigualdad, el capitalismo promueve la explotación, el desempleo y la pobreza, aumenta la violencia y el aislamiento social, y genera comportamientos antisociales que socavan la solidaridad, la autogestión, la equidad y la diversidad. El capitalismo es antisocial porque disgrega a los seres humanos. La propiedad privada de los medios de producción y la plusvalía son el núcleo duro del capitalismo, y como suponen el abuso de unas personas por parte de otras, estamos ante un sistema que va en dirección contraria a las conquistas de los derechos humanos y por tanto puede ser asimilado a la explotación. Necesitamos ahora profundizar en nuestra concepción de los derechos humanos para que la equidad esté garantizada en las relaciones sociales.

Es necesario subordinar la economía a la política, crear una economía basada en los Derechos Humanos y en principios de cooperación y solidaridad, entendiendo que todos deben contribuir a la sociedad con su trabajo, y que, superado cierto límite de acumulación de riquezas económicas, no es posible instaurar una justicia social plena. Para muchos esta no es simplemente una crisis financiera, sino una crisis de civilización, y por ello una verdadera oportunidad de aplicar lo que la filosofía ha tratado de enseñarnos desde hace siglos: que debemos entender que los demás seres humanos y la naturaleza son también parte de nosotros mismos. No hay bienestar auténtico si no establecemos solidariamente las condiciones de posibilidad para el bienestar de todos.

CAPÍTULO 7

LAS TRAMPAS DE LA SOCIEDAD DE CONSUMO

Cuando te regalan para tu cumpleaños un teléfono celular, te regalan la necesidad de cargarlo todos los días, el miedo a perderlo, a que te lo roben, a que se te caiga al suelo y se rompa; te regalan su marca, la seguridad de que es una marca mejor que otras, la tendencia a comparar tu teléfono con el de los demás. No te regalan un teléfono, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del teléfono. (Adaptación del “Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj”, de Julio Cortázar. Cortázar escribió sobre el reloj al que había que darle cuerda todos los días, hoy el equivalente sería la carga de la batería del teléfono. No se trata de críticas referidas particularmente al reloj o al teléfono, sino a cualquier objeto de la sociedad de consumo que nos imponga una serie de obligaciones que pasan inadvertidas a primera vista)

Pensemos en todo el país como en un gran hogar y en toda la nación como en una gran familia (...) ¿Qué es lo que vemos? A niños malnutridos, malvestidos y alojados de manera abominable (...) mientras el dinero que debería destinarse a nutrirlos, vestirlos y alojarlos se gasta en perfumes, en collares de perlas, en perros de compañía, en carreras de coches, en comer fresas con sabor a corcho en todas las estaciones (...). Una nación que gasta su dinero en champán antes de haber dado a sus niños la leche suficiente, o que ofrece succulentas comidas a sus perros de raza terrier Sealyham y a sus pastores alemanes de caza mientras la tasa de mortalidad infantil revela que miles de sus criaturas mueren a causa de una alimentación deficiente, es una nación mal administrada, necia, vanidosa, estúpida e ignorante. (George Bernard Shaw)

Si el factor que más correlaciona con la inseguridad es la desigualdad, eso significa que no sólo se roba para comer y acceder a bienes básicos, sino para igualar a otros en sus estándares de consumo. Como señalé en el capítulo referido a la pobreza, en sociedades que se definen a sí mismas como democráticas y que postulan al menos en teoría que todos los ciudadanos

pueden lograr un buen estándar de vida basado en su esfuerzo y en su mérito individual, el concepto que habría que considerar de manera muy destacada es el de pobreza relativa, que no mide bienes mínimos para mantenerse con vida sino la relación entre los bienes de un individuo y los que posee el promedio de la sociedad en la que habita. Cuando Daniel Scioli, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, señala que ahora que se cobra la Asignación por hijo no se justifica robar¹⁰⁸, no tiene en cuenta por un lado que al no tener un sistema de ajuste en virtud de la inflación, el aumento de los precios disminuye el valor de la asignación, que el monto de la asignación se usa para comprar alimentos y bienes de primera necesidad, y que lo que se roba no necesariamente es para comprar artículos que satisfagan necesidades básicas sino también para acceder a lo que otros poseen o a una porción de prestigio social. Los objetos de la sociedad de consumo tienen un doble valor, por un lado su utilidad, y por el otro su imagen simbólica, es decir, la imagen de triunfo o pertenencia a determinado estrato social. De este modo las culturas de consumo abrazan modos jerárquicos de identificación. El capitalismo, que está basado en el fin de lucro, nos tienta a juzgar nuestro valor y el de los demás en relación a su posición económica. Como bien señaló Erich Fromm, nos centra en el *tener* y no en *ser*, nos inculca el “Tanto tienes, tanto vales”. En este contexto las apariencias adquieren mucha importancia, es necesario aparentar cierto estilo de vida, y eso a menudo supone vivir más allá de las propias posibilidades y una disminución del sentido de comunidad y de solidaridad.

Cada paso en el que una persona asciende en la carrera del consumo implica el descenso de las demás. Es un juego de suma cero, es decir, aquel en el que si uno gana, el otro pierde. Esto no es así porque todos deban necesariamente consumir cada vez más, sino porque el ascenso de unos hacia la riqueza promueve que los demás perciban que se devalúa su posición. El capitalismo promueve la adquisición competitiva de riqueza como signo de status y prestigio, e idealiza los efectos del consumo, asociándolo con la idea de felicidad personal.

El fenómeno de la pobreza no puede ser comprendido en forma aislada, sin vincularlo con el de la riqueza y sin entenderlo en el marco del conjunto del funcionamiento de una sociedad. El estudio de las personas en situación de pobreza dependerá de cómo vivan los sectores económicamente más favorecidos. Esto no sólo tiene relación con las dinámicas sociales sino también con los mecanismos cognitivos. Los seres humanos pensamos por comparación, elegimos comparando opciones, a menudo nos sentimos o actua-

mos de tal o cual manera en comparación con la manera en que nos sentíamos o actuábamos antes o comparándonos con cómo se sienten o comportan los demás. Podemos marcar un límite a la costumbre de comparar, pero es muy difícil que la abandonemos por completo.

No creo posible resolver estructuralmente el problema de la inseguridad sin objetar las bases mismas del capitalismo y sin cuestionar el consumismo, que es la acumulación, compra o consumo de bienes y servicios considerados no esenciales y la adquisición competitiva de riqueza como signo de status y prestigio dentro de un grupo. La crisis que padeció el capitalismo en el 2008 se vincula también con la obsesión por el consumo, que implica gastar el dinero que no se tiene, abusar de la tarjeta de crédito, e hipotecar la vida con el fin de pagar las deudas. Tal como señalé en un capítulo anterior, cada norteamericano adulto debe un promedio de 10.000 dólares (el promedio por hogar es de 19 mil dólares, según la Reserva Federal)¹⁰⁹ y la mayoría no puede pagarlo si no es tomando otra línea de crédito. Según el US News and World Report, en Estados Unidos hay dos veces más shoppings que escuelas secundarias.¹¹⁰ Cada mes el cuarenta por ciento de los usuarios paga el total de sus deudas. Robert Mannin, autor del libro “La nación de las tarjetas de crédito: las consecuencias de la adicción de los EEUU al crédito”, sostiene que este problema en particular proviene de los años ochenta, cuando las instituciones financieras empezaron a extender tarjetas de crédito y préstamos a personas que no habrían calificado para eso décadas atrás. Tal vez haya llegado la hora de volver a la cultura del ahorro. Por otra parte, si los que acceden a menos bienes materiales que otros desean subir un escalón en el ranking del consumo, convendría que supieran si los que han obtenido esos bienes obtienen con ellos un mayor bienestar.

La sociedad de consumo provoca nuestro deseo incesante. Ya Rousseau advertía siglos atrás que promueve tantos deseos que resulta difícil satisfacerlos a todos, y que una respuesta al consumismo es desear aquello que puede ser adquirido con facilidad. Rousseau también advertía otro problema: el del hábito. Cuando nos quitan las cosas provistas por la sociedad de consumo, la privación nos parece más cruel. Esta distorsión es conocida como el “sesgo de aversión a la pérdida”. Nos engañamos y creemos que las necesitamos, aunque traigan una satisfacción poco intensa y poco duradera, y aunque para adquirirlas se deba trabajar demasiado. Por eso señala que el espíritu de adquisición es una esclavitud que padecen las personas sin darse cuenta. Creemos que será fácil retroceder a un nivel anterior de consumo, volver a vivir en una casa más pequeña, pero como imaginarlo es experimentado con

enorme dolor, estamos dispuestos a hacer toda clase de sacrificios para no retroceder en el nivel de consumo, aunque la hipoteca mensual pueda mandarnos a pique.

Los estudios empíricos nos enseñan que la mayoría de las personas sobrestiman las reacciones emocionales que tendrán en el futuro (creen que lo negativo las afectará más de lo que las afecta, y que lo positivo les deparará más placer del que les brinda).¹¹¹ Esto implica que sobrevaloran también el impacto negativo que les producirá bajar el nivel de consumo y el beneficio que les producirá acceder a determinados bienes materiales. Los estudios científicos demuestran también que tenemos una suerte de sistema psico-inmunológico que nos protege frente a la adversidad, ayudándonos a aceptar lo que no podemos cambiar, a ser felices aún cuando no obtengamos lo que queremos (este sería el concepto de “felicidad sintética”, en contraste con el de “felicidad natural”, que implica obtener lo que se desea).¹¹² Si baja nuestro estándar de vida, durante el primer tiempo probablemente nos sintamos mal porque lo compararemos con la manera en que estábamos antes y tal vez con la bonanza económica de quienes nos rodean, pero al cabo de un tiempo nos amoldaremos a esta nueva situación y nuestros estándares pasarán a ser otros.

También señala Rousseau que la cultura altamente consumista tiñe de color comercial hasta el amor y la amistad. Empezamos a ver a las personas como cosas sobre las cuales tenemos derecho a ejercer control. Nos volvemos posesivos. Veamos algunos ejemplos tomados de las canciones de Los Beatles. John Lennon escribe en “Run for Your Life” que un hombre preferiría ver a su amada muerta antes que verla con otro hombre. En otra canción de Los Beatles, “She’s leaving home”, los padres tratan de evitar que la hija viva la propia vida, tornándola económicamente dependiente de ellos. Creen que haber trabajado duro para mantener a su hija les da derecho a retenerla. También en “A Hard Day’s Night” se cuenta la historia de un hombre que trabaja el día entero para ganar lo suficiente para sostener el suntuoso estilo de vida de su mujer. Miguelito, el personaje de la tira Mafalda, hacía referencia a esto: *“Si cuando nuestros pobres padres eran chicos no existían los televisores ni los lavarropas ni las heladeras ni las licuadoras ni todas esas cosas. Y nuestros pobres padres tuvieron luego que deslomarse para comprar todas esas cosas en cuotas, ¿te imaginás la de porquerías que estarán inventando ya para vendernos en cuotas, los organizadores de nuestro futuro deslome? Tal vez la idea que mejor expresa la crítica a la sociedad de consumo que está presente en las canciones de Los Beatles sea “El dinero no puede comprar el amor”.*

La publicidad nos acosa ofreciéndonos bienes de consumo, nos manipula pretendiendo hacernos creer que nos sentiremos mal si no accedemos a esos bienes que también están cargados de una imagen simbólica por la cual cada objeto cobra un valor doble, ya que intenta simbolizar el triunfo, la pertenencia a determinado estrato social y a un particular parámetro de belleza. De ahí aquello de “La publicidad es el arte de bloquear la inteligencia humana el tiempo necesario como para sacarle dinero a la víctima”. Con frecuencia la recompensa material es sólo un sustituto de lo que verdaderamente se desea: la estima de los demás. De otro modo no se explica cómo las personas que tienen más dinero del que podrían gastar en toda su vida quieren acumular todavía más riquezas. La sociedad de consumo nos hace desear lo que nos oprime. Esa es su paradoja esencial, el nudo más difícil de desatar. No planteo una posición extrema que supondría acabar con todo el consumo y con toda la tecnología, es evidente que el bienestar requiere de bienes externos, incluso de los que no son de primera necesidad, sino criticar al consumismo y defender el consumo razonable, y que observemos, tal como sugería Cortázar en la cita de más arriba, las desventajas que no son tan evidentes en mercancías que también ofrecen beneficios.

Para examinar el consumismo encuentro necesario:

- 1) Analizar el impacto que tiene el consumo en el bienestar (a la luz de las investigaciones científicas y no de la mera opinión).
- 2) Explorar el esfuerzo que supone la fabricación de los bienes materiales.
- 3) Considerar los efectos del consumo en el equilibrio ecológico.

7.1. EL IMPACTO DEL CONSUMO EN EL BIENESTAR

La mayor parte de las personas suponen que ganar un poco más de dinero aumentará su bienestar, pero los estudios empíricos nos dicen que, superado un nivel de subsistencia mínima, ganar un poco más de dinero no nos da más felicidad porque al poco tiempo nos acostumbramos y nuestros estándares comienzan a ser más elevados.¹¹³

A partir de cierto umbral (13.000 euros anuales en Europa, donde esta suma no es en absoluto elevada), el consumo no aumenta el bienestar. El ciudadano trabaja demasiadas horas para pagar el consumo compulsivo, y el poco tiempo de ocio que le queda lo pasa en el automóvil (el estadounidense emplea 72 minutos en promedio por día detrás del volante) o delante del televisor (más de 240 minutos diarios en las sociedades actuales). Cada vez está más atrapado en un ciclo de consumo, endeudamiento y trabajo para

pagar un endeudamiento mayor. El exceso de trabajo trae preocupación, falta de paz, estrés, enfermedades y conflictos.

En *Las trampas del deseo*, Dan Ariely (investigador del MIT, Massachusetts Institute of Technology), analiza a partir de sus propios experimentos (investigaciones científicas cuantitativas) una serie de previsible impulsos irracionales que a menudo nos llevan al error, influencias de las que no solemos ser conscientes, que constituyen trampas para nuestro deseo y que suelen perturbar las decisiones que tomamos. Muchas de ellas son señuelos propios de la sociedad de consumo, que nos promete más bienestar del que nos brinda.

Las personas serían más felices -y a largo plazo más ricas- si consumieran objetos más sencillos y no mercaderías de marca. Sin embargo, predomina la tendencia opuesta, que no consiste en comprar centrado en las características objetivas de un producto, sino en la declaración simbólica que hacen sobre su propietario.¹¹⁴ También serían en promedio más felices si redujeran el tiempo que tardan en llegar al trabajo, aunque eso implicara vivir en casas más pequeñas. Sin embargo, la mayoría prefiere comprar casas grandes y realizar viajes al trabajo más largos.¹¹⁵ Las personas serían más felices si generaran menos dinero y se tomaran más vacaciones. Sin embargo, el tiempo de vacaciones se reduce cada vez más en numerosos países. Jonathan Haidt presupone que esto es así porque no se gana prestigio ni se impresiona a los demás tomando vacaciones más largas sino ganando más dinero.

Son tantos los deseos que promueve la sociedad de consumo, incluso los que se vinculan más estrechamente a nuestros gustos, que es muy difícil satisfacer todos los que suscitan nuestro interés. Por otra parte, desear algo no garantiza la satisfacción. Por eso tanto Spinoza como Russell hicieron bien en diferenciar el apetito (la tendencia hacia algo) del deseo (que desde su perspectiva sería el conocimiento de que lo que se apetece da placer). La investigación científica corrobora hoy la intuición de estos filósofos y nos muestra las distintas trampas que nos tiende nuestro deseo en la sociedad de consumo. Tres libros ilustran profusamente este tema, *Las trampas del deseo*, de Dan Ariely, *La hipótesis de la felicidad*, de Jonathan Haidt, y *The Paradox of Choice, Why More is Less (La paradoja de la elección. Por qué más es menos*, no traducido todavía al español), de Barry Schwartz.¹¹⁶ En base a una serie de trabajos científicos, este último libro señala que aunque la sociedad de consumo nos enseña que cuantas más alternativas de elección tengamos en el mercado, mayor será nuestro bienestar, los estudios empíricos encuentran que cuando las opciones se multiplican demasiado, incluso si to-

das son atractivas, con frecuencia se genera estrés, arrepentimiento, indecisión y apatía. La elección se debilita y hasta puede tiranizar, y la insatisfacción con lo elegido aumenta. A mayor cantidad de opciones, mayor es el esfuerzo requerido para elegir, mayores son las expectativas y mayor es la información que es necesario recabar. Cuanto más esfuerzo supone elegir, más duele equivocarse, algo que es posible incluso evaluando múltiples alternativas. Los sectores económicamente favorecidos de la sociedad cada vez tienen más opciones en diversos dominios de su vida, y resulta difícil (o imposible) recorrerlas todas.

Schwartz diferencia la figura del *satisfactor*, que es el que elige algo “lo suficientemente bueno”, que se ajusta a sus estándares, sin que le importe que haya algo mejor, ni haber perdido otras opciones o que otros accedan a un bien superior, del *maximizador*, que busca siempre “lo mejor”, disposición que correlaciona con el exceso de pesimismo y la depresión. Cuantas más opciones se presentan, hay más arrepentimiento anticipado. Los nuevos estándares de lo que es una buena experiencia devalúan las experiencias anteriores. Cada persona suele ser maximizadora o satisfactora en distintos dominios. Esto significa que todos tenemos posibilidad de ser satisfactores si nos ejercitamos lo suficiente. Los buenos lazos sociales y afectivos cercanos hacen decrecer la libertad, y, sin embargo, son un eje básico del bienestar. Quizá la libertad de elección no sea todo lo que parece, señala Schwartz. Las instituciones sociales y las costumbres limitan nuestra libertad, pero a menudo nos eximen de tomar decisiones y nos permiten convivir mejor. Hacen la vida más manejable y nos permiten dedicarnos a lo realmente importante. Poner límites a veces supone cierto tipo de liberación, mientras la libertad ilimitada a veces implica esclavitud. Se trata de elegir cuándo elegir, de decidir en qué elecciones vale la pena focalizar tiempo y energía. Schwartz sugiere revisar cómo hemos decidido algunas compras, de las grandes y de las pequeñas. Describir el tiempo que demoramos en tomar la decisión y la energía que demandó. Recordar qué se sintió haciendo ese trabajo de elección. Preguntarse cuánto benefició ese trabajo a la decisión final. Esto puede llevarnos a decidir no visitar más de dos tiendas cuando se compra ropa o a evaluar no más de dos lugares para ir de vacaciones. A la hora de elegir conviene pensar cómo nos sentiremos con ese cambio meses e incluso años después, es decir, tener en cuenta que el principio de adaptación hace que las novedades con el tiempo dejen de entusiasmar tanto. Conviene también ejercitarnos en la gratitud, pensar en las ocasiones en que tenemos cosas suficientemente buenas. Una posibilidad es tener al lado de la cama un cuaderno

en el que cada noche o cada mañana describamos cinco cosas buenas que nos pasaron en el día (ej: la luz del sol entrando en el dormitorio, un artículo que leímos). Schwartz sugiere no pensar en las alternativas que hemos dejado de lado para realizar una compra, ya que ese hábito devalúa lo elegido, no preferir siempre las decisiones reversibles, ya que aumentan el arrepentimiento y la insatisfacción, y dejar de prestar mucha atención a lo que hacen los otros. A menos que estemos insatisfechos, conviene comprar siempre lo mismo y reducir el número de opciones que consideramos antes de tomar una decisión.

Otro problema evidente de la sociedad de consumo es que debemos trabajar demasiado para obtener bienes que no necesariamente nos reportan el bienestar prometido, o que lo suministran pero requieren de tal inversión de tiempo en términos de trabajo para adquirirlos, que nos obligan a sacrificar otros bienes más valiosos.

La sociedad de consumo nos tienta con facilidad y creemos que será fácil retroceder a un nivel anterior de consumo (por ejemplo, volver a vivir en una casa más chica), pero como esta posibilidad es imaginada con gran dolor, estamos dispuestos a hacer toda clase de sacrificios para evitar la pérdida, aunque la hipoteca mensual pueda mandarnos a pique. No todos tenemos la fortaleza de Sócrates, que se paseaba por el mercado exclamando “¡Cuántas cosas hay que no necesito!”, de modo que Ariely propone establecer un foco de atención más amplio para salir del círculo de la comparación (en lugar de comparar un producto con otro, comparar lo que cuesta una mercancía con nuestro presupuesto total), ser selectivos y no ver productos que estén por encima de nuestras posibilidades económicas, y controlar los círculos de personas que nos rodean, para no vivir generando las condiciones de posibilidad de la envidia.

Otra trampa que nos encierra en la lógica del consumismo es que nuestras primeras decisiones tienen eco en una larga serie de decisiones posteriores. Algo nos parece preferible (una mercancía, un rostro, un estilo de música) porque se imprimió en nuestra memoria sin que lo advirtamos, y luego esa elección se refleja en decisiones posteriores. Konrad Lorenz observó que al nacer los gansos siguen a lo primero que se les cruza por el camino. Como en un determinado momento la madre gansa no estaba presente, los pequeños gansos empezaron a seguirlo a él. Este fenómeno, denominado “imprinting” (impresión), fue corroborado por muchos estudios posteriores en los que, por ejemplo, la persona elige inadvertidamente los números que vio con anterioridad, o encuentra más atractiva una cara que, sin salirse de los parámetros

culturales de belleza, inadvertidamente ha visto antes, o prefiere un producto a otro porque en cierta circunstancia “se imprimió” en su memoria. Tenemos en común con los gansos que analizó Konrad Lorenz el hábito de tomar decisiones iniciales basándonos en lo que encontramos disponible en nuestro entorno. Para enfrentar este patrón, es posible preguntarnos cómo comenzamos a tener determinado hábito, cuestionarlo y preguntarnos cuánto placer nos procura en relación a sus costos.

Otro problema de la sociedad de consumo es que promueve tantos deseos que es muy difícil satisfacerlos a todos, o siquiera a la mayor parte. Por esto tantos filósofos (Epicuro, Rousseau y Fromm, entre otros) proponían enfrentar el consumo valorando lo que no esclaviza, es sencillo y puede ser adquirido con facilidad.

7.2. EL ESFUERZO PARA FABRICAR LOS BIENES MATERIALES.

Fabricar muchos de los bienes y servicios que ofrece la sociedad de consumo presupone un trabajo insalubre o monótono (y por lo general muy mal pago) del que la mayor parte huiría si tuviese oportunidad, y casi siempre esos productos están basados en una relación social de explotación.

Dos conceptos de Marx, el de *fetichismo de la mercancía* y el de *cosificación*, que refieren al mismo fenómeno, pueden servirnos aquí para analizar el esfuerzo que supone la fabricación de los bienes materiales. Marx sostiene que en el capitalismo la mercancía se convierte en un dios (un fetiche). Las marcas de refrescos, por ejemplo, son deidades de nuestra cultura, y ocultan que gran cantidad de esos productos tienen por detrás una relación social. Muchos trabajos son insalubres (por ejemplo, la minería, o el trabajo en los metros o subtes), y muchos ocultan una relación social de explotación. En el momento de comprar un par de zapatillas caras no tenemos presente que para fabricarlas se paga mal a los trabajadores ni sabemos cuántos sindicalistas tuvieron que ser despedidos para mantener los precios bajos, ni qué grupos de presión dictaron las reglas del juego ni qué políticos fueron comprados por el camino. En la misma línea de Rousseau, Marx considera que en la sociedad de consumo cosificamos a las personas, es decir, las tratamos como cosas, como objetos, y -agrego- esto permite concebir conceptos como el de “recursos humanos”, en el que se análoga el trabajo humano al de un recurso material.

Otro problema de la sociedad de consumo es que a menudo nos vuelve posesivos al punto en que terminamos tratando a las personas como objetos

sobre los cuales es posible o necesario establecer un control. Las filosofías de Oriente desde muy antiguo entienden que los objetos materiales no son enteramente reales sino ilusiones que refuerzan el ego (otra ilusión, por cuanto formamos parte de un mismo colectivo), y juzgan como un sinsentido desperdiciar la vida consagrándola a acumular bienes materiales. Es el apego a estos bienes y no su mera adquisición, es decir, el sentir que no se podrá vivir sin ellos lo que aparece en el foco de la crítica. La humanidad en general y la filosofía en particular deben desarrollar un conocimiento de la verdad por detrás de las apariencias.

7.3. LOS EFECTOS DEL CONSUMO EN EL EQUILIBRIO ECOLÓGICO.

Una de las razones que tornan necesario marcar un límite al consumo está relacionada con la degradación ambiental y con el modo en que el consumo compulsivo se ha convertido en la causa principal del desequilibrio ecológico. Los responsables de ese consumo representan un 28 por ciento de la población mundial. Son 1728 millones de personas: 242 millones viven en Estados Unidos (el 84 por ciento de su población), 249 millones en Europa Occidental (el 89% de la población), 120 millones en Japon (95%), 240 millones en China (sólo el 19% de la población), 122 millones en India (12%), 61 millones en Rusia (43%), 58 millones en Brasil (33%) y sólo 34 millones en el Africa subsahariana (el 5% de la población).¹¹⁷

El 80 por ciento del total de los habitantes de los países industrializados son consumidores mientras sólo el 17 por ciento de la población del tercer mundo es compradora habitual. Si los hábitos de consumo se extendiesen a toda la población mundial, la situación sería insostenible por el consumo de agua, energía, madera, minerales y por la contaminación, la deforestación y la pérdida de la biodiversidad. No es posible proteger el medio ambiente si no se implementan medidas que limiten la propiedad privada. En lugar de proponer el aumento del consumo sin más, como hacen los gobiernos en la actualidad, es necesario eliminar las subvenciones que perjudican al medio ambiente, que las compras de bienes y servicios de las administraciones públicas estén basadas en criterios ecológicos y sociales y en un nuevo paradigma basado en la sustentabilidad.

La protección del medio ambiente requiere medidas que limiten la propiedad privada de los medios de producción y es lógico que esto genere resistencia entre quienes se benefician individualmente a expensas de la mayoría. Es necesario estudiar no sólo a las innovaciones tecnológicas en sí mismas

sino también el efecto que generan. Por ejemplo, el uso de organismos modificados genéticamente aumenta el rendimiento de las cosechas pero también incrementa las diferencias entre los campesinos pobres y las empresas agrícolas.

7.4. CONCLUSIONES

Cambiar nuestros hábitos de consumo puede ser arduo pero no imposible. Si las empresas siguen la lógica del marketing, nosotros podemos aspirar a la lógica de la sabiduría, que sugiere trabajar para vivir y no vivir para trabajar, focalizarnos en el ser y no en el tener, desarrollar otros valores alternativos al consumo como la amistad, la creatividad, la solidaridad, favorecer experiencias no mercantilizadas como reunirse con los amigos, leer por el puro placer de hacerlo, conversar con los vecinos, divertirse, conocerse a uno mismo, estar en contacto con la naturaleza y promover los espacios públicos recordando que las calles son ámbitos cívicos y no sólo pasajes comerciales. El filósofo Aristipo se maravillaba de que las personas miren tanto sus alhajas mientras examinan tan poco sus vidas. La filosofía nos enseña a no forjar nuestro bienestar en base a cosas externas tales como las que provee la sociedad de consumo, sino en relación a las que están bajo nuestro control, por ejemplo, el tipo de persona que llegamos a ser con el paso de los años, las virtudes y el carácter que supimos cultivar. Eso es algo que nadie puede quitarnos. El bienestar no reside en obtener todo lo que uno desea, sino en desear lo que uno obtiene. Es necesario trabajar para que todos accedan a formas convivenciales de consumo, limitar el consumo superfluo y promover una cultura en la que disfrutemos de los bienes que no sacrifiquen los fundamentos de nuestras vidas.

CAPÍTULO 8

LAS ALTERNATIVAS TRADICIONALES QUE SE Oponen AL CAPITALISMO

8.1. EL COMUNISMO

En el Occidente moderno el comunismo surge en la Francia revolucionaria del siglo XVIII, cuando François-Noël Babeuf lleva a cabo la *Conspiración de los iguales*, que proponía la abolición de la propiedad privada y la instauración de la propiedad comunitaria para asegurar que la igualdad no fuera sólo política sino también económica. El movimiento fue salvajemente reprimido, pero las consignas sobrevivieron.

El comunismo propone la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y en este sentido y en muchos otros representa un avance en relación al capitalismo. Los bienes, que son fruto de la producción colectiva, deben ser distribuidos en una primera etapa según el esfuerzo de cada uno, y en una segunda, según sus necesidades. El segundo principio de justicia, que perduraría, sería “De cada cual según su capacidad y a cada cual según su necesidad”.

Se busca así llevar a la clase trabajadora al poder y establecer un modo de vida que beneficie a la mayoría, pero al ser un sistema escaso o nulamente participativo, quienes ejercen el poder (la “clase coordinadora”) suelen tener privilegios de los que el resto de los trabajadores no gozan. Marx era consciente del efecto que suele ejercer el Estado y escribió que tras un período de transición en el que se establecería la dictadura del proletariado, el Estado se disolvería por sí solo. Entendió que la dictadura del proletariado, a la que se accedería por un proceso revolucionario, sería una fase transitoria pero necesaria frente a la violencia que ejercerían los capitalistas para mantener sus privilegios e impedir la llegada y la continuidad del comunismo.

Un error de Marx fue creer que los funcionarios en ejercicio en algún momento abandonarían el poder para disolver el Estado. En la práctica, la gradual y progresiva concentración de poder político en pocas manos implicó en la mayoría de los casos privilegios, falta de participación en las decisiones colectivas y persecuciones políticas a los disidentes. Al proponer una

dictadura del proletariado, Marx cometió el error de suponer que la igualdad social podría conseguirse sin la igualdad política. Pero si hay un grupo coordinador y el poder se concentra en pocas manos, el poder económico también queda en esas pocas manos.

Otro problema es que Marx no estaba interesado en hacer muchas propuestas concretas para la sociedad futura, porque pensaba que dados ciertos principios básicos, cada sociedad se organizaría a su manera. Si bien es cierto que cada cultura puede aplicar a su modo los principios de justicia, esto dejó afuera de su teoría cuestiones fundamentales como la dinámica misma del poder, o cómo se distribuirán los trabajos desagradables, que aún con la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no dejarán de pesar como una esclavitud. Marx fue brillante en sus críticas al capitalismo, pero bastante vago en algo que hoy resulta de vital importancia: el delineamiento de formas de organización más justas para el desarrollo del trabajo y de la vida social.

Un problema de “los regímenes comunistas” es que existe una clase coordinadora que monopoliza buena parte de las decisiones y de la información, posee privilegios económicos y sociales, tiende a ser sumamente autoritaria y mantiene una división del trabajo que relega a la mayoría a desarrollar tareas tediosas, mientras una minoría sigue monopolizando los trabajos más enriquecedores.

Tras la caída del muro de Berlín y de los regímenes comunistas de Europa Oriental, se acentuó el proceso de globalización en el contexto del auge de la geopolítica neoliberal, y el comunismo se mantiene en países como China, Cuba, Corea del Norte, Libia y Vietnam, en algunos casos en combinación con numerosos procedimientos propios del capitalismo.

No me interesa entrar en la discusión de si los llamados “socialismos realmente existentes” llevaron a la práctica las ideas de Marx. No es el propósito de este libro analizar textos ni correlacionarlos con prácticas reales. En cambio me parece relevante cuestionar la necesidad de una élite intelectual o de un partido centralizado para la gestión de la vida social. En los socialismos realmente existentes la posibilidad de una sociedad emancipada fue ahogada por un despotismo burocrático. Si bien se disminuyó la desigualdad económica y se produjeron notables conquistas sociales (el fin de la indigencia, el acceso universal a bienes sanitarios y culturales, por ejemplo), rigió una modalidad totalitaria de partido único que favoreció a los sectores más privilegiados, persiguió a los que pensaban distinto y excluyó a la participación popular.

Repetir las ideas de los teóricos de la emancipación, sin criticar sus pro-

puestas cuestionables ni la manera en que estas ideas fueron llevadas a la práctica, implica adoptar una postura dogmática. Es el caso de muchos teóricos de las ciencias sociales que, en lugar de analizar cómo podríamos vivir en una sociedad más justa, consagran su vida a realizar exégesis de Marx o de sus escritores marxistas favoritos.

8.2. EL SOCIALISMO

El significado del término socialismo ha ido cambiando a lo largo del tiempo. El concepto es utilizado por un amplio espectro político que puede incluir a los marxistas, a los anarquistas y a los socialdemócratas, entre otros. Existen diferencias entre los grupos socialistas, si bien casi todos están de acuerdo en proponer una sociedad igualitaria basada en la solidaridad y no en la competencia, y en la instauración de una economía al servicio de la mayoría de la población y no de unos pocos.

Las utopías son modelos posibles de sociedad, y no ideas irrealizables (tal como propone el uso cotidiano de esta palabra). Desde antiguo en la historia de la cultura se han tratado de diseñar sociedades más justas. La “República” de Platón y la “Utopía” de Tomas Moro articularon algunos de los mecanismos que estarían presentes en las prácticas comunistas del siglo XX. Es interesante observar en qué momentos suelen aparecer más utopías, es decir, diseños ideales de sociedades con mayor justicia. El descubrimiento europeo de América fue uno de esos momentos, ya que a través de los relatos que traían los viajeros sobre otras formas de vida, se avivó la imaginación sobre la posibilidad de instituir modelos diversos de gestión social. Las situaciones de crisis también son propicias para pensar en otras formas de organización. La Revolución Francesa fue uno de estos contextos, desde el levantamiento que la desencadenó hasta sus efectos posteriores, en cuyo marco surgieron los llamados socialistas utópicos. Tras la caída del muro de Berlín, en 1989, Michel Albert publica “*Parecon: vida después del capitalismo*”, un modelo de autogestión que se aleja tanto del capitalismo como de los llamados “socialismos realmente existentes”. La mayoría de las utopías se tradujeron en prácticas políticas concretas, con los aciertos y los errores que plantean estos modelos.

Aunque los orígenes del socialismo se remontan a los principios de la historia social, y aunque en el presente hay muchas comunidades pequeñas que también están basadas en principios igualitarios, los llamados “socialistas utópicos” fueron algunos de los primeros teóricos socialistas del mundo mo-

dermo. Robert Owen (1771-1858) nació en Gales y fue uno de los fundadores del cooperativismo. Su propuesta era utópica pero no irreal. Consideró que el valor de los productos debía medirse en función del trabajo incorporado a ellos, y no del valor en dinero que se les atribuye. Para la época, esto era una novedad. Trabajó tanto en la teoría como en la práctica para que los obreros se protegieran de las inequidades del capitalismo. Creó varias fábricas en las que llevó sus ideas a la práctica y entendió que los obreros debían unirse para crear cooperativas de producción y distribución. En 1832 ya existían unas 500 cooperativas en las que se desenvolvían unos 20.000 trabajadores. Owen también propuso, al igual que Kant, un antecedente de la Organización de las Naciones Unidas, una Federación de Estados que serviría como herramienta política para evitar las guerras y asegurar la paz mundial.

El francés Charles Fourier por la misma época ideó unas comunidades a las que llamó falansterios, para las que proponía el trabajo rotativo, de modo que nadie tuviera que realizar todo el tiempo una tarea desagradable. Varias comunidades fueron creadas en Estados Unidos y en Francia bajo la inspiración de Fourier. Con algunas variantes, los socialistas utópicos propusieron la creación de comunidades rurales autosuficientes con muchos puntos en común con los kibutzim, las comunidades agrícolas que se desarrollaron en Israel y en otros lugares del planeta.

En un sentido más restringido, el socialismo tiene en común con el comunismo el hecho de que busca evitar que una minoría de ciudadanos poseedores de los medios de producción pueda explotar a la mayoría de los trabajadores. Para este fin propone la socialización de los medios de producción y, en alguna de sus vertientes, la propiedad estatal bajo la forma de la nacionalización pero, a diferencia del comunismo, admite en algunas de sus vertientes no-estatales la propiedad comunitaria. En su versión más usual, el socialismo apoya la idea de un control estatal extensivo de la economía, que puede o no estar asociado al control democrático de las personas sobre el Estado.

No me propongo realizar aquí un análisis exhaustivo del término socialismo. Las definiciones pueden variar según el interlocutor. Lo central es que se trata de una ideología política que se opuso al capitalismo al no otorgar el poder a quienes tienen poder adquisitivo ni a quienes pueden ejercer el control sobre otros.

El socialismo presupone la existencia de una economía planificada (no basada en la competencia del libre mercado) y de una clase trabajadora organizada. Se llega al socialismo mediante una revolución o mediante refor-

mas del Estado destinadas a que unas clases sociales no sean subordinadas por otras. En este último sentido el término socialismo engloba a distintos partidos y organizaciones de tradiciones diferentes que en general comparten el objetivo común del socialismo democrático.

Algunos movimientos socialistas procuraron instaurar un Estado obrero organizado de abajo hacia arriba, en contraste con modelos como el estalinista, organizado de arriba hacia abajo. Otros se integraron al capitalismo a través de las llamadas socialdemocracias (hoy el término socialismo es identificado mayormente con las socialdemocracias), tratando de reducir las desigualdades con mayor o menor fortuna según el país y según la época. En las socialdemocracias o socialismos de mercado las personas más favorecidas en lo económico deben pagar impuestos más altos para que la riqueza pueda ser redistribuida en la sociedad, permitiendo que los más desfavorecidos accedan a medios y oportunidades que de otra manera les estarían vedados. Aunque en estos países hay menores índices de desigualdad que en otros países capitalistas, y menor violencia social, todavía persisten problemas severos como la dificultad de acceso a la vivienda, entre otros conflictos vinculados con la desigualdad, sin que se haya logrado una justicia social plena. Los vaivenes y las crisis que padecen los Estados de Bienestar europeos son los propios del capitalismo, el sistema que está en la base de la estructura de las socialdemocracias. Aunque, como decíamos, en este tipo de administración hay menos inseguridad que en los países regidos por un sistema capitalista más tradicional, la violencia originada en problemas sociales no ha desaparecido del todo.

Otros grupos socialistas sostienen que la socialdemocracia ya no pretende pasar gradualmente de una sociedad capitalista a una igualitaria, ya que si bien en la mayoría de los países donde los socialdemócratas gobernaron se aplican planes de bienestar social (que tienden a reducirse con las últimas crisis), el capitalismo en estos contextos sigue generando monopolios, concentración de la riqueza y desigualdad.

8.3. EL ANARQUISMO

La palabra ‘anarquía’ deriva del griego *anarchia* (de *anarchos*, ‘sin amo’). Los taoístas en la antigua China ya proponían formas muy parecidas a las del anarquismo moderno, que busca maximizar los contratos libres o pactos voluntarios entre individuos soberanos y rechaza la existencia de una élite o “clase coordinadora” que dirige a la mayoría. No propone el caos, como

muchos suponen, sino eliminar las jerarquías autoritarias e injustas y la coacción, y promover el autogobierno de personas y asociaciones. La idea de autogestión es hoy propuesta desde ámbitos no anarquistas y aparece englobada en el término “empoderamiento”.

En el contexto de los primeros debates del socialismo, el anarquismo, a partir de Mijaíl Bakunin, Joseph Proudhon y otros teóricos, propone que las personas puedan decidir de la manera más directa que sea posible sobre las cuestiones sociales que afectan su vida. Esto implica estar en contra de la existencia de un grupo coordinador, es decir, de políticos profesionales y, por tanto, del Estado-Nación, por entender que priva a las personas de una participación más directa en sus asuntos, al mismo tiempo que tiende a generar privilegios, actos de corrupción y defensa sesgada de los derechos de unos pocos en desmedro de la mayoría.

Una diferencia importante entre los marxistas y los anarquistas fue que los marxistas proponían un período de transición después de la revolución social, una dictadura del proletariado que precedería a la disolución final del Estado. Esto no fue aceptado por los partidarios de Bakunin, que entendían que lo mejor era promover rápidamente las formas autogestionarias. El resultado de este debate fue la expulsión de los anarquistas y del anarcosindicalismo de la Internacional, que fue disuelta en 1876.

En su libro *¿Qué es la propiedad?*, Pierre-Joseph Proudhon considera que la propiedad es un derecho inalienable de todo individuo, derecho que no es respetado por un orden económico que sólo beneficia a unos pocos. Identifica a los trabajadores (y no a la tierra o a la propiedad) como productores de riqueza, y entiende que la legitimación del sistema de propiedad sólo es posible a través de una imposición jurídica por parte del Estado.

La vertiente anarquista explícitamente comunista está representada, entre otros, por Piotr Kropotkin y por Errico Malatesta y por acontecimientos históricos como la revolución española de 1936. Durante el siglo XX hubo varias rebeliones y acontecimientos históricos con un fuerte componente anarquista: el mayo francés, la revolución zapatista, la majnovista y la catalana.

Escribe Manuel Castells en relación al anarquismo:

La gran dificultad para el anarquismo siempre fue cómo conciliar la autonomía personal y local con la complejidad de una organización productiva y de la vida cotidiana en un mundo industrializado y en un planeta interdependiente. Y es aquí donde la tecnología resultó ser una aliada del anar-

*quismo más que del marxismo. En lugar de grandes fábricas y gigantescas burocracias (base material del socialismo), la economía funciona cada vez más a partir de redes (base material de la autonomía organizativa). (...) Todo ello a partir de internet, móviles, satélites y redes informáticas que permiten la comunicación y el transporte local-global a escala planetaria. Esto no es mi interpretación de los hechos, sino el discurso explícito que se da en los debates de los movimientos sociales, tal como ha sido documentado en el espléndido libro reciente de Jeffrey Juris sobre el tema. O sea, la disolución del Estado y la construcción de una organización social autónoma a partir de personas y grupos afines, debatiendo, votando y gestionando mediante la red interactiva de comunicación.*¹¹⁸

Algunas ideas poco defendibles de ciertas corrientes del anarquismo (no de todas): que la tecnología es necesariamente enemiga de la justicia y de la libertad, o que todas las instituciones violan la libertad humana, que cualquier reforma dentro del sistema es criticable, o que tener alguna relación con las estructuras políticas y sociales actuales es cuestionable o un signo de hipocresía. Hay anarquismos de derecha que propugnan un individualismo todavía más exacerbado que el del liberalismo. Y hay anarquismos de izquierda que se acercan al modelo de democracia directa mediante la propuesta de un sistema de comunas confederadas.

El anarquismo plantea que la máxima cantidad de decisiones posibles en torno a lo social deben ser tomadas de manera horizontal, es decir, por las propias personas afectadas por esas decisiones. A veces denominado “socialismo libertario”, propone un tipo de sociedad basada en libertades civiles, equidad social, iniciativa individual y cooperación. Todo mediante un sistema de comunas confederadas, cuyo eslabón básico son los lugares de trabajo (que adoptan la forma de cooperativas), los barrios, las provincias, el país y, finalmente, las organizaciones internacionales de apoyo mutuo.

8.4. TOMAR LO BUENO DE CADA SISTEMA

Deberíamos ser capaces de tomar lo bueno de cada sistema: del liberalismo político, la posibilidad de pensar y vivir distinto a como lo hacen los demás sin ser perseguido por eso; del socialismo y el comunismo, sus inicia-

tivas destinadas a que nadie pase hambre y a combatir la desigualdad en la distribución de la riqueza; del anarquismo, su defensa de la modalidad autogestionaria y participativa.

En los llamados “socialismos realmente existentes” se realizaron grandes avances en torno a cuestiones como el salario, la vivienda, la equidad, la educación, la salud y la cultura. En muchos de estos países había guarderías en todas las fábricas, las madres separadas con hijos recibían sostén por parte del Estado, se puso un límite significativo al derecho a heredar. Lamentablemente en algunos lugares una porción considerable de estas conquistas se degradaron a medida que aumentaban los privilegios de los burócratas. Hubo rebeliones antiburocráticas dentro del mismo sistema, pero fueron sofocadas tanto en Alemania del Este, en 1953, como en Hungría, en 1956, y en Checoslovaquia, en 1968. Los ciudadanos no defendieron al régimen cuando cayó en buena medida porque lo identificaban con una burocracia que gozó de estos privilegios.

Ambos sistemas, el capitalismo y el comunismo tal como se lo aplicó en los países del este, tienen una cosa en común: concentran el poder en manos de unos pocos. Esto debería enseñarnos algo más que la existencia de corrupción por parte de unos cuantos individuos y movernos a reflexionar si no será que las circunstancias en las que se ejerce el poder resultan tentadoras a la hora de adquirir privilegios, y que por consiguiente convendría establecer formas en las que la democracia se articule de la manera más directa que sea posible, y si fuera necesario delegar algunas funciones, que haya votaciones frecuentes y un poder altamente revocable.

La toma de decisiones es siempre más responsable cuanto más cerca se esté de las personas a quienes afectan esas decisiones. Esto suele ser así en todos los niveles de la vida social, desde la compra telefónica que se realiza a un supermercado, hasta la administración de un país. Hacemos un pedido a domicilio al supermercado y la comida no llega. Llamamos por teléfono a la central de una red de supermercados para efectuar el reclamo, ya que no está previsto que sea posible conectarse directamente con la sucursal desde la cual efectúan el envío, y nos responden que se comunicarán con la sucursal del barrio para averiguar qué pasó y luego nos devolverán el llamado. Este procedimiento burocrático puede prolongarse durante varios días, sin que la comida llegue a destino. Lo mismo suele ocurrir en el marco del conjunto de la estructura de un país: cuanto mayor sea la distancia entre los que deciden y los que son afectados por esas decisiones, menos posibilidades existen de que alguien se responsabilice por los incumplimientos y las ineficiencias. Pen-

sar en formas directas o menos indirectas de participación es un rechazo a la modalidad paternalista del “Sígueme, no los voy a defraudar”.

Así como los empresarios obran en favor de su propio beneficio económico en el contexto del capitalismo, en los llamados “socialismos realmente existentes” los burócratas con frecuencia adquieren privilegios en virtud del cargo que desempeñan. A lo largo del siglo XX a menudo fueron ajenos a las demandas populares, e incluso en la última etapa de la URSS muchos aspiraron a convertirse ellos mismos en capitalistas. No pocos lo lograron, y hoy en día son multimillonarios.

En los modelos de Estado de Bienestar también se han realizado conquistas importantes. Por ejemplo, en Alemania los padres están obligados a mantener a sus hijos mientras estudian (la educación es gratuita) y, si no están en condiciones de hacerlo, el Estado solventa toda su manutención hasta que terminan la universidad; cada barrio tiene piletas municipales a las que es posible acceder incluso en invierno, etc.

Es necesario crear formas cooperativas y autogestionarias (o lo más autogestionarias que sea posible) de administración. Desarrollar una democracia real y no meramente nominal, en la que la participación se reduce a depositar un voto cada cuatro años.

La justicia social no es el resultado inexorable de la evolución humana. Si no conquistamos nuestros derechos, los cambios no surgirán por generación espontánea.

CAPÍTULO 9

EL COOPERATIVISMO:

UNA FORMA MENOS INICUA DE ORGANIZACIÓN SOCIAL

9.1. TRABAJAR SIN PATRÓN: EXPERIENCIAS AUTOGESTIONARIAS EXITOSAS

Si tal como señalan más de 50 trabajos científicos, según hemos consignado en este libro, la desigualdad sin límite es lo que más correlaciona con la violencia social, ¿cómo sería posible organizar la sociedad de manera más justa, para evitar la desigualdad ilimitada y la concentración de la riqueza en pocas manos? Una respuesta posible a esta pregunta es: favoreciendo los mecanismos de autogestión. El concepto de autogestión (*self government* en inglés) expresa la voluntad del ciudadano de participar activamente en el funcionamiento de la democracia, suprimiendo lo máximo que se pueda la distancia que lo separa del poder. Este esquema puede ser aplicado en ámbitos muy distintos. En el de la política la autogestión puede ser definida como una transformación radical en la que la política ya no es una gestión reservada a una casta de políticos sino al conjunto de la ciudadanía que, sin intermediarios, gestiona sus propios asuntos.

La autogestión es un principio de gestión aplicado por comunidades de base como las municipalidades, las empresas, las regiones, y consiste en el ejercicio permanente de los poderes de decisión política y, cuando hay otras personas que los ejecutan, un control permanente de estas decisiones. Se trata de un traslado de la noción de autonomía personal al contexto social. Lo contrario de la autogestión es la heterogestión, que en el ámbito del trabajo, por ejemplo, implicó la desposesión total que afectó a los trabajadores a medida que la fábrica reemplazaba al taller.

Bajo la modalidad de la autogestión, la organización del trabajo se articula en base a idea de cooperación y no de la posibilidad de que unos seres humanos, asimilados a una mercancía, se pongan a trabajar al servicio de otros. La autogestión también se aplica en el ámbito educativo, donde la

relación entre alumnos y educandos no deja de estar basada en la autoridad pero pierde el carácter autoritario que tuvo durante siglos.

El movimiento de autogestión se aleja tanto del modo capitalista de producción como de los modelos autoritarios estatistas de los llamados “socialismos realmente existentes”. Una vez logrados muchos de los objetivos de la democracia política, se trata de extender los derechos de la ciudadanía a todos los ámbitos de la vida pública, en lugar de abandonar lo económico a su propia suerte, como hace el liberalismo en contradicción con los derechos humanos que proclama.

9.2. QUÉ ES UNA COOPERATIVA

Una cooperativa es una asociación autónoma de personas que se han unido voluntariamente para formar una organización democrática cuya administración y gestión debe llevarse a cabo de la forma que acuerden los socios. El modelo de la cooperativa está basado en la ayuda mutua, en el accionar de un grupo para la solución de problemas comunes y en la equidad, es decir, en la justa distribución de los excedentes entre sus miembros. Es una alternativa al modelo convencional de la empresa capitalista, en la que es posible que una persona gane dinero exclusivamente aportando capital y no su esfuerzo, y en la que mediante la plusvalía no todo el tiempo de trabajo es remunerado. Hay muchas cooperativas que funcionan dentro del capitalismo, pero la aspiración del movimiento cooperativista suele ser la de trasladar al conjunto de las organizaciones sociales este esquema, de modo que el capitalismo sea reemplazado por otro modo de producción, el cooperativista.

En la Argentina actualmente hay más de 20.000 cooperativas de todo tipo: agropecuarias, de vivienda, de consumo, de crédito, de provisión, de servicios públicos, de trabajo, etc. Hay una ley que rige a las cooperativas, la 20.337, y un organismo, el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES), que regula su funcionamiento. Fue especialmente a partir de la crisis del 2001 que se produjo un gran movimiento de empresas recuperadas por los trabajadores, que ocuparon y pusieron a funcionar sus empresas luego de su abandono por parte de los accionistas. Fundamentalmente se trató de fábricas que se convirtieron en cooperativas autogestionadas.

Existen movimientos cooperativistas en muchos países. Entre otros, en España, Costa Rica, México, Noruega, Suecia, Dinamarca. En el nivel de la

Unión Europea el cooperativismo está vertebrado en una confederación denominada Cooperatives Europe. En el Reino Unido está el Co-op Group, una cadena de supermercados que vende al público al por mayor. En el suroeste del país, y particularmente en Plymouth, la mayoría de los supermercados pertenecen a esta cadena. En Chile hay gran cantidad de pequeñas y medianas empresas cooperativas en el ámbito agrícola y ganadero. Suelen recibir apoyo estatal mediante el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario, una institución creada en los años sesenta para fomentar la agricultura. Pero hay incluso una cooperativa agrícola anterior a ese proceso (Colún). Otra cooperativa muy conocida en Chile es Coopeuch, una empresa de ahorro y crédito creada en 1967 por funcionarios de la Universidad de Chile y que hoy está presente en todo el país. El Ministerio de Economía chileno tiene un Departamento de Cooperativas destinado a fomentar su crecimiento.

La modalidad de la autogestión en el ámbito del trabajo podría socavar la dinámica del edificio capitalista, básicamente porque se pasaría de un sistema basado en la dirección de las personas a uno basado en la administración de las cosas, donde sea posible resolver los problemas en forma cooperativa y responsable.

¿A qué se opone la forma cooperativa de organizar el trabajo? En principio al modelo de la empresa capitalista, que hemos analizado en detalle en un capítulo anterior y que, como hemos señalado, reposa sobre los siguientes presupuestos:

- **PRESUPUESTO 1:** *Es legítimo que aportando sólo capital resulte posible ser dueño total o parcialmente de una empresa, poniendo a trabajar a otras personas a cambio de un sueldo.*

Este presupuesto se refuta entendiendo que un ser humano no es una cosa ni puede ser asimilado a una mercancía, tal como presupone el muy cuestionable concepto de “recursos humanos”. Que hayamos naturalizado este término evidencia que también hemos naturalizado la cosificación de un ser humano, asimilable a cualquier otro recurso -o cosa- de la empresa: maquinarias, materia prima, etc. Contratar a una persona para que trabaje y no darle la parte proporcional de la ganancia que genera, es decir, extraerle plusvalía, constituye un abuso. En la empresa capitalista para ser dueño en forma total o parcial es suficiente con aportar capital (es la figura del “inversionista”). En la empresa cooperativa no es posible ser dueño total o parcialmente si uno no aporta trabajo.

- **PRESUPUESTO 2:** *Al dar trabajo y pagar un sueldo, el capitalista ayuda al trabajador.*

Decíamos que es cierto que el capitalista ayuda al trabajador al darle un empleo, pero lo perjudica al apropiarse de la ganancia que genera el producto creado con su trabajo. ¿Significa entonces que todos deben ganar igual? ¿Y si uno invirtió más tiempo que otro? En una cooperativa se gana más o menos en función del tiempo trabajado y el excedente se devuelve a los socios en proporción a sus actividades o servicios. En la empresa capitalista unas personas buscan obtener ganancias y beneficios sobre otras. En la empresa cooperativa las personas buscan un beneficio común.

La empresa capitalista puede no estar dirigida por quienes trabajan. Eso es imposible en la empresa cooperativa, en la que quienes dirigen son quienes están directamente vinculados a la producción y distribución de bienes y servicios.

De modo que la autogestión es un proyecto o movimiento social que tiene como método y objetivo que la empresa, la economía y la sociedad entera estén dirigidas por los trabajadores de todos los sectores vinculados a la producción y distribución de bienes y servicios, propugnando la gestión y la democracia directa. Este esquema puede ser extendido prácticamente a cualquier asociación humana.

La estructura de las cooperativas hoy es útil para transformar a los trabajadores en ciudadanos aptos para el desarrollo de la solidaridad. Se trata de reemplazar una estructura jerárquica en la organización del trabajo y de la sociedad toda, por una estructura autónoma y democrática en la que los ciudadanos aborden sus propios asuntos a partir de una gestión y un control que deben desarrollarse de la manera más directa que sea posible. La idea es que el cimiento de la vida social sea la cooperación y no la competencia, como propone el capitalismo, ni la burocracia de Estado, como ha ocurrido en los llamados “socialismos realmente existentes”. Un modelo de gestión descentralizado y no jerárquico, una democratización de la gestión, es decir, un modelo de autogestión contrario a la heterogestión, donde la forma de conducir las empresas, la economía, la política y la sociedad es desde afuera del conjunto de los directamente afectados (mediante aparatos burocráticos de todo tipo).

No hay un método acabado de autogestión. Es la práctica la que lo establece. Lo central es que la dirección esté en manos de los trabajadores y no

de personas que aportan dinero o de intermediarios de todo tipo.

Las cooperativas que funcionan en el contexto del capitalismo son criticadas porque en ocasiones hay poco control de los socios en los procesos de gerenciamiento, que suelen estar en manos de una o de pocas personas. Otras cooperativas evitan cometer esos errores y buscan un verdadero ejercicio de la democracia directa por parte de sus integrantes, subordinando todas las decisiones a una asamblea de trabajadores en un modelo no personalista. Otra diferencia entre este modelo y el anterior es el mayor énfasis dado a la creación de un nuevo orden socio-económico por parte del cooperativismo autogestionario.

En el modelo de participación de la cogestión, que es distinto al de la autogestión, patrones y trabajadores participan en igual número en la dirección de la empresa, a menudo con la presencia de una persona neutral que resuelva los empates. Esta modalidad opera en Alemania desde 1976 y en otros países. La cogestión admite una estructura preexistente, que puede ser una fábrica o una empresa. En este caso la última palabra la tienen el capitalista o el Estado y no los trabajadores.

En la autogestión no hay dueño del capital, privado o estatal, que participe o coparticipe. Son los trabajadores los que asumen la dirección y administración de la empresa. De esta manera no se “limita” sino que se elimina el papel de quien, aunque llegara a trabajar, adquiere privilegios en función del dinero y no derechos en base al trabajo que aporta. A diferencia de lo que algunos creen, en la autogestión la empresa no pierde eficiencia ni deja de satisfacer necesidades sociales.

La autogestión pretende modificar la organización social y la noción misma de política, poniendo en manos de los ciudadanos sus propios asuntos. En su libro “La sociedad del espectáculo” Guy Debord describe cómo en distintos ámbitos el individuo moderno se ha convertido en mero espectador. En la política su participación como ciudadano se limita a depositar un voto cada cuatro o seis años, en el arte se sienta a ver cómo otros lo desarrollan con menor frecuencia que la que él mismo participa en actividades artísticas, otro tanto ocurre en el deporte y en las demás esferas de la vida social. Cada vez seríamos menos protagonistas y más espectadores de lo que hacen los demás. El movimiento que apoya a la autogestión como modelo para la vida social se propone lo contrario: la participación plena del ciudadano en todos los menesteres que le competen, no una participación subsidiaria, subordinada o jerárquica sino una participación igualitaria, justa y plenamente autónoma. En un cuadrado de la tira de Quino, Mafalda lee la definición de democra-

cia: “Gobierno del pueblo que ejerce la soberanía” y empieza a reírse a carcajadas. ¿Qué soberanía puede limitarse a un voto emitido cada cuatro años?

Un viejo refrán decía *“Mientras mi jefe actúe como si me estuviera pagando un buen sueldo, yo actuaré como si estuviera haciendo un buen trabajo”*. Para evitar este problema y en la consideración de que a las personas les gusta trabajar en su propia empresa, en el modelo de las cooperativas hay un compromiso mayor con la eficacia y con el producto generado.

9.3. BREVE HISTORIA DEL MOVIMIENTO DE AUTOGESTIÓN

El término autogestión surgió en Francia hacia fines de la década del sesenta del siglo XX para designar a la experiencia yugoslava que a partir de 1950 intentó establecer un socialismo antiburocrático y descentralizado, y también para designar la experiencia del kibbutz, el modelo de comunidad agrícola que prosperó en Israel. La propuesta había cobrado fuerza en el siglo XIX, pero recién en el XX fue englobado en el término autogestión. La idea de autogestión incluye la democracia directa y la organización en consejos. Fue el papa León XIII quien en el siglo XIX propuso la organización cooperativa de la sociedad, con participación de los asalariados en la vida de las empresas, y esperó que de esa forma desapareciera la lucha de clases, a la que atribuía los excesos del capitalismo. Las juventudes cristianas prolongaron la acción social iniciada por él.

Robert Owen, Charles Fourier y Friedrich Wilhelm Raiffeisen fueron algunos de los pensadores del cooperativismo que entendieron que es posible resolver los problemas sociales mediante la planificación y cooperación entre los individuos. La antigua bandera del movimiento cooperativo llevaba los siete colores del arcoiris, que simbolizaba al mismo tiempo la diversidad y la esperanza.

En 1844 se desarrolló en Rochdale, Inglaterra, una de las primeras experiencias cooperativas: la Sociedad Equitativa de los Pioneros de Rochdale, una cooperativa de consumo. Al mismo tiempo surgieron otras experiencias similares en España, Francia y en otros países europeos. En la revolución de 1848 surge la voluntad de los obreros de organizarse por su propios medios.

El anarquismo y el marxismo (en algunas de sus vertientes) entendieron a partir del siglo XIX que tanto el trabajo como el conjunto de la vida social debían tarde o temprano ser organizados en forma cooperativa. El anarquista Joseph Proudhon trató de diferenciarse de Louis Blanc oponiendo un socialismo autogestionario a un socialismo de Estado. En la Primera Internacional

predominaron los principios de autogestión de Proudhon, pero décadas más tarde Marx lograría la hegemonía a partir de un modelo que antepone la gestión estatal en el período correspondiente a la dictadura del proletariado. Un error de Marx fue pensar que quienes detentan el poder político (en el período de dictadura del proletariado) disolverán el Estado por voluntad propia.

9.4. EL MOVIMIENTO COOPERATIVO EN LA ARGENTINA

Para reseñar el desarrollo del movimiento cooperativo en la Argentina seguiré algunos fragmentos del libro *Empresas recuperadas*, de Rebon y Saavedra. A fines de los ochenta y principios de los noventa, asalariados de empresas en crisis comenzaron a formar asociaciones, en su mayoría cooperativas. En algunos casos eran estrategias de presión dirigidas al empresario en el marco de un conflicto laboral, y en otros implicaban un avance en la dirección de la producción. Por entonces se crearon quince cooperativas, aunque no todas llegaron a producir. Sin embargo, por aquella época la alternativa no logró ser difundida. Pero a partir de la crisis argentina del 2001 el movimiento recobró su fuerza y más de 10.000 trabajadores asalariados de más de 200 empresas aprendieron cómo llevar adelante empresas que estaban en situación de quiebra, cierre y/o incumplimiento del contrato salarial. El movimiento fue muy amplio y se extendió por todo el país, desde Tierra del Fuego hasta Jujuy, de Buenos Aires a Mendoza. En la mayoría de las provincias del país hay empresas recuperadas (Capital Federal y Gran Buenos Aires reúnen más de la mitad). Se conformó entonces un movimiento de empresas recuperadas, que tuvo su momento de mayor desarrollo en el año de mayor depresión económica, el 2001, y luego disminuyó pero manteniendo una presencia significativa.

Es importante contextualizar el surgimiento de las cooperativas en el marco de los nuevos patrones de acumulación de capital y distribución del ingreso que se dan a partir de 1989. Por entonces la industria manufacturera dejó de ser el epicentro de la economía y fue desplazado por el desarrollo de los servicios, fundamentalmente del capital financiero. El nudo del modelo pasó a ser la especulación. Se vendieron bienes del Estado y hubo un fuerte endeudamiento externo y una consiguiente fuga de capitales. Menem consolidó este modelo caracterizado por la desregulación económica, las privatizaciones y el plan de convertibilidad, con un peso sobrevaluado. Durante años progresivamente desapareció la producción local y las industrias se limitaron a

armar insumos importados. Sólo las grandes empresas lograron sobrevivir, incorporando además maquinaria que reemplazaba la mano de obra. Aumentaron el desempleo, la subocupación y la precarización laboral. Mientras en 1991 había una tasa de desempleo del 8% de la población activa, en el 2002 llegó en medio de la crisis al 22%, convirtiéndose, a diferencia de las décadas pasadas, en un desempleo estructural correlativo a la pérdida de participación de los asalariados en la distribución de la riqueza.

En 1974 el 5,8% de la población estaba por debajo de la línea de pobreza. En el 2002 más de la mitad de la población descendió a ese nivel. Lo interesante es que no se empobreció la sociedad en su conjunto sino que se polarizaron por un lado la riqueza y por el otro la pobreza y la miseria. El movimiento de empresas recuperadas se desarrolló durante el 2002, que es el año de mayor crisis económica en la historia del país, cuando las posibilidades de conseguir un trabajo eran sumamente reducidas. ¿Por qué se optó por la modalidad de la cooperativa?

Un testimonio del libro de Rebon y Saavedra nos ilustra al respecto: “El patrón gana \$10, y cuando gana \$5 dice que tiene pérdida y cierra, porque la empresa ya no es competitiva; en cambio en la cooperativa cuando se gana \$1 se reparte entre los compañeros”.

El momento en que se recuperaron las fábricas que fueron convertidas en cooperativas estuvo signado por diversos movimientos sociales que se apropiaron de las calles y de los espacios públicos, creando asambleas populares y cuestionando la representatividad de la clase política. El 19 y 20 de diciembre los sectores más empobrecidos de los núcleos urbanos saquearon comercios de todo el país, hubo manifestaciones apoyadas también por los sectores medios de la población, que salieron a la calle e hicieron resonar sus cacerolas, hubo muertos y enfrentamientos con las fuerzas represivas. Fue un momento en que se dejó de esperar respuestas de arriba y la ciudadanía desarrolló acciones directas muy originales, desde la creación de ollas populares hasta la instalación en edificios tomados de centros culturales, comedores o emprendimientos productivos. Paralelamente, los dueños de muchas fábricas se retiraron de sus puestos y fueron muy cuestionados por eso. Se había generado un contexto propicio para que las recuperaciones fueran posibles.

En general se trataba de pequeñas y medianas empresas. Menos de la mitad de los asalariados que trabajaban en ellas participó de la experiencia de transformarlas en cooperativas. Algunos no se sumaron por su falta de confianza en la posibilidad de recuperar la fuente de trabajo, otros por des-

ánimo, otros porque habían obtenido un trabajo alternativo y otros porque se sentían comprometidos con la patronal.

Rebon y Saavedra destacan que para los que tomaron las fábricas con el fin de convertirlas en cooperativas, preservar su empleo significaba no sólo defender su identidad sino la de todo su núcleo familiar, en sus palabras, era la posibilidad de “llevarle el pan dignamente a la familia”. También se trataba de los asalariados con menor calificación, es decir, de los que tenían menos posibilidades de conseguir otro empleo.

Al recuperar las fábricas los trabajadores empezaron a realizar diferentes tareas que cubrieran la ausencia de cuadros gerenciales y administrativos. Un 72% realizaron trabajos que no efectuaban en la empresa anterior, o cambiaron de actividad principal y comenzaron a desarrollar tareas que no realizaban en el esquema previo.

El proceso comenzaba con la decisión de los trabajadores de resistir el incumplimiento del pago de los sueldos, o por un conflicto de inestabilidad laboral, suspensiones y reducciones de horario. Estas situaciones los advertían sobre la probabilidad y a veces sobre la inevitabilidad del cierre de la fuente de trabajo. La reducción del sueldo formaba parte de las estrategias empresariales y algunas empresas sobrevivieron gracias a que los trabajadores pusieron el hombro a costa de reducir sus condiciones de vida. Pero pactos como éste entraron en crisis cuando lo que cobraban ya no alcanzaba para cubrir necesidades mínimas, cuando percibían que se estaba vaciando la empresa -cosa que les generaba indignación- o cuando aparecía la propuesta alternativa de la recuperación.

Distintas personas o actores que no formaban parte de la fábrica -otros trabajadores que oficiaron de puentes, asambleas barriales, funcionarios o trabajadores de medios de comunicación- participaron con diversos grados de compromiso en la construcción de estrategias y mediaron entre las empresas recuperadas y el Estado. Se consiguieron cambios legales y políticos como la modificación parcial de la ley de quiebras, que brindaba al juez la posibilidad de autorizar a que la empresa siguiera funcionando hasta el remate, cediendo la administración a la cooperativa constituida por los trabajadores. El artículo 14 de la Constitución ampara a los trabajadores para que puedan permanecer en sus puestos de trabajo ejerciendo el derecho a huelga. Se obtuvieron “leyes de expropiación” que declararon a las empresas de utilidad pública durante dos años. Se expropiaron en forma definitiva la marca, las patentes y las maquinarias hasta un monto determinado y luego se otorgaron en comodato a la cooperativa de trabajo.

La película “La toma”, de Naomi Klein y Avi Lewis, testimonia este proceso (es posible verla dividida en varias partes en youtube). La toma u ocupación no es lo mismo que la recuperación. Un poco menos de la mitad de las empresas recuperadas fueron tomadas. A veces la toma implicaba la convivencia con el empresario durante un tiempo. La toma estaba destinada a evitar el vaciamiento, a negociar mejor con los jueces, el gobierno y los empresarios, a la posesión de facto de la empresa, a impactar desde lo simbólico y a instalar socialmente el problema. En otras ocasiones no se tomaba la empresa sino que había permanencias consensuadas entre el patrón, el síndico y el juez, y predominaba la negociación y no la fuerza. En la modalidad de permanencia de hecho, que se desarrolló en pocos casos, la empresa no fue ocupada por la fuerza: se seguía concurriendo al lugar de trabajo. Distintos grupos políticos articularon también dos movimientos de empresas recuperadas.

Desde la debacle económica de fines de los noventa, cuando las quiebras en empresas y fábricas se generalizaron haciendo que muchos perdieran sus fuentes de trabajo, un grupo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a cargo del programa Facultad Abierta desarrolla acciones solidarias con los trabajadores, forma comisiones de asesoramiento técnico, jornadas de discusión y realiza el primer relevamiento de Empresas Recuperadas por los Trabajadores (ERT)”. La idea es fortalecer la capacidad autogestionaria de las empresas y “disminuir su vulnerabilidad social y tecnológica”.

Como se desarrollaron experiencias similares en todo el país, en el 2004 cuatro facultades de la Universidad de Buenos Aires (Filosofía y Letras, Ingeniería, Ciencias Exactas y Ciencias Sociales) presentaron un proyecto parecido (que fue aprobado) ante el Consejo Superior. El último registro data del 2004, y allí el programa pudo establecer que existían 160 empresas recuperadas a nivel nacional en las que desarrollaban tareas cerca de nueve mil trabajadores. Se creó el Centro de Documentación de Empresas Recuperadas, que es de consulta abierta, tanto para trabajadores como para investigadores y público en general, coordinado por un equipo de más de diez estudiantes voluntarios. Allí es donde se acopia y registra toda la documentación e investigación de la experiencia realizada a través del programa y funciona en la Cooperativa de Artes Gráficas Chilavert, que el 20 de octubre cumple siete años bajo control obrero. A partir de ese momento se desarrollaron encuentros internacionales sobre el tema y la experiencia quedó plasmada en publicaciones de la facultad.

9.5. CONCLUSIONES

En un mundo dominado por la voluntad de obtener beneficios económicos rápidos, casi siempre en perjuicio de las condiciones laborales, hay personas que se niegan a ser parte activa de esa forma de explotación y se juntan para cooperar. El modelo de autogestión busca recuperar las relaciones de ayuda mutua, solidaridad, amistad y colaboración, perdido hace 10.000 años, cuando se diferenciaron los gobernantes de los gobernados. En la actualidad la mayoría de los trabajadores y de los ciudadanos han perdido su posibilidad de participar en la producción y en la gestión de casi todos los asuntos que les conciernen. Las estructuras burocráticas los han convertido en seres pasivos y en dóciles instrumentos de las élites instaladas en el poder. El modelo de autogestión supone un ejercicio rotativo y horizontal del poder, un poder que siempre debe ser revocable y que supone un incremento de la participación y del compromiso de los individuos con la tarea colectiva. En el ámbito de la empresa, esto se traduce en que los integrantes no sólo desarrollen una tarea específica sino que también deban interesarse por todos los aspectos que hacen a una participación responsable y global en el emprendimiento.

En la autogestión los trabajadores toman en sus manos los medios de producción, que no pertenecen al que aporta capital ni a un conjunto de estructuras burocráticas. Fue la cooperación y no la competencia la que consolidó la presencia de nuestra especie sobre la tierra, y aún hoy sigue siendo el valor que puede favorecer esa continuidad. Por oposición a las estructuras burocráticas del Estado, la autogestión articula el poder social de los productores asociados, es decir, el ejercicio de la democracia directa que busca extenderse a otras formas de representación o delegación, bajo la sombra tutelar de un modelo de comunas confederadas que tiendan a ser autosuficientes. La autogestión se opone al ejercicio jerárquico y autoritario del poder. Diferencia a la autoridad, que es reconocida libremente y constituye la influencia que deriva de una disposición ética, de un modelo de poder autoritario que tiende a concentrarse, entendido como una acción impuesta casi siempre por la fuerza. Mientras que el poder autoritario, desde esta perspectiva, implica una apropiación, a menudo obtenida a partir del ejercicio de la fuerza, la autoridad se otorga voluntariamente.

Hay muchas formas de esclavitud, pero todas tienen algo en común. El esclavo no se pertenece a sí mismo y la persona libre sí. La persona libre autogestiona sus acciones, su trabajo, sus objetivos individuales y sociales.

En la autogestión cada ciudadano es un sujeto activo de la historia mediante la democracia directa. La autogestión puede ser una alternativa a la crisis que vive actualmente el capitalismo. Limita la desigualdad, que genera violencia social, y socava las bases mismas de este sistema de modo que cada ciudadano pueda desarrollar su autonomía en un contexto de justicia y solidaridad.

CAPÍTULO 10

PARECON (ECONOMÍA PARTICIPATIVA):

EL MODELO DE ORGANIZACIÓN SOCIAL QUE PODRÍA RESOLVER EL PROBLEMA DE LA INSEGURIDAD

No hay razón para aceptar las doctrinas construidas con el fin de sostener el poder y el privilegio, o para creer que estamos obligados por leyes sociales misteriosas y desconocidas. Se trata simplemente de decisiones tomadas dentro de instituciones que están sometidas a la voluntad humana y que deben enfrentarse a una prueba de legitimidad. Y si no pasan la prueba, pueden ser sustituidas por otras instituciones que sean más libres y más justas, como ha ocurrido frecuentemente en el pasado. (Noam Chomsky)

Primero te ignoran. Luego se ríen de ti. Más tarde te combaten. Después, ganas. (Mahatma Gandhi)

Parecon (Economía Participativa, “par” de participativa y “econ” de economía) es un sistema político y económico que propone la toma de decisiones participativa de las distintas organizaciones que conforman una sociedad. Articula un régimen de propiedad social, una planificación participativa de la distribución, una estructura social conformada por consejos, la existencia de combinaciones equilibradas de empleo, un criterio remunerativo basado en el esfuerzo y el sacrificio, y un sistema de autogestión participativa sin diferenciación de clases.

Con la modalidad de la autogestión, la democracia directa y la organización en consejos, busca alejarse tanto de la economía de mercado capitalista como de la planificación central realizada por una élite o “clase coordinadora”, tal como se dio en los llamados “socialismos realmente existentes”, en la consideración de que ambos sistemas violan derechos humanos básicos. Es decir que no sólo se elimina la figura del capitalista, con su poder y riqueza desmesurados, sino también la del productor que monopoliza las decisiones

y se beneficia sobre el resto con un status privilegiado (o con bienes económicos). En los “socialismos realmente existentes” observamos la presencia de una clase coordinadora, integrada por los responsables de la planificación y por los gestores. La idea es que estas personas llevaran a cabo la voluntad de los trabajadores y de los consumidores. Pero lo que se observó en la práctica tanto en la Unión Soviética como en la Europa del Este, China, Cuba y en otros países regidos por esta modalidad, es que los coordinadores consumen más que los empleados corrientes, trabajan bajo condiciones más estimulantes y toman todas las decisiones importantes, tanto las relativas a la planificación general como, bajo la tutela de los gestores, en las unidades particulares de producción. Esto no equivale a sostener que los trabajadores son tan explotados en el capitalismo como en los “socialismos realmente existentes” o regímenes de planificación central. Pero aún así este último tipo de organización está signada por la explotación, la opresión, los privilegios y la división en clases sociales. En los procesos verticalistas la élite, conformada por los que realizan el trabajo intelectual, es la responsable de la planificación central y monopoliza la información técnica que se requiere para la toma de decisiones. Los de arriba mandan y los de abajo obedecen. Es decir que la relación entre la institución que planifica y las unidades de producción es menos democrática y participativa que autoritaria.

Parecon fue creada cuando, tras la caída del muro de Berlín, muchos proclamaban el fin de las ideologías y la eternización del capitalismo. En lugar de focalizar sólo en las críticas al sistema, Parecon se propone aprender de los errores del capitalismo y de los “socialismos realmente existentes”. Quienes militan en la globalización anticapitalista no sólo deben ofrecer una alternativa al modelo económico imperante a nivel global, sino también una alternativa a los sistemas económicos domésticos, y responder a la pregunta ¿qué debería colocarse en el lugar del capitalismo? Michael Albert, un politólogo egresado de la Universidad de Harvard, y Robin Hahnel, un economista egresado del MIT (Massachusetts Institute of Technology), fueron delineando su propuesta y desde entonces han publicado siete libros sobre el tema.

El sistema en el que vivimos es como una ciudad antigua refaccionada pero con construcciones obsoletas que perduran y barreras arquitectónicas de todo tipo. En contraste con este esquema, Parecon propone un modelo racional de sociedad al que pueda llegarse gradualmente, actualizando el proyecto emancipador mediante la pregunta “¿Cómo sería una sociedad sin explotación?”. Algunas de las prácticas e instituciones propuestas ya existen: es el caso de las numerosas y auténticas cooperativas que hay en la Argentina y

en el mundo y de las experiencias con elementos autogestionarios como los presupuestos participativos de Porto Alegre y de más de 21 gobiernos municipales de la Argentina (entre otros, Rosario, La Plata y Morón), que impactan sobre una población global de casi siete millones de habitantes. La alternativa socialista tradicional de empresa pública combinada con asignación de recursos centralizada y planificada es insuficiente. Parecon propone la reorganización de las instituciones de producción y consumo, y una visión considerablemente detallada de una economía basada en la planificación democrática y participativa.

10.1. PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE PARECON

Parecon está basada en los siguientes valores: equidad, diversidad, autogestión de los trabajadores y equilibrio ecológico. Fue diseñada para favorecer la organización humana a partir de la solidaridad y la cooperación, y no para favorecer la competencia y el egoísmo, tal como ocurre en el contexto del capitalismo.

Las siguientes instituciones permiten llevarla a la práctica:

- 1) Consejos de productores y consumidores
- 2) Complejos equilibrados de trabajo
- 3) Remuneración acorde al esfuerzo y al sacrificio
- 4) Planificación participativa

A continuación explicaré el funcionamiento de cada una de las cuatro.

10.1.1. CONSEJOS DE PRODUCTORES Y CONSUMIDORES

En el contexto del capitalismo, el mercado es un ámbito en el que confluyen compradores y vendedores, cada uno de los cuales intenta maximizar su beneficio. Los compradores compiten por vender caro y los vendedores por comprar barato. Para que uno obtenga más, el otro debe obtener menos. Hay quienes no compran ni venden pero de todos modos se ven afectados por esa transacción: por ejemplo cuando produce un impacto ambiental. Aún cuando funciona, el mercado hace que sus participantes se comporten de manera egoísta, reduce todo al signo dinero y hace que el bienestar de unos limite el bienestar de otros. Bajo la mecánica del mercado el dinero (y no necesariamente el esfuerzo) multiplica la riqueza, se remunera el poder o la productividad posibilitando descomunales diferencias de ingresos y de riqueza, y una clase monopoliza la toma de decisiones a expensas de la mayoría,

que obedece órdenes.

En el caso de la planificación central, trabajadores y consumidores aceptan las decisiones de los planificadores, que son los que dan las órdenes, mientras los demás obedecen y responden a través de los “agentes”, que son los planificadores en cada lugar de trabajo. La ventaja de la planificación sobre el mercado es que puede disminuir los efectos individualistas de la competencia, tener en cuenta los efectos en los trabajadores y las implicaciones sociales de las transacciones. Pero entre sus defectos cabe destacar el control de los trabajadores por parte de la alianza entre los gestores en los lugares de trabajo y los coordinadores, y el aumento del autoritarismo, lo cual es contrario al principio de autogestión.

La alternativa que propone Parecon es la planificación participativa, la posibilidad de que los trabajadores de las diversas empresas e industrias, junto con los consumidores de los diversos barrios y regiones, coordinen sus acciones en forma democrática y eficiente. Las asociaciones de consumidores y de trabajadores propondrían lo que quieren hacer e irían revisando sus propuestas al informarse más sobre el impacto que tienen en los demás.

Parecon propone un sistema más democrático que favorezca el poder de decisión del consumidor sobre lo que se produce. El principio es sencillo y cambia completamente la lógica y la práctica de la toma de las decisiones. La planificación por consejos tiene en cuenta las preferencias tanto de los consumidores como de los trabajadores. La idea es que los productores y los consumidores dejen de ser enemigos, que su relación no pase ya por sacar la máxima tajada que se pueda del otro. Se trata de evitar dos de los problemas del capitalismo: la escasez de bienes para algunos, y la sobreproducción. Los consejos destinados a la asignación de recursos determinan cuánto se usa y cuánto se produce de cada producto. Este proceso se denomina “planificación participativa”. Los consumidores deberían atender en primer lugar a lo que les gustaría recibir como producto social, sea de manera individual o colectiva junto a su familia, o en conjunción con sus vecinos u otras personas. Juntos deben pedir para obtener lo que sea mejor para su vida, prestando atención a los efectos de sus elecciones sobre las personas que realizan la producción. Cada individuo, familia u otra unidad social constituirían consejos pequeños que a su vez pertenecerían a consejos de consumo más amplios (el vecindario, una confederación de consejos vecinales del tamaño de un distrito en el ámbito urbano o de una comarca en el ámbito rural, una confederación del municipio y a su vez un consejo provincial y uno nacional, tal vez pasando por instancias intermedias). ¿Deberían producirse quesos

descremados, prisiones, coches o aire acondicionado? ¿En qué cantidad? Si producimos automóviles, ¿qué otras cosas dejaremos de producir por el trabajo, las instalaciones, el terreno, etc, que tendremos que destinar a la producción de automóviles? ¿El producto que desean consumir supone para su fabricación el trabajo insalubre de otras personas? ¿Qué impacto tiene en el medio ambiente? Los consumidores deben evaluar los beneficios que se derivan de sus demandas de consumo frente a los sacrificios requeridos para producirlos. Las personas compran mercancías en los negocios pero allí no hay ninguna evidencia del tipo de trabajo que es necesario desarrollar para fabricarlas. ¿Es insalubre, mecánico o embrutecedor? En la tienda estas realidades han sido borradas, sólo interactúan vendedores y compradores. La única relación que se establece con las cosas es la posesión. En una Parecon habrá diversos “comités de asistencia” o agencias que, entre otras funciones, facilitarán el intercambio y el procesamiento de información para elaborar propuestas de consumo colectivas y proyectos de inversión a gran escala.

Supongamos que un grupo de vecinos quiere construir una piscina, y no obtiene la mayoría de votos como para hacerlo. En ese caso a los proponentes se les abren diversas opciones. Podrían formar un subgrupo y proponer su construcción como parte de sus asignaciones de consumo personal. Si no fuese perjudicial para otras personas, la propuesta sería aprobada. Una segunda alternativa, si se desea insistir con la primera posibilidad (que todos asuman el gasto) sería acudir al consejo de ámbito superior inmediato para la financiación, aunque la negativa del consejo vecinal sería un fuerte argumento en contra de tal decisión.

Albert también señala que si bien el sistema de salud sería gratuito, la sociedad podría decidir que los efectos perjudiciales del tabaco sobre la salud debieran ser costeados por el fumador. Desde ya que todo esto debería ser objeto de un debate puntual, pero incluyo la referencia para ejemplificar algunos casos problemáticos junto a determinados cursos de acción posibles.

Los consejos de trabajadores y consumidores no son novedosos, han sido una parte de cada levantamiento importante en la historia moderna. En estos contextos, fue usual que los trabajadores y los consumidores coordinaran acciones en órganos colectivos para influir en la política económica. En el caso de Parecon, se trata de los vehículos a través de los cuales los miembros de una economía participativa manifiestan sus preferencias económicas y desarrollan la mayor parte de sus actividades económicas diarias.

Los consejos son ámbitos para la toma de decisiones y operan en diver-

tos niveles. Están consituídos por pequeños grupos de trabajo, así como por equipos y trabajadores individuales, y por centros de trabajo más amplios hasta comprender industrias enteras. Del mismo modo los consejos de consumidores están integrados por consumidores individuales, barrios, regiones y por el conjunto de la sociedad. Las decisiones se toman mediante votación y se puede adoptar un criterio mayoritariamente simple, o exigir tres cuartas partes de los votos, dos terceras partes, el consenso, etc, todo relativo a las implicaciones concretas de las decisiones en cuestión.

Parecon es fiel a esa tradición que fue destruida por el marxismo bolchevique en favor de las estructuras centralizadas. Los consejos de trabajadores son el vehículo a través del cual los trabajadores expresan sus preferencias respecto a cuánto quieren trabajar, qué desean producir, qué herramientas y métodos desean utilizar, cómo se distribuirá el trabajo de modo que ninguna persona dedique todo su tiempo a realizar sólo tareas monótonas y desagradables, etc. Esto no implica que cada persona tiene que realizar todas las tareas necesarias en todos los centros de trabajo. La finalidad es que cada una pueda asumir durante un período de tiempo un puesto de responsabilidad sobre ciertas tareas importantes para las que recibió formación adecuada, de manera que ninguna pueda disfrutar de privilegios sobre las demás en términos del impacto del trabajo sobre sus potencias personales. La idea es que el empleo de cada persona esté conformado por un conjunto de tareas diversas.

El procedimiento comienza cuando los ciudadanos hacen propuestas sobre su propio consumo privado en las asociaciones de vecinos. Señala Albert:

Las asociaciones de vecinos hacen propuestas que incluyen las propuestas aceptadas de consumo privado junto con las peticiones conjuntas para el consumo colectivo del vecindario. Las federaciones de más alto nivel hacen propuestas que incluyen las peticiones de las asociaciones que las integran así como la petición de consumo colectivo de la federación. De forma similar, cada unidad de producción propone un plan de producción. Cada lugar de trabajo enumera los recursos que necesita y los productos que sugieren poner a disposición del público. Las federaciones regionales y sectoriales juntan las propuestas y gestionan el exceso de demanda o de oferta. Después de haber propuesto su propio plan, cada "entidad" (individual o colectiva) recibe información sobre las propuestas de las otras entidades y la res-

puesta de otras entidades a su propuesta. Al “negociar” cada entidad mediante sucesivas “iteraciones”, el proceso converge hasta un plan viable. En el camino las “entidades” utilizan información diversa, incluyendo los “precios indicativos”, sus propios cálculos aceptados de esfuerzo y sacrificio en el trabajo e información cualitativa detallada sobre cada uno a petición. El plan al que se llega manifiesta las preferencias de cada participante en la proporción en que lo afecta. Es más, cada participante se beneficia sólo en la medida en que lo hacen los demás. Es decir, mis ingresos dependen directamente de los ingresos medios de la sociedad y mi calidad de vida en el trabajo depende de la calidad del complejo de trabajo medio en la sociedad. Incluso el beneficio que tenga para mí cualquier inversión que proponga en mi lugar de trabajo depende de cómo esa inversión aumente los ingresos medios, la calidad media o el producto social que todos compartimos, y así igual para todos. La solidaridad, por tanto, se refuerza con la planificación participativa porque nuestros intereses están entrelazados y nuestros cálculos económicos diarios ocurren a la vista de la situación de los demás. Obviamente, todo esto tan sólo es una pincelada de la planificación participativa, y no presenta una imagen detallada ni de las “iteraciones” de planificación ni del entorno de motivos, acciones e instituciones que la hacen viable, ni penetra en los problemas del día a día ni en las implicaciones sociales. Pero si estáis interesados podéis acceder a discusiones más completas en la red en la sección de “Parecon” [abreviatura de “economía participativa” en inglés] de ZNet: <http://www.parecon.org>

La competencia, eje articulador del mercado, es lo que empuja a todos a trabajar más horas y tener menos tiempo libre. Incluso si alguien tiene una empresa y se relaja y decide no competir, es probable que otra firma se haga más poderosa y le robe su cuota de mercado. Albert escribe: “Comparando 1960 con el 2000, podríamos tener los mismos ingresos per cápita ahora trabajando la mitad, digamos una jornada de cuatro horas, o dos semanas libres cada mes, o un año sí y otro no, alternándolos durante nuestras vidas”. En contraste con este esquema, las economías participativas no generan este

tipo de presión para aumentar las horas de trabajo.

10.1.2. COMPLEJOS EQUILIBRADOS DE TRABAJO

Para la supervivencia social aún es necesario llevar a cabo trabajos monótonos, desagradables y poco enriquecedores. Estas tareas, además, implican a menudo carecer de todo poder a la hora de tomar decisiones colectivas. Son las que desarrollan la mayor parte de las personas, mientras una minoría monopoliza los trabajos más creativos. En Parecon todos tienen verdadera oportunidad de desarrollar trabajos enriquecedores, y como contrapartida también deberán realizar alguna de las tareas menos agradables. La propuesta de superar la división entre trabajo manual e intelectual tiene larga data en la historia del pensamiento. El acierto de Parecon es el de plantear una alternativa a la división corporativa del trabajo, puntualizando cómo podrían distribuirse las tareas mediante una combinación equilibrada de empleos. En la práctica, esto significa que el cirujano, además de operar, deberá, por ejemplo, barrer el piso del hospital, y el que desarrollaba los trabajos de limpieza todo el día en el horario en que el cirujano lo reemplaza, puede utilizar ese tiempo para estudiar, formarse o desarrollar un trabajo más enriquecedor. ¿Significa esto que tendremos cirujanos poco idóneos, o que desaprovecharemos sus capacidades? No, por el contrario, se podrán desarrollar las habilidades de la mayor parte de las personas, que actualmente está abocada a trabajos monótonos y poco enriquecedores. Tener complejos equilibrados de trabajo no va en contra de la productividad ni de la especialización, y brinda a todos la oportunidad de desarrollar trabajos enriquecedores y estimulantes.

Cada uno tiene una serie de tareas, por supuesto adecuadas según la capacidad y la inclinación. Una economía participativa tiene aún tareas administrativas, de dirección, de planificación, etc., pero no cuenta con individuos que sean sólo administrativos, directores o planificadores.

Algunos cuestionan los complejos equilibrados de trabajo con los siguientes argumentos, resumidos y respondidos por Albert:

- **OBJECCIÓN 1** - *El equilibrio limitaría mi libertad para hacer lo que me parezca, lo cual sería inmoral.*
- **RESPUESTA:** Es cierto que se impediría a una persona realizar sólo tareas enriquecedoras. Cuando se abolió la esclavitud, también se impidió a los amos tener esclavos. Sin duda, se puso un límite a su libertad. El precio de

que unos tengan trabajos potenciadores es que otros deben tener trabajos embrutecedores, ya que para la supervivencia social estos trabajos menos gratificantes son imprescindibles. De modo que la libertad de unos para trabajar sólo en tareas gratificantes choca con el derecho de los demás a tener privilegios similares.

- **OBJECCIÓN 2** - *El equilibrio confinaría incluso a la gente con más talento a tareas poco valiosas y por tanto reduciría el producto social, en detrimento de todos.*
- **RESPUESTA:** ¿Estamos reduciendo la productividad al infrutilizar las capacidades de algunos? Y si fuera así, ¿la pérdida de producción es tan grande como para desaconsejar los complejos de trabajo equilibrados? No necesariamente. Lo que no se tiene en cuenta en esa consideración es que al estar la mayoría reducida a desarrollar trabajos monótonos, se desperdician capacidades que la sociedad en su conjunto podría aprovechar. Pero aún cuando obtener complejos equilibrados de trabajo sacrificara algo de la producción, habría que considerar que distribuir equitativamente el trabajo mediante la autogestión y la ausencia de clases es una aspiración mucho más justa que la de una máxima producción. La propuesta de Parecon limita la libertad de las personas en el mismo sentido en que reformar la economía para no permitir la esclavitud impidió que las personas tuvieran esclavos. Se limitan algunas libertades individuales con el fin de obtener una mayor libertad para la mayoría.

La cooperativa argentina Ghelco (una fábrica recuperada por los trabajadores) es un ejemplo de esto: hay personas que ahora hacen trabajos conceptualmente más exigentes, con mayor producción. Dice Albert:

Ahí hay un ejemplo concreto de productividad que compensa la pérdida de los gerentes. En realidad, no sólo no se pierde productividad, sino que se gana, al liberar la productividad de toda la población. La gente participa, siendo parte de la economía, no se sienten alienados, y por lo tanto trabajan de manera más libre y productiva. En realidad los lugares de trabajo desequilibrados del capitalismo son los menos productivos, porque tienen que frenar e impedir que la gente utilice sus talentos y habilidades al máximo. En los Estados Unidos alrededor del 20% de los estudiantes son

inducidos por el sistema escolar a realizar trabajos que implican poder, conocimiento, novedad. Pero el 80% de los estudiantes son entrenados para soportar el aburrimiento y obedecer órdenes de los demás. Como resultado, ese 80 % no desarrolla su habilidad y talento, sino que es empujado a convertirse en un trabajador obediente.

Veamos un ejemplo. ¿Cómo podría crearse un complejo equilibrado de tareas en un estudio de abogados? Albert señala que en esta profesión existe ya una interesante figura: la de *trabajo legal pro bono*. Consiste en que los miembros de la firma, asumiendo una responsabilidad social, donan cierta parte de sus energías a los necesitados. En este caso los abogados deberían dedicar cierta cantidad de tiempo a realizar las tareas de secretaría, o del que limpia el edificio, permitiendo que estas personas se formen o desarrollen otro tipo de trabajos más gratificantes.

El complejo equilibrado de trabajo busca que ordenanzas, secretarias, vendedores, celadores y encargados de la limpieza puedan también tener la experiencia de desarrollar otro tipo de trabajos o cuenten con un poco de tiempo extra para formación, y hacer que los que están jerárquicamente por encima suyo realicen algunas de esas tareas para compensar la pérdida.

Albert da más ejemplos:

Entonces, enfermeras, celadores, trabajadores de fábricas, cocineros, camareras y camioneros analizan sus lugares de trabajo y exigen una reasignación de tareas y responsabilidades, tanto en relación a los trabajos de los que están jerárquicamente encima suyo como a sus propias categorías de trabajo, y a la vez [exigen] que algunas de sus tareas desagradables se les reasignen a éstos. Como resultado, las características de los trabajos se hacen más humanas y enriquecedoras, y nos movemos hacia el equilibrio. (...) Las secretarias exigen responsabilidades más diversas y potenciadoras, que les den más tiempo en funciones intelectuales y relacionadas con las decisiones. Los camareros redefinen el trabajo de servir para ser más social e interactivo y menos servil. Exigen nuevas condiciones y nuevas relaciones sociales, así como más poder de decisión en sus

*restaurantes. Ya sé que todo esto probablemente suene muy vago, pero creo que es lo adecuado en este estadio de la discusión. Hay pocas reglas generales, si es que hay alguna, sobre estos temas. La cuestión es que los trabajadores de una empresa usen sus consejos de trabajadores para redefinir sus trabajos y reasignarlos de una forma más justa que cuando estaban diseñados para deshumanizar, atomizar y atontar a la mayoría de trabajadores y elevar sólo a unos pocos.*¹¹⁹

En cada centro de trabajo se crearían combinaciones equilibradas de tareas en relación a la satisfacción y el poder que generan. Asimismo es importante que los trabajadores tengan una combinación equilibrada de tareas en relación a las combinaciones de los demás centros de trabajo.

Albert escribe que como es difícil imaginar un listado de todas las tareas posibles de ser realizadas en un centro de trabajo, podríamos imaginar un sistema que nos permitiera asignar a cada tarea una puntuación entre 1 y 20, donde la puntuación más alta es la de las tareas a las que corresponde un mayor grado de poder y, la más baja, a las más superfluas y embrutecedoras.¹²⁰ El objetivo podría ser el de lograr que todas las personas puedan sumar el promedio del conjunto de las actividades de una unidad de trabajo, y que si en un centro de trabajo se realiza fundamentalmente una tarea monótona y embrutecedora, las personas dediquen una parte de su tiempo a trabajar en lugares distintos. No se trata de lograr la perfección, que es imposible, pero sí de alejarse lo máximo que se pueda del desequilibrio.

En Parecon todos tienen el derecho de solicitar un empleo en el lugar que escojan libremente. También tienen derecho a solicitar una combinación distinta de tareas en virtud de sus prioridades e intereses personales. Una vez que se aprobó un programa económico anual, cada consejo de trabajadores puede confeccionar una lista de vacantes y todos pueden solicitar estos puestos. Pero si alguien especializado en nanotecnología realiza un trabajo que únicamente otras dos personas en el mundo pueden llevar a cabo, esto no implica que su actividad deba conferirle una autoridad necesariamente mayor que la atribuida a otra persona dedicada a cocinar o lavar los platos en un restaurante. En muchos casos la manera de alcanzar un equilibrio en el grado de motivación y responsabilidad es hacer que las personas dediquen una parte de su tiempo a tareas que se desarrollen en distintos centros de trabajo. Si los trabajos son puntuados por su nivel de esfuerzo y sacrificio de 0 a 20, en cada centro de trabajo las personas deberían asumir diversas tareas que le

permitan alcanzar el promedio de esa unidad de empleo. Si alguien trabaja en una mina cuyo nivel medio se sitúa en 4, mientras el nivel medio de la sociedad es 7, deberá dedicar una parte de su día laboral a un ramo distinto de la producción, en un ámbito distinto al de la minería, que le permita alcanzar el nivel de 7. Si en esa misma sociedad alguien trabaja en el Centro de Investigaciones Científicas y Técnicas, cuyo nivel medio se sitúa en 13, tendrá que compensar en otro centro de trabajo con tareas menos gratificantes para alcanzar el nivel medio de 7. Por ejemplo, tendrá que desempeñar ciertos trabajos rutinarios en el vecindario y en la comunidad donde vive para lograr un equilibrio global en sus condiciones laborales. El pasaje del capitalismo a la economía participativa supone que en lugar de que la mayoría de las personas realicen un trabajo monótono y aburrido durante la mayor parte de su jornada laboral, todos puedan realizar un trabajo interesante al menos durante una parte del día.

Albert incluso sugiere pensar en organizaciones progresistas o de izquierda como Greenpeace, The Nation o Mother Jones, y preguntarse si tienen complejos de trabajo equilibrados o si siguen la división corporativa del trabajo típica de manera que unos pocos monopolicen las tareas enriquecedoras mientras otros sólo hacen tareas aburridas y de obediencia, preguntarse si ganan más dinero los que hacen los trabajos aburridos, y si reasignarían tareas de forma progresiva hacia complejos de trabajo equilibrados, incluyendo la posibilidad de reducir sus propias prerrogativas de elite.

No es probable que vayamos alguna vez a eliminar a la policía y a los juzgados, señala Albert, de la misma forma en que para pilotear aviones, hacer operaciones médicas o llevar una gran grúa en una obra, son necesarios especialistas. El hecho de que haya gente especialmente entrenada tendrá como consecuencia el mejoramiento de sus habilidades. Pero aún así es posible requerir que estas tareas se desarrollen dentro de complejos de trabajo equilibrados y que exista autogestión participativa también en esos sitios.

El esquema de complejo equilibrado de trabajo también puede ser utilizado para que hombres y mujeres distribuyan equitativamente las tareas del hogar y de cuidado de los hijos. En www.parecon.org hay una descripción más detallada del proceso de división específica de las tareas.

10.1.3. REMUNERACIÓN ACORDE AL ESFUERZO Y AL SACRIFICIO

En el capitalismo la mayor parte de las personas no poseen capital, ni mucho poder de negociación, ni de decisión sobre sus condiciones laborales. La

mayoría obedece órdenes y sólo excepcionalmente gana un salario acorde a su esfuerzo y sacrificio. Los capitalistas y los coordinadores se esfuerzan mucho menos y ganan mucho más. Parecon propone incrementar los ingresos de los que ganan poco pero dedican gran esfuerzo y sacrificio a su trabajo. El esfuerzo adopta múltiples formas. Puede consistir en jornadas de trabajo más largas o más intensas, o en el desarrollo de trabajos más peligrosos y perjudiciales para la salud. En Parecon se remunera en función de lo duro que se haya trabajado, de cuánto tiempo se haya trabajado y de cuánto sacrificio haya supuesto su realización. Es decir, se recompensa el esfuerzo y el sacrificio que haya entrañado el desarrollo de un trabajo. No se remunera en base a las propiedades o a los bienes económicos que uno posea (es decir, no se recompensa por tener un título de propiedad), ni a las ganancias que uno produzca, ni a su poder, ni a su productividad, ni a su talento, ni porque se hayan utilizado herramientas más productivas. En el capitalismo Bill Gates puede dejar de trabajar muy joven y vivir holgadamente, con independencia de que realice el esfuerzo que otros se ven obligados a realizar. En Parecon tampoco se remunera la buena suerte, ya que trabajar o invertir en una compañía o en una industria en declive es una cuestión de buena o mala suerte, y no existe un criterio ético para defender este principio.

¿Por qué no remunerar en relación a la cantidad que cada uno haya producido? Porque la producción también depende del número de horas adicionales trabajadas por otras personas, de la calidad de sus contribuciones, de las herramientas que utilizemos, de los bienes producidos y de sus atributos, etc. El principio de recompensar en base al esfuerzo y al sacrificio, en cambio, es adecuado desde un punto de vista ético y también desde el productivo, ya que proporciona incentivos en función de lo que depende del trabajo y no de aquello que está más allá del control de la persona. Heredar la riqueza de otro no retribuye esfuerzo ni mérito alguno. Desde el punto de vista ético, político y económico no hay ninguna justificación válida para que se retribuya el hecho de tener propiedades. En Parecon la remuneración se produce en base al esfuerzo y al sacrificio. Por “esfuerzo y sacrificio” se entiende por un lado el tiempo de trabajo desarrollado (un valor objetivo) y, por el otro, cuán duro, monótono, poco estimulante y con escaso poder de decisión sea el trabajo. ¿Por qué los médicos y los mineros tienen que ganar sólo por el tiempo en que trabajan y no en función de lo duro que sea su trabajo? Cuanto más desagradable sea una tarea, se supone que requiere de más esfuerzo y sacrificio. Este nivel es en cierta medida subjetivo, podría ocurrir que a una persona le guste lavar platos y a otra no, pero todos estamos de

acuerdo en que carrear vacas es más desagradable que componer música. En Parecon no se determina el nivel de esfuerzo y sacrificio verticalmente, sino que son los propios consejos en los centros de trabajo, de los que participan todos los integrantes de un grupo laboral, los que lo establecen.

En Parecon si Juan y Ana trabajan al mismo tiempo durante ocho horas cada uno, ambos reciben los mismos ingresos independientemente de cuál pueda ser su trabajo concreto (siempre y cuando uno no implique mayor sacrificio que otro). En este punto es probable que usted se pregunte quién evalúa la tasa de esfuerzo y sacrificio. La respuesta es: los responsables de realizar esta labor, reunidos en consejos y utilizando los principios de los complejos de trabajo equilibrados.

Es evidente que a la hora de establecer una retribución, resulta más fácil medir el tiempo trabajado que el esfuerzo. Sin embargo, Albert sugiere un enfoque general que podrían adoptar los centros de trabajo.

Imaginemos que cada trabajador recibe una especie de “informe de valoración” emitido por su centro de trabajo, en el que se determina la renta que podrá utilizar para gastos de consumo. Este informe de valoración indicaría las horas trabajadas en una combinación equilibrada de empleo así como la intensidad del mismo, arrojando una “tasa de esfuerzo” que cobraría la forma de un coeficiente porcentual. Si la valoración fuese de 1, la remuneración de la persona sería la establecida como media social. Si la tasa fuera de 1,1, se situaría una décima por encima; si fuese de 0,9, se situaría una décima por debajo. El hecho que explica que una persona obtenga una retribución superior o menor radica en haber trabajado más o menos horas o en un nivel de esfuerzo mayor o menor. ¿Pero quién juzga estos diferenciales y qué método de valoración se utiliza? Aquí es donde podría darse una variación entre los distintos centros de trabajo. Por ejemplo, la valoración podría consistir en un sistema de tasación numérico sumamente preciso en el que cada persona pudiera clasificarse en un lugar situado dos décimas por encima o por debajo de la media. O bien, simplemente podría distinguir entre “superior”, “medio”, o “inferior a la media”, indicando así la renta media, o una décima por encima o por debajo (después de que el centro de traba-

jo hubiera acordado que ésta fuera la única variación consentida). (...) Los distintos centros de trabajo podrían adoptar criterios diferentes para evaluar el trabajo, y cabe esperar que este factor se convierta en uno de los más importantes que se tendrán en cuenta para seleccionar un puesto en lugar de otro.¹²¹

¿Por qué no se retribuye la productividad? Porque una persona puede ser más productiva en virtud de que dispone de mejores herramientas, o de más fuerza física, o de mayor talento natural, y no sería equitativo retribuir por haber tenido la suerte de contar con buenas herramientas, o por la suerte que deparó la lotería genética para tener más fuerza física. En un sistema como el de Parecon, Bill Gates no tendría posibilidad de acumular una descomunal cantidad de dinero. Ganaría sólo en función del trabajo que realiza y en relación a lo duro que sea ese trabajo, en lugar de ser pagado por haber contribuido a diseñar el sistema operativo Windows. Hoy la riqueza de Bill Gates supera al Producto Bruto Interno de Noruega, y 475 multimillonarios tienen más riqueza que la mitad de la población mundial junta.

En el capitalismo también se remunera a muchas personas en función del poder que detentan. Esto es evidente, por ejemplo, en numerosos ámbitos sindicales. Desde el punto de vista ético, político y económico, tampoco hay una justificación válida para que se retribuya en base al poder.

¿Por qué querríamos que tanto un cirujano como un obrero que trabaja demoliendo edificios ganen sólo en relación a la cantidad de tiempo que trabajan y a lo duro que sea su trabajo? Por las ventajas éticas que surgirían de recompensar el esfuerzo y el sacrificio de un trabajador.

¿Por qué no recompensar económicamente al que se esforzó para estudiar una carrera universitaria? Se lo recompensa más en base al esfuerzo que realiza mientras estudia, pero una vez que se recibe, si el esfuerzo no es mayor al que demanda otro trabajo, no sería equitativo recompensarlo más. El eventual sufrimiento que alguien padece como estudiante debe ser comparado adecuadamente. Es cierto que muchas carreras son menos gratificantes que el ocio, pero la comparación pertinente sería con el malestar que experimentan otras personas que trabajan para recibir un salario en vez de ir a la escuela. Sólo si el aprendizaje de la medicina es más desagradable que el trabajo como secretaria constituye un mayor sacrificio. Quien estudia una carrera que le gusta, tiene además una recompensa en el placer que le depara el trabajo mismo para el que se forma, además del capital simbólico que

implica el prestigio que le da su oficio. Sin duda es necesario dar incentivos para sobrellevar los -a veces- duros años de formación, pero esto no equivale a remunerar en función de los años de formación. Si se remunerara sólo el esfuerzo y el sacrificio, en el caso de que los trabajos fueran los mismos que ahora, los que desarrollan las labores más pesadas serían los que cobrarían más. También debería compensarse al cirujano por el esfuerzo realizado durante muchos años de estudio comparado con el esfuerzo en el estudio de una enfermera o un policía. Pero eso no le da derecho a cobrar más cuando el estudio ha concluido. En ese momento se lo remunerará en base a su esfuerzo y a su sacrificio, del mismo modo que se evaluará el esfuerzo del que friega los pisos y limpia los baños del hospital. Frente a este panorama, algunos argumentan que entonces nadie querría ser cirujano, todos preferirían ir a fregar pisos y a limpiar baños. Veamos si es así: si alguien sigue una carrera porque le gusta, no merece ni necesita más motivación económica para hacerlo. Estudiar algo que nos place es un fin en sí mismo, no precisa de refuerzos externos.

Si todas las opciones son viables, es necesario un incentivo para hacer aquello que requiera más esfuerzo y sacrificio (demoler edificios implica un esfuerzo mayor que ser estudiante). Pero no ameritamos más salario para hacer un trabajo en el que nos sentimos plenos y que no supone más esfuerzo, de esos que habitualmente consideramos una “vocación”. Sólo es justa una remuneración que compensa más un esfuerzo mayor.

Si alguien no puede trabajar por problemas de salud o por otras razones relevantes, recibirá de todas formas un ingreso medio. La sociedad asegurará a todos un servicio de salud que cubra el conjunto de los gastos que requiera el tratamiento de una enfermedad, así como seguros contra la posibilidad de que cualquier calamidad natural o de otro tipo destruya el patrimonio de una persona. Los ingresos de los niños son como los de cualquier persona que no puede trabajar: todos reciben un ingreso medio por el hecho de ser personas.

Parecon admite la posibilidad de elegir si se quiere ganar un poco más o un poco menos, pero no por razones inmerecidas, ni cantidades que generen descomunales diferencias de fortuna, que la mayor parte de las veces están basadas en la extracción de plusvalía y en la especulación financiera. Si una persona prefiere tener más tiempo de ocio y menos dinero, ¿podría hacerlo en Parecon? Claro que sí, quien desee trabajar más para ahorrar o para comprarse algo, podrá hacerlo, y quien quiera trabajar menos (superado un mínimo de trabajo que todo ciudadano está obligado a ofrecer a la sociedad

en la que vive), también.

¿Por qué no recompensar económicamente el talento? John Stuart Mill, uno de los padres del liberalismo, dio la respuesta: porque en sí mismo es una recompensa, ¿encima de tener talento quiere ganar más dinero?, argumentó. Agrego otra respuesta posible: porque es más equitativo retribuir el esfuerzo y el sacrificio de las personas que su talento. De modo que en Parecon Maradona y un futbolista no tan bueno pero que se esfuerza tanto como él ganarían lo mismo.

Parte del consumo estará basado en la necesidad. Algunas actividades de consumo concretas como la atención sanitaria o el uso de los parques públicos serán gratuitas para todas las personas. Esto no implica que sean gratuitas para la sociedad. Los costes deberán ser socializados (por ejemplo, en el área de salud) en lugar de penalizar a quienes tienen necesidad de ellos.

10.1.4. PLANIFICACIÓN PARTICIPATIVA.

“En mi opinión, la democracia es aquel sistema en el que los más débiles encontrarán las mismas oportunidades que los más fuertes (...) La democracia occidental, tal como funciona al día de hoy, es un fascismo diluido (...), una democracia verdadera no puede ser manejada por veinte hombres sentados en su centro. Tiene que ser manejada desde abajo, por todos los habitantes de cada pueblo”.
(Mahatma Gandhi)

La planificación participativa es una alternativa diferente a la de la planificación central, en la que un aparato burocrático selecciona la información, formula las instrucciones y las envía a los trabajadores y a los consumidores, y también es una alternativa diferente al mercado, en el que cada actor compete para comprar y vender productos. Ambos modelos, el de la planificación central y el de mercado, generan una clase social impotente, relegada al desempeño de un trabajo repetitivo y sumiso. Cuando un grupo se dedica sólo a la gestión, a la comercialización, a la dirección y a tareas, en palabras de Albert, estimulantes o “potenciadoras” (la palabra en inglés es *empowering*), con el tiempo se irá produciendo una diferencia interna en el poder y la influencia de este grupo en relación a la mayoría de trabajadores que realizan tareas físicas, repetitivas, monótonas, de las que suelen considerarse como menos calificadas. Así se reproduce el modelo vertical de las patronales, y no una genuina democracia en las decisiones y en las acciones.

Parecon se opone tanto a la existencia de una clase propietaria como a la de una clase coordinadora. Esto significa que las instituciones funcionarán con un mínimo de jerarquía y un máximo de transparencia y participación en la toma de decisiones. Se trata de eliminar el secreto en la toma de decisiones económicas y de administrar de modo que el poder de decisión de cada uno sea proporcional al grado en el que se vea afectado por la medida. En la actualidad, los trabajadores que están en el más alto nivel de las corporaciones o burocracias gubernamentales tienen un gran poder económico. Otros trabajadores se dedican a obedecer. Parecon se propone achicar estas diferencias de poder y buscar formas autogestionarias de trabajar.

Los diferentes tipos de decisiones se toman siguiendo distintos procedimientos: a veces impera el consenso, a veces se adopta el criterio del voto mayoritario según la regla “cada persona, un voto”, o se exige una mayoría de dos tercios a favor de la propuesta. En ocasiones se delega la autoridad o la autonomía a otros compañeros de trabajo, y en ocasiones tiene mayor poder de decisión quien resultaría más afectado por la medida. No todos los miembros de los consejos de distrito o regionales están obligados a asistir a todas las reuniones. Las decisiones importantes se toman mediante un referéndum de todos los habitantes, y en otras ocasiones tanto la deliberación como la votación se realizan sólo entre los representantes designados por los consejos vecinales para asistir a los consejos de distrito, o por estos últimos para asistir a los consejos regionales. Las reuniones siempre son públicas, se retransmiten por televisión y antes de cada referéndum el asunto por votar recibe una considerable publicidad. Es importante tener en cuenta que la inexistencia de un jefe o un director no significa que nadie asumirá la responsabilidad final sobre el producto terminado. Rechazar un sistema jerárquico rígido no supone el rechazo de toda forma de disciplina, supervisión, evaluación y dirección responsable.

En una Parecon es posible despedir a un trabajador, pero la decisión la toma el consejo de trabajadores en forma democrática y esto no pone en peligro la supervivencia del trabajador, que tendrá garantizadas todas sus necesidades básicas mientras busca un empleo. El trabajador que cambia de empleo informa a su comité de personal para que sepa que está pensando en marcharse, y luego contacta con el correspondiente Comité de Asistencia al Empleo para informarse sobre los empleos disponibles. Por otra parte, toda disminución en la cantidad de trabajo global requerida por la sociedad será compartida por todos los trabajadores, evitando de esa manera el desempleo.

Los trabajos más gratificantes con frecuencia brindan conocimientos y habilidades relacionadas con la toma de decisiones y permiten influenciar a la hora de decidir. Tal como señala Albert:

Supongamos que María se pasa el día limpiando y Juan se pasa el día haciendo tareas sociales y financieras que aumentan sus conocimientos y habilidades relacionadas con la toma de decisiones. Aunque María y Juan tengan los mismos votos en su lugar de trabajo e incluso si se los remunera justamente, después de meses trabajando en esas tareas tan diferentes, María no tendrá ni la energía ni los conocimientos ni la práctica ni la confianza para desarrollar un papel comparable a Juan a la hora de influenciar en las decisiones.

En la práctica los pocos trabajadores que desarrollan los trabajos privilegiados dominan las discusiones en virtud de su experiencia. Probablemente María se limitará a ratificar la voluntad de los pocos informados y todos los demás que, como ella, tengan trabajos secundarios, quedarán excluidos.

La forma en que Parecon propone organizar la sociedad implica que ya no hay un equipo directivo fijo ni un grupo de personas confinadas a trabajos repetitivos y embrutecedores. Los médicos, abogados y directivos de todo tipo seguirían desarrollando su trabajo pero también deberían realizar tareas menos gratificantes para que fuera posible un balance general con todos los demás.

Una de las ideas más fértiles de Parecon es que una persona debe influir más en la toma de decisiones si está más afectada por su resultado. Si alguien vive cerca de una fábrica, ¿su opinión sobre los ruidos molestos no debería valer más que la del que vive lejos? Si una persona consume productos que otro contribuye a producir, ¿su opinión no debería valer más que la de quien no consume ese producto? Es lo que hacemos en nuestra vida cotidiana, en la que a menudo cada persona tiene una participación proporcional al grado en que le afectan las decisiones. Pueden, no obstante, existir buenas razones para violar la influencia proporcional de cada uno. Si hay un aviso urgente de que se aproxima un tornado, y una persona es la experta en supervivencia en tornados mientras los demás no saben nada sobre el tema, lo más prudente es que decida esta persona con suficientes conocimientos sobre la situación.¹²²

Si alguien es químico y entiende de biología de la pintura con plomo mientras otra persona pinta, o trabaja en una cadena de montaje, eso no significa

que el químico deba decidir si las paredes de los demás tendrán pintura con plomo o si la comunidad en pleno permite o rechaza la pintura con plomo. Sin embargo, el resto de los miembros de la comunidad deberían escuchar su testimonio de experto antes de tomar una decisión. Cada uno debe acceder fácilmente a la información necesaria y al análisis relevante de los resultados esperados, y debe tener un conocimiento general y una confianza intelectual suficientes para entender ese análisis. Las decisiones son tomadas por grupos de trabajadores y consumidores de diferentes tamaños. Por ejemplo, en consejos del grupo de trabajo, de la empresa, de la industria, de la unidad familiar, del vecindario, de la comunidad y de la comarca. Democratizar la toma de decisiones significa que el poder de los consejos puede vehiculizarse mediante un representante o dos en las reuniones del gobierno o de la empresa. La idea es que resulta posible aumentar el poder de los consumidores sobre la producción.

10.2. ¿NO ES EL MARXISMO CON OTRO ENVOLTORIO?

Muchos se preguntan si el diseño de Parecon no es una versión más del marxismo o del socialismo. A esta pregunta, Albert responde:

Si con la palabra socialismo nos referimos al control de la vida económica por parte de los trabajadores y los consumidores sin que la división de clases reduzca las opciones de las personas, entonces, sí, podemos decir que la economía participativa es esa clase de socialismo, mientras que las formas de socialismo previas no lo fueron en realidad. Hace años yo ubicaba a Parecon en este esquema, pero era como soplar contra el viento, creo que puede impedir el desarrollo real de una nueva visión, mucho más al comunicarla, como si decir que uno es socialista transmitiera ya una visión positiva. Millones de personas han llamado socialismo a la combinación de la propiedad pública o estatal, los mercados o la planificación centralizados, y la remuneración según energía o productividad. (Parecon) rechaza las instituciones que el marxismo ha apoyado constantemente y ofrece en su lugar unas instituciones bastante diferentes. Es más, rechaza el gobierno de la clase que monopoliza el poder en el trabajo, y esta prioridad de la economía participativa está com-

*pletamente ausente del marxismo tal como ha existido en la historia. De modo que la economía participativa tiene diferentes valores, instituciones, rasgos e implicaciones que las que se han denominado socialismo y han sido expuestas por la mayoría de marxistas. Si no camina como un pato, no grazna como un pato, y no nada como un pato, ¿cuál es la razón para llamarlo pato?*¹²³

Otra diferencia es que las prácticas socialistas y marxistas muchas veces mantuvieron la división del trabajo en el estilo empresarial, elevando a un veinte por ciento de la fuerza de trabajo para tomar las decisiones dominantes sobre el resto, mientras que la economía participativa incorpora los complejos de trabajo equilibrados y aleja esta forma de dominación de clase.

10.3. REFORMAS GRADUALES

Parecon propone una reforma gradual de la sociedad. Se comenzaría por reducir y finalmente eliminar diferencias salariales basadas en la propiedad, el poder, la raza, el sexo, el rendimiento en términos de producción, y luego se correlacionaría la remuneración con los niveles de esfuerzo y sacrificio realizados. Se promoverían reformas inmediatas tales como la instauración de programas para conseguir el pleno empleo, la contratación de minorías o grupos excluidos, nuevas pautas para las herencias, para los impuestos directos progresivos, para la propiedad, el salario mínimo y la acumulación de la riqueza.

Parecon se propone como primera medida tomar una parte de los ingresos y de la riqueza de las clases capitalista y coordinadora y distribuirla entre los más necesitados para el bien social general. ¿Por qué haría eso? Porque no es justo que el 40% de la riqueza de un país esté en manos del uno por ciento más rico de la población. ¿Dónde ocurre esto? En la mayoría de los países capitalistas, incluido el nuestro. La cifra mencionada pertenece a los Estados Unidos, un país que a los economistas les gusta promover como “la primera economía mundial”, calificación que pronuncian siendo por completo indiferentes a cómo se distribuye esa riqueza.¹²⁴ Bill Gates tiene él solo más riqueza que Zimbabwe, Ghana, Islandia, Panamá, Costa Rica, Kenya, El Salvador y la República Dominicana todos juntos. En Estados Unidos, el siguiente 9% tiene otro 33%, así que el 10% más rico tiene casi tres cuartas partes de la riqueza de la sociedad. El siguiente 10% tiene un 11.5%. El siguiente 40% tiene un 15%. El último 40% de la población tiene aproxima-

damente un 0.5% de la riqueza. De forma similar, el salario medio en el 20% más alto es unas ocho veces la media del 40% más bajo. El salario medio del 1% más alto es unas 30 veces la media del 40% más bajo. En 1996, en Estados Unidos un Director General medio de una empresa ganaba 209 veces lo que un trabajador de una fábrica. Albert estima que tal vez uno de cada cinco adultos en los Estados Unidos pertenece a las clases capitalista o coordinadora: “Las restantes cuatro quintas partes (la clase trabajadora) reciben unos ingresos relativamente míseros y acumulan una mínima riqueza, a pesar de que dedican mayor esfuerzo y sacrificio a su trabajo que los coordinadores y capitalistas (o padecen desempleo, lo que es aún peor)”.

Albert propone, como primer medida, un impuesto sobre beneficios del 50%, gravar el patrimonio, ya que esto vuelve más difícil mantener grandes riquezas y traspasárselas a los descendientes. Los impuestos sobre el lujo permitirían gravar cada vez que alguien compra algo más allá de lo que puede permitirse la mayoría de la gente. Gravar las herencias que sobrepasan cierto límite con más del 100% tendría sentido ético, así como lo tiene un alto impuesto sobre el patrimonio que lo reduzca antes de ser traspasado. Los ingresos de ambos impuestos podrían financiar programas públicos deseables en sanidad, educación o comunicación, por ejemplo. Albert señala que incluso en pocos años un impuesto del patrimonio del 30% reduciría en gran medida las disparidades y generaría suficientes fondos públicos como para acabar con el hambre y con otras condiciones sociales denigrantes. Además de un objetivo final, son necesarias demandas a corto plazo, plausibles para el presente aunque mirando hacia el futuro. Es como construir una casa, plantea Albert, no es posible empezar por el tejado. Así como las primeras tareas para construir una casa deben apoyar a las que vendrán después, las demandas económicas a corto plazo deben premiar a los grupos que lo merezcan, fortalecer su disidencia y darles fuerza para conseguir más cosas en el futuro.

Es fundamental que el gobierno no gaste lo recaudado en ayudas para los ricos, premiando, como ocurrió a nivel internacional tras la crisis del 2008, a los sectores con más recursos económicos.

Parte de los ingresos provenientes de los impuestos mencionados debería apoyar una política de pleno empleo por parte del gobierno. Esto permitiría que los desempleados tengan un trabajo y que se incremente el poder de negociación de los trabajadores, que tendrían menos miedo a ser despedidos.

A corto plazo, se propone un salario mínimo que represente un 60% del salario medio de la economía. Frente al argumento de que esto hundiría muchos negocios, una alternativa podría ser la de reducir los salarios más eleva-

dos y utilizar los ingresos obtenidos por los impuestos para dar subsidios a las operaciones pequeñas que lo merezcan y lo necesiten.

En el programa de la economía participativa no se descartan huelgas u otras medidas para obtener aumentos de salarios y también para limitar salarios que pueden ser demasiado altos. Se debería incluir un activismo que prepare los medios organizativos para conseguir mayores logros.

10.4. ANTECEDENTES DE PARECON

A lo largo de la historia del pensamiento diversos autores imaginaron modelos parecidos al de la economía participativa (Parecon). Entre otros, Piotr Kropotkin, con “La conquista del pan”, Diego Abad de Santillán, con “El organismo económico de la revolución”, Isaac Puente, con “El comunismo libertario”, James Guillaume, con “Ideas sobre la organización social”, Pierre Besnard, con “Los sindicatos obreros y la revolución social”, Anton Pannekoek, con “Consejos obreros”. La forma democrática de la estructura de la empresa fue antecedida por el concepto de la IWW de Woobly Shop (Tienda Woobly).

Gran cantidad de comunidades que llevaron y llevan a la práctica modelos autogestionarios son también antecedentes de Parecon. Entre ellas, las que aplicaron los principios postulados por los socialistas utópicos de los siglos XVIII y XIX (Fourier, Owen, etc). La *Tienda de tiempo* de Cincinnati fue un exitoso negocio minorista que funcionó entre 1827 y 1830, creado por el anarquista Josiah Warren para probar sus teorías, que estaban basadas en una interpretación estricta de la teoría del valor-trabajo, que dice que el valor de un producto es la suma del esfuerzo realizado en producirlo o adquirirlo. Warren concluyó que no era ético cargar a un bien con un precio más alto que el del coste asumido por el vendedor en introducirlo en el mercado. En síntesis, se opuso a la plusvalía. El resultado de este sistema fue que nadie pudo lucrar con el trabajo de otro; todo individuo recibía el producto completo de su labor.

Otros antecedentes de Parecon fueron las luchas en la Comuna de París, los soviets, las colectividades de la Revolución Española de 1936, los primeros kibutzim en Israel, los consejos de trabajadores de la antigua Yugoslavia, que tenían derecho a reunirse y a tomar decisiones sobre todos los aspectos de sus actividades económicas, las cooperativas que existen en todo el mundo, los intentos llevados a cabo hace algunos años por los sindicatos australianos para influir no sólo en las condiciones laborales y en los salarios, sino

también en lo que se producía, vetando lo que dañaba el medio ambiente, los presupuestos participativos de Porto Alegre y de otras ciudades brasileñas, así como en Kerala y en otras regiones de la India, y tres experiencias desarrolladas en la Argentina: las asambleas populares del 2001, las fábricas recuperadas en forma de cooperativa y los presupuestos participativos (los dos últimos funcionan en la actualidad). Merecen también especial mención los Foros Sociales Mundiales, que reúnen gran cantidad de movimientos, grupos, activistas y proyectos de todo el planeta unidos en favor de la autogestión, de la solidaridad y de una actitud experimental que rechaza la desigualdad, el comercio homogeneizante y la arrogancia imperialista. Todas estas experiencias, tal como propone Parecon, ofrecen un modelo económico alternativo y permiten sentar las bases de una economía participativa. La idea consiste en crear medios de organización directa a escala local mediante los cuales los ciudadanos puedan influir en las decisiones relativas a los programas de inversión en servicios públicos como parques, educación, transporte público o atención sanitaria.

En todo el mundo hay movimientos que procuran, en condiciones muy difíciles, desarrollar alternativas al capitalismo. Los “planes de vida” en Cauca, Colombia, los avances logrados en lugares como Cuba, Venezuela, Kerala y Bengala Occidental. Están las empresas de Mondragón en el País Vasco, en España. Hay una completa red de trabajo de empresas de “economía solidaria” por todo el mundo. Las más de 200 fábricas recuperadas en Argentina y convertidas en cooperativas son consideradas un ejemplo -inusual en el resto del mundo- de lo que propone Parecon. En el apartado siguiente me referiré a la experiencia de presupuestos participativos en Puerto Alegre y luego a las experiencias que tienen lugar actualmente en la Argentina y que ponen en práctica algunos principios de la Economía Participativa (Parecon). En el sitio web de internet www.parecon.org hay enlaces a organizaciones que ya implementaron explícitamente en su práctica partes del modelo de una Parecon. También es posible encontrar discusiones más detalladas sobre el modelo económico participativo.

10.4.1. PRESUPUESTO PARTICIPATIVO: LA EXPERIENCIA DE PORTO ALEGRE

El Presupuesto Participativo plantea una nueva concepción de la economía, el Estado y la democracia. Permite que la conquista del gobierno por medio del voto popular no agote la participación de la sociedad. Está confor-

mado por las demandas y necesidades de la comunidad como criterio de construcción de la matriz presupuestaria, y demuestra que la organización y participación comunitaria pueden incidir positivamente en la dirección de la economía y de la asignación de recursos.¹²⁵ Implica la creación de un nuevo centro de decisión, los consejos populares implantados en las diversas regiones de la ciudad que, junto con el Poder Ejecutivo y el Legislativo, democratizan la acción política e integran a los ciudadanos a un nuevo espacio público. Representa también una respuesta a la crisis de representatividad de los Estados.

Porto Alegre lleva ya muchos años aplicando el Presupuesto Participativo. La idea fue lanzada en 1988 con la campaña por la intendencia del Partido de los Trabajadores, que proponía democratizar las decisiones de la nueva gestión a partir de consejos populares, y fue profundizada a partir de 1993 con el intendente Tarso Genro, que ideó una serie de mecanismos de participación, planeamiento y control popular. El propósito era el de realizar una transferencia de poder hacia la clase trabajadora organizada y sustituir la representación política tradicional por la democracia directa. Fue la primera ciudad que lo desarrolló y ha sido un modelo para la implementación de este esquema en gran cantidad de ciudades de todo el mundo, incluyendo 21 municipios de la Argentina, según consignaré en el siguiente apartado.

Apenas se puso en práctica la innovación en Porto Alegre, hubo una gran afluencia de población a todas las plenarios populares del barrio, incluidos los habitantes de las comunidades más pobres. Todos tenían la posibilidad de decidir sobre las inversiones. Había mucho por hacer y poco dinero para invertir, por eso antes fue necesario realizar una profunda reforma tributaria. La recaudación propia del municipio subió gradualmente del 25% de los ingresos recaudados en el primer año (1989) al 51% de los ingresos totales en 1996. Una nueva manera de hacer política se había gestado. La clase social pobre y movilizadora comenzó a palpar los resultados, formó parte de un proceso caracterizado por la transparencia y los dirigentes clientelistas identificados con el ejercicio de las influencias personales se fueron quedando sin audiencia o comenzaron a cambiar su conducta.

Las plenarios del Presupuesto Participativo son precedidas por un informe transmitido por las asociaciones comunitarias en los periódicos barriales y en volantes, mensajes de radios y TV que convocan a la asamblea. De ser necesario el gobierno pone a disposición de los delegados y consejeros de la región un auto con parlantes para recorrer las principales zonas de los barrios y las villas convocando a la reunión. Apenas llegan los participantes se acre-

ditan: dan su nombre y dirección para que quede registrado el quórum, compuesto sólo por residentes de la zona. Habitualmente se exhibe un video informativo sobre la evolución de los planes de inversiones, en el que además de los representantes del gobierno, hablan los líderes de la región. La lista de oradores se acuerda por consenso en las propias entidades comunitarias, tratando de que puedan expresarse todas las posiciones políticas de la región. A lo largo de los años hubo una participación cada vez mayor de la población de la ciudad en el Presupuesto Participativo. A pesar de esto, el proceso jamás fue estimulado ni aceptado plenamente por la prensa local. Los principales medios lo ignoraron, identificándolo como “cosa del Partido de los Trabajadores”, probablemente por el hecho de que la influencia sobre el Estado comienza a socializarse, de abajo hacia arriba, y a no ser patrimonio exclusivo de los formadores de opinión y de los grupos económicos. Los argumentos de los medios de difusión se tornaron más endebles a medida que el Presupuesto Participativo aprobó también grandes obras como la reforma del Mercado Público, la Estación de Tratamiento de Desagues de Ipanema y la construcción de cinco avenidas estructurales (obras estratégicas para el futuro de la ciudad). A partir de ese momento empezaron a entender que las personas ubicadas en la escala más baja de la sociedad podían contar con suficiente discernimiento como para decidir sobre las inversiones que eran de su interés inmediato. Con el tiempo la ciudadanía pasó a discutir y decidir, juntamente con el gobierno, no sólo las inversiones regionales y las obras estructurales para toda la ciudad, sino también las políticas de los gastos de servicios.

Algunas de las obras realizadas en Porto Alegre a través del Presupuesto Participativo fueron la tranferencia de la Villa Cai-cai, una de las más pobres de la ciudad, hacia el barrio Cavahada, una región ya urbanizada, no muy lejos del centro, en un terreno negociado con la Iglesia, propietaria del área; la duplicación de la avenida Protasio Alvez; la recuperación del Mercado Público; la descontaminación y urbanización de las veredas de la playa de Lami, frecuentada por la población de bajos recursos; la construcción de escaleras para los ciudadanos que viven en las favelas de los morros.

La experiencia de Porto Alegre da una respuesta a la crisis de legitimidad de los Estados contemporáneos y muestra que la construcción de un área pública no estatal cumple dos funciones: 1) instaurar una democracia de abajo hacia arriba, permitiendo que el ciudadano decida en qué se invierte el presupuesto, es decir, revoluciona la idea de democracia, requiriendo un permanente consenso comunitario, y 2) actuar como control sobre el ejercicio

de la autoridad del Estado, planteando un contraste con algunos medios de difusión que presionan para realizar determinadas inversiones pautadas por intereses elitistas o socialmente minoritarios.

El nuevo centro de decisión creado en Porto Alegre incide directamente sobre el carácter y la oportunidad de las inversiones públicas y permite socializar la política, ya que distribuir la renta sin socializar la política puede con justicia ser considerado un mecanismo paternalista, perturbador de la noción de autonomía de los individuos y de las organizaciones de base de la sociedad.

Las ciudades están sobrecargadas de problemas por la creciente urbanización del mundo que se ha producido en los últimos treinta años. Los gobiernos locales son presionados de manera cada vez más intensa para responder a miles de demandas. Esto hace que las respuestas locales a los problemas sean mucho más efectivas que las soluciones “nacionales”, que habitualmente son planeadas por burocracias que no están al tanto del día a día de la población.

La experiencia del Presupuesto Participativo quiebra la idea tradicional de política en la que el ciudadano limita su participación al acto de votar y los gobernantes electos pueden hacer lo que quieren, a través de políticas populistas y clientelistas.

10.4.2. LAS EXPERIENCIAS DE AUTOGESTIÓN EN LA ARGENTINA

En los últimos años, en la Argentina surgieron nuevas formas políticas y económicas de organización comunitaria. En todas ellas hay elementos que se relacionan con el espíritu de Parecon: los clubes de trueque, el movimiento piquetero, las asambleas barriales, las fábricas recuperadas en forma de cooperativa, los presupuestos participativos, las tierras ocupadas por campesinos que producen colectivamente, los artistas y periodistas independientes que encuentran maneras de producir y distribuir sus trabajos.

La experiencia del Presupuesto Participativo ya es una realidad en 21 municipios de Argentina e impacta en una población total de siete millones de habitantes. Se logró además la inclusión como derecho constitucional de la idea de Presupuesto Participativo en el nuevo estatuto de Buenos Aires y hoy se debate a nivel de la Legislatura la implementación de una norma que ponga en marcha la experiencia de la participación en el presupuesto de esta ciudad.

La idea se aplicó por primera vez en Porto Alegre, y después se implementó

en Rosario y en otras ciudades. Los ciudadanos votan en cada distrito de la ciudad obras que previamente fueron pedidas y presupuestadas por consejeros barriales. Cada distrito tiene un presupuesto y el vecino, al votar, no puede pasarse del presupuesto. En Rosario esta práctica se desarrolla hace más de diez años, aunque no se aplica a todo el presupuesto, sino a un porcentaje destinado a priorizar obras públicas menores, talleres culturales, centros de salud en tal o cual barrio, bibliotecas, pistas de patín en alguna plaza. A veces las obras se atrasan, y los vecinos protestan con razón, pero es una experiencia de democracia directa. Los diputados socialistas Jorge Rivas y Ariel Basteiro impulsarán un proyecto de ley que tiene por objetivo nacionalizar el Presupuesto Participativo, a partir de una propuesta presentada por el presidente de la Red Argentina de Presupuestos Participativos, el socialista Carlos A. Sortino, responsable de esta política en la Municipalidad de La Plata. El proyecto de ley propone la creación del Fondo Nacional para el Fortalecimiento de los Presupuestos Participativos, cuyo objeto es disponer de un porcentaje del presupuesto nacional para que sea definido por la ciudadanía de cada municipio en su respectivo Presupuesto Participativo, según la modalidad que estime conveniente cada uno de sus organismos de aplicación. Sin duda esta política pública merece, por su potencial democratizador, expandirse hacia la mayor cantidad posible de municipios.

Desafortunadamente los clubes de trueque empezaron a deteriorarse tiempo después de haber sido creados, durante la crisis del 2001, ya que algunas personas empezaron a usarlo como un medio para enriquecerse, falsificando los “créditos” o consiguiendo créditos reales en áreas donde eran relativamente baratos, y usándolos en áreas más ricas, donde su valor era más alto.

El movimiento piquetero comenzó a organizarse a partir de 1996. Estuvo conformado por más de 15 grupos de trabajadores desempleados que comenzaron a organizarse a partir de 1996. Cada grupo tiene estrategias diferentes, aunque todos son conocidos por sus cortes de ruta (“piquetes”), un recurso que utilizan para publicitar sus demandas. Los primeros piqueteros, que se opusieron a las políticas neoliberales, se organizaron en asambleas democráticas y horizontales (sin jerarquías). Luego algunos grupos trotskistas, comunistas, maoístas y populistas imitaron su estrategia pero sin la dinámica radicalmente horizontal. No obstante, algunos piqueteros todavía se organizan en asambleas en las que toman decisiones de manera horizontal, y contienen elementos de lo que Albert denomina consejos de trabajadores y consumidores.

Como señalé en el capítulo anterior, las fábricas recuperadas son empre-

sas que quebraron (a veces falsamente) y cuyos operarios se niegan a engrosar las filas de los desempleados. Me voy a detener en las fábricas recuperadas porque es la práctica que a mi modo de ver más puede contribuir a sentar las bases de una organización del trabajo menos injusta, y porque es un sistema que funciona actualmente con eficacia, y puede servirnos de ejemplo de lo dicho hasta aquí. En estas cooperativas los sueldos tienden a ser igualitarios y suele pagarse por tiempo trabajado. No son sólo empresas pequeñas, sino que también las hay relativamente grandes, como cerámicas Zanon, y no son sólo eficaces sino también rentables. Aunque no funcionan igual, en todos los casos se trata de cooperativas, las decisiones principales son tomadas por asambleas horizontales de obreros, y los sueldos suelen ser más igualitarios que con los jefes anteriores.

La Argentina es un país en el que el resto del mundo deposita su mirada a la hora estudiar los efectos de la última crisis del capitalismo y de las posibilidades de salir a flote de ella. Tras el derrumbe político y económico del 2001, en el contexto de una gran desconfianza hacia los políticos y la dirigencia sindical, muchos ciudadanos argentinos empezaron a agruparse en distintas organizaciones para preguntarse cuál era la razón de la crisis y qué medidas podían ser adoptadas para salir adelante. La autogestión es una aspiración de antigua data en la Argentina y en distintas partes del mundo. Sin embargo, hasta el 2001 no hubo mucha experiencia concreta en la materia, y el desarrollo hacia al aprendizaje progresivo de esta modalidad de participación no jerárquica recién comienza. Antes lo único que había era una cultura política jerárquica basada en liderazgos fuertes, tanto en el nivel de la política oficial como en los sindicatos (conducidos habitualmente por una burocracia muy corrupta) y en las tradiciones de “liberación nacional” y leninistas, casi todas muy jerárquicas y a veces autoritarias. La existencia de más de 200 fábricas recuperadas por los trabajadores y convertidas en cooperativas fue uno de estos fenómenos surgidos a partir de la crisis del 2001 que despertaron gran interés en investigadores y activistas de todo el mundo, al punto en que el propio Michael Albert, creador de Parecon, y Naomi Klein, han venido a tomar nota de la experiencia y a filmar documentales que la divulguen (la película “La Toma”, de Naomi Klein, está entera, dividida en seis partes, en www.youtube.com).

El historiador argentino Ezequiel Adamovsky, en un reportaje que le hizo el mismo Albert, señaló que a su modo de ver desde la crisis del 2001 en la Argentina han surgido algunos fenómenos que se relacionan con el espíritu de Parecon. El más eminente es el de las fábricas recuperadas. Contrariamente

a todas las predicciones y a innumerables obstáculos, los trabajadores pueden dirigir con solvencia y volver sumamente eficientes y rentables compañías relativamente grandes como la cooperativa Cerámicas Zanon, por ejemplo. Las decisiones se toman mediante asambleas horizontales de obreros, y los sueldos tienden a ser mucho más igualitarios que bajo el régimen anterior. Se paga sólo por tiempo trabajado y no por rendimiento. Adamovsky cree que los trabajadores estarían de acuerdo con el cambio que implicaría pagar en función del esfuerzo y del sacrificio.

La cooperativa Cerámicas Zanon está funcionando tan bien que debe “contratar” nuevos trabajadores. Pongo contratar entre comillas porque los que ingresan no son asalariados en el sentido capitalista del término sino integrantes de la cooperativa. Este fenómeno es significativo teniendo en cuenta que los dueños anteriores sostenían que era imposible que la empresa fuera rentable.

Algunos grupos de piqueteros todavía se organizan a través de asambleas y toman decisiones en forma democrática y horizontal, es decir, sin jerarquías. El caso más notorio es el del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, en el que las asambleas contienen elementos de lo que Parecon llama consejos de trabajadores y consumidores. Por ejemplo, han preparado sus propios proyectos productivos, cooperativas pequeñas que producen pan, ladrillos, marroquinería y otros productos. La producción no sigue reglas del mercado, ni es organizada por una “clase coordinadora”. Señala Adamovsky que el movimiento entero apoya los proyectos productivos y decide en torno a las nuevas inversiones. Si hay ganancias, no están destinadas sólo a quienes trabajan en esos emprendimientos, sino al movimiento entero.

Otra de las experiencias argentinas que contiene elementos de Parecon es la de las Asambleas Barriales que surgieron tras la rebelión de diciembre del 2001. Los vecinos empezaron a reunirse en las principales ciudades de la Argentina. En las esquinas principales de cada barrio se congregaron para buscar una solución a los problemas más acuciantes. Debatieron sobre las causas de la crisis y sobre maneras alternativas de salir adelante. Según Adamovsky, uno de los elementos que tal vez pueda ser relacionado con la idea de consejos de consumidores fue el de las compras comunitarias que organizaron las asambleas, consiguiendo precios más baratos por artículos al por mayor. Las asambleas también ejercieron presión sobre las compañías de electricidad, gas y teléfono para asegurar que no subieran las tarifas y que no les cortaran el servicio a los que no podían pagar.

SIMECA, una organización sindical de mensajeros y cadetes, empezó a organizarse de manera horizontal. Hay muchos otros ejemplos. Estos

emprendimientos son muy significativos porque surgen en una cultura política que con anterioridad estaba basada casi exclusivamente en jerarquías y en liderazgos fuertes, no sólo en el ámbito de la política “oficial” sino en el contexto de los sindicatos (con frecuencia conducidos por una burocracia corrupta) y de la izquierda, que provenía de experiencias de tradición leninista o de tradiciones de “liberación nacional” que a veces son muy jerárquicas y autoritarias.

Adamosky señala que, a diferencia de otros países, en Argentina no teníamos ninguna tradición basada en la práctica de hablar y escucharse mutuamente:

Sencillamente no sabíamos cómo mantener una reunión de la comunidad. Recuerdo las primeras reuniones de mi Asamblea barrial: la gente luchaba, literalmente, por el uso del megáfono. En serio: peleaba físicamente. Teniendo en cuenta esto, diría que cualquier grupo con experiencia en los procedimientos simples de la democracia directa hubiera sido muy útil. Tuvimos que aprender todo de la manera más dura, por nosotros mismos. Yo pienso que el grupo de “pareconistas” habría sido sumamente útil si hubiera podido compartir con nosotros esa experiencia. Temo, sin embargo, que habría sido imposible exponer cualquiera de los principios más detallados de Parecon en una asamblea antes de que nosotros nos educáramos en el ejercicio de la democracia directa.

El sistema político en el que vivimos pretende ser democrático pero es verticalista, autoritario y poco participativo. Hasta las organizaciones más pequeñas, que podrían contar con cargos de responsabilidad rotativos, o gestionados colectivamente, tienen “directores” y “presidentes”. En las clases media y alta pareciera que si alguien no es “director” de alguna organización, por pequeña que sea, no existe.

Albert le pregunta a Adamovsky si una clara enunciación de objetivos - por ejemplo, que las personas deben influir en las decisiones en proporción de cómo son afectadas por ellas- habría ayudado a los movimientos. Reproduzco parte de la respuesta:

-Un día (en una fábrica convertida en cooperativa) votamos todos para decidir si seis de nosotros -que estábamos

procesados judicialmente por ocupar sin autorización la propiedad donde funciona la Asamblea- debíamos presentarnos en el juzgado o no. Esa era una decisión que sólo esas seis personas debían haber tomado. Pero nadie la objetó. (...) (Conocer los principios de Parecon) nos habría ayudado a diseñar formas concretas y eficaces de traducir principios generales (como la democracia directa y la autogestión) en realidades concretas.

Adamovsky señala que aunque cada fábrica es un mundo diferente, en los casos que él conoce, las decisiones importantes son tomadas por asambleas de obreros en las que cada persona supone un voto y el cincuenta por ciento más uno decide. De todos modos, advierte que esto no significa que los que desarrollan trabajos intelectuales no tiendan a dominar la agenda:

Hasta donde yo sé, las figuras políticas principales dentro de las fábricas, y aquéllos con más conocimiento sobre el proceso productivo, en la práctica, tienden a tener más poder que el resto. Pero la dinámica de la autogestión y la democracia directa a veces puede revertir esto. Por ejemplo, hace unas semanas, la asamblea de los obreros de Brukman (textil) decidió, contra la opinión de sus portavoces más visibles, no permitir que ninguno de los obreros se postulase como candidato de los partidos de la izquierda en las elecciones. Y cuando las elecciones se acercaron, los partidos trotskystas estaban haciendo lo imposible para tener a obreros de fábricas recuperadas como candidatos. Su objetivo, por supuesto, es beneficiarse con la legitimidad que estos obreros tienen. Celia, probablemente la cara más activa y visible de Brukman, era simpatizante del PTS (un partido trotskista pequeño), y decidió que quería hacer campaña como candidata. Pero sus compañeros no la autorizaron, fundamentando que Brukman no debe ser el patrimonio de un partido, porque busca el apoyo de todos. Curiosamente, el PTS “redescubrió” entonces el valor de la libertad individual, y postula ahora que la asamblea de los obreros no puede decidir en este problema, porque haciendo eso, se estaría afectando el “derecho individual” de Celia para hacer lo

que ella quiere... En suma, todavía hay mucho por hacer en relación a la construcción de formas de tomar decisiones que apunten a una verdadera autogestión y al igualitarismo, manteniendo al mismo tiempo criterios de eficacia e imparcialidad. Siempre existe el peligro de volver a las viejas costumbres. Conseguir la autogestión requiere de un trabajo duro y paciente, de un fuerte compromiso con una visión política basada en ese principio.

10.5. MICHAEL ALBERT EN LA ARGENTINA

En el 2005 Michael Albert estuvo en la Argentina, donde dedicó un día entero a recorrer junto a la revista *La Vaca* varias fábricas recuperadas, y hasta acompañó a los obreros del frigorífico Yaguané a una audiencia judicial. Albert preguntó a uno de los obreros de la fábrica si volvería a trabajar con patrón:

“Ni loco”, respondió el obrero.

Albert: -Supongamos que soy un empresario, instalo una fábrica en la otra cuadra, y te ofrezco un 50 % más de ganancias para que vengas a mi fábrica. ¿Qué contestás?

-Que no -insistió el obrero-. Me tienen que sacar muerto de aquí.

-¿Y entonces por qué no hay más trabajadores que pongan en marcha este modelo que da tanta dignidad y estímulo, al punto en que no aceptas irte ni siquiera ganando bastante más?

-Tal vez porque no pasaron por la misma lucha.¹²⁶

Este tipo de diálogo se repitió en todas las cooperativas que Albert recorrió durante el día. En una de ellas conversó con Claudia, otra obrera del sector productivo que pasó a encargarse de tareas de tesorería y finanzas en Ghelco, que tiene una línea de más de 2000 productos.

-Ahora que estás en finanzas -le dijo-, ¿aceptarías pasar a limpieza? ¿O mezclar tus actividades en finanzas con las de limpieza o de producción?

-Es lo que hago. Todos los días a las tres de la tarde voy a producción y trabajo allí- respondió Claudia.

-¿Y cuál es tu rol?

-Soy abogada de las empresas. Cada una de las setenta fábricas en las que colaboro me paga lo que puede o lo que quiere. De eso vivo.

Claudia mostró la etiqueta de su traje azul (Brukman), y dijo:

-Brukman es una fábrica recuperada que hace ropa excelente. Los zapatos me los regalaron los muchachos de Unión y Fuerza, y el reloj me lo regalaron los compañeros de Cane.

Albert visitó un lugar en el que los obreros trabajaban con máscara y guantes, blanqueando un determinado tipo de harina. Allí conoció a Miguel Robles, que le dijo:

-Yo prácticamete no sabía leer ni escribir, era semi analfabeto. Pero ahora aprendí, me di maña con la informática, y estoy muy contento.

Ahora Miguel es el responsable de controlar el producto terminado, y es quien programa la producción de la fábrica en relación al contacto con los clientes.

-Estoy orgulloso- señaló Miguel-. Todo esto es nuestro, es mío. Ahora tenemos más responsabilidad. Con el patrón no decidíamos nada, ahora sí.¹²⁷

Unos pasos después, Albert preguntó:

-¿Estos trabajadores se definirían como anticapitalistas?

-Sí. Saben lo que están haciendo. Pero no es algo declamativo, sino práctico. En Brukman justamente pasó que la izquierda hacía cosas declamativas, que no le servían a los trabajadores. Hay muchos que dicen que quieren cambiar el mundo. Para mí cambiar el mundo es recuperar más fábricas.

-¿Y los sindicatos apoyan?

-Aquí el sindicato era de la alimentación, y lo manejaba el jefe de la CGT (Confederación General del Trabajo) Rodolfo Daher. Y como pasó en la mayoría de los casos, no apoyaron a los obreros, porque las patronales no quieren perder afiliados- le dijeron en una “equivocación” acertada, al confundir sindicalistas con patrones, cosa que en la Argentina puede ocurrir con una frecuencia pasmosa-.

Albert se mostró asombrado de que otros empresarios acepten ser proveedores o clientes de Ghelco y preguntó:

-¿Por qué les compran a ustedes?

-Porque el producto es bueno- contestó uno de los trabajadores un poco asombrado-. Si el producto es bueno, y está a buen precio, al

empresario sólo le importa su propio interés y lo compra.

Albert negó con la cabeza:

-En los Estados Unidos, aunque el producto fuera el mejor y el precio también, ningún empresario le compraría a una fábrica como la de ustedes, porque sabe que ustedes representan un peligro, una amenaza. Los empresarios allí tratarían de aislarlos, justamente para defender sus intereses.

Visitaron también la Cooperativa San Justo, una cristalería especializada en vidrios para automóviles. Entre sus clientes cuenta nada menos que con la empresa Fiat, y exporta sus cristales a Uruguay, Brasil, Chile y Turquía, donde aprecian la calidad de su producto.

En un horno se prepara una suerte de lava fluida que se extrae y deposita en los moldes que dan forma definitiva a esos cristales. Ignacio Gallo, presidente de la cooperativa, contó que con patrón, cada trabajador de los hornos tenía 15 minutos de descanso por hora. La asamblea puso un lapso de media hora de descanso tras cada hora trabajada.

Atento a la preocupación de Albert por la burocratización del sector gerencial de las fábricas, Albert le pidió a Ignacio que mostrara las palmas de sus manos: -Acá se ve bien, manos callosas. Un presidente que trabaja- respondió. En la cooperativa Zanon, uno de los referentes de la fábrica, Raúl Godoy, servía milanesas a los demás obreros y al cronista de la revista La Vaca, ajeno al estereotipo de lo que se supone que es una "imagen gerencial".

Albert también visitó una cooperativa de cerámicos que produce ladrillos en el kilómetro 27.200 de la Ruta 3, en La Matanza. Allí preguntó al presidente de la cooperativa, Ramón Corvalán, y al tesorero, Hugo Espinoza:

-¿Cómo deciden de qué se habla en las asambleas?

-Cada sector propone los temas.

-¿Cuánto dura cada uno en su cargo?

-Unos dos años, pero la asamblea puede revocarlos cuando quiera.

Cada sector nombra delegados para el Consejo de Administración, que se reúne una vez a la semana. Albert le preguntó a Hugo Espinoza desde cuándo trabaja como tesorero y qué hacía antes.

-Estoy acá desde hace un año y seis meses. No me queda tiempo para volver a lo de siempre: yo soy foguista, trabajaba en el horno.

-¿Qué trabajo te gusta más?

-Aquel- contestó Hugo, refutando la idea de que los cargos más desea-

dos son los directivos-. Lo que pasa es que hago esto porque alguien lo tiene que hacer. Acá entendimos que nosotros podíamos manejar esto, sin necesidad de gerentes.

-Pero cuando eras foguista, y terminabas de trabajar todo un día en esa tarea física y repetitiva ¿no estabas cansado?

-No. Me iba a mi casa y trabajaba de albañil. Así levanté toda mi casa, porque quería trabajar para el bienestar de mi familia. Desde que estoy en este cargo, no pude hacer nada más en mi casa. Me encantaría volver al horno.

Es sumamente importante entender que el procedimiento básico de ensayo y error es fundamental para la organización del trabajo. Albert preguntó a obreros de varias cooperativas qué pasaría si en la asamblea uno quiere ganar el 50% más de lo que gana. La mayoría respondió que un requerimiento semejante estaría completamente fuera de lugar. No obstante, también le contaron que en Química del Sur hubo un reclamo semejante y se generaron enormes problemas. A los que cobraban más les decían: “Trabajá vos, ya que ganás tanto”. A los dos meses el conflicto terminó, y formaron un sistema de ingresos igualitarios.

En un frigorífico Albert observa una escena impactante (cientos de vacas chorreando sangre tras su paso por el matadero, unos les quitan el cuero, deshollándolas, otros las abren, otros les cortan las cabezas, otros les quitan las entrañas), y comenta: “Estos hombres, con lo que hacen, tendrían que ganar mucho más que los que están en el consejo de administración”. Si una persona pasa su tiempo de trabajo en una línea de montaje, o realizando el mismo corte en una vaca una y otra vez, y otra pasa más tiempo en la oficina, cómodamente, registrando ventas y finanzas, quien realiza la tarea monótona debería recibir mayor remuneración, básicamente porque se trata de un trabajo más difícil y que provoca un daño mayor.

Albert da detalles sobre las implicaciones prácticas de un complejo de trabajo equilibrado:

Se toman todas las tareas importantes, todas la repetitivas y en lugar de dividir el trabajo de forma que un pequeño grupo haga uno y la mayoría haga el otro, todos tienen una porción justa de tareas. El trabajo equilibrado permitiría que cada obrero haga dos o tres horas por día de trabajo interesante, y el resto el trabajo monótono. De ese modo, todos estarían

interesados en lograr que las tareas monótonas sean menos debilitantes, y habría una tendencia a mejorar la calidad del trabajo. En el frigorífico, los que tienen el mejor trabajo no hacen nada de cortes, y no están tan motivados para mejorarlo o hacerlo menos debilitante (repetir el mismo corte lesionando los músculos).

Lydia Sargent, compañera de Albert, opina: “*Yo creo que directamente no deberían existir ciertos tipos de trabajo. La sociedad debería manejarse para hacerlos una hora por día, si son necesarios. Pero eso partiría de tener un control de la economía. Mientras tanto, no habría que tener a nadie cortando carne ocho horas por día. O todos comemos carne prefabricada, o todos cortamos una hora por mes o una hora por año*”. Las fábricas sin patrón son el ámbito adecuado que permite discutir este tipo de cuestiones en un lugar y en una situación concreta.

Albert advierte:

*No todos tienen que hacer todo. Imaginemos un hospital. Hay un cirujano, y yo limpio. Ocupamos el hospital. Si mantene-
mos la diferencia, con el tiempo el salario del médico va a
subir, y el mío no. Pero si cambiamos al hospital para que yo
empiece a hacer una combinación de tareas, algo de limpieza
pero también tareas más conceptuales, estimulantes, todo se-
ría distinto. Yo no haría operaciones, pero sí tendría un cono-
cimiento mayor del funcionamiento del lugar, más confianza,
más capacidad de influir. No miraría al cirujano como a un
dios. Y él tendría que hacer algo de limpieza también.*

Interesado por saber si en las fábricas argentinas recuperadas en forma de cooperativa se desarrolló una nueva división del trabajo para permitir y apoyar nuevos procedimientos en la toma de decisiones, Albert requiere información por parte de Adamovsky, que le responde:

*Hay también una tendencia casi intuitiva hacia el principio
de que las personas deben compartir las tareas pesadas o des-
agradables. En mi asamblea, por ejemplo, la gente trabaja-
dora se resiente inmediatamente si aquéllos con mayor nivel
educativo o extracción social más alta no ayudan a limpiar el*

piso, cocinar, levantar objetos pesados, etc. Del mismo modo, sé que algunos de los grupos piqueteros prestan gran atención a este tema, y a la capacitación de todos para que puedan desarrollar las tareas más complejas y calificadas, incluyendo las políticas. En general, las personas que forman parte de los movimientos detestan a los “coordinadores” o “mandones”, aún si la idea de que exista semejante cosa como una “clase coordinadora” no es todavía muy común. Sé también que obreros de las fábricas recuperadas comparten algunas de las tareas que previamente sólo estaban reservadas a obreros especializados o a obreros sin ninguna calificación. Pero las viejas costumbres no se mueren fácilmente, en especial en un contexto de mercado, y con todos los mensajes que vienen de los medios de comunicación. Si los movimientos argentinos tuvieran una comprensión más clara de los motivos que tornan necesario cambiar la división del trabajo, y sobre todo, de la conveniencia del trabajo equilibrado y sin clases, de que esto no sólo ayudaría a realizar el trabajo mejor que antes, sino que incluso serviría para eliminar todas las jerarquías duras, esta comprensión ayudaría incluso a los que están hoy más comprometidos con ese tipo de cambio, y ciertamente ayudaría a todos los demás a luchar en contra de esas viejas costumbres y también contra los individuos que quieren conservarlas. Poner estas cuestiones en la perspectiva de una visión más abarcadora, como propone Parecon, sería indudablemente muy útil.

Cuando Albert pregunta si cree que los obreros apoyarían la idea de equilibrar los trabajos agradables con los desagradables, y especialmente cuánta resistencia piensa que se puede generar en el grupo que podríamos denominar “clase coordinadora” y entre los que tienen mayor educación, Adamovsky responde:

Uno de los obreros de Grissinópolis una vez me explicó, con una mirada triste en sus ojos, lo difícil que le resultaba convencer a sus compañeros de que ellos realmente podían manejar su propia empresa. Al principio, pensaron que él estaba loco. Pasó mucho tiempo hasta que algunos de los obreros

descubrieron que ellos no eran peores que ninguno de los gerentes que habían tenido antes, y que, de hecho, conocían su trabajo mucho mejor. Me imagino que la resistencia contra el principio de “equilibrar tareas agradables y desagradables” sería bastante dura, no sólo de parte de los coordinadores que defenderían sus privilegios, sino también de los mismos obreros. Si las personas se sienten impotentes, tienden a confiar en la “experiencia” y el “conocimiento” de aquéllos que, por contraste, se sienten “capaces”. Como yo soy un buen orador, mis compañeros me pedían muchas veces, sobre todo al principio, que los representara cada vez que había que hablar en público. Pero asumir esa tarea, por supuesto, me daba la oportunidad de mejorar cada vez más como orador, de ganar más experiencia, mientras otros compañeros permanecían callados. Y esto tendía a reproducir y reforzar la desigualdad en este campo específico: yo acumulaba experiencia, indirectamente, “a expensas” de los demás. Entonces, en un momento decidí negarme a cumplir ese rol todo lo posible, lo que indirectamente “obligaba” a otras personas a animarse e intentar hacerlo ellos mismos. Lo gracioso es que a veces tuve que resistir fuertes presiones de compañeros que querían que siguiera desempeñando ese papel de “coordinador”, y a veces se enojaban conmigo. “Vos lo hacés mejor, entonces hacelo” me decían. Para algunos, atreverse a “tomar el control” y asumir esa responsabilidad era doloroso, y siempre les era más fácil confiar en que lo hiciera otro. Pero, obviamente, tras romper esa inercia, descubrí que sos perfectamente capaz de hacer cosas nuevas que antes te parecían difícilísimas. Quienes dan ese paso inmediatamente se entusiasman, y ya nunca pierden la voluntad de ser protagonistas. Es el camino inverso del capitalismo: en lugar de sumirte en la impotencia, el protagonismo te potencia. Este ejemplo era para decir que imagino que el principio de “equilibrar trabajos” va a encontrar una resistencia feroz, probablemente tanto de arriba como de abajo. Va a implicar un esfuerzo largo y paciente de parte de aquéllos comprometidos con la idea. Ser capaz de compartir su especialización y capacitar a otros, sin reforzar ellos mismos su rol como coordinadores. Lo imagino

como un período riesgoso, una larga transición durante la cual los coordinadores pueden elegir sacar provecho de las presiones de abajo que recién describí para mantener su poder. Parecon es un hito visionario y necesario en este aspecto, porque proporciona un análisis muy claro de los efectos negativos tanto de la existencia de una clase propietaria como de la de una clase coordinadora.

Ejemplos como estos podrían llevar a obreros de otras fábricas a pedir lo mismo, o a luchar para trabajar en las mismas condiciones. Se trata de un nuevo esquema económico y de una nueva división del trabajo.

Las tareas estimulantes ayudan a desarrollar la confianza en uno mismo, en principio porque permiten adquirir nuevas habilidades y conocimientos, mientras los trabajos más repetitivos, tediosos, aburridos, cansadores y exigentes, no brindan una sensación de poder y estímulo. Albert confía en que con el tiempo el primer grupo tenderá a dominar a los demás, y a tener un rol preponderante en la toma de decisiones.

Esta estructura básica no es cerrada, a partir de un esquema semejante comienza el intercambio de opiniones, se inicia un diálogo que puede contemplar particularidades para cada ámbito de trabajo. Por ejemplo, no todos creen que las tareas administrativas sean mejores que las otras. En las cooperativas argentinas los trabajadores tienen poder de decisión sobre lo que ocurre. No es una utopía sino una realidad. Las tareas que realizaba la gente que se fue de la fábrica están a cargo de los obreros, que la desarrollan con eficiencia, quizá porque hay menos personas encargadas de la gerencia y de la administración. Por otra parte, el trabajo se hace con mayor diligencia porque los obreros sienten que la fábrica es suya.

10.6. ¿HAY ALTERNATIVA PARA LAS INSTITUCIONES ACTUALES?

El error es tan común en política como en ciencia, pero la corrección del error es mucho menos frecuente en la política que en la ciencia, porque a la mayor parte de los políticos les interesa más el poder que la verdad. (Mario Bunge)

Lamentablemente muchas personas creen que no hay alternativa para las instituciones presentes, que debemos convivir con grados escandalosos de inequidad y que concebir otras formas de organización social es “ingenuo”.

Siempre usan esta palabra que nada describe y sólo expresa desprecio. Todas las formas novedosas de convivencia han merecido en un comienzo el mismo mote despectivo, desde la abolición de la esclavitud hasta la igualdad ante la ley por la que luchó la Revolución Francesa. Es falso que no hay alternativa al capitalismo. De lo que se trata es de aprender de los errores de cada sistema y buscar formas menos inicuas de convivencia.

No hay una única manera de llevar adelante una economía participativa. Al igual que ocurre en el capitalismo, cada ámbito aplicará un enfoque diverso a los problemas. Escribe Albert:

¿Cuánto tiempo hace falta hasta que nos demos cuenta de que un amplio número de ciudadanos de sociedades desarrolladas no van a arriesgar lo que tienen, por muy poco que sea en algunos casos, para perseguir un objetivo del que no tienen ninguna idea clara? Ofrecer una visión política que abarque legislación, implementación, adjudicación y cumplimiento de la ley, que muestre cómo cada una de esas funciones debería llevarse a cabo de un modo no autoritario que promueva los valores que defendemos, no sólo proveería a nuestros activistas contemporáneos de valores y esperanza a largo plazo, sino que también iluminaría nuestras respuestas inmediatas a los actuales sistemas electorales, legales, ejecutivos y judiciales y todas nuestras elecciones estratégicas.

Albert se muestra preocupado por ciertas formulaciones y estilos extraños que siguen infiltrándose en los que se describen a sí mismos como anarquistas, y espera que tengan poco apoyo en la comunidad anarquista más amplia.

Se me ocurre, por ejemplo, la opinión de que la tecnología es en sí misma una enemiga de la justicia y de la libertad. O que todas las instituciones por su propia naturaleza violan la libertad humana. O la opinión de que tener alguna relación con las estructuras políticas o sociales actuales es una señal automática de hipocresía o de alguna intención veleidosa. O que las reformas son por su propia naturaleza partidarias del sistema y por lo tanto, deben evitarse a toda

*costa y castigar a aquellos que las persigan. Esas extrañas concepciones, que se denominan a sí mismas anarquistas pero que realmente no lo son, no llegan al corazón del asunto de la actual injusticia social contemporánea, como presumen sus defensores, sino que en vez de eso, saltan de valoraciones y prescripciones útiles hacia la autodestrucción y el sectarismo anarquista como ideología. Después de un siglo de oponerse a las relaciones políticas autoritarias, el anarquismo no ofrece clara y ampliamente una extensa y consumada visión política.*¹²⁸

Aunque su propuesta se inscribe en la tradición libertaria, Albert no propone eliminar el Estado-Nación. Duda que tal fin sea muy importante, o incluso deseable, y no está seguro de que tenga un sentido realista. A su modo de ver la eliminación de los estados-nación sería homogeneizadora y reduciría la diversidad (habría una sola lengua, una sola cultura). En contraste con el Fondo Monetario Internacional y otras instituciones que imponen sus condiciones a los mercados y a los Estados nacionales, Parecon ofrece como modelo un internacionalismo al servicio del pueblo que se plantea como objetivo reforzar la democracia, crear una Agencia Internacional de Recursos, una Agencia Global de Asistencia a la Inversión y una Agencia para el Mercado Mundial, cuya eficiencia esté acreditada y se sitúe por encima de las penosas economías domésticas actualmente existentes.¹²⁹

Creo que el modelo de Parecon tiene la virtud de proponerse lo que el anarquismo no pudo lograr desde sus inicios, y es ofrecer de manera clara, extensa y concreta un procedimiento de organización social menos inicuo y menos autoritario, en el que el ciudadano pueda incidir de manera concreta en sus propios asuntos. Un modelo semejante contribuiría a dar sentido a la vida de millones de personas que desarrollan trabajos embrutecedores o monótonos, otorgaría trabajo a los desocupados, y haría descender significativamente la desigualdad y, por tanto, la violencia social.

EPÍLOGO

Yo no supe que era pobre, hasta que me fui de mi barrio.

(Oyente de un programa de radio)

Quien no está preso de la necesidad, está preso del miedo: unos no duermen por la ansiedad de tener las cosas que no tienen, y otros no duermen por el pánico de perder las cosas que tienen.

(Eduardo Galeano)

El editorial sobre las noticias policiales no lo hace un editorialista, ni siquiera un famoso: lo hace la víctima o lo hacen los familiares cercanos, que desde luego están indignados. A partir de la descripción que la víctima hace de un hecho policial, se describe un país. Es un mecanismo perverso tan sencillo que no sé cómo no resulta evidente. El sistema encarga la opinión sociológica a la víctima de un delito y describe la realidad del país a través de un hecho policial. Es un vicio del pensamiento insoportable. (Alejandro Dolina)

La inseguridad es el precio que pagamos por vivir en un mundo extremadamente desigual. He señalado en el primer capítulo de este libro cómo gran cantidad de estudios científicos de todo el mundo, incluida la Argentina, evidencian que el factor que más correlaciona con la inseguridad es la desigualdad y que la inmensa mayoría de los delitos son atentados contra la propiedad privada. Si no tenemos en cuenta qué factor es el que más correlaciona con la violencia social -según la evidencia científica y no según la mera opinión-, difícilmente podamos resolver el problema. Esta correlación permite incluso predecir el porcentaje con el que pueden incrementarse los atentados contra la propiedad privada. Señalé que, según el estudio de los argentinos Cerro y Meloni, mientras un incremento del desempleo del 10% aumenta la tasa de delito en 1,9%, un aumento del 10% en la desigualdad de ingresos aumenta la delincuencia en un 3%. En la Argentina el 10% de la población concentra entre el 32 y el 37% de la riqueza, y el 20% tiene más de la mitad. El 10% más rico gana en promedio 33 veces más (28,24 según las cifras poco creíbles del INDEC del 2010) que el 10% más pobre (en Noruega 6, en España 10, en promedio en el conjunto de América Latina 50). El problema de la inseguridad está primariamente relacionado con el de la pobreza relativa (es decir, con la desigualdad y no con la indigencia), que es el con-

cepto de pobreza de las sociedades democráticas, por cuanto proponen al menos en teoría las mismas posibilidades de desarrollo a todos los individuos. Por eso el conflicto expresa la tensión entre democracia y desigualdad, el de una sociedad que muestra a millones de personas bienes y opciones de desarrollo a las que nunca accederán.

Este conflicto y sus consecuencias nos llevan a preguntarnos si podemos hablar de democracia sobrepasados ciertos niveles de desigualdad. Si la democracia es una forma de convivencia en la que individuos libres e iguales rigen sus propios asuntos, difícilmente nos encuadraremos plenamente en esta forma de organización política. El nivel de pobreza que tiene una persona en parte es definido por el nivel de los ricos que viven en la misma sociedad. De modo que el problema de la inseguridad se vincula con el de la pobreza, pero no sólo ni fundamentalmente con el sentido tradicional del término, el de pobreza absoluta, que es la situación de quien no cubre bienes básicos de la canasta familiar, sino con el de pobreza relativa. Es decir, está directamente relacionado con la riqueza y por eso no se resolverá definitivamente mientras no se ponga un límite a la acumulación, mientras no disminuya de manera significativa la desigualdad, no se ponga un límite al derecho de herencia de modo que nadie pueda estar eximido de trabajar y no se adopten otras medidas redistributivas.

La necesidad económica no genera por sí sola el delito, pero crea las condiciones para la pérdida de los lazos comunitarios y para el debilitamiento familiar, lo que vuelve más probable la participación en delitos. De modo que la desigualdad y la necesidad económica son los más importantes factores de riesgo, pero no agotan la explicación del fenómeno.

Algunos investigadores tratan de desvincular a la violencia social de la pobreza, por un lado porque los delitos de cuello blanco están a la orden del día, y el sistema penal sanciona con mayor severidad los delitos que cometen las personas que pertenecen a los sectores sociales más marginados y no los delitos más graves, y por el otro porque no quieren que los grupos de menores recursos sean estigmatizados con una sobregeneralización que los consideraría a todos, o a la mayoría, delincuentes, estableciendo la condición de posibilidad como para que sean objeto de una mayor represión. De los 6 millones de niños y jóvenes menores de 20 años en condiciones de pobreza, poco menos del 2% se vuelca al delito. Este porcentaje implica más de 100.000 participantes en delitos, pero por el otro lado muestra que el 98% busca otros caminos para resolver sus problemas, pese a las dificultades para alimentarse, estudiar, trabajar, tener una casa y adquirir los bienes mínimos para la subsistencia. Pero

aunque las personas en conflicto con la ley son una absoluta minoría entre quienes pertenecen a los sectores económicamente menos favorecidos, aún así representan la inmensa mayoría de los encarcelados.

¿Somos conscientes de que tener a más de un tercio de la población en la pobreza es una bomba de tiempo? (Si tomáramos el encuadre de la pobreza relativa que, como decíamos, mide la desigualdad, este porcentaje sería mucho mayor). Tras 27 años de democracia, ¿cómo es posible estar en esta situación en la que pocos tienen mucho y muchos no tienen nada? Durante la década del noventa la preocupación por la pobreza y la justicia social se convirtió en preocupación por la inseguridad, un concepto que engloba formas muy diferentes de transgredir la ley y expresa el encuadre de los sectores medios y altos de la sociedad. ¿Hay mayor inseguridad que no disponer de los bienes básicos para mantenerse con vida? Si, como decía Gandhi, la democracia es el sistema en el que los más débiles tienen las mismas oportunidades que los más fuertes, una democracia verdadera no puede ser manejada desde arriba por unos pocos.

En quienes atentan contra la propiedad privada no sólo está presente la voluntad de alcanzar estándares de consumo sino el deseo de reconocimiento, una necesidad humana básica (que no hay que confundir con la ansiedad por el estatus ni con las ganas de ser famoso). Es en este sentido que puede sostenerse que el llamado fenómeno de la “inseguridad” es propio de las sociedades democráticas, es decir, de contextos en donde se produce una brecha entre las expectativas y objetivos (en este caso, de reconocimiento) que genera la sociedad y las posibilidades reales de lograrlos. Las bandas de jóvenes que se dedican a tareas delictivas responden a esquemas jerárquicos y alternativos de poder y reconocimiento que consagran el orden ético de una vida marginal, con un sistema de regulaciones sociales en las que se puede llegar a posiciones de prestigio y poder que son negadas en la sociedad mayor. Las jerarquías profesionales que existen en los sectores medios y altos tienen su correlato en el mundo del delito en el “chorro de caño” (el que goza de mayor prestigio), el armero (el encargado de guardar las armas) y en el “piloto” (el conductor del auto en el que se produce la fuga).

Es posible contribuir a resolver este problema organizando la sociedad de modo que todos gocen del derecho y de la verdadera oportunidad de ser reconocidos en el desarrollo de un trabajo enriquecedor y creativo. La única manera de hacerlo es que también todos tengan el deber de compartir las tareas más embrutecedoras y reiterativas que todavía son necesarias para la supervivencia social, que se disminuya la inequidad, se creen oportunidades

que alcancen a todos y se mejore el sistema educativo para que resulte una motivación eficaz que ayude a encontrarle un sentido a la vida y a ser reconocido por acciones que beneficien tanto al individuo como a la sociedad.

Es raro que una persona en conflicto con la ley que pertenece a los grupos económicamente menos favorecidos, haya terminado el colegio secundario y encontrado un sentido para su vida. De acuerdo a los trabajos de campo de Daniel Míguez, el 80% de los empleos que pueden obtener son de baja calificación y de baja retribución económica. En el mundo contemporáneo el trabajo brinda identidad a las personas, y la falta de trabajo y de normas a menudo implica la pérdida de estímulos que organizan la vida y la pérdida de los lazos de contención. La extrema violencia de los delitos, aunque injustificable desde una perspectiva ética, en parte expresa la justa indignación de jóvenes que perciben que la situación de desigualdad social a la que se ven expuestos tanto ellos como sus familias son injustas.

Producen mayor impacto las muertes provocadas por la inseguridad que las generadas por la indigencia porque conocemos a estas últimas por estadísticas y a las primeras a través de relatos singulares, y son estas historias las que generan una huella emocional significativa en el espectador. Mueren muchos más pobres que ricos, no sólo como consecuencia del hambre sino también en actos de violencia. Pero estas muertes no son percibidas, nadie manifiesta en la calle por ellas. Dejar morir nos parece menos grave que matar, aunque ambas acciones sean deleznales. Cuando muere un integrante de las clases media o alta, una persona con aspecto europeo y todos los dientes en su lugar, nos encontramos ante un conflicto de la seguridad pública. ¿Existe mayor inseguridad que la de no contar con bienes básicos para la vida, no recibir una buena educación o estar desocupado y sin ahorros ni seguro de desempleo? Para la mayoría se trata, sin embargo, de inseguridades “abstractas”, que no movilizan emocionalmente ni se traducen en acciones como los episodios que reconocemos bajo el término “inseguridad”.

No habrá Derechos Humanos mientras no construyamos una sociedad sin explotadores ni explotados. El capitalismo no respeta los derechos humanos porque transforma a un individuo en objeto para el servicio de otro individuo, degradándolo a la condición de “recurso”, de mera “cosa” (de allí, como señalé anteriormente, la categoría de “recursos humanos”). Un país que se precie de democrático es incompatible con la pobreza y con la extrema desigualdad. Los Derechos Humanos refieren a bienes básicos para una vida digna y son relativos a toda persona por el simple hecho de formar parte de condición humana. Argentina debería disponer de un sistema de conten-

ción que no cambie con las distintas administraciones. Al igual que Holanda, Alemania y otros países, debería contar con alguna forma de ingreso universal o subsidio focalizado que, indexado de acuerdo a los incrementos reales de la inflación, garantice que toda persona acceda a bienes básicos que le permitan mantenerse dignamente con vida. Esto explica cómo países que tienen altos índices de desocupación cuentan con niveles de inseguridad más bajos que los de Argentina. Haya o no trabajo, sea quien sea el presidente, esa red de contención se mantiene y garantiza derechos humanos básicos.

¿Es posible vivir pacíficamente allí donde cada vez se acrecienta más la desigualdad, donde sólo imperan políticas gradualistas y hay personas que no acceden a bienes básicos para la vida? Cuando una porción significativa de la población no accede a estos y otros bienes, es difícil que haya paz, porque eso implica que no hay justicia. Las personas privadas de sus tierras y de sus medios de supervivencia tradicionales deben habitar en una naturaleza cada vez más degradada por una economía que amenaza la supervivencia humana, que requiere de diversidad botánica y animal, de suelos fértiles y agua limpia. Los grupos económicamente más favorecidos emigran a otros países o viven temerosos y encerrados, los menos favorecidos no pueden acceder a bienes que la sociedad promueve como accesibles y también padecen asaltos y arrebatos. El alto índice de criminalidad en América Latina ha provocado que, según el latinobarómetro del 2007, el 73% de los ciudadanos latinoamericanos haya declarado que constantemente siente temor de ser víctima de un delito violento y que el 63% declare que su país es muy inseguro.¹³⁰

Cuando la situación económica se degrada, el delito y el crimen crecen. No se resolverá el problema de la inseguridad si no hay cambios significativos en la distribución de la riqueza. Ningún país resolvió el problema con la política de mano dura. Como he señalado, el régimen de “Tolerancia cero” implementado en Nueva York coincidió con una ligera baja del crimen porque en ese período también bajó la desocupación. El problema de la violencia no se resuelve construyendo muros y estigmatizando, sino contribuyendo a que cada ciudadano pueda encontrar un sentido para su vida, desarrollando un trabajo enriquecedor al menos en parte de su jornada laboral, atendiendo a las necesidades básicas y a las que se determinan en promedio por el estándar de vida de cada sociedad en particular. Todas las culturas han promovido la solidaridad y la compasión, que implican no sólo saber que se es parte de la humanidad, sino sentirlo y actuar en consecuencia. No hemos logrado transferir cabalmente esa enseñanza ética a la esfera de la política. Si no lo hacemos, si estas medidas necesarias no son adoptadas, será difícil que

reine la paz. Continuaremos viviendo en un mundo con demasiada injusticia, y no debería sorprendernos que se sigan cometiendo actos ilegales.

Algunos pensarán que muchas de las soluciones al problema de la inseguridad propuestas en este libro son utópicas. Durante siglos pensar en la abolición de la esclavitud fue considerado una utopía. A partir del siglo XIX ya no lo fue. Durante siglos pensar en la caída del Imperio Romano fue considerado una utopía. En el 473 cayó el Imperio Romano de Occidente y en 1453 el de Oriente o Imperio bizantino.

Durante siglos pensar que el ser humano pudiera volar fue considerado una utopía. Hoy el avión es uno de los medios de transporte más seguros que existen. Durante siglos pensar que la mujer pudiera votar fue considerado una utopía. En la actualidad las mujeres votan. Durante el siglo XVI Tomás Moro sintetizó su modelo de sociedad deseable en su libro *Utopía* (fue la primera vez que se utilizó esta palabra). Por entonces llevar a la práctica esta Utopía fue considerado una utopía. En el siglo XX la Unión Soviética y otros países tuvieron varios elementos en común con el proyecto de Moro.

Durante décadas pensar en disminuir la cantidad de muertes ocasionadas por el tabaco fue considerado una utopía. Hoy los países que tienen leyes nacionales antitabaco han reducido la cantidad de muertes derivadas de esta droga.

Si alguien quiere descalificar un cambio social propuesto por su interlocutor diciéndole “Hacer X es utópico” o “Instaurar Y es demasiado idealista”, debería recordar que así como nacen, las instituciones humanas pueden desaparecer.

Hemos sido persuadidos de que esta forma de convivencia es la única posible, pero no es así. La riqueza y el peligro de las utopías no reside en que permanezcan en el interior de nuestra imaginación, sino en que se conviertan en realidad.

NOTAS

1. Ariely, Dan, *Las trampas del deseo*, Ariel, Barcelona, 2008.
2. Haidt, Jonathan, *La hipótesis de la felicidad*, Gedisa, Barcelona, 2006.
3. El coeficiente de Gini en Holanda es de 3,09, el de Grecia de 0,33 y el de Turquía del 0,41. El de Argentina es de 0,51.
4. Ariely, Dan. Ibid.
5. Restak, Richard, *Nuestro nuevo cerebro*, Urano, Barcelona, 2005.
6. La exposición está disponible en internet dividida en cuatro partes. Poner en el buscador de www.youtube.com: “La inseguridad, sus verdaderas causas. Dra. Roxana Kreimer. Parte 1 de 4”, luego poner “La inseguridad, sus verdaderas causas. Dra. Roxana Kreimer. Parte 2 de 4”, luego “La inseguridad, sus verdaderas causas. Dra. Roxana Kreimer. Parte 3 de 4”, y por último “La inseguridad, sus verdaderas causas. Dra. Roxana Kreimer. Parte 4 de 4”.
7. Fanjnzylber, Pablo, Lederman, Daniel y Loayza, Norman, “Determinants of Crime Rates in Latin America and the World: An Empirical Assessment”. Disponible en World Bank:
http://siteresources.worldbank.org/INTKNOWLEDGEFORCHANGE/Resources/491519-1199818447826/multi_page.pdf
8. Pompei, E., “Las consecuencias sociales de la distribución”, *Enoikos*, abril 1999, pp. 69-79.
9. Cerro, A. y Meloni, O, “Análisis económico de las políticas de prevención y represión del delito en la Argentina”, Eudecor, Córdoba, 1999.
<http://www.face.unt.edu.ar/inveco/profesores/97/Premio%20ARCOR%2099.pdf>
10. Fanjnzylber, Pablo. Ibid.
11. La tasa de delincuencia y las probabilidades de arresto y sentencia fueron computadas a partir de series obtenidas del Registro Nacional de Reincidencia y Estadística Criminal. La tasa de desempleo fue extraída de la Encuesta Permanente de Hogares que publicó el INDEC durante esos años. De este organismo también se lograron los datos de población y educación que se utilizaron en la construcción de la variable desigualdad de ingreso. Las series de gasto en justicia y seguridad se obtuvieron de la Secretaría de Programación Económica y Regional del Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos y las estimaciones del PBI per cápita de Mirabella y Nanni (1998). Las variables utilizadas y su definición se especifican a continuación:
 - Delincuencia: Tasa de Delincuencia medida como el número de delitos con intervención policial cada 10.000 habitantes. La población fue estimada utilizando los datos del censo de 1980 y 1991.
 - Prob. Arresto: Probabilidad de arresto medida como número total de arrestos relativo al número de delitos totales.
 - Prob. Sentencia: Probabilidad de sentencia calculada como el número de sentencias relativo al número de arrestos.
 - Sentencia por Habitante: Número de Sentencias condenatorias por habitante.

- Gasto en Seguridad: Gasto público per cápita en seguridad.
 - Gasto en Justicia: Gasto público per cápita en justicia.
 - Desempleo: Tasa de desempleo anual, calculada como promedio.
 - PBIpc: PBI per cápita. Las estimaciones del PBI están expresadas en precios constantes de 1993.
 - Desigualdad: Un aumento en la probabilidad de arresto, por ejemplo de un 10%, disminuiría la tasa de delito en un 1,26% a 1,32% de acuerdo al modelo considerado. En tanto que un aumento en la probabilidad de sentencia también del 10%, disminuiría la tasa de delito en 1,98% a 2,2%.
12. Kliksberg, Bernardo, Sen, Amartya, *Primero la gente*, Deusto, Barcelona, 2007, p. 249.
 13. Smith, Adam. *La Riqueza de las Naciones*, Ediciones Orbis, 1983, Libro V, Cap. I, Parte II, pp. 24.
 14. Zhang, Junsen, “The Effect of Welfare Programs on Criminal Behavior: A Theoretical and Empirical Analysis. *Economic Inquiry*”. Vol. 35. enero 1997.
 15. Míguez, Daniel. *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Biblos, Buenos Aires, 2008. pp. 37.
 16. Daly, Wilson, & Vasdev, “Income Inequality and Homicide rates in Canada and the United States”, *Canadian Journal of Criminology*, Canadá, abril 2001.
 17. Fleisher, Belton M. “The Effect of Income on Delinquency.” *American Economic Review* 56, 1966: pp. 118-37.
 18. Ehrlich, Isaac. “Participation in Illegitimate Activities: A Theoretical and Empirical Investigation.” *Journal of Political Economy* 81, 1973, pp. 521-65.
 19. Merton, R.K.. “Social structure and anomie”, en R.K.Merton, *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press, 1938.
 20. Short, J.F., Strodtbeck, F. I. *Group Process and Gang Delinquency*, Chicago, Chicago University Press, 1965.
 21. Kliksberg, B., y Sen, A., *Ibid*.
 22. United Nations Human Development Report.
 23. Chiricos, T. G. “Rates of crime and unemployment: an analysis of aggregate research evidence”. *Social Problems*. 34. pp. 187-212.
 24. Sullivan, M. *Getting Paid: Youth Crime and Work in the Inner City*. Ithaca. Cornell University Press, 1989.
 25. Míguez, Daniel, *Los pibes chorros, estigma y marginación* Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004.
 26. Míguez, Daniel, *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Biblos, Buenos Aires, 2008, pp. 112 En esa página se describe un arrebato de zapatillas. Kessler (2004. pp. 177) también reproduce un diálogo en el que lo primero que compra un joven después de robar es un par de zapatillas marca Nike. Otro testimonio en torno a la obtención de zapatillas caras fue suministrado por un joven de dieciséis años que, con un revólver en la mano, en la emisión del 1 de julio del 2009 en el programa de televisión “Vidas Paralelas” (América TV, 22.15hs) contó que apenas obtuvo el botín en uno de sus robos, se compró por \$480 -unos U\$S 130- las zapatillas que llevaba puestas.
 27. Zoom, Canal 13, julio de 2009.

28. Míguez, Daniel, *Ibid.* pp. 44.
29. *Ibid.*, pp. 52.
30. Kessler, Gabriel, *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires, 2004, pp.264.
31. Cerro y Meloni, *Ibid.*
32. Freeman, S. Grogger, J. and Sonstelie, J. “The Spatial concentration of Crime. *Journal of Urban Economics*” Vol. 40 number 2, September, 1996.
Gabriel Kessler, *Sociología del delito amateur*. Paidós. 2004, pp. 282
33. Míguez, Daniel, *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Biblos. Buenos Aires. 2008, pp. 23
34. Míguez, *Ibid.*, pp. 36
35. Olin Wright, Eric (Editor), *Repensando la distribución*, Ideas, Bogotá, 2008
36. Kliksberg, Bernardo. *Enfrentar la inseguridad ciudadana*, Foro de Profesionales Latinoamericanos de Seguridad,
<http://www.forodeseguridad.com/artic/reflex/8098.htm>
37. Kliksberg, B., *Ibid.*
38. Castro y otros, 2001.
39. “Confinan a chicos en neuropsiquiátricos”, *Diario Crítica*, 3 de sept. del 2009,
<http://criticadigital.com/impresa/index.php?sec=nota&nid=30233>
40. Kliksberg, B., y Sen, A., *Ibid.*, pp. 247.
41. Kliksberg, B., y Sen, A., *Ibid.*
42. Albert, Michael, *Parecon. Vida después del capitalismo*. Akal , 2005.
43. Reportaje a José Nun, “Hay que reinstalar el impuesto a la herencia para financiar la cultura”, *Clarín*, 29/08/2006,
<http://edant.clarin.com/diario/2006/08/29/sociedad/s-03701.htm>
44. Kuure, T. Literature review - Finland. En A. Stevens, & B. Gladstone (Eds.), “Learning, not offending: Effective Interventions To Tackle Youth Transition To Crime In Europe”. Brasted,: RPS Rainer, 2002.
Alex Stevens, Mike Trace and Dave Bewley-Taylor, *Reducing Drug Related Crime: An Overview Of The Global Evidence*, 2005, disponible en www.internationaldrugpolicy.net/reports/BeckleyFoundation_Report_05.pdf
45. “Drug Treatment Alternative To Prison Program. An Evaluation By The National Center On Addiction And Substance Abuse”. Disponible en <http://www.cor.state.pa.us/stats/lib/stats/DTAP.pdf>
46. *Ibid.*
47. Kosovsky, Darío, *El ciudadano sheriff. Armas y violencia en la Argentina*, Capital Intelectual, 2006
48. “Muere más gente baleada que por accidentes de tránsito. Muerte violenta: estadísticas oficiales sobre la Ciudad de Buenos Aires”, *diario Clarín*, 13 de junio del 2005,
<http://www.clarin.com/diario/2005/06/13/policiales/g-04015.htm>
49. Informe de la periodista Miriam Lewin para el programa de televisión “Telenoche Investiga”, Canal 13, martes 21 de julio del 2009.
50. Programa de televisión “La cornisa”, América TV, 19 de julio del 2009.
51. Telenoche investiga: Los argentinos sin mesa, Canal 13, 21 de julio del 2009.

52. Miguez, Daniel, *Los pibes chorros, estigma y marginación Buenos Aires*, Capital Intelectual, 2004, pp. 44.
53. Miguez, Daniel, *Ibid.*, pp. 44.
54. Miguez, *Ibid.*, pp. 47.
55. Diario La Nación, Jaime Rosemberg, “La Argentina, entre los países más corruptos” 23 de setiembre del 2008.
56. “Para Aníbal Fernández, el patrimonio K es propio del capitalismo”, Política Por Nel, 21 de Julio del 2009.
<http://www.banite.com.ar/2009/07/21/para-anibal-fernandez-el-patrimonio-k-es-propio-del-capitalismo/>
57. Kliksberg, *Ibid.*, pp. 234.
58. Kliksberg, B., y Sen, A., *Ibid.*, pp. 244.
59. New York Times, 25 de enero del 2007.
60. Kliksberg, *Ibid.*
61. *Ibid.*, pp. 238.
62. CORREPI (Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional)
<http://www.correpi.lahaine.org/>
63. www.crim.cam.ac.uk/
Gendreau, Paul, Goggini, Claire, Cullen, Francis, Andrews, Donald, *The Effects of Community Sanctions and Incarceration on Recidivism*, Correctional Service Canada, 2000,
http://www.csc-scc.gc.ca/text/rsrch/compendium/2000/chap_3-eng.shtml
65. Esteve Freixa i Baqué, “¿Para qué sirven las cárceles”, Grupo Contextos, en www.conducta.org/articulos/papel_carceles.htm
66. Skinner, B., F., *Beyond freedom end dlnity*. Alfred A. Knopf, New York 1971. Traducción castellana: Más allá de la libertad y la dignidad. Fontanella, Barcelona 1972. Publicado originalmente en: Anuario de Sociología y Psicología Jurídicas, 7, 81-88, 1980.
67. Prieto, Carlos, “La situación penitenciaria en Argentina. Los presos en cárceles federales aumentaron un 44% en cinco años”. Foro de seguridad.
http://www.seguridad-la.com/artic/discipl/disc_4062.htm
68. Comité contra la Tortura,
<http://criticadigital.com/index.php?secc=nota&nid=27646>
69. “Cárceles”, programa de TV emitido por Telefé el 29 de junio del 2009.
70. Marcón, Osvaldo Agustín “*Justicia: De lo penal a lo restaurativo*”, El Santafesino,
<http://www.elsantafesino.com/opinion/2004/03/26/2300>
71. Hulsman, Louk, *Pensar en clave abolicionista*, Ediciones Cinap, Buenos Aires
72. Malthus, Thomas Robert, *Ensayo sobre el principio de la población*. Editorial Claridad. 1997
73. Kliksberg, *Ibid.*
74. Olin Wright, Erik. *Approaches to Class Analysis*. Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2005
75. Agencias EFE y Reuters, Programa Mundial de Alimentos,
http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1175256&pid=7329105&toi=6269

76. Kliksberg, Bernardo, “Cómo construir sociedades felices”, diario La Nación, 20 de mayo del 2010.
77. Kliksberg, Bernardo, “Educación, un derecho vulnerado”, diario La Nación, 28 de julio del 2009.
78. Ibid.
79. Bunge, Mario, “La desigualdad provoca enfermedad”, <http://felixjtapia.org/blog/?p=8313>
80. Innocenti, “Pobreza infantil en Países Ricos”, Unicef, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, 2005”, www.unicef.org/irc y www.unicef-irc.org
81. Wilkingson, Richard, *The impact of inequality: How to Make Sick Societies Healthier*, Social Research, Summer, 2006.
82. Corradini, Luisa, “Hay 8 millones de franceses bajo el umbral de pobreza”, diario La Nación, 3 de abril de 2010, http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1250228
83. Ariely, Dan. Ibid.
84. Medina, Alejandro, “Mitos y lecciones para enfrentar la pobreza en América Latina”, Burgos, Nilsa (ed.) Política social y trabajo social (San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico), 2002.
85. ONU, Objetivo de desarrollo del milenio, 2008. http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/pdf/MDG_Report_2008_SPANISH.pdf
86. “El mercado laboral argentino ya dio signos de estabilidad”, Territorio Digital, 16 de septiembre del 2009, <http://www.territorioidigital.com/nota.aspx?c=9044345774582042>
87. Mauro, Federico, “Resistencia, la capital provincial con más pobres del país. Ni Africa ni la India”, diario Critica Digital, 26 de agosto del 2009, <http://www.criticadigital.com/index.php?secc=nota&nid=26986>
88. Telenoche investiga, 4 de agosto del 2009
89. Programa de televisión “Después de todo”, conducido por Jorge Lanata en el canal 26, 30 de julio del 2009. La desnutrición infantil en Neuquén. En la siguiente dirección es posible encontrar un gráfico que muestra la relación entre la talla y el ingreso: <http://www.8300.com.ar/2009/07/31/la-medida-de-la-pobreza/>
90. Ernesto Aldo Isuani, director adjunto de UNICEF Argentina, <http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:eRDOKEMwuHwJ:www.conicet.gov.ar/NOTICIAS/portal/noticia.php%3Fn%3D4434%26t%3D4+aldo+insuani+%40+conicet&cd=1&hl=es&ct=clnk&gl=ar>
91. Primer Estudio de “Movilidad intergeneracional del ingreso”, Sebastián Campanario, diario Clarín, 26 de julio 2009. <http://www.clarin.com/diario/2009/07/26/sociedad/s-01965870.htm> 26 julio 2009
92. Aldo Isuani, “El problema es el clientelismo”, diario Perfil, 18 de agosto del 2009, http://www.perfil.com/contenidos/2009/07/18/noticia_0004.html
93. Torrado, Susana, *La herencia del ajuste*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2004.

94. “A pesar de la suba del PBI, el Gobierno cree que ‘hoy es impracticable’ una redistribución de la riqueza”, diario Clarín, 18 de marzo del 2004.
95. “La Argentina debería tener una red de contención social estable”, entrevista a François Bourguignon, ex vicepresidente del Banco Mundial, diario Crítica, 26 de julio del 2009,
<http://www.criticadigital.com/imprensa/index.php?secc=nota&nid=28181>
96. Albert, Michael, *Parecon. Vida después del capitalismo*. Akal, 2005.
97. China y su avance hacia el capitalismo, diario Crítica, 28 de julio del 2009.
<http://www.criticadigital.com/imprensa/index.php?secc=nota&nid=28261China>
98. Citado por Michael Albert. *Parecon. Vida después del capitalismo*. Akal. pp 94
99. Samuel Bowles, Herbert Gintis, “Ha pasado la moda de la desigualdad”. Razones para el socialismo. Barcelona, Paidós, 2002.
100. Kahneman, D. “A perspective on judgment and choice: Mapping bounded rationality”. *American Psychologist* 58 (9), 2003.
101. Mauricio Rojas, *Suecia después del modelo sueco*, Fundación Cadal, 2005.
102. Albert, Michael, *Ibid*.
103. La Jornada, 9 de enero del 2008.
104. Cifras del 2010 en Argentina, Observatorio Social, Agustín Salvia, “El año pasado por la crisis se agravó la inequidad social”, diario La Nación, 18 de junio del 2010.
105. Galcerán, Montserrat, “Transformemos la crisis en una oportunidad de cambio social”, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=80339>
106. Red Argentina de Ingreso Ciudadano,
<http://www.ingresociudadano.org/>
107. Augusto Perez Lindo, “Una perspectiva filosófica de la crisis financiera mundial” (inédito).
108. Reportaje a Daniel Scioli realizado por Mauro Viale el 3 de junio del 2010 en el canal 26.
109. www.federalreserve.gov
110. US News and World Report, 28 de junio del 2004, p.59
111. Ariely, Dan, *Ibid*.
112. Gilbert, Daniel, *Tropezar con la felicidad*, Destino, Imago Mundi, Barcelona 2006.
113. Ariely, Dan, *Ibid*.
114. *Ibid*.
115. Haidt, Jonathan, *La hipótesis de la felicidad*, Gedisa, 2006.
116. Es posible ver una breve conferencia de veinte minutos de Barry Schwartz en TED (traducida al español) en: http://www.ted.com/talks/lang/spa/barry_schwartz_on_the_paradox_of_choice.html
117. Hermosillo, Jesús Darío, *Consumismo en México*, Universidad de las Américas Puebla, Cultura de la Información BC110-01, otoño 2008
<http://www.scribd.com/doc/8644227/Consumismo-en-mexico-Final>
118. Neonarquismo. La vanguardia, 30 de mayo del 2005,
<http://www.nodo50.org/tortuga/Neonarquismo>
119. Michael Albert, octavo ensayo en la serie “Un movimiento por una economía

- participativa”, <http://zinternational.zcommunications.org/Spanish/parecon08.htm>
120. Albert, Michael, Parecon. *Vida después del capitalismo*, pp.126.
 121. Albert, Michael, Ibid, pp 139.
 122. Albert, Michael, cuarto ensayo de la serie “Un movimiento por una economía participativa”, <http://zinternational.zcommunications.org/Spanish/parecon04.htm>
 123. Entrevista a Michael Albert por Justin Podur:
http://www.actualidadeconomica-peru.com/anteriores/ae_2004/mayo/economia_parti_9.pdf
 124. Albert, Michael, Ibid.
 125. Prólogo de Claudio Lozano para *Presupuesto Participativo. La experiencia de Porto Alegre*, de Tarso Genro y Ubiratán de Souza. pp 9.
 126. Periódico La Vaca, 21 de octubre del 2005.
 127. Michael Albert dialoga en las empresas recuperadas. *La Vaca*. 21 de octubre del 2005.
 128. Albert, Michael, “¿¿Anarquismo?!”, http://www.theyliewedie.org/ressources/biblio/es/Albert_Michael_-_Anarquismo.html
 129. Albert, Michael, *Parecon. Vida después del capitalismo*, pp.16.
 130. “Los asesinatos en Iberoamérica triplican a los de Europa y van en aumento”, *El Mundo Internacional*, 17 de julio del 2008
<http://www.elmundo.es/elmundo/2008/07/17/internacional/1216291823.html>

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Albert, Michael, *Parecon: Vida después del capitalismo*. Akal, Madrid, 2005; <http://www.parecon.org>; octavo ensayo en la serie “Un movimiento por una economía participativa”, <http://zinternational.zcommunications.org/Spanish/parecon08.htm>; cuarto ensayo de la serie “*Un movimiento por una economía participativa*”, <http://zinternational.zcommunications.org/Spanish/parecon04.htm>; “¿Anarquismo?!” , http://www.theyliewedie.org/ressources/biblio/es/Albert_Michael_-_Anarquismo.html ; entrevista realizada por Justin Podur: http://www.actualidadeconomica-peru.com/anteriores/ae_2004/mayo/economia_parti_9.pdf
- Albert, Michael y Hahnel, Robin, *The Political Economy of Participatory Economics*, Princeton, Princeton University Press, 1991
- Arduino, Ileana, *La justicia penal, Entre la impunidad y el cambio*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2007
- Ariely, Dan, *Las trampas del deseo*, Ariel, Barcelona, 2008
- Arvon, Henri, *La autogestión*, Néxico, 1982.
- Auyero, Javier, *La política de los pobres, Las prácticas clientelísticas del peronismo*, Manantial.
- Baratta, Alessandro, *Criminología Crítica y crítica del derecho penal*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1986
- Binder, Alberto, *Policías y ladrones, La inseguridad en cuestión*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2004.
- Briggs C.M. y Cutright P., “*Structural and cultural determinants of homicide: a cross-national analysis*”, *Violence and Victims* 1994; 9:3-16.
- Bunge, Mario, “*The Failed Theory Behind the 2008 Economic Crisis*”, (inédito).
- Carranza, Elías, “*Los delitos suben igual que la inequidad*” <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-101106-2008-03-22.html>
- Cerro, A. y Meloni, O, “*Análisis económico de las políticas de prevención y represión del delito en la Argentina*”, Eudecor, Córdoba, 1999.
- Chiricos, T. G. “*Rates of crime and unemployment: an analysis of aggregate research evidence*”. *Social Problems*. 34.
- Espina Prieto, Mayra Paula, *Políticas de atención a la pobreza y a la desigualdad*, Clacso, Buenos Aires, 2008
- Fanjnylber, Pablo, Daniel Lederman, y Norman Loayza “*Determinants of Crime Rates in Latin America and the World: An Empirical Assessment*”. Disponible en World Bank: http://siteresources.worldbank.org/INTKNOWLEDGEFORCHANGE/Resources/491519-1199818447826/multi_page.pdf
- Daly, Wilson, & Vasdev, “*Income Inequality and Homicide rates in Canada*

- and the United States*”, Canadian Journal of Criminology, Canadá, abril 2001.
- Di Paola, M. E. y Oliver, M. F., Autonomía municipal y participación pública. Propuestas para la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, FARN, 2002, P. 23. Disponible en <http://www.farn.org.ar/docs/p27.pdf>
- Ehrlich, Isaac. “*Participation in Illegitimate Activities: A Theoretical and Empirical Investigation.*” *Journal of Political Economy* 81, 1973
- Gendreau, Paul, Goggin, Claire, Cullen, Francis, Andrews, Donald, *The Effects of Community Sanctions and Incarceration on Recidivism*, Correctional Service Canada, 2000, http://www.csc-scc.gc.ca/text/rsrch/compendium/2000/chap_3-eng.shtml
- Gintis, Herbert. “*Ha pasado la moda de la desigualdad*”. Razones para el socialismo. Barcelona, Paidós, 2002
- Fleisher, Belton M. “*The Effect of Income on Delinquency.*” *American Economic Review* 56, 1966
- Freeman, S. Grogger, J. and Sonstelie, J. “*The Spatial concentration of Crime.*” *Journal of Urban Economics*” Vol. 40 number 2, September, 1996.
- Genro, Tarso, de Souza, Ubiratán, *Presupuesto participativo, La experiencia de Porto Alegre*, prólogo de Claudio Lozano, Buenos Aires, 1998.
- Freixa y Baqué, Esteve, “*¿Para qué sirven las cárceles*”, www.conducta.org/articulos/papel_carceles.htm
- Galcerán, Montserrat, *Transformemos la crisis en una oportunidad de cambio social*, Rebelión, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=80339>
- Gilbert, Daniel, *Tropezar con la felicidad*, Destino, Imago Mundi, Barcelona, 2006
- Hahnel, Robin, *The ABCs of Political Economy*, <http://zinelibrary.info/files/ABCs%20of%20Political%20Economy%20Modem%20Primer%20Robin%20Hahnel.pdf>
- Haidt, Jonathan, *La hipótesis de la felicidad*, Gedisa, Barcelona, 2006
- Hulsman, Louk, *Pensar en clave abolicionista*, Ediciones Cinap, Buenos Aires
- Innocenti, “*Pobreza infantil en Países Ricos*”, Unicef, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, 2005”, www.unicef.org/irc y www.unicef-irc.org
- Isla, Alejandro (compilador), *En los márgenes de la ley, Inseguridad y violencia en el cono sur*, Paidós, Buenos Aires, 2007
- Kahneman, D., “*A perspective on judgment and choice: Mapping bounded rationality*”. *American Psychologist* 58 (9), 2003
- Kessler, Gabriel, *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires, 2004; coordinador de *Seguridad y ciudadanía. Nuevos paradigmas y políticas públicas*, Edhasa, Buenos Aires, 2009
- Kliksberg, Bernardo, Sen Amartya, *Primero la gente*, Deusto, Barcelona, 2007; *La agenda ética pendiente de América Latina*, FCE, Buenos Aires, 2005; *Enfrentar la inseguridad ciudadana*, Foro de Profesionales Latinoamericanos de Seguridad <http://www.forodeseguridad.com/artic/reflex/8098.htm>

- Kosovsky, Darío, *El ciudadano sheriff. Armas y violencia en la Argentina*, Capital Intelectual, 2006
- Kreimer, Roxana, “*Violencia social e inequidad: análisis y propuestas*”, Observatorio Social, http://www.observatoriosocial.com.ar/dev/pdfs/revi_23.pdf
- Reportaje de Laura di Marco, “*La violencia social y el delito son frutos de la desigualdad*”, diario La Nación
<http://www.taringa.net/posts/info/4218690/La-violencia-social-y-el-delito-son-frutos-de-la-desigualdad.html>; “*El resultado de la inequidad*”, diario La Nación, http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1047716
- “*La inseguridad, análisis y aportes para la resolución del problema*”. Exposición realizada en el Senado de la Nación el 11 de junio del 2009.
- Parte 1: <http://www.youtube.com/watch?v=dyIumlTINIO>
- Parte 2: <http://www.youtube.com/watch?v=mbiz2blvNPQ>
- Parte 3: <http://www.youtube.com/watch?v=9HkdhKXiLyA>
- Parte 4: <http://www.youtube.com/watch?v=xflcnPVHorg>
- Kuure, T. Literature review - Finland. En A. Stevens, & B. Gladstone (Eds.), “*Learning, not offending: Effective Interventions To Tackle Youth Transition To Crime In Europe*”. Brasted,: RPS Rainer, 2002.
- Lewin, Miriam, informe “*Los argentinos sin mesa*”, Telenoche investiga.
- Marcón, Osvaldo Agustín “*Justicia: De lo penal a lo restaurativo*”, El Santafecino, <http://www.elsantafesino.com/opinion/2004/03/26/2300>
- Marí, Enrique Eduardo, *La problemática del castigo*, Hachette, Buenos Aires, 1983.
- Medina, Alejandro, “*Mitos y lecciones para enfrentar la pobreza en América Latina*”, Burgos, Nilsa (ed.), *Política social y trabajo social* (San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico), 2002.
- Merton, R.K, *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press, 1938
- Messner, Steven F. y Rosenfeld, Richard, “*Political Restraint of the Market and Levels of Criminal Homicide: A Cross-National Application of Institutional-Anomie Theory*”, *Social Forces*, 1997, 75(4), 1393 - 1416.
- Miguez, Daniel. Delito y cultura. *Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Biblos, Buenos Aires, 2008; *Los pibes chorros, estigma y marginación* Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004; *Delito y cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*, Biblos, Buenos Aires, 2008
- Nun, José, reportaje “*Hay que reinstalar el impuesto a la herencia para financiar la cultura*”, Clarín, 29/08/2006 <http://edant.clarin.com/diario/2006/08/29/sociedad/s-03701.htm>
- Olin Wright, Eric (Editor), *Repensando la distribución*, Ideas, Bogotá, 2008

- Pavcovich, Paula, Truccone, Damián (coordinadores), *Estudios sobre pobreza en Argentina*, Poliedros, Buenos Aires 2008; *Approaches to Class Analysis*. Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2005
- Orfila, D.: “Inflación, pobreza, desigualdad social” en Observatorio de la Economía Latinoamericana N° 99, junio 2008. Acceso a texto completo en <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/ar/>
- Pompei, E., “Las consecuencias sociales de la distribución”, *Enoikos*, abril 1999, pp. 69-79
- Perez Lindo, Augusto, “Una perspectiva filosófica de la crisis financiera mundial” (inédito)
- Pimienta, Norma, *Maldita inseguridad*, Ciccus, Argentina, 2008
- Prieto, Carlos, “La situación penitenciaria en Argentina. Los presos en cárceles federales aumentaron un 44% en cinco años”. Foro de seguridad. http://www.seguridad-la.com/artic/discipl/disc_4062.htm
- Rebón, Julián, Saavedra, Ignacio, *Empresas recuperadas, La autogestión de los trabajadores*, Capital intelectual, Buenos Aires, 2006
- Rojas, Mauricio, *Suecia después del modelo sueco*, Fundación Cadal, Buenos Aires, 2005
- Rosavallon, Pierre, y Fitoussi, Jean-Paul, *La nueva era de las desigualdades*, Manantial, Buenos Aires, 2006
- Short, J.F., Strodtbeck, F. I. *Group Process and Gang Delinquency*, Chicago, Chicago University Press. 1965
- Sain, Marcelo Fabián, *Seguridad, democracia y reforma del sistema policial en la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 2002; *Política, policía y delito, La red bonaerense*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2004.
- Salinas, Raúl, *El problema carcelario. Límites del castigo*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006
- Skinner, B., F., *Beyond freedom end dignity*. Alfred A. Knopf, New York 1971. Traducción castellana: *Más allá de la libertad y la dignidad*. Fontanella, Barcelona 1972. Publicado originalmente en: Anuario de Sociología y Psicología Jurídicas, 7
- Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Ediciones Orbis, Buenos Aires, 1963
- Sullivan, M. *Getting Paid: Youth Crime and Work in the Inner City*. Ithaca. Cornell University Press. 1989
- Salama, Pierre, Valier, Jacques, *Neoliberalismo, pobreza y desigualdades en el Tercer Mundo*, Buenos Aires, 1994
- Salinas, Raúl, *El problema carcelario, Límites del castigo*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006
- Stevens, Alex, Trace, Mike, Bewley-Taylor, Dave, “*Reduciendo Los Delitos Relacionados Con Drogas: Una Visión General De La Evidencia Glo-*

- bal". <http://www.internationaldrugpolicy.net/reports/UNAidsReport5.pdf>
- Torrado, Susana, *La herencia del ajuste*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2004.
- Wilkinson, Richard, *The Impact of Inequality: How to Make Sick Societies Healthier*, Social Research, Summer, 2006
- Young, Gerardo, "Delincuencia juvenil: informe especial", diario Clarín, 9 de agosto del 2009. <http://www.clarin.com/suplementos/zona/2009/08/09/z-01974821.htm>
- Zerba, Diego, Massa, María (compiladores), *Síntomas carcelarios*, Letra Viva, Buenos Aires, 1998
- Zhang, Junsen, "The Effect of Welfare Programs on Criminal Behavior: A Theoretical and Empirical Analysis". *Economic Inquiry*. Vol. 35, NY, 1997

Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires en Noviembre de 2010.